

Joel James

HACIA LA TIERRA
DEL FIN
DEL MUNDO



Joel James *Figuerola*

HACIA LA TIERRA
DEL FIN
DEL MUNDO



Edición: DAVID CHERICIÁN
Diseño: HÉCTOR VILLAVERDE
Cubierta: ROLANDO DE ORAÁ
Corrección: MARÍA ELENA DELGADO

PA
7390
.J35743
1982

Todo lo que se cuenta aquí, aun cuando tenga origen en la realidad, ha sido resuelto por la imaginación.

- © Joel James, 1982.
© Sobre la presente edición:
Ediciones Unión, 1982.

Impreso en el Establecimiento 08 «Mario Reguera Gómez» en agosto de 1982, «Año 24 de la Revolución», Ciudad de La Habana



Unión de Escritores y Artistas de Cuba.
17 y H. El Vedado, Ciudad de La Habana.

LIBRARY
University Of Miami

En el siglo XVIII los quiccos, un pueblo de cazadores y artesanos, cruzó el río Cassai y se asentó en el nordeste angolano. Durante mucho tiempo después, sin embargo, continuaron moviéndose hacia el sur, según unos por la presión de los lundas, según otros huyéndole a la persecución de los espíritus de sus muertos, en dirección de los ríos Cuando y Cubango.

A esa región la llamaban La Tierra del fin del mundo.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Capítulo I

REPÚBLICA DE CUBA

El Ministerio de Relaciones Exteriores concede Pasaporte Especial a favor del Sr. Orlando Regina Morzán González para que por la vía que más le convenga se traslade a países de Europa y África en misión especial.

Por tanto en nombre del Señor Presidente, ordeno a las autoridades de la Nación le faciliten su embarco por todos los medios legales que estén a su alcance y ruego y requiero a las de los países extranjeros a donde se dirige no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien, le den todo el favor y ayuda que necesitare; haciéndolo así, asegurarán la reciprocidad en Cuba para iguales casos.

Habana, 15 de diciembre de 1975.

Cuando el palo de la machina usaba los T-55 de las bodegas más profundas del buque, ayudado por los cabestros de los mástiles laterales para mantener los tanques en equilibrio y depositarlos en el muelle, Manzana recordó aquel día, algo más de una semana atrás y después de cruzar la línea ecuatorial, en que la hélice del *Batista* había despedazado un pichón de ballena.

Durante mucho rato, sobre la estela espumosa dejada por la propela, los hombres que fumaban en la popa estuvieron mirando el festín de los tiburones, retozando mientras devoraban los pedazos de carne, y la mancha rojiza agrandándose según el barco se alejaba, más grande aún a los ojos de los soldados por los destellos amaranzados de un atardecer con el cielo, allá contra el horizonte, enladrillado en nubes gruesas como si fueran mules de piedra o construcciones a medio levantar.

La sangre del ballenino, y las fieras saltando y zambulléndose dentro de ella, era un punto fijo, estable, en medio del océano pese al avance de la nave. El único punto fijo donde apoyar la

vista desde mucho tiempo atrás, desde que abandonaron las islas de Santa Marta y San Vicente cuando ya el Caribe iba de vez en cuando, y el único además, aún por varios días, hasta encontrarse con los palangres de los pequeños barcos pequeños en el Golfo de Guines. ¿Habían sido ocho o diez días? Más de la mitad del viaje sin recibir señal de que alguna otra forma de vida humana quedase en la tierra, sin que nada rompiera aquella sensación de algo interminable, en constante movimiento, de predominio de la naturaleza.

Quizá por todo eso la veintena de hombres no cumplió la orden de regresar a las bodegas, luego de fumar un cigarrillo, para que otra tanda de soldados pudiera hacer lo mismo en la única área del buque en que se permitía hacer fuego. El mayor Garbey tuvo que sacarse a la borda del puente de mando y haciendo con las manos de altavoz gritarle a Marzáns:

—Un cigarrillo se fuma en siete minutos; en los entrepuentes los hombres están haciendo cosas y también quieren fumar y mirar.

Entonces Marzáns dijo: —Vamos, muchachos— y esperó que todos fueran subiendo la escalerilla hacia la cubierta superior junto al emplazamiento de las antiaéreas. Al final sólo quedaba el pequeño muchacho grueso de Santiago, de pie en el extremo más saliente de la popa, allí donde el piso de la nave quedaba como en el aire, sin sustentarse sobre la línea de flotación.

Marzáns lanzó la colilla en el arranque del remolino pocos metros más abajo y la tocó en el hombre. El muchacho se viró. —Parece mentira —dijo sonriendo.

Allá lejos, en la unión oblicua de los dos esferas, nada se veía en el mar. Nada, salvo el espejo del sol en el agua. Igual que todos los días.

Las singladuras en el mapa del Atlántico en el cuarto de mando marcaban un rumbo poco usual: de Nueva York, de donde zarparon a medianoche y como a escondidas para pasar inadvertidos por entre los buques extranjeros surtos en puerto, al Paso de los Vientos, al sur de Haití, a las Virgenes, a las islas de Sotavento del arco antillano, al norte de Venezuela, y luego en una diagonal casi recta cortando el océano, hasta Angola. Una ruta inusual, sin tráfico marítimo o aéreo, como correspondía a un barco con más de mil soldados en los entrepuentes, 24 T-55 en las bodegas inferiores y toneladas de explosivos y municiones. En proa un 76 mm cañón de defensa; en popa dos cañones antiaéreos de tiro rápido; a baboy y a estribor dos tanques forrados en madera como grandes contramedios poro con los cañones fuera, en disposición de disparar sin muchas dificultades.

Antes de levar anclas, al no poder llevar el buque bauxitas salvavidas suficientes para todo el mundo, arrojaron las que normalmente tenía para la tripulación.

—Entonces, ¿al pelo? —pregunta Perdona, al de Soaga.

—Al pelo —contesta Wilson.

—Mejor así, para no pensar mucho en que nos podemos hundir.

En cada entrepuño seiscientos hombres en cuatro hileras de literas triples. Por las bordas una docena de asientos de letrinas que vacían al mar y que sólo pueden usarse por turnos, evitando la espera en cubierta, por lo menos hasta haber dejado bien atrás el Caribe, adentrándose en el Atlántico. Entonces, por pelotones, algunas clases de tácticas en espacios precisados entre la carga: bañarse con agua salada de las tomas de las mangueras; visitar a los compañeros del otro entrepuente, y sobre todo mirar, quemarse los ojos mirando la iridiscente superficie del agua, un día y otro, intentando descubrir la silueta de la tierra, o de otro buque, o de un ave, agudados todos los temas de conversación, sin que la radio captase emisora alguna, mucho después de haberse apagado, en el tormentoso ruido de la estática, un tembloroso calypso de Maracaibo.

Por las noches, si el barco se balancea de haber a estribor, se puede dormir; si el buque orza y el movimiento es de proa a popa, no hay quien cierre los ojos esperando que vuelva a la posición de equilibrio. —Parece que se va de punta —dice Acosta. —Si no se ha ido hasta ahora... —le contesta Wilson desde la otra fila de literas.

El pequeño bombillo en el espacio libre al centro del entrepuente, se inclina adelante y se queda allí, fijos en él muchos ojos ansiosos de que el buque lo lleve nuevamente hacia atrás.

—Dice el contramaestre que lo malo es cuando se hunden al mismo tiempo la proa y la popa.

De la otra compañía alguien se levanta y le pide permiso al oficial de guardia para salir a orinar. Sube a trancos la improvisada escalera de madera. —Parece la entrada del infierno —dice desde arriba, junto a la escotilla, y orina allí mismo.

A mitad de un balanceo hacia adelante el buque se inclina, de repente, a estribor, al tiempo que una ola rompe en medio de la cubierta metiendo vollos de agua en el entrepuente que apagan el bombillo; los hombres se incorporan en las literas y algunos se levantan.

—Nadie ha dicho que haya amanecido ya —dice Martínez encendiendo la linterna de campaña—; no ha pasado nada.

Después le dice al oficial de guardia que va a revisar las postas. Desde hace rato le preocupan los alidosos de centinela junto a las barandillas de haber y estribor y sobre todo los de proa, en el mismo ángulo rompiente de la nave. Los dos en la estructura central y el de popa son del otro batallón, en la segundaodega, y están más resguardados.

Cuando llega a cubierta la lluvia ha atrevido y el balanceo no es regular en uno u otro sentido.

sino anárquico, en cualquier dirección. Apenas puede caminar en la oscuridad, entre los alambres y cables enredados, el cordaje regado en el piso y las gúmenas que fijan la carga.

—¿No hay problemas? —le grita, para imponerse al ruido del viento, al oído de la primera posta.

—No, teniente; lo único que me echó algo para acá, para agarrarme de las vigas... por si acaso.

Desde allí mismo hace señas al de estribor con la linterna y éste le contesta; entonces comienza a caminar, como si estuviera ascendiendo por entre cuevas empinadas, hacia proa.

Los dos hombres se han acuelillado a ambos lados de la bodega de proa, donde el choque del viento hace como un vacío. Detrás de ellos las olas depositan toneladas de agua cada vez que el extremo de la nave se inclina hacia la oscuridad del mar.

—Son como mil bombas que nos quisieran tragar —dice uno de ellos y Marzán, sin poderlo ver, comprende que rie forzado.

—Vámonos —dice Marzán y entonces se da cuenta de que los hombres se han amarrado entre sí y al cañón de 76 mm. De regreso, mirando las luces del puente de mando que parecen estar sostenidas en el aire a diez kilómetros de distancia, se da cuenta de lo pronunciado de la oscilación de la nave.

Desde la bodega, mientras los dos soldados se cambian la ropa empapada y desarriman los AKA para secarlos, se comunica por el teléfono de campaña con el mando.

—Acá Marzán, jefe de estado mayor del batallón en la primera bodega. Pido autorización para retirar las postas de proa; creo que esos hombres peligran.

El telefonista pasa el aparato al comandante jefe militar del buque.

—¿Cómo dice Marzán?

—Que debemos retirar las postas de proa.

—¿Cómo no me recordó antes Ud. que esos hombres estaban ahí? El mar está haciendo fuerza cinco. Mándelos a buscar enseguida. Teléfono cuando llegue.

—A la orden.

Marzán se quita las botas sacuriendo el agua de dentro de ellas; luego las medias, y se friccionó los pies, en los tobillos y a todo lo largo de las plantas.

—Dentro de veinte minutos llamen y digan que acaban de llegar —dijo a los hombres que lo miraban sorprendidos. Luego se metió en la litera enrollándose en la colcha; en unos minutos estaba durmiendo. Arriba la tempestad continuaba hasta el amanecer.

Según amansaba el mar, el calor iba en aumento. Los hombres buscaban para dormir el poco fresco junto a las dos escaleras de acceso a la cubierta superior y en las cercanías de los respiraderos. En el segundo pelotón la clase sobre las misiones del grupo de apoyo y del grupo de asalto se ha ido apagando.

—Cuando lleguemos al Ecuador vamos a ver un cordón de linternas con luces encendidas. Le dan la vuelta a la tierra —dice Perdomo.

—¿No señor! —contesta Acosta el de El Cristo—. ¿Nada de eso! ¿Cómo se le va a dar corriente a tanto bombillo? Lo único que hay es que de un lado está de noche y de otro de día. Yo lo que no sé es cuál es el de noche y cuál el de día.

Todos discuten. Isidro, el jefe de la tercera escuadra, dice que ninguno de ellos sabe nada, incluyendo a sí mismo; que nada de eso puede ser cierto.

—Lo que a lo mejor puede pasar, y eso lo pienso yo, es que la brújula deje de marcar el norte y comience a señalar el sur. Y eso lo pienso, no estoy seguro.

Han habilitado la parte trasera del puente de mando como hospital para los deshidratados por los vómitos, los ampollados por la alergia a la cloroquina preventiva contra el paludismo, y el que se cayó de lo alto de cubierta al fondo de la

segunda bodega, partiéndose las dos manos. —Para eso se acabó la guerra ya.

Según se acercan a África vuelven las medidas de seguridad establecidas durante el cruce por el Caribe: prohibición de salir a cubierta, grupos de veinte para fumar en pipa. Dos veces dan la alarma por la cercanía de otros barcos y un avión que sobrevuela la nave. En el radio comienzan a escucharse transmisiones en inglés y francés. Algunos traducen. La ofensiva revolucionaria se acerca a Lobito; el enemigo procura defenderse con sistemas concéntricos de fortificaciones. —Eso va a ser la gran batalla de Angola. Hay barcos cubanos en alta mar esperando por la caída de la ciudad para desembarcar en ella e impulsar la ofensiva hacia el sur.

—Esos somos nosotros —grita Formentel, el negro boudador de Los Olmos, en Santiago.

—Nosotros no vamos en ese rumbo —le contesta Marzáns.

Poco después reparten los fusiles automáticos, los cuatro cargadores, las municiones, la bayoneta, las raciones de campaña que sólo se podrían usar de darse orden para ello; las pistolas para los oficiales.

Al AKA hay que desarmarlo, quitarle el preservio de fábrica, armarlo una y otra vez hasta que cada pieza caiga en su lugar de un solo golpe.

—Cada tres horas una incendiaria; cada cinco una inundadora —va repitiendo el mero gordo que en Santiago trabaja en uno de los almacenes de la Alameda y aquí es responsable de armamentos.

—A las cinco de la mañana se va a dar una pequeña salida por grupos para hacer las necesidades. Después nadie en cubierta. Vamos a entrar en Luanda. Revisen los uniformes, el armamento. Que todos los pantalones tengan ligas en los bajos.

Los hombres ajejan en las bodegas preparando las mochilas, ajustándose los corrajes, los botones, las botas. Esa noche duermen intranquilos.

Por la lentitud de la marcha del buque comprenden que entran en puerto. Marzáns coge un espejo grande y lo levanta por encima del borde de cubierta. Se ve reflejado entonces un lomerío de tierra rojiza como de mineral, las chimeneas de varias refinerías, las chozas, a lo lejos, de un barrio miserable.

—Es lo más lindo que pueda verse en la vida —dice el político del segundo pelotón. Es la primera tierra que ven en quince días. Cuando el sol está casi en el cenit, y en las bodegas se respira un vaho agrio, por el calor y las emanaciones, no disipado como en la travesía por el viento de alta mar, dan la autorización para salir a cubierta. Las escaleras improvisadas de madera quieren romperse por la carrera frenética de los soldados.

El «Baires» ha atracado al espigón principal del puerto entre una lancha rápida de las FAPLA para el patrullaje de la bahía y un buque soviético que las grúas voladoras del muelle terminan de descargar.

Portuarios cubanos y angolanos comienzan a manipular la carga ligera del «Baires», que va formando altas estibas a la intemperie junto a los almacenes atiborrados.

Cada veinte minutos, desde la cubierta del barco recién llegado, lanzan granadas de profundidad, no de fragmentación sino solamente de efecto expansivo, para impedir cualquier sabotaje bajo el agua. Entre explosión y explosión los hombres zanas revisan el casco del buque. Así será hasta haber desembarcado todo el dispositivo militar. En la superficie grasosa de la bahía hay manchas de peces muertos que el lento oleaje, poco a poco, va llevando hacia la orilla.

Los soldados convulsionan con los estibadores cubanos llegados en noviembre y con los angolanos. Les cuentan de la UNITA, del FNLA, de los sudafricanos, de las minas antipersonales, el verdadero horror de esta guerra, de los tanques rápidos de tiro automático, de los ranjones cargados con cadáveres, de las matanzas del año anterior.

—Hasta allí —dice un cubano señalando el ambiente de tierra rojiza al otro lado de la bahía— llegó en diciembre la «fenuva». Fue entonces

cuando nosotros dejamos el barco y nos metamos en las trincheras. Allí, en Quifangonda.

Desde el barco atenuado al muelle, Luanda se parece a Santiago de Cuba, una ciudad que va ascendiendo escalón a escalón desde el mar. A la derecha, detrás de un largo saliente de arena que llaman la prahia, una fortaleza colonial de arquitectura española; al frente, en dos niveles distintos, el hotel Trópico, allá arriba, y el Presidente, casi junto al puerto.

—Ahí están los técnicos cubanos; los civiles.

—¿Conoce Ud. a uno de pelo colorado que le dicen Jaramillo y trabaja en la pesca?

—¿Que abre las botellas de cerveza con los dientes?

—¿Ese mismo!

—Estuvo aquí hasta hace poco. Ahora creo que anda por Puerto Ambríz hacia el norte... por lo menos salió hacia allá cuando lo liberaron.

—Es cuñado mío. Cuando lo vea, dígame que Lucio está aquí, ¿oíste?. Lucio. No sé para dónde me mandan, ¿oíste?, pero que estoy aquí. Que la familia en Oriente esté toda bien.

Marzáns mira al T-55, sostenido por los cinco cables de la máquina y los dos cabestros laterales, avanzar en el aire muy despacio, chirriando como lamento de perro herido, hacia el muelle. De pronto uno de los tensores de hilos metálicos

se rompe y el cabo suelto bate la cubierta como un látigo. Los hombres se desparpigan en un instante; el tanque allá arriba se balancea de lado.

—Apártense, carajo —grita alguien y no hay nadie que no lo haya hecho ya.

Una de las grúas voladoras viene rápido a nivelar de nuevo la carga. Un marino se encarama en el mástil a cambiar el cable roto. Entonces Marzáns hace señas desde tierra para que comience a bajar la compañía que acababan de poner a su mando, para iniciar el completamiento del equipo de campaña.

Tomó el extremo inferior de la escala de maderas y sogas por donde empezar a descender los soldados, y la sujetó sobre el muelle, separándola de los dos metros de agua que mediaban entre el buque y el espigón, para que los hombres pudieran saltar sin riesgos sobre los cinco peldaños inferiores rotos.

Después de dieciséis días de navegación la gente se mueve como inargura, con algo de desconcierto, de asombro, casi de desagrado, sobre lo inmóvil, entre las referencias estables, no cambiadas, de lo fijo. Ahora se reconocen los aspectos agradables del viaje no advertidos antes. Quizás por eso y por saberse ya en el destino, por constatar que del otro lado del gran charco, de manera irrecusable, está la tierra propia y no hay fecha predeterminada para el regreso, los hombres están torpes en sus movimientos.

como stondrados. Claro que después de esa única noche pasada a bordo del barco amarrado al muelle, no era de esperarse otra cosa: un calor más fuerte que el de Cuba, en un verano luandense de un rigor poco usual en pleno enero; la cola inacabable para la última vacuna contra las fiebres, una inyección como puñalada en medio de la espalda; intentar dormir apañados por el suelo en los pocos espacios dejados libres luego del desarme de las literas y las bodegas inferiores; las explosiones a intervalos regulares.

En la madrugada un oficial del alto mando cubano en Luanda llegaba al buque. El batallón de infantería se desarticulaba; las tres compañías cumplían misiones combativas distintas y en distintos lugares; la jefatura del batallón podía reestructurar los mandos inferiores según creyese, pero la situación definitiva de cada unidad sería aquella que se determinase en los lugares de los frentes a que cada cual estaba destinada.

El mayor Garbey discutía; en Cuba el batallón se había entrenado y preparado para operar como una unidad orgánica. El oficial le escuchaba con respeto pero como lamentando la pérdida de tiempo.

—¿Cuándo salieron de Cuba?

—Hace dieciséis días.

—En ese tiempo han cambiado mucho las cosas en esta guerra.

La compañía tres quedaría de guarnición en Luanda o marcharía a engrosar las unidades del sur; ya se determinaría en su momento. Las compañías uno y dos haría el este, en ese mismo orden, con diferencia de doce horas, sujetas por separado al mando de aquel frente. El hasta entonces Estado Mayor del Batallón marcharía en esa misma dirección para ocupar cada oficial las responsabilidades que se le señalasen. No habían terminado de bajar la escalera los oficiales de la Misión Militar y ya Merzán había dejado de ser jefe de Estado Mayor para asumir el mando de la segunda compañía. En realidad, de cierta manera, aquello había sido previsto desde antes. Él era el único oficial reservista dentro de la jefatura del batallón y difícilmente podía encuadrarse en la categoría de especialista en cualquier otra actividad que no fueren las operaciones militares, de campaña, propiamente dichas. Si el batallón se desarticulaba, él pasaba a la compañía; si a ésta le sucedía lo mismo, a un pelotón. Tal era el acuerdo con Garbey y el político y el hasta entonces jefe de la segunda compañía. Un acuerdo que venía desde Cuba, casi desde que entró por la posta de la unidad militar donde se organizaba el batallón para la próxima salida hacia Angola.

—¿Cobán, Yayo Merzán, de qué rincón del monte te aparece ahora! —le gritó el comandante jefe de la movilización militar antes de abrazarlo.

—Nada, que me dijeron que estaban buscando ustedes muchachos nuevos para la guerrita esa y me dije: «Vamos a dejar la escuela esta por un rato a ver qué pasa.» Y aquí estoy.

—Gurhey, Gurhey, mira quien vino.

—Tenrate Marzáns, permítame que me cuadre.

—Cómo cuadraste, si ya tú eres mayor, y calvo además.

—Delante de mi jefe yo siempre me cuadro; de cuando la columna que perteneció a dos frentes, ¿se acuerda?

—Entonces acá también se tiene que cuadrar porque yo lo mandé en el Canalito.

—Verdad que sí, verdad que sí.

—¿Dónde estás ahora?

—Dirigiendo un tecnológico de minería por la carretera de Guantánamo; pero ahora estoy aquí con ustedes.

—¿Cómo con nosotros?

—Sí, me voy con ustedes.

Y se pasaron toda la noche hablando de la guerra contra Batista, y del ataque al Laberinto y el asalto al tren de Yaguaramas. Por la mañana ya estaba como jefe de Estado Mayor y comenzó a entrenar. En el tiro no hubo problemas, ni en la caminata; algo en la ofensiva nocturna sufriendo lomas, pero sin gravedad.

Detrás de la Sreapa practican los coheteros.

—Arriba, Yayo, prueba —dice Gurhey.

—Yo no conozco bien esa arma.

—Vamos que ya estás viejo, Yayo; son cuarenta y dos, que vas conmigo —dice Solana, el de la brigada constructora que ha llegado igual que él, a partir con la unidad.

—Prueba tú primero; anda.

Solana dispara sobre la figura de cartón que aparece de pronto deslizándose rápido sobre el riel a más de cien metros; el cohete va a hacer explosión mucho más atrás; en un lateral los soldados se ríen del mal tiro. Marzáns hace blanco en la parte trasera de la figura del tanque.

—De chiripa —dice Solana.

La noche antes de la salida hacia Camagüey, mientras Los Tainos tocaban en la despedida de la tropa, se lanzó una batella de ron con el comandante de la movilización que se quedaba en Cuba.

—Tu mujer sigue siendo la muchacha aquella que estudiaba...

—¿Cómo si sigue siendo?

—Digo, que si no la has cambiado...

—Si yo la cambio se muere.

—Pero qué viejo más castrón éste: llevándole más de diez años —se burló Solana.

—Eso no tiene importancia —dice el comandante.

—Con la experiencia se ganan las guerras —dice Marzán siguiendo la jarana.

—¿Quieres algo para ella?

—No, nada; dile solamente que no hay lino; que me ful.

Siguieron tocando hasta que la trompeta de Los Tainos dejó de tocar. Entonces el batallón montó en los omnibus y enrumbaron por la carretera central hacia Bayamo para luego tomar hacia Las Tunas por la carretera del Cauto. Por el camino, mirando los cañaverales batidos por los primeros vientos, pensó que de verdad hubiese querido escribirle mucho.

Cuando los hombres terminaron de bajar, formaron en tres pelotones de espaldas al buque. Estaban incómodos en los uniformes brillantes, recién estrenados, con las botas sin domar aún, doblados por el peso de las mochilas sobrecargadas y el casco de acero. Marzán recorrió las filas apretándole mejor las correas de la espalda a uno, ajustándole el botiquejo a otro, acomodándole los cargadores a un tercero. A media mañana el sol parecía de mediodía. Les habló a los hombres sin levantar la voz, sin empaque, como conversando.

—Yo no sé cómo será esta guerra, pero pienso que todas deben ser parecidas; por ahora cogemos todo lo que nos den. Cuando lleguemos a

donde vamos y empezemos a caminar, porque seguro que va a haber que caminar, y largo, ya veremos lo que se va dejando, ¿eh? ¿Entendido?

Los hombres se sintieron aflojando la tensión y abandonando la posición de firmes que nadie les había ordenado.

—Ahora van a darle quinientos tiros más a cada fusilero y mil a los ametralladoristas...

—¿Mil, teniente? —preguntó Wilson asombrado.

—Mil, y dos cohetes más a los coheteros.

—Teniente, permiso.

—Díme.

—Le voy a plantear a usted lo que vengo diciendo desde que salí de Cuba. Las botas que me dieron son un número más chiquito que las que yo uso. Me las acabo de poner y ya tengo ampollas...

—Oye, Wilson, eso es un lino... de verdad que es un lino. Vamos a ver. Ahora andando.

A la orilla de una de las naves almacenes, al final del muelle, el maru gordo, de armamentos, espera con las cajas de municiones abiertas, sin poder abotonarse el mono de mecánico que viste y que seguramente vestirá durante toda la campaña por no haber uniforme para su talla y grosor al cual no se quedó en tierra en Cuba. Marzán se adelanta y le habla casi en secreto.

—Mira, Moro, no les des granadas a los muchachos, que no entrenaron bastante con ellas y va a ser una jodienda.

—Mira cómo que... —vacila el Moro.

—Ya sé lo que te digo. Por ahora es mejor no dárselas.

—Lo establecido es que... bueno, tú sabrás. A ver, adelante, adelante —grita feriado como es un haravillo de liquidación—, a ver, a ver, este del bueno para ti; dos cajas de dos cincuenta. Tú, ¿qué eres?, ¿ametralladora?, cuatro cajas y éstas sueltas de ñapa; a ver, a ver, el próximo, que nadie se vaya sin lo suyo; aquí hay para todos; el que entra aquí sale con algo: del bueno, del bueno; ¿quieres más?, toma; recuerden: una incendiaria por tres y una trazadora por cinco; la del punto rojo y la del punto verde.

Los hombres van pasando recogiendo los proyectiles, abultando con ellos los bolsillos del pantalón y la mochila. Sin dejar de repartir, el Moro le habla a Marzán en voz baja:

—El «Baire» sale para Europa en unos días. Hay un marino que se lleva una carta mía para echársela por allá. Si tú quieres, haz un papelito y yo se lo doy. Fíjate que a la carne joven hay que darle calor —agrega con sorna, Marzán se rie con ganas:

—¿Mandarle un poquito del que hay aquí en un sobre? Nos vemos, Moro.

—Suerte.

La compañía monta en varios autobuses conducidos por angolanos y salen de los muelles. Atraveen la ciudad por avenidas amplias, modernas. Las gentes se paran en las aceras y les hacen la señal de la victoria con los dedos de la mano derecha. Llegan al edificio del aeropuerto militar por la parte interior, atravesando la pista entre aviones de diversos tipos a los que han pintado las siglas FAPLA en distintos caracteres y colores.

De un IL-18 de Cubana que acaba de llegar bajan camillas con heridos que trasladan a las ambulancias. Mientras abastecen la nave la compañía sube; no hay asientos y los soldados se acomodan sobre las mochilas. Marzán se queda de pie inclinado hacia una de las ventanillas.

—Saquen los cargadores de los fusiles; nadie los ponga hasta nueva orden.

El avión gana altura. En la luz del sol que muere los soldados ven allá abajo, muy abajo, campos trillados, carreteras que se entrecruzan, lagos unidos entre sí, manchas oscuras de bosques, el trazado imponente del río Cuanza. La noche se cierra sobre ellos en pleno vuelo. Del techo de la nave comienzan a caer gotas de agua por la condensación. Empieza a hacer frío. El avión tiembla, cae y se levanta como un potro castreño. El cristal grueso de las ventanucas que bate la lluvia se ilumina a ratos por el resplandor de los relámpagos. Para muchos de los integrantes

de la segunda compañía aquél es su primer viaje en avión.

Das horas más tarde y después de recorrer más de mil kilómetros, toman nuevamente tierra.

—Bajando y formando por pelotones, rápido —grita Marzáns.

El clima no es el del litoral; sigue lloviendo y el viento es frío. —¡Firmes! —ordena Marzáns. Las tres filas de soldados quedan inmóviles.

—Esta es la base Henrique de Carvalho —dice un oficial a quien la negrura de la noche no permite distinguir bien—. Desde este momento pueden considerar que se encuentran en el frente de combate.

Capítulo II

Capítulo II

Entre Henrique de Carvalho, la antigua base
séria portuguesa junto a la cual se levanta una
pobre ciudad de pequeñas casas de embarrada,
y Dala, la más avanzada población liberada,
hay cerca de doscientos kilómetros por buenas
carreteras que atraviesan decenas de quimbas
de casuchas de argamasa y paja, sin ventanas;
las oscuras aldeuelas poco a poco recomienzan
a tener vida al regresar sus habitantes de la
selva, adonde se habían refugiado huyendo de
los combates.

—Todas estas carreteras eran para sacar los
diamantes; la compañía de diamantes que ma-
nicheaba esta provincia y la obra —dice el cho-
fer cubano, mulato largo y flaco, que maneja
el Zil donde viajan los dos primeros pelotones.

—Lunda y Mexico. Así se llaman.

Sin dejar de manejar pone el pie izquierdo en-
tre el acelerador y se usa la bota del derecho
rascándose la planta contra el piso de la cabina.

—Los bangos me tienen loco —dice.

Por la ventanilla Marín observa la amplia li-
tura de vegetación rala y altas pastizales.

—¿Por aquí no hay selvas?

—No. Selvas, selvas, por aquí no he visto. Dicen que hacia adelante sí, pero ya no las he visto. Las que yo conozco están en Cahinda. Las del Mayombre. Por allí anduve ya en noviembre.

Arriba los hombres se vuelven hacia el lado izquierdo porque alguien ha visto un mono en la arboleda.

De noche llegan a Dala; acaban de asaltar una base de la UNITA varios kilómetros hacia el norte y es necesario ocupar el escalón de defensa más exterior del pueblo, en las casas abandonadas que fueron antes cuarteles del FNLA, por si la dispersión del enemigo los conduce en esa dirección. Comienzan a comer rápido una lata de sardinas por cada dos soldados, pero llega el jefe de Operaciones del frente y les dice que dejen aquello y lo sigan. La calle repecha junto a una sanja llena de piedras y yerbujos. Emilio tropieza y se le cae la mochila con los tres cohetes. —Esta es como la guerra de Morúa —le dice molesto a Arcebo, el jefe del segundo pelotón, que lo ayuda a recoger los proyectiles.

Las casas están agujereadas por los tiros y el cañoneo. A través del techo pueden verse las estrellas. El piso está lleno de escombros y por el olor se sabe que hay excrementos y algo podrido.

—Aquí tienen que dormir; hasta mañana que puedan hacer defensas. No enciendan. Usted, teniente, venga conmigo y un soldado que sirva de enlace. Mantengan siempre dos postas.

Muy a la izquierda, y como con orden, se oye esporádicamente un tirotes. Al fondo el pueblo festeja en una jinganguila, la multitud alrededor de una hoguera, zapateando mientras se acompaña con las palmas de las manos.

En un cuarto de madevas, anexo al almacén de suministros, el jefe del frente, un comandante de mediana estatura, seco, que aparenta tener de cincuenta años, recibe a Marrón sin ceremonias, como si lo conociera de siempre. Una linterna cuadrada de campaña, a la que le han quitado los cristales para que no concentre la luz, ilumina la habitación. Al centro una mesa sobre la que están los mapas desplegados; en un rincón la hamaca enrollada, la mochila y un AKA plegable.

—Usted no ha tenido tiempo de familiarizarse con el frente —dice el comandante— ni lo va a tener.

—La compañía está en condiciones de cumplir misiones combatives violentas; fue entrenada...

—Eso se verá pronto; por ahora no hay compañía; un pelotón, el que usted indique, quedará como seguridad de la jefatura; otro pasa a una de las unidades que ya existen; el tercer

ro, a su mando, quedará como le quiero indicar.

Habla pausado, sin levantar la voz y sin tono imperativos; dos arrugas largas le cruzan la cara, a ambos lados, verticalmente desde debajo de los pájaros hasta las comisuras de los labios. Marmón prende un cigarro y se da cuenta de que no ha pedido permiso; luego, mohino, deja la cajetilla y la fosforeta de gasolina en el borde de la mesa.

—Ayerche hubo una confusión en Saurimo. ¿Se enteró usted?

—Algo si debía antes de salir para acá.

—Una patrulla de cubanos se entró a tiros con las postas angolanas. Cuestión de contraseñas distintas, cambiadas y no avisadas a tiempo. Esta es una guerra bastante diferente a la que pueda haber conocido. Los FAPLA y la UNITA y el FNLA se visten igual y tienen las mismas armas y hablan igual también. Ahora mismo, si caminamos cuatrocientos metros, no podemos estar seguros, de primera impresión, si el centinela angolano es amigo o enemigo. Y si es contrario, él sí sabe que nosotros somos cubanos. ¿Comprende? Por otra parte no se guía por el volumen de fuego; en ocupar una posición cualquiera se gastan millones de tiros. Eso es válido para todo el mundo, aliados y enemigos. Cuando liberamos una ciudad los faplas se pasan dos o tres días disparando. Es parte de su manera de festejar; como un ritual o una

ceremonia, una imaginó ya. Es como si se embucharan con el ruido.

Detrás del endeble tabique de manera están cargando un camión de provisiones. —Rápido, que tenemos que llegar a Teixeira antes de que amanezca —grita alguien.

—En los angolanos se puede confiar, sobre todo si son guerrilleros, de los que llevan varios años peleando; son bravos.

Marmón dobla las piernas bajo el taburete y cruza los brazos sobre el pecho porque siente frío. El comandante toma un cigarro de la cajetilla y lo enciende con la fosforeta colorada en la mesa.

—¿No les ha dado todavía las raciones de guerra? —pregunta reparando en las cajetillas que no tienen el papel impermeable protector.

—No, esa acaba de llegar de Cuba conmigo.

—Caray —le da una chupada tan larga al cigarrillo que la candela se ve avanzar—. Aquí estamos a mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar; como decía en la Gran Piedra. Por eso hace frío aunque ahora es verano. Esto es como una meseta que comienza a levantarse después del Cuana.

—Perdone una pregunta. Usted hablaba de un pelotón que quedará conmigo.

—Allá voy. Fijese en este mapa, aunque no lo pueda precisar bien con esta luz. Ya lo estudia-

rá después. En cinco días comenzamos la ofensiva sobre Luno, esta ciudad aquí, que es la capital de Moisés y la más importante del este. La columna de Inchián baja de Tenzira en dirección sur-sureste. Nosotros directo al este; recto; a partir de aquí, del río Cassai. Hay varios problemas. Uno, cuando retrocedimos el mes pasado volamos muchos puentes; ahora que avanzamos, los que no volamos nos los vuelan ellos. Dos —el comandante iba enumerando con los dedos de la mano izquierda a la altura de la cara comenzando por el meñique—, hasta ocupar Luno, el centro abastecedor será Saurino, que va quedando muy lejos. Tres, en nuestro avance quedan bolsunas enemigas a retaguardia y esta, fíjese bien, Loma Cassai, hay que reducirlo antes de la ofensiva porque podrían desde ahí, un poco al sur, cortarnos las comunicaciones.

—¿Ponerlos entre dos fuegos?

—No tanto; pero hacernos pasar un sofocón; debe haber como quinientos hombres en esos cerros.

—Caramba, caramba —dijo Maraña y strajo haría si los mapas procurando precisar, sobre todo, a qué altura pudieran estar emboscados. El comandante se inclinó junto a él, indicándole con la punta del bolígrafo. —Su misión será desalojar Cassai y avanzar paralelo al río para de ser posible evitar la voladura del puente.

Ahí esperaba usted la llegada del primer escuadrón de la ofensiva.

Maraña se puso de pie sonriendo. —¿Me permite? —dijo ahora, y tomó los cigarrillos.

—Sí, cómo no.

—Parece que van a tener mucho trabajo los muchachos de mi pelotón.

El comandante se inclinó en el taburete hasta tocar la pared con el respaldo. —Liran tres compañías, dos de angolanos con sus mandos orgánicos y la sujeta directamente a usted formada por su pelotón y una unidad de katangueses. Usted será el jefe de la operación con un oficial de las FAPLA adjunto. ¿Claro?

—Buena, ya veremos entonces... ¿Cuándo salgo?

El comandante consultó el Rolex y miró por el ventanuco como extrañado de que no hubiese salido el sol todavía.

—Casi que ahora mismo. Recuerde, en cinco días en Puente Cassai.

—¿Pudieran darle granada al pelotón que vaya conmigo? Ofensivas solamente.

—Dígale al jefe de armamentos que se las dé. El jefe de operaciones se va a reunir ahora con usted y con los oficiales angolanos para las instrucciones detalladas. Ya así que solamente quería saludarlo.

—Gracias, comandante, gracias.

—¿Café?

—Buena.

El comandante sirvió de un termo y buscó des-
pués en su mochila.

—¿Un trago de ron?

—¿Coño!, me salva la vida.

Marzans bebió largo e hizo un buche final, como
si se enjuagara la boca, para mantener el sabor.

—Teniente, ¿usted por casualidad no era del
grupo de Daniel allá en Nicaro?

Nicaró, cerca de Levisa, entre Mayari y Sagua,
al norte de Oriente, en Cuba, más allá de Lusa-
da y el Atlántico.

—Un tiempo, sí; estuve con él allí.

—Se recuerda de una dinamita que Frank pi-
dió de Santiago.

—La sacamos del pulcorín; de los paquetes que
iban para Felton.

—Yo era el que trabajaba en el hullidorón; a
mí me la daban para tra-bordarla después, ¿no
se acuerda?

Marzans no sabe cómo decirle que no, pero des-
pués de aquellos surcos en el rostro y de aquella
mirada cansada por muchas noches sin dormir

estudiando a la luz de la linterna los mapas ho-
rrrosos, no logra desenterrar al muchacho de
veinte años atrás.

—Sí, sí, cómo no —dice inconvincente. El co-
mandante sonríe y le echa el brazo por encima
llevándola hacia la puerta.

—Si no se recuerda no tiene por qué no decir-
lo, teniente; en tantos años se cambia mucho.

Afuera han terminado de cargar el camión para
Texeira y un soldado, entre los haces de las
farms, hace señas al chofer indicándole cómo
cruzar el lodazal.

—Una última cosa. En lo adelante quizás esté
bajo las órdenes de oficiales jóvenes, que eran
niños en la época de que yo le hablaba.

—No importa; no hay problemas.

—Ojalá.

Se apretaron las manos.

Los blindados remontan la pica hasta el punto
desde el cual comenzarán el avance a pie. En
estos momentos, las otras dos unidades, de an-
golano, dejadas a dos y cuatro kilómetros res-
pectivamente, deben haber iniciado la marcha.
Vuelve a consultar el mapa. Nova Chave, Ca-
zajé, Luis, Lueta, Liao... Nombres indicando
una referencia sin para él etcétera, insonorizada,
sin gravidez, recorriendo el ámbito de una opera-
ción militar que comprende, que intelectualmen-

te entiende, pero que todavía no le ofrece cabalmente un asidero manejable, conocido. Y aquellos otros nombres sobre el plano atravesando mil veces por las venitas verdes de los ríos que ya él sabe, eso por lo menos ya sabe, son corrientes tumultuosas sin paralelo en las Antillas: Luango, Casambo, Casombo, Cuando, Culiango, Cunjamba. ¿Cuál será el tamaño de este rincón del mundo? Revisa de nuevo la disposición del frente en el mapa. La punta de vanguardia de una de las columnas cubano-angolanas en Dala, la otra cerca de Lumeje, el enemigo en Luso, objetivo inmediato de la ofensiva. Si se formara un triángulo aproximadamente isósceles situando esos puntos como vértices, Dala sería el superior, Lumeje el inferior derecho y Luso el izquierdo. Si se formara un triángulo... Mide con el lápiz sobre el mapa la distancia entre el punto en que se encuentran y el lado del triángulo que une a Dala con Luso, y traslada el resultado a la escala: setenta kilómetros al exterior, fuera del espacio contenido en la figura. Entonces comprende lo peculiar de su misión al margen del movimiento general de la ofensiva. En la práctica va a operar dentro del enemigo; no precisamente contra un bolsón quedado a retaguardia, sino en una zona lateral, en disensión, verdaderamente un saliente de la línea de frente enemigo.

«¿Como en Kurik?», pensó, y se rió de lo peregrino de la comparación. Ciertamente no se sentía mal ni desorientado y se sorprendió un

poco de ello. Era como si se reencontrara de pronto con una práctica conocida, familiar. El blindeado se detuvo de un fervoroso. Abrió la portezuela e indicó a los hombres que bajaron.

Luego de tomar Luso ¿cómo se conduciría la guerra? Era pensar más de lo pertinente y para él era una norma el no apresurarse; dejar que las situaciones se presentaran en toda su alcance para entonces actuar. «Mucha imaginación hace daños, pensó y quiso recordar la primera ocasión en que tal pensamiento se le había ocurrido; pero no pudo.

El BTR se mantendría en el cruce del camino con la pira, hasta el mediodía, en que regresaría a Dala cuando hacen ahora los Zila. Las tres escuadras de cubanos forman en la parte más elevada de la cuesta que conduce, pocos metros más allá, al inicio del monte firme. Los hombres están inquietos y hablan seguido, rien fácilmente sin motivo alguna, se repiten varias veces las mismas bromas.

Aroche, el jefe inmediato del pelotón, lleva el casco bien ajustado a la barbilla. Les habla a los soldados en voz muy baja, repitiéndoles las mismas indicaciones que viene diciendo desde días atrás: —Nadie tire sin orden; mejor no monten el arma si no se les ordena.

Repasa con la vista las filas de hombres incómodos con los arreos militares a que aún no se han acostumbrado, con las mochilas todavía demasiado cargadas.

—Aroche! —grita Marzans desde donde comienzan a organizarse los angolanos—. ¡fíjate si tu armamento va completo.

—A ver, por escuadra, tiro por fusil, por ametralladora y cobetes.

—Jefe, si decir en Dala que tembló en Santiago —dice Wilson.

—Ojalá no se haya raído mi raza —contesta Aroche—; que la dejé así en el suelo.

—Esas cosas debieran informárselas a uno —dice el sanitario, que ha sido el primero en intentar aprender portugués—, para no estar después entendiéndose la cabeza...

—El que vino aquí sabe que era a pasar trabajo...

—No es de trabajos, político; sino de cima esta la gente de uno.

—Es muy pronto para estar ya en esas preocupaciones.

Marzans ha encendido varios cigarrillos y después del último accióna varias veces la fosforera que no falla en ninguna ocasión. —Es mejor que la gente saque lo menos necesario de la mochila, haga un paquete y lo ponga el número afuera; que se los lleve el BTR. Ya se verá si se recoge después.

Cuando Aroche da la orden —sin abandonar las filas, ¿eh?—, nadie sabe qué es lo más necesario.

—Aparte de las municiones, la comida, el nylon, la capa y la colcha —dice Marzans—. Para mí, ¿no? Cada cual puede llevarse lo que quiera, pero que después no lo esté dejando por el camino.

—¿La hamaca, teniente?

—A nadie le aconsejo que duerma en el aire.

—En la tierra... en la tierra es más seguro —agrega el gallego.

—Pero, teniente, ¿y las serpientes?

—Qué serpientes ni serpientes. Ese es el mito de esta guerra, las serpientes.

—¿Entonces es mentira que hay serpientes y que muerden y que matan? —pregunta Formental con sorna.

—Ah, chico, si fuera así no habrías un solo prieto de estos —dice Wilson.

—Pero se puede llevar, ¿no?

—De llevar se puede —dice Marzans—, de usarla ya veremos.

—Yaya, ¿usted sabe algo del temblor en Santiago? —lo pregunta Aroche.

—La que he oído decir aquí a la gente.

Los angolanos forman al centro pero no se están quietos, jugando unos con otros, cantando y acompañándose con palmadas. Madruga, el jefe.

los llama al orden pero solo logra tranquilizarlos un momento.

—Son muchos jóvenes, jefe, y viven el momento de ahora mismo —le dice a Martins—; los quieros, la gente de aquí del este, es así; siempre están a linicar.

—¿Tú no eres de aquí?

—No, mucho más allá, del norte, de Uigo, de Nagaja, de la tierra del café.

—Ah, como la mía.

—¿En Cuba? Caramba, caramba.

Los katangués están algo apartados, tranquilos en su formación, sin impaciencia alguna, como gente acostumbrada a esperar. Casi todos tienen armas cortas además del fusil G-3, el arma regular del ejército portugués; visten uniformes casi destechos y solo algunos llevan mochilas, los más una simple bolsa o saco amarrado a la cintura. El jefe es un negro muy corpulento, como de cuarenta años, que llaman Pierre, vestido de camuflaje, con boina morada y un peine de madera de cuatro dientes muy largos sobresaliéndole de uno de los bolsillos de la camisa. Además del automático lleva al cinto una máuser moderna de cazador.

—Pregúntale si están completos —dice Martins.

Madruga le pregunta en francés y el katangués se ríe con una sonrisa amplia afirmando con la cabeza.

—Pregúntale cuántos son.

Pierre hace como que cuenta y luego contesta en voz alta sin abandonar su lugar.

—Dice que son ciento uno —informa Madruga—, pero siempre que Ud. le pregunte va a decir lo mismo —agrega riendo.

Un katangués lleva una larga cola de pelo seco colgando de la espalda; entre otras dos cargas una olla grande tapada con hojas como de plátano. —Fueche —dice Madruga —haciéndolo—, de mandioca.

—Llevo casi medio batallón, piensas Martins. —En realidad, teniendo en cuenta las otras dos columnas que han comenzado el avance —que el radiista le dice que sí, que ya han penetrado en la selva— son cerca de medio millar de hombres. Una operación mayor, se dice; luego se quita el abrigo y lo amarra con la tapa de la mochila.

—La liberación de la revolución —dice el catiniano simulando hablar en portugués.

Valodia

Valodia ya morreu

MPLA está en la luta

o Netu já chegou

Los saplas cantan con una melodía suave, triste; ya han dejado de jugar.

Jika

Jika ya matreu

Aroche descansa el fusil en el suelo y se apoya en él. Los katangués no se mueven y Pierre se ha virado varias veces a imitar a Marzans.

—Luna a Viento Negro. QTP. QTP.

Un helicóptero sobrevuela en círculos más allá de donde se supone la línea del río.

Marzans mira el mapa donde el punto en que se encuentra es solo una flechita roja apuntando hacia el monte oscuro y las curvas concéntricas a nivel; luego observa los cerros que se levantan casi en el arranque mismo de la ebana y el mapa se le desdibuja, se despersonaliza, como si aquel papel pintarranjado no pudiera decirle nada, como si todos aquellos trazos y manchas no fueran más que el resultado del juego de algún niño pequeño. ¿Qué se habrá hecho la confianza de hace un momento? La inseguridad lo empujérase hasta regresarlo a un sentimiento casi de adolescencia de desvalimiento.

—Vamos, Yayo, tira, que ya estás viejo —le gritó Solana en el entrenamiento detrás de la Sorapa.

¿Será verdad? Muchos años desde el último tira, se dice, pero sabe que colira todo le pesa aquellas quinientos bombas, blancas y negras, cubanas y africanas, que confían en él, que dependen de él, de lo que él diga, de lo que haga

o deje de hacer, de lo que sea capaz de adivinar o prever.

Pierre se ha virado del todo, de espaldas a su tropa, y mira un punto impreciso sobre el resplandor del amanecer. Aroche ha tomado de nuevo el AKA y ajusta el alca. Madruga es el único que le mira.

Ya Henda

Ya Henda ja matreu

MPLA está en la luta

o Neto ji ebegou

Siempre hay una línea cómoda, la de atenerse exclusivamente a lo indicado; la de no aventurar ninguna iniciativa; la de actuar de manera que siempre haya algún otro responsable; la de dejar, en última instancia, que la suerte de cada cual —de cada uno de esos quinientos hombres que lleva consigo— se determine por sí misma. Pero esa no es la línea que él ha aprendido y nunca ha sido la suya, ni en la clandestinidad, ni en la rebelión, ni en la lucha contra bandidos, ni en la producción. Y no la va a ser ahora, en esa tierra del fin del mundo.

Llama a Aroche, a Madruga y a Pierre, y les recuerda sobre el mapa la dirección a seguir y los detalles de la operación. Luego procura encontrar con ellos algunos puntos de referencia esenciales en el paisaje.

—Dame a Hodelin —le dice Aroche, al guajiro de Palma, a ese que siempre está entretenido mirando a los pájaros—, para que vaya de explorador con dos angolanos.

—Cubanos delante, katusques a retaguarda, angolanos al centro. Veinticinco metros cada peloton.

—¿QTP, QTP?

—Dile a Luna que salimos.

La exploración adelanta; a los quince minutos la siguen las tres escuadras de cubanos en fila india.

—Buena, negra, allá va eso —dice Formentel viendo, en voz alta.

—Allá va eso —repite Marzáns para sí mismo, pero se da cuenta de que Madasiaga, el jovencito huzcabete que está a punto de terminar el SMO, lo ha escuchado y le da una palmada fuerte en la espalda.

—Yo tampoco creo en serpientes —le dice el muchacho.

La brújula marca, alta ya la mañana, un rumbo este-sureste, en un ángulo cuya abertura los separa de manera creciente del eje principal de las operaciones de los ejércitos revolucionarios. De seguirse durante siete u ocho días esa tendencia, irían a parar a Manguai, mucho más al sur de Chicla, en la dirección de Lutuai, la

tierra del Cuando. Las tres pequeñas columnas, distribuidas inicialmente en un semicírculo de cerca de treinta kilómetros de extensión, irían acercándose en el transcurso de las jornadas de marchas hasta converger en el firme de los pequeños cerros, rodeando la aldea de Casani, donde el enemigo parecía haberse hecho fuerte, al mismo tiempo. Por lo menos ese era el plan, porque apenas comenzada la operación ya se había perdido la comunicación por radio con las unidades angolanas.

El enemigo podía escurrirse hacia el norte, por el otro extremo del semicírculo; en tal caso entraría dentro del dispositivo principal revolucionario y sería abatido sin ninguna dificultad; o podía intentar evadirse por el sur, cruzando el río algo más abajo de la línea de avance de la columna mandada por el propio Marzáns, con lo cual estaría retrocediendo en el sentido de sus propias posiciones, dejando de ser un peligro potencial para el curso de la ofensiva próxima a comenzar. Claro que también podía batirse a todo tranco y eso, presumió Marzáns, era lo que iba a suceder.

El ascenso era leve pero sostenido. Apenas se podía percibir al caminar, pero pasadas varias horas se sentía por el cansancio trazo de los músculos de las piernas y por la ligera dificultad en la respiración. El avance había comenzado en los mil trescientos metros sobre el nivel del mar; luego de cruzar una franja de monte de arbustos bajos como de seis kilómetros de ancho,

la pira se abrió a un brazo de pradera conagua y altos yerbazales; la persecución en aquel tipo de selva era fácil porque bastaba seguir los trillos; nada impedía abrirse paso entre la vegetación, pero tampoco podía evitarse dejar un sendero marcando el rastro. De pronto Mariano comprende la razón de una cierta extrañeza que cubren tamaño dentro de él en aquellas zonas que no hay sonidos de aves. Pierre se adelanta a su tropa al trotar y gesticula, junto a Mariano, sin detenerse, procurando explicarle algo.

—Dice que necesita municiones de G-3 —le traduce Madruga.

—¿Cómo, ahora viene a decirlo...

—Que él esperaba que usted lo supiera.

—¿Cuántos tiros por hombre tiene?

—Que apenas tiene... pero no sabe exactamente.

—¿Tu tienes G-3?

—Sí.

—Mira a ver en cuánto puedes amunicionarlo. Eso está cabrón ahora, viejo, cabrón; debíste haberlo dicho antes —le dice a Pierre, que parece haber entendido porque se encoge de hombros.

Según nacienden pueden precisar mejor la chana de yaba verde y amarilla, los conagamos oscuros, la línea terrona del río. Al mediodía, sin sentir apenas el sol del verano por entre el follaje, hacen un alto para almorzar. Los hombres abren las latas de carne a puerca o prenden candelas

para asar el maíz tierno. Entonces, a lo lejos, como un graznido, se escucha un ave; un solo canto. Luego tienen que apresurar la marcha para vencer en una jornada la distancia hasta el lugar señalado en el mapa para acampar, allí donde la curva de nivel marca los mil quinientos metros. Entonces, sin anochecer aún, y sin contacto por radio ni con el mando superior ni con las otras columnas que se internan como ellos en la selva, se distribuyen a ambos lados del trillo, en un amplio círculo, para pasar la noche: los katangués al norte, los angolares al sur y oeste y los cubanos al este, en la dirección supuestamente más cerca del enemigo.

Mariano manda apagar las fogatas que los africanos habían comenzado a encender. Hacia la izquierda suena un disparo y luego una ráfaga larga.

—Sin abandonar la defensa circular —gritó Mariano y corrió con Madruga hacia la posición de los katangués. Un poco más allá un soldado tembloroso seguía apuntando el cuerpo patrefacto de un ahorcado, con la carne de la cara abierta dejando ver los huesos, las costuras de los ojos vacías, y varias flechas clavadas en el vientre abombado.

—No le tires, que ya ese no lo necesita —le dijo Mariano bajándole el fusil de un manotazo. El katangués habla rápido, casi sin respirar.

—Dice que lo vio vivo y después del disparo estaba colgando —le explica Madruga.

—Dile a Pierre que no le den el arma hasta mañana.

Ya Pierre estaba allí, tranquilo, mascando la tripa de un cigarro cubano. El atardecer iba apresuradamente de vencida. Lejos, buscando el recordo de la chana dejada atrás, volvió a escucharse, una sola vez, el mismo gurruido. En pocos minutos todos estaban durmiendo, echados por el suelo sin más protección que las frías troneras de los arbustos, menos los katanguares, que tardaron en acostarse.

Los primeros disparos los sintieron al otro día algo más allá del final planeado para la jornada. No habían desayunado ni almorcado porque las angolanas habían consumido todas las reservas de comida durante la noche y Marzáns prefirió que los cubanos guardaran sus raciones de campaña por lo que pudiera suceder.

—Muitas feiras con fome, muitos aões; muito longe la vida con fome, chefe —le explicaba Madruga gesticulando amplio con las manos, recriminando con la vista a los saplas que no atinaban a organizar la formación.

—Bueno, pues a aguantar ahora; a comer mais crudo.

En el pelotón de cubanos, Wilson y Acosta protestan. —Si se la comieron se la comieron; pero nosotros no....

—Yo quisiera saber cómo puede ser esto así....

—La verdad, jefe, nosotros no tenemos la culpa.

El radiista avisó que escuchaba una señal. La avioneta repositaba no poder ver nada por el follaje, pero escuchaba a las otras unidades, un poco rezagadas, sobre todo la del centro. En Lima Casani había tenido que levantar por el fuego antiséreo. Luna advertía posibilidad de equipos perdidos en manos del enemigo.

En vano Marzáns buscó en el mapa, en sus vertiente o en la opuesta, caminos por donde hubieran podido pasar carros de guerra o artillados.

—Dile a Luna que estamos sin provisiones de boca. Que si puede lance mañana.

—¿Pero y hoy, jefe? —preguntó Wilson.

—Lo que se encuentre en las matas.

Entonces los exploradores se cruzaron a tiros con una avanzada. La columna se desplegó sin poder capturar a nadie. Allí mismo distribuyó los hombres en una defensa circular amplia, aprovechando las últimas horas de luz solar para cavar los fosos; para las trincheras de comunicación no alcanzó el tiempo.

Marzáns se sentó fuera de su agujero para que el radiista pudiera instalar su equipo en él.

—Procura contactar con las otras unidades.

—Parece que están en longitudes distintas....

—Búscalos.

El enemigo hostigaba sin mucho empeño; tirando a bulto, sin acercarse demasiado.

—Todavía no están seguros de lo que puede estar pasando —dijo Aroche.

—Da en clave que a las cinco de la mañana se despliegan hasta tocarnos. Que vamos a atacar.

—Eso es lo fijado —dice Madruga—, ya ellos lo saben.

—Por si acaso — da la clave.

Al filo de la medianoche empezó a llover fuerte y cesaron los disparos. El agua se metía por entre los nylons y el borde de las fortificaciones y al poco rato bastaba también de las paredes de las pozas inundándolas. Aroche, arrastrándose, fue de fosa en fosa. —Que nadie salga.

—Teniente, esto está del castijo; sin comida y con esta agua.

—No se puede salir.

—Si no chaga aquí es culpa suya —dijo Wilson en broma.

—Ahorita amanece.

Marzáns fue a revisar las posiciones de los angolanos y katangueses. Debajo de un nylon, sentado contra un árbol, Madruga fumaba.

—No hay problemas —dijo riendo y con acento cubano—, en África no se juega con esta lluvia.

Marzáns se acó las manos en los bolsillos traseros del pantalón y encendió con dedos un cigarro.

Hodelin contaría después que el combate había comenzado a las nueve de la mañana, cuando a Relámpago, uno de los angolanos que había estado con él durante dos días en la exploración, algo le abrió la cabeza desde las cejas hasta la nuca, regándole los sesos por la hierba.

—Yo no sé qué arma pueda haber sido.

—Una explosiva de ametralladora pesada —le explicaba Aroche.

Las tres columnas desplegadas, a diez metros de separación entre hombre y hombre, debían rodear la cima en una semicircunferencia de cinco kilómetros, pero antes del amanecer sólo habían podido enlazar la de Marzáns y la contigua; la del extremo norte, a todas luces, estaba demasiado resagada.

A las cinco a.m. Marzáns cambió la disposición: situó al pelotón cubano al centro, en lo que suponía sería el golpe principal, a los angolanos a la izquierda para facilitar el contacto con la otra columna, y a los katangueses a la derecha, en dirección al río.

La balacera fue dispersa durante casi una hora; luego el fuego se hizo cerrado, con ráfagas constantes de ametralladoras pesadas que fijó a los cubanos al suelo hasta que el avance envolvente de los angolanos les permitió lanzarse a la ca-

corta, sin dejar de disparar, hasta el limpio donde finalizaba el bosque. Entonces los morteros de 50 y 60 mm y los cañones de 75 del enemigo comenzaron a golpear los árboles.

Sin que se hubiera acabado, Marzáns, tendido, cambió el cargador de su AKA y comenzó a disparar con balas incendiarias, concentrando el fuego sobre los techos de las primeras chozas de la aldea, que cogieron rauda enseguida. Luego, como francotirador, procuraba hacer blanco en las pequeñas figuras que corrían, apenas un poco más alto, sin la protección de los árboles. Era, lo había comprendido casi de inmediato, un combate cómico. La tardanza en utilizar la artillería le hacía prácticamente inútil. De haber comenzado a tirar en el momento en que lo hicieron con las ametralladoras, otra hubiese sido la cosa; pero ahora sólo podían dañar si ponían las piezas en cero y eso, parecía, no sabían hacerlo.

—¿Vamos al asalto, jefe? —preguntó Aroche, sin levantar la vista de la linde del bosque. Las granadas seguían explotando muy atrás, con mucho ruido pero inofensivas.

—No; no hace falta.

—Si nos coge la noche...

—A pesar de eso... perderíamos muchos hombres; el combate no está maduro todavía y perderíamos muchos hombres.

Madruga llega sacstrándose: —Chefe, ¿saltamos o seguimos rodeando?

—Manda que la otra columna rodee desde bien atrás; que no se preocupe por entrar en combate sino en rodear viniendo desde atrás. Aquí se jode esta mierda.

Las granadas empiezan a explotar todas sobre la derecha. —Van a romper —dice Marzáns y casi se incorpora—. van a romper por el río.

Madruga gesticula impaciente: —Por los tiros saben donde están los cubanos.

Entonces Marzáns terminó de comprender: ¿qué hubiese distribuido las escuadras! Huelin grita desde el extremo: —¡Los katangueses ceden, van cediendo!

Marzáns salta y corre encorvado hacia la derecha seguido de Madruga: —¡Aroche, cúbreme; la tercera escuadra conmigo!

Por entre el ruido de las explosiones le grita a Madruga: —Si los katangueses retroceden se van a meter debajo del fuego de la artillería.

El grueso del enemigo hace por salvar el brazo de ciénaga que lo separa del bosque en dirección al río. La tercera escuadra dispara casi de pie, obligándolo a dispersarse por toda la charca. Entonces las ametralladoras que cubrían la retirada los descubren y tienen que regarse por el suelo buscando los desniveles del terreno.

Marzáns queda en una pequeña hondonada junto a un repecho, apenas cubierta por un endeblo

parapeto de tierra y hojas que desmenuan las balas. Se acuesta lo más pegado posible, estando con la cara que se hiere una mejor hendidura, procurando que cada parte de su cuerpo se introduzca en la tierra, porque sabe que lo tienen localizado en la mirilla de la calibre treinta que le quema la camisa sobre la espalda. Madariaga, desde arriba de la cuesta, disparó el lanzacohetes contra el nido enemigo. Algunos pedazos de este cayeron junto a Marzins, que en vano se burla en los nidos para sacarle el ruido de la explosión.

Las dos columnas de angolanos flanquean la cima continuando la persecución. Los katangueses regresan y avanzan rápido sobre la aldea desde la cual todavía parten algunos disparos. El combate entra en sus finales y casi no hay forma efectiva de ordenar; la gente se mueve por sus impulsos propios.

—A la tropa tuya que no pierda contacto —le dice a Madruga—; que tomen la base de la loma pero que no avancen más allá.

Marzins se quita la camisa y Wilson le exprime un tubo de pasta de dientes sobre la piel que comienza a ampollarse.

—Enterramos toda esa piltrafa, ¿eh? —pregunta Aroche.

—Sí, mejor la enterramos —dice Acosta.

—Es mejor así; de verdad —dice Marzins y comienza a covar.

Los techos de paja de las casuchas continúan ardiendo en la cima del peñoncillo cerro, formando una nube de humo maloliente que el viento, en su variado gradiente, lleva sobre el monte, a uno y otro lado. A ratos las llamas bajas originan remolinos de pequeñas ascuas que van chisporroteando, con una crepitación como multitud de pequeñas explosiones, por encima de la sabana cenagosa, a morir en los otros salientes del bosque.

Después se echan al final del descampado, donde apenas llega el humo por la dirección en que sopla el aire. Sin embargo, antes del alba los despierta el vaho de la pudrición. —Mucha humedad —dice Aroche. Los hombres se lavan en el agua encharcada, recogen las capas soviéticas en que han dormido, secan las armas húmedas por la condensación; algunos, de espaldas al grupo, secan.

En tres columnas, a 1 km y medio de separación, comienzan a bajar el cerrito por la ladera opuesta a aquella por donde han subido. Antes del mediodía la izquierda de los angolanos topó con un grupo, rechazándola en menos de veinte minutos de combate. Al poco rato, por el centro mismo, tropezaron otra vez, pero el enemigo apenas resistió, lanzándose a la carrera paralelo a los katangueses, que hacían fácil blanco rodilla en tierra.

Cuando la avioneta comenzó a volar en círculos cada vez más bajos y más estrechos, las colum-

nas se detuvieron sin orden alguna. Las cajas de comida enlatada rayeron del lado de los katangueses, que en un instante las recogieron y las trajeron hasta donde estaba Marzáns, quien ordenó repartirlas sobre la marcha, sin detenerse de nuevo.

Hodelin adelanta ya junto a una pareja de angolanos, por la planicie llena de lagunas que conduce al río. —Vamos andando —dice Marzáns y la fila se va organizando poco a poco, esperando cada escuadra su turno. Ahora ha puesto a los katangueses al frente, los cubanos al centro y los angolanos a retaguardia. El radiista mantiene la comunicación con Luna y con las otras dos unidades.

A mitad de la salina Hodelin se detiene y hace señas con el brazo izquierdo como si entrara el aire verticalmente con él; luego continúa. Los katangueses, al poco rato, rompen la formación desviándose a la izquierda o a la derecha, para restablecerla enseguida. Entre la hierba, casi flotando en el fango espeso, está el cadáver de un hombre pequeño, de piel acanelada, algo grueso. —Es un chino —dice el sanitario.

—Es un koisán, de los del sur; hay algunos aquí en el este —dice Madruga.

El cadáver está cortado como por una sierra a la altura del bajo vientre, pero la parte inferior no aparece por toda aquella.

—No sé si que hubiese alguno de ellos con la UNITA —dice Madruga.

—¿Y las piernas? —pregunta Marzáns.

El muerto está boca arriba, y el sol alto del mediodía le hace brillar los ojos abiertos y los dientes superiores asomados entre los labios apenas con color. Madruga no contesta de inmediato.

—Yacaré —dice sin convicción, como una posibilidad; la columna entera, que no ha dejado de caminar, se estremece con un ligero temblor como si de pronto hubiese batido un viento frío, que alejase y estremeciese también a las otras dos unidades que marchan a distancias regulares y que llevase por toda la sabana el olor a corodrito.

—Yacaré que sólo le come las piernas —dice Marzáns incrédulo mientras registra los bolsillos del cadáver y guarda sin revisar los papeles que encuentra, en la bolsa de los mapas.

La exploración espera ya en la orilla del río.

—Ahora es cuando es —dice Wilson.

—Si cruzamos pueden decir por ahí que Yayo Marzáns, de Dos Caminos y Botija, se ha vuelto loco —dice Lucio.

—Yo no creo que ustedes deban... —empieza el político.

Hodelin comienza a arremangarse los pantalones.

—¿Tú crees que esto esté muy hondo? —le pregunta Marzáns.

—Abi hacia el centro, donde hay como un remolino, debe ser más bajo; como una rampante —dice Hodelin.

—Prueba; si se puede, pasa.

Hodelin se mete en el agua que le llega a la rodilla en el primer paso, solo, porque los angolanos que hasta ese momento le han acompañado se hacen los desentendidos. Marzán comienza a disparar en ráfagas cortas sobre la corriente paralelo al avance de Hodelin. Aruche comprende y hace lo mismo; a poco las tres escuadras de cubanos protegen el paso del río por el explorador. —Nunca había visto espantarlos así —dice Madruga y comienza a tirar también. Antes de alcanzar el centro del cauce, el agua le llega casi al cuello. —¡Oye, vuelve! —grita Marzán, pero en el centro del remolino Hodelin comienza a ascender y llega por encima de un pedregal sumergido hasta la otra orilla.

—Ahora todos.

Las tres escuadras se tiran al mismo tiempo levantando los fusiles para que no se mojen. Madruga ata una soga al saliente de una roca y los sigue; cuando llega a la orilla opuesta, recosa la soga y la amarra a un arbusto. Algunos angolanos y katangueses se meten también en el río pero la mayoría cruza, pulcando, colgados de la cuerda, y encogidas las piernas para no tocar el agua, uno a uno.

—Están impresionados con el yacaré —explora Madruga—; si el río no cubra su presa no se lanzan.

—¿Cómo?

—Si no muere uno en el agua primero. Son muchos años de fome, jefe; mucha hambre la mudo. Ahora es que está a amanecer.

A las otras unidades de angolanos se les manda que no crucen, que marchen paralelas al río hasta divisar el puente y se detengan entonces.

—Pero que esperen que se les avise para comenzar a caminar —agrega Marzán.

Llama a Aruche, a Madruga y a Pierre; traza sobre el mapa una línea recta que une los extremos del arco que forma el río entre el punto en que se encuentran y el puente no velado aún por el enemigo.

—Por aquí voy a ir —explora—; pero tiene que ser rápido y sin llamar la atención. Con poca gente. Voy con los cubanos y una escuadra de angolanos. El resto sale tres horas después que yo y avanzan hasta ponerse a la vista de los que están en la otra orilla. Entonces siguen juntos hasta ver el puente. Cuando lo vean, repiten el inicio de la ofensiva.

—Perfecto, perfecto —dice Madruga meditando—. Puede conseguirse. Claro que yo voy. No puede ser de otra manera.

Pierre ha ido hasta donde están sus hombres y regresa metiéndose algo en los bolsillos. —Dice

que también viene —explica Madruga. Aroche va dándole en clave la información a Luna para que ajusten el tiro reduciendo el riesgo de ser abatidos por la artillería propia.

—Vamos a atacar ahora mismo; no vamos a parar en toda la noche.

El avance en línea recta los lleva dentro del monte firme. —¡Coño, Yayo, estás en la retaguardia del enemigo! —gritan por el radio desde el puesto de mando y él no logra reconocer la voz. «Mejor para mí que sea así», piensa.

—Favor autoricen tomar objetivo transmitido por clave —dice a través del transmisor. Silencio. Luego una voz apacible que cree familiar. —Merzans, bajo su responsabilidad; y cuenten y cinco minutos después del inicio de la preparación artillera.

—Entendido; de acuerdo.

Los lanzamientos de los RM precipitan el amanecer cuando ya ellos están a menos de quinientos metros del puente que no ha sido volado aún; agazapados en la selva sienten las explosiones varios kilómetros dentro de la profundidad del enemigo. Manda a una escuadra de cubanos y a la de angolanos a posesionarse sobre una curva de la carretera cerca del puente. Luego se acuestan hacia arriba de cincuenta metros.

—Ahora a saltar —dijo Merzans sin emoción alguna. Madruga fue el primero que se puso de pie disparando. En unos minutos liquidan la de-

leosa enemiga junto al puente, mientras el político, que había sido sapador, desactiva los cables de las minas de la orilla derecha, pero no le da tiempo de hacerlo con las de la izquierda. La haw opuesta del puente, la más cercana al avance del ejército revolucionario que empieza a moverse, vuela, pero sólo arques la estructura de acero, haciéndola rozar el agua sin destruirla del todo.

—Por lo menos los hombres podrán pasar caminando —dijo Aroche mirando por los prismáticos. A sus espaldas el resto de la pequeña tropa hace las pobres defensas contrarias, obligándolas a retroceder hacia Buzoro. Pero ya esa población, casi a las puertas de Luao, comienza a ser batida por la columna de Inlán que desciende desde Texeira, en la frontera con Zaire.

En la cuneta de uno y otro lado hay casimones y algunos jeep abandonados. Wilson se monta en un Diamond maderem y lo enciende sin dificultad. —Dile a Luna que mande mecánicos en la avanzada; que hay carros que pueden echar a andar conguido.

Hodelin destapa el tanque de la gasolina y mide con una rama. —¿Para cuánto da? —pregunta Merzans.

—Como para diez kilómetros —dice.

—Pudieramos llegar...

—No tenemos órdenes —comienza a decir Aroche—, no sabemos lo que puede estar pasando.

—No vamos a esperar toda la vida —dice el chino y Aroche lo mira serio, incómodo de que inter venga en una conversación entre oficiales.

—¿Estás seguro de que da para diez kilómetros?

—Y un poco más.

—Tampoco tenemos gente, Aroche. Apenas somos veinte entre todos. El resto de la gente se nos ha ido alante y esa es nuestra unidad. Hay que alcanzarlos.

Se sube al capó sobre el motor y Aroche en el pescante; Madruga en la cabina con la puerta abierta. —La ofensiva hay que aprovecharla mientras esté produciendo —dice Marzán y Aroche lo escucha con dificultad porque ha hablado contra el viento y el camión corre a más de sesenta kilómetros; pero se da cuenta de que esa es la verdadera razón.

Antes de llegar a Buzaco el ruido del combate los detiene y se despliegan a ambos lados de la carretera. —Nunca había oído una cosa así —dice Wilton silbando entre dientes.

Es un sonido único, compacto, sin espacios vacíos, como el de un río en creciente que estuviese despeñándose. Marzán adelanta hasta tropezar con un puesto médico. —¿Dónde anda la jefatura?

Un enfermero blanco, alto, lo mira como si hubiera dicho algo totalmente absurdo. —¿Quién

diablos va a saber dónde está? Por la entrada de Texeira, o de Biula, o por el puente del Luso.

—Paticorto está por la parte de atrás de la iglesia —dice alguien y le señala hacia el fondo del pueblo.

Paticorto, pequeño y delgado, sin casco, apenas lo escucha cuando se le presenta.

—¡Político!, dile a la gente nueva que pueden correr cuando yo lo haga pero que yo no voy a correr si no es palante. Que le sueten sin miedo el pellejo a los cahones esos.

Inclán llega en un jeep a la carrera y se lanza sin que termine de detenerse.

—¡Paticorto, como, que no tiren tanto que vamos a llegar a Luso sin balas!

—¡Comandante, yo he estado cuatro veces en África; aquí la guerra la gana el que más ruido haga! ¡Déjeme, déjeme, que yo tomo Luso a como sea!

Casi frente a ellos un cohete contrario hace blanco en un BTR-50 que venía en la misma dirección que el comandante, que se incendia enseguida; Paticorto e Inclán corren hacia el blindado y abren las escotillas pese a las llamas.

—¡Sigue tú con la operación!

—¡Déjeme, comandante, que ahí va mi jefe de artillería!

Martín logra sacar uno de los cadáveres antes que el fuego comience a hacer explotar las municiones dentro del equipo y tengan que apartarse: dos sanitarios y varios soldados llegan corriendo con extinguidores.

Por un momento Inelán y Puticosta se quedan en silencio uno junto al otro.

—Político, dile a la gente nueva... —repite en voz baja.

—Ya está dicho.

Inelán va hacia el jeep y pide comunicación con la columna del jefe del frente, que ya cruzó por el puente a medio volar. Mientras habla no aparta la vista del blindado que sigue ardiendo como una antorcha.

—Ese que usted sacó era como un hermano del comandante; desde la guerra en Cuba —la dice el político.

Entonces Martín reparó en el pequeño hombre, blanco en canas, que hablaba pausado, encendiendo un minúsculo cabo de tabaco. —Vamos hacia esa unidad que usted dice que trae —agregó.

El ruido del combate se iba alejando. Caminaron sin tomar precaución alguna, salvando los cráteres de las granadas de la artillería y las minas, hacia donde Aroche aguardaba con el pelotón de cubanos, la escuadra angolana y Mdruga y Pierre.

—Mejor es que espere al jefe de frente, pero vamos a llegarlos hasta allí; de todas maneras tengo que ir. Ya a esto aquí le queda poco. Falta Lusa, pero será mañana porque seguro vuelan el puente. Siempre lo vuelan. Como nosotros cuando tuvimos que retirarnos. Ahora nos toca avanzar y no vamos a parar hasta Zambis. ¿Sabe usted dónde queda? Yo tampoco, pero no vamos a parar hasta allí. Los dos son comandantes, pero Inelán es el jefe; están alterados por lo de Caifuche; los dos son bravos.

—¿Caifuche?

—Nos mataron once hombres; remataron a los heridos y exhibieron sus cosas por los quinombos. Un pelotón de exploración que se alejó demasiado y se atampó, en lugar de regresar como se le había ordenado. Allí mismo los enterramos. Yo mismo los enterré e hice el croquis de dónde están para poder sacarlos dentro de dos años. Es una suerte que hayamos recuperado todos los cadáveres. Con sus chapillas. Y es extraño porque los sudafricanos pagan en dólares las chapillas de cubanos. Hubo que enterrarlos en sacos de nylon. Cada uno con su chapilla en la boca para facilitar la identificación después.

Durante un rato caminaron en silencio; luego el político se detuvo. —Permitáme presentarme: Antonio Bustillo, de Cárdenas; de la Textilera de Cárdenas; desde noviembre estoy aquí.

—Orlando Martínez, del tecnológico de Río Frio, cerca de Guantánamo.

Se estrecharon las manos.

—Ya sé quién es usted. Desde el primer momento lo reconocí. Yo era sargento mayor en la compañía que usted mandaba en el Focushay, cuando la limpió, por el valle del Huanilla, allá por Manicaragua. No, no, pero no haga esfuerzos. Si no se recuerda no hay problema. Aquí somos dos. Dos iguales a todo lo de más. Luchando por lo mismo. Como siempre. Mire esa gente que está ahí debe ser su tropa

Capítulo III

Esteban dobla en dos el nylon verde olivo alcanzado por el cabo de la escuadra y se lo amarra un poco más abajo del cuello para dejar las manos libres y el AKA cubierto desde el cargador hacia atrás, no así el cañón apuntando hacia los prisioneros sentados en el suelo en la pequeña habitación al extremo del antiguo almacén portugués, uno junto al otro, delante del mostrador. Son nueve y no están atados. No hace falta, pues ha revisado antes de entrar en la guardia las dos ventanas claveteadas con largos listones de madera dura.

Fueron cogidos anocheciendo ya, mientras vigilaban dispersos, agazapados en el bosque, las acecos del camino que conduce a Lusa y los angolanos piensan que pueden tener información sobre las fuerzas enemigas en la ciudad. Todavía no han sido interrogados porque el comandante cubano espera la llegada del jefe de las FAPLA. En el umbral de la puerta, Esteban ha encendido una lata mediana de combustible que esparce una luz vacilante, imprecisa, por la brisa y la llovizna cayendo a veces dentro de ella.

La empuja con el pie, un poco más hacia dentro, acercándola a los prisioneros.

Uno le pide un cigarro y se inclina a gatas sobre la llama que casi le quema la nariz y la barba al encenderlo. Varios soldados angolanos vienen a mirarlo y les dicen que no tengan miedo, que el MPLA no asesina como ellos a los prisioneros. Otro pide entonces, por señas, que lo deje ir a orinar.

La orden es que lo hagan allí mismo, del lado de atrás del mostrador, pero Esteban retrocede dos pasos, se coloca en el único ángulo posible de huida, y le indica que salga y se apoye en la pared, dándole la espalda, junto a la puerta.

Más allá, un poco a la izquierda, donde se encuentran los camiones con los equipos de comunicación, se escapa un tiro de G-3 que arranca una gruesa astilla de madera a la altura de la cabeza de Esteban que grita. —¡Quietos! —avanzando hacia dentro porque los prisioneros se incorporan y algunos hacen por lanzarse sobre las ventanas cerradas y aun sobre la puerta misma. Alguien, en la oscuridad, ha dicho que desarmen a ese que se le fue el disparo, que estuvo a punto de mandar al piso a la posta. Esteban se da cuenta entonces de que había montado el arma y que la llama apenas sobresalía del borde de la lata.

Sacó la bayoneta de la funda y la colocó de un golpe en el cañón del fusil automático. Silbó

largo después, llamando al cabo para que le trajera más petróleo.

Molina llega sin capa ni nylon porque los dejó extraviados en el último camión en que avanzaron por la mañana cuando éste regresó con parte de la compañía, luego de recibirme desde Buzzen la información sobre el enemigo entrando de nuevo en el poblado dejado atrás por la ofensiva y que los médicos y los heridos, a tiro limpio, apenas podían contenerlos.

Molina se pega a la pared, protegiéndose con el alero, y le dice a Esteban que han acortado la guardia en una hora pues se espera salir poco después de media noche y todo el mundo debe descansar un rato. Sacó de debajo de la engastada una caja de cigarros con cubierta de papel impermeable y le brinda uno; prende el suyo en la llama de la lata, levantándola con cuidado por el fondo, y entonces la claridad se proyecta hacia atrás, hacia el entablado donde se secan algunas hojas de tabaco y una larga mancuerna de frijol grisáceo, que le trae a Esteban de pronto, quizás porque no hubiese reparado en ellos antes, un leve recuerdo de tierra arada. Por un momento los prisioneros han quedado totalmente en la oscuridad.

Molina es el segundo elemento de la escuadra y el más joven. En algún lugar ha encontrado una extraña figura tallada en madera y ahora se sienta en la puerta, sin preocuparse de los presos, y la pone en el suelo para que Esteban la

pueda ver bien; de una cuarta de largo, ennegrecida, en la parte delantera un hombre a punto de caer sosteniéndose sobre los brazos extendidos, levantada la cabeza sobre un cuello fino y alargado, transformándose luego, a la altura del pecho, en un monstruo con el costillar como dientes entrecruzados y un lomo filoso de oscuras á-pera- montadas unas sobre otras, terminando en una cola de reptil doblada hacia la derecha, algo más abajo del resto.

—No sé lo que es —dice Esteban.

—Parece un pez —dice Molina—, pero no tiene aletas.

—Pudiera ser.

El agua cayendo del saliente de zinc, empapa las botas.

—¿Vosé conoce qué significa esto? —pregunta Esteban a los prisioneros, como familiar, mezclando portugués y español.

Uno se saca y observa; los otros miran desde donde están. Luego se ruecan de nuevo al mostrador negando con la cabeza. Alguno dice algo en quimbo, pero ni Esteban ni Molina entienden.

—No crea que pueda dormir ya.

—Para lo que falta.

Delante del almacén, del otro lado del camino, junto a los jepsa del Estado Mayor, un pelotón de angolanos vigila.

—Anoche no se durmió tampoco.

—Isidro está al lado de Aroche; dijo que lo despertaron. Mañana hay fiesta.

Los angolanos han comenzado a cantar, en voz baja, una melodía monótona, trística.

—Temporo tienen sueño —dice Esteban.

—Prestame el nylou, anda.

Esteban se lo quita y siente de pronto el frío de la lluvia porque no lleva abrigo. —Hace rato salió la exploración —dice—; volvió encogida.

—Detrás de mi mochila hay café —le dice Molina cuando ya se va, dando trompeta, tropezando en la penumbra por los desniveles del terreno.

Entre los soldados del pelotón apiñados buscando calor, sobre las espas mojadas todavía, Bento, el angolano que los acompaña desde Biula, le hace espacio.

Esteban apoya la cabeza contra los cargadores del fusil. La reja del arado abre un surco que crece cada vez más acercándose hacia él y luego el surco se llena de un torrente precipitado de donde brotan largas espigas de maíz formando un bosque tupido, antes de que la cabeza del pez sin cuerpo se sumerja entre ellas, en un claro remolino de espumas que se calma en torno a un rostro apergaminado por la pudrición que unas pequeñas figuritas de madera con ojos bei-

llantes desoran ansiosas, empujándose unas a las otras, lamiendo el esqueleto blanquísimo que en golpe pulveriza y la voz de Bento llamando —comatada cubano, camarada cubano— y la roja del arado que vuelve removiendo la tierra con un limpio olor a primavera y Wilson que habla allá de que lo llamen y la mujer que se le aleja sonriendole y el jefe de pelotón gritando: —Vamos, rápido— cuando el suelo desaparece inundado por el agua.

Entonces a tientas buscando el AKA apoyado en la pared y los tres cargadores de repuesto y a tientas palpando el piso hasta hallar la bayoneta y la cantimplora y a tientas rellenando los bolsillos con los doscientos cartuchos y encontrando la granada entre las botas y revisando el gancho de la espoleta en la camisa y a tientas doblando la capa y el nylon empapado que a tientas le alcanza Molina y sacando del casco a tientas el paquete de cigarras que envuelve en el sobre plástico y la caja de fósforos que se desbaca en las manos y la lata de chocolate que será su única comida en todo el día.

Luego, tropezando, tropezando en el camino enfangado, ennegrecido por las luces de todos los carros de la columna, hasta subir por las barandas húmedas del camión que ya terminan de cargar con explosivos, cuando el chofer empieza a maniobrar para sacarla de la cuneta cenagosa mientras el jefe de la compañía grita que se apuren, que esa no es una movilización para el corte de caña. Más tarde, cerca del puente derri-

bado, ordenan que el camión pase adelante; en el río los bulldozers han construido un talud, en un vado estrecho, sobre dos tubos anchos de fibrocemento a través de los cuales el agua sigue corriendo. A partir de ahí a pie, flanqueando el camino desplegados entre la maleza, hasta alcanzar el cuartel enemigo en las cercanías de la ciudad que la observación indica como abandonado.

La compañía se lanza de los camiones y cada una de las dos primeras pelotones cubren cien metros en línea a cada lado, dejando otros cien al centro que ocupa el tercer pelotón, marchando un poco atrás. El resto de la columna esperará mientras tanto. Cuando comienzan a moverse dentro de la corriente, las luces de los reflectores con que trabajaban los ingenieros se apagan.

Al aclarar el día, la formación se ha reagrupado en la parte derecha y el segundo pelotón tiene que avanzar casi a la carrera para emparejar su línea de fuego con el primero y el tercero y empujar de ese lado al enemigo que se repliega dispersándose por las construcciones de las afueras de la ciudad, entre las naves de zinc del cuartel y el aeropuerto. Desde allí disparan pero sin orden, a ballo.

El mando del batallón anuncia que la columna se pone en marcha de nuevo y que comenzará la observación aérea para fijar el fuego de la artillería.

Las dos avionetas sobrevuelan en círculos a gran altura y una de ellas desciende en picada luego sobre la pista del aeropuerto pero tiene que levantar enseguida por las ráfagas de ametralladoras pesadas. Preguntan por radio a la compañía si han podido precisar desde dónde disparan y contestan que no. El aviador dice entonces que va a repetir la operación, que se fijen bien. Viene en dirección este-oeste, ocultándose en la luz naciente, bajando más ahora; le disparan con flechas pero el piloto se da cuenta de que uno de los cohetes persigue al avión sensibilizado por su calor y asciende en línea recta primero, como si buscara incrustarse en el cielo, gira en sentido contrario después, descendiendo por último, fuera ya del alcance de las antiaéreas, en pirada y con el motor apagado para que el proyectil se pierda buscando el sol.

El comunicador recibe la orden de desalojar al enemigo del aeropuerto y el tercer pelotón recorre el kilómetro y medio que lo separa de la pista sin encontrar a nadie y antes de continuar le indican que se poseione allí mismo, que no siga avanzando, pues en siete minutos comenzará la preparación artillera.

Se riegan entre los hangares agujereados por cañones anteriores, los restos de vehículos, la pluma delantera, la sombra bajo los árboles cercanos al camino que comienza a ser carretera o avenida asfaltada, evitando siempre el edificio central del aeropuerto.

Para Bento la figura de madera es un yacaré devorando un hombre, pero Molina no comprende cómo, si se la están comiendo, puede tener esa expresión de placidez, de tranquilidad.

Wilson llena la cantimplora en un tanque de agua amarilla y grasosa. El yacaré cuando come carne de gente no vuelve a comer otra cosa y la carne de gente se convierte, allá adentro del yacaré, en piedras de diamantes. El abuelo de Bento, que era él mismo, como él mismo es su padre, sólo cazaba yacarés que hubiesen devorado personas, allí, en aquella parte donde el Zambeze forma un arco penetrando en la Lun-da, y en las cabezadas tumultuosas del Lungu-bungu. Los portugueses cazaban yacarés para encontrar los diamantes, pero siempre, después que los mataban, encontraban solamente piedras.

Isidro cuenta los segundos que median entre el estampido de los BM al salir de las rampas de lanzamiento y el de la explosión del proyectil: quince, veinticinco, treinta. —Están bombardeando la profundidad, a 19 ó 20 kilómetros —dice.

Wilson y Acosta discuten si los cohetes múltiples pueden ser disparados sobre la marcha y le preguntan al jefe de escuadra: —Pueden; pero casi nunca se hace porque resienten al camión —responde Isidro.

El jefe de pelotón avisa que se preparen, porque escucha el ruido de los motores de los tan-

ques y deben continuar el avance junto a ellas, limpiando los flancos. La orden corre entre las escuadras.

Se despliegan a los lados de los T-34, avanzan atrás, siempre a más de quince metros de ellas para evitar la onda expansiva en caso de que dispare el cubón.

Bento y Molina marchan juntos: —¿Cómo se sabe cuándo un yacaré tiene diamantes?

—Cuando ha comido gente.

—Pero cómo se sabe cuándo ha comido gente?

—Por una herceta que tiene en los ojos.

La torreta gira levemente a la izquierda y el cañón de 76 milímetros dispara sobre unos caseríos con techos que huyen por la cresta del lomerío del otro lado del pueblo; la tierra se quiere abrir y una bocanada de aire caliente huye los yerbales. A la entrada de la ciudad, la parte de la columna que viene de Lumejo y se dirige atravesando el pueblo a las fortificaciones en la salida hacia Gago Coutinho, que todavía resisten, le saludan desde lejos levantando los puños cerrados.

Ella dañan a la derecha, parateles a la línea férrea, a limpiar los matorrales de las afueras y ocupar el cuartel de paracaidistas junto a la quebrada del Luena en la base misma de una sierra baja pero muy escarpada. Desde ella, y

desde dos construcciones chatas en el bajío, hostigan con fuego nutrido.

—Vamos a acchar esto ya de una vez —dice el jefe de compañía y ordena avanzar protegidos por la arboleda de frutales aprovechando que descienden, mientras los 82 milímetros se desplazan para desalojar las laderas de las lomas. Molina y Bento, entusiasmados, se adelantan cargando como al asalto y Aroche les grita que mantengan la formación, qué diablos se piensan ellos.

Cuando registran los muertos en la explanada de secar el café, la primera escuadra regresa del cuartel de paracaidistas, el cabo cargado de cachivaches y con un saco mediano de frijoles, hablando de la cabeza de un hombre decapitado encontrada en una de las barracas y del fuertecito a muerto podrido junto a la estación de bombeo allí donde el remanso del río forma como una playa tranquila.

Ahora, desplegadas en un frente de un kilómetro de largo, a ocupar desde el ramino de Cangumbe hasta la hondouada, sin penetrar en el terreno quebrado. Entran en la sombra agradable del bosque; los mangos picados por los pájaros, regados por el suelo, calman la sed y dan fuerzas; van marcando los lugares para abrir los pozos de tiradores a siete metros uno del otro, dibujando un semicírculo que se extiende hasta las posiciones de los katangueses. Dentro del

monte también penetran los carros que arrastran la artillería.

Molina tira el casco al pie de una palma baja con dátiles grandes, morados, y mira el vuelo pausado de un ave imponente que se le antoja águila con las alas abiertas. Entonces un poco más atrás estalla una mina bajo la rueda de un ramión y cuando Molina se vira rápido a mirar explota otra donde apoya su pierna derecha. Marzáns corre, seguido de Isidro, cagándose en la madre de todos los santos, que no se mueva nadie, que están en medio de un campo minado, hacia Molina que se revuelve en la yerba zala abrazándose a un muñón sanguinolento por donde sobresale el hueso.

Los tapadores vienen a la carrera gritando también que nadie se mueva, pero las minas plásticas hay que localizarlas a punta de gancho y ya los hombres salen pisando donde lo hacen previamente Arorbe y el político.

Bento se quita el uniforme para que no acuesten en el polvo caliente del camino a Molina que pide con voz muy baja que le traigan, por favor, su AKA: alguien, sin comprender, hace por dárselo, pero Bento lo aparta con el pie y Molina sonriendo dice que es sólo porque no soporta el dolor.

Marzáns grita que dónde carajo está la morfina y el sanitario no atina a terminar el torniquete y las inyecciones se han perdido en algún lugar del fondo de su bolso, cuando llega la ambu-

lancia que lo trasladará, a toda la potencia que pueda el motor entre los canarros que se prenden del chasis, hacia el punto médico en rotaguardia. Pero Esteban sabe que es por gusto, que en Huzaco tendrían que safarle uno a uno los dedos engarrotados, cerrados sobre los palos de la ramilla de campaña como si ellos también fueren de madera.

Isidro dice que hay que abrir los poros y las sanjas de comunicación porque desde el lomerío comienzan a tirar con grueso calibre.

Bento, brillándole la piel por los rayos del sol en su cenit, hiende la tierra con furia, como si abriera el vientre del yacaré para arrancarle de sus entrañas los diamantes.

Sobre las cinco de la tarde pasa todos los días el tren cañero hacia el rayo, unido a la tierra firme por una lengüeta de tierra hecha por los americanos, donde está el ingenio. A esa hora todos los muchachos del barrio amarillo, junto a los grandes talleres y los de la Güira, están esperando, dispersos por el campo abierto donde los domingos juegan pelota los equipos de la Hatuey y de la Compañía, o a lo largo del empolvado camino de los Canoas o del Rondón, el momento en que atraviese, sin disminuir la velocidad que trae por el descenso desde el lomerío de Los Ángeles, la bola de hierro que es la 112, bufando y echando candela, por la longanisa de vagones cargados detrás. Cuando es la curva del hospital se escuchan los largos pi-

tazo de la locomotora, los muchachos hacen apuestas sobre cuántos carros puede traer hoy, doce, quince, hasta diecisiete le han contado. A ambos lados, al final del tren, vienen al galope los dos guardajurados de la United azotando con los largos foetes a los que se enciman a los vagones para tizar de las cañas que sobresalen, aun a riesgo de que la velocidad del cañero los arrastre bajo las ruedas. ¿Qué insensato impulso puede empujar así al peligro, salvo el sentimiento de inmersión en lo asombroso, en lo desconocido, en lo imposible? Quizás los niños carezcan de la idea de lo imposible, aun cuando el guardajurado persiga a cualquiera de ellos, chasqueando en el aire la punta del látigo, hasta obligarlo a esconderse en el tubo del alcantazillado —allí donde no puede meterse el caballo— junto al pequeño puente donde conversan los jamaquinos viejos.

El recuerdo llega así, de pronto, aun cuando desde hace rato sales que anda dando vueltas por allá adentro. De golpe y a bulto, mezclándose los de un tiempo con los de otro. El recuerdo del sonido de la campana de mano tocada por la maestra anunciando la salida a las tres de la tarde; y del olor del humus en la punta de monte por detrás de los campos de golf de los americanos; y de la corbata desanudada y guardada en el bolsillo de atrás a la carrera para jugar pelota; y de las luces encendiéndose en la avenida sobre el cauce seco del río; y del mostrador lleno de monedas de la fonda de los chinos; y de tu padre llevándote al parque in-

fantil para que te lancas de la canal más alta. Ya lo buscas, ya haces el esfuerzo por remontar el recuerdo corriente arriba y te vas a ti mismo mirando por la rendija de la pared de madera los árboles del patio doblados por los ramalazos del ciclón, y más atrás aun, deslizándote de los brazos de tu madre al suelo donde no te puedes poner en pie.

La carencia de la idea de lo imposible. ¿Cómo nunca antes se te había ocurrido pensar así? Y es ahora, en esta perdida aldea del este de Angola, delante del gentío de viejos con las carnes aguanadas y de mujeres con niños raquíticos en los brazos que esperan por el médico cubano que aún no ha regresado de las primeras avanzadas.

Todo el recuerdo, confuso y de una sola vez. De aquellos que cogieron el rumbo de donde no se vuelve más, y el de Estela, y el de Clara.

En la tienda abandonada, de mampostería y zinc, se ha alojado la tercera escuadra, malajando las cubetas de barro y techo de paja, sin ventanas, del musseque de las afueras de Luao, adonde debían de haberse metido por aquello de dormir detrás de las fortificaciones.

Pero la diferencia era mucho con solo cruzar la calle sin asfaltar, entre aquellos escondrijos amontonados unos sobre otros como un hormiguero a través de los cuales apenas circulaba el aire que no lograba disipar el acre olor a fruta descompuesta, a sudor de muchas vidas que era

como emanación de sus paredes y de sus pisos de tierra, y la construcción confortable, aceptablemente limpia, de un edificio comercial que, a juzgar por los letreros en las puertas exteriores, había funcionado como centro de recaudaciones de la UNITA hasta el último momento.

Hasta Conejo y los otros dos astilleros del 75 con la dotación angolana se mudaron con ellos conviniendo una guardia doble, de dos horas de duración cada una junto al cañón. Sobre la parte del mostrador, que a todas luces servía para la venta de pan, el político del pelotón, que esta semana está con ellos, ha colocado sus cosas. En las habitaciones del fondo se han encontrado varios bostidores que trasladan hacia el amplio salón delantero que Isidro y Wilson baldean con el agua que Manico, uno de los angolanos del 75, les trae. Acosta se acuesta en una cama en una dependencia contigua y dice que mañana va a hacer durafrios de pira cuando Esteban termine de arreglar el refrigerador de luz brillante.

Están cómodos. En pocas horas se crea un ambiente de satisfacción, casi de boga, y un como deseo de permanecer allí, sin tener que moverse, durante un buen tiempo. Lucio ha encontrado una gavita con fotos al parecer de una familia de colonos portugueses, con escenas de una boda, de una comunión, de un baile de disfraces en carnaval; el gallego lee acostado un libro que se llama *O maro cruaz* y a ratos traduce las descripciones del Atlántico que los otros comen-

tan a partir de sus propias impresiones, y las peripecias de algunos de los marinos ingleses caídos por el submarino alemán.

Los angolanos de Conejo han traído frijoles y arroz y carne en lata de la zona comercial abandonada de la ciudad y cocinan todo aquello variando varias latas de aceite español, con el cual frien también un racimo de plátanos conseguido por trueque con los katangueses. Después hiervén agua y hacen un jarro de café instantáneo y el jefe de la escuadra saca varias cajetillas de Partagas de la reserva que viene haciendo desde hace tiempo. Al fondo, en el extremo de uno de los estantes, Isidro deja un quinqué encendido para facilitar los relevos de guardia sin molestar el sueño, que la lluvia repiqueteando en el techo de zinc hace más profundo, de los que aún no les toca la posta.

Por la madrugada, con el nylon sujeta por debajo del cañón, Aroche viene a avisar: —Preparen en cinco minutos con todo listo para partir.

Caminan de prisa dentro del muelle, aturidos por la lluvia, hasta allí donde el barro de chozas se abre al simple deacampado junto a la línea de ferrocarril. Las otras dos escuadras del pelotón son un montón de sombras encapuchadas que esperan por ellos.

—¿Ya están todos? —pregunta Matzama desde la oscuridad.

—Todos —contesta Aroche.

—Buena. Por decisión del mando ustedes pasan a otra unidad. En definitiva vamos todos en la misma dirección, así que ya veremos. Seguro que ustedes no tienen preguntas, ¿no? Ya tampoco respuestas. Así que andando.

Se detienen junto a las chozas iluminadas con faroles de petróleo cerca de los camiones cargados ya con escuadras de angolanos que cantan canciones de guerra. Frente a las paralelas del tren comienzan a alinearse los blindados. La lluvia no amaina. Aroche viene y les dice a los hombres. —Cada escuadra en una de esas chozas.

Los nueve soldados no caben dentro de la choza y tienen que pasar la noche, sin quitarse los capotes ni los abrigo empapados, sentados unos junto a los otros. El político se echa el nylon encima y se acuesta afuera, en el suelo mojado, bajo la lluvia.

Al amanecer los BTR ya están ocupados por otras unidades y no parece que haya sitio previsto para ellas. Aroche va hasta el nuevo jefe de compañía. —Aquí no se pueden quedar, monten como sea —les dice.

El pelotón se fragmenta montando como pueden, a la carrera, en los blindados que comienzan a andar.

Los dos hombres llegan junto a la hoguera como si la noche les hubiera puesto allí de pronto. Están de pie, descalzos, observando las llamas,

apretando cada uno su arco contra el pecho. Isidro, inclinado sobre las brasas, los mira desde abajo y les extiende luego un jarro con café. Alguien les ofrece cigarros. Han llegado por entre la floresta, guiándose por el resplandor del fuego y el instinto de la selva que los ha conducido hasta allí evitando los centinelas. Son magros, con la piel muy arrugada sobre los huesos de la cara, uno de ellos blanca la cabeza envainada.

—¿Dónde dejaron las armas? —pregunta Esteban, gesticulando con las manos, señalando su propio fusil.

—No vienen a entregarse —dice Isidro y vuelve, siempre inclinado sobre la candela, en el jarro protector de la cantimplora un poco de arroz con pescado que luego les ofrece. Los hombres se llevan ansiosos la comida a la boca con las manos, devorándola a puñados, sujetando los arcos con los antebrazos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Vosotros queréis hablar con el jefe cubano en angolano? —les pregunta Isidro, pero los hombres no hablan portugués—. Avisenle al informativo —agrega.

El campamento está en la unión del matorral con el bosque, bastante firme allí, en la enrejada de caminos, uno hacia Cangamba para donde se dirige la columna buscando la espesura de las márgenes del Lugebungo, otro hacia Gago Cau-

timbo, detenido el batallón que marcha por él por los dieciocho puentes volados por el enemigo. Les da a unirse allí, cerca de la Zambú. En la tierra muerta de los sureños de más, han abierto los pozos que cubren con los caballetes formados con los nylon. Algunos, a pesar del frío, prefieren dormir en hamacas entre los árboles. Hace nueve días que están allí.

Kiluanje, el jefe de la exploración angolana que ha pasado ahora a la contrainteligencia, les dice a los hombres que se sienten en un tronco quemado echado cerca; él permanece en cuclillas y habla despacio, en voz muy baja, casi en un susurro.

Los dos hombres lo escuchan atentos; a veces lo interrumpen, separando los brazos indicando medidas; uno se pone de pie, camina de espaldas hasta el otro lado de la hoguera, regresa dándole un rodéo, doblando el cuerpo en cada pasada, marcando con el pie descalo, sin dejar de hablar. Luego se sienta de nuevo y comienza otra vez a comer.

Kiluanje se acerca más a la fogata indicándole a los hombres que se fijen bien; ellos se inclinan hacia delante. Kiluanje, con la punta de una terna, dibuja sobre la tierra en la parte más iluminada por el fuego, en trazos gruesos, un camino, ríos, varios círculos. El hombre de pelo blanco completa el dibujo con el dedo, hablando rápido mientras Kiluanje asiente con la cabeza.

—Su gente nuestra —dice Lucio aunque no ha entendido el dialecto en que hablan.

Kiluanje le da la mano en las tres posiciones angolanas, primero apretando la palma, luego el empalme del pulgar, por último la palma de nuevo, y le pide al jefe de la escuadra que les den algo en que puedan dormir. Después se va hacia el Estado Mayor.

Lucio les trae dos rapas y quiere llevarlos hasta su hueco y el del cabo pero los hombres prefieren dormir junto a la candelera porque hay más calor.

Desde lejos, en la dirección de Luso, se ven acercarse los faros de un carro que por la distancia parecen dos pequeños insectos fosforescentes.

—Vienen a millón —dice Lucio.

Después de la última emboscada hace unos días, a diez o quince kilómetros de allí, en que volaron una ambulancia con un RPG-7, los transportes corren a la máxima velocidad posible para dificultar el tiro de los enemigos.

En la bifurcación de caminos el carro aminora la marcha y toma el de Cangamba, perdiéndose a la luz detrás de los primeros árboles. Por un rato todavía se escucha el ruido del motor.

Bento habla el quimbundo y sabe qué conversaron Kiluanje y los dos hombres.

—San ganguelas, vinieron para acá, para el este, después de Caripande. Están con nosotros desde la primera guerra.

Uno de los hombres se muere dormido en el suelo y acerca demasiado el rostro a las bombas que chiפורrotean casi encima de él. Isidro baja los traxones con la bayoneta.

—Se escaparon de un campamento de la UNTA. Van a llevarnos hasta allá.

Hacia un extremo el político toca una guitarra que ha logrado salvar durante toda la campaña y canta bajito una canción antigua. La luna, aunque oculta por el cielo nublado, esparce una luz clara que forma mil espectros diferentes al colarse por entre el follaje tupido. Poco a poco los soldados se meten en sus agujeros, dejando el fusil apoyado al extremo que mira hacia el monte, envolviéndose en las mantas para protegerse de la brisa fría que comienza a batir.

Isidro se acuesta en la hamaca sin quitarse las botas, con las piernas afuera; todavía estará despierto un buen rato. Uno de los ganguelas, sin despertarse, busca a tientas su arco y se abraza a él. En el punto más cercano al camino de Cangamba alguien monta guardia. Sería relevado cada dos horas.

Buen temprano el Zil de suministros, con la ametralladora 7,5 sobre el trípode atornillado a la parte posterior de la cama, reparte medio jerru de chocolate claro por hombre.

La tercera escuadra de Arorbe, que tiene como jefe a Isidro, para la operación de hoy es anexada al pelotón de Oueira el pinareño. Van en camionetas quince kilómetros más allá de los talleres de los blindados hasta el pilote que marca el número 176 de la carretera, junto al puente algo hundido al centro por la voladura de su base pero que aún resiste el paso de los vehículos.

Oueira, ancho, pequeño y fuerte como un miura, da al pelotón cubano las voces de firmes, distancia y descansan. Luego explica. Van a internarse treinta kilómetros en profundidad dentro de la selva procurando copar la base enemiga desde donde se supone han hecho los ataques sobre la carretera. El orden es la primera escuadra de su pelotón, la tercera de Isidro y la segunda de su pelotón. La voz de fuego se descentraliza, pueden darla los jefes de escuadra.

—Iremos delante seguidos del pelotón de angolanos y el cañón 75 sin reculada de dotación mixta. Dos lanzacohetes por escuadra. ¿Alguna pregunta?

Alguien quiere saber si pueden llenar las cantimploras en el río antes de partir.

—Pueden, en cinco minutos.

Después reparten las latas de sardinas, una por persona. Entonces Veloso, el jefe de compañía, sin mandar formar las unidades, dice que desde el este, mucho más lejos de nuestros mis

avanzadas posiciones, vienen peinando en una operación conjunta 22 compañías de las FAPLA: —Nuestro movimiento es un movimiento auxiliar, para cerrar el cerco sobre el enemigo entre el Lucusse y el golpe principal de ataque.

El Lucusse, que es afluente del Mulondula, que es afluente del Luena, que es afluente del Zambeze, que desemboca en el Indico.

Salvan los pebazales altos junto a la carretera y se ven rápido las pequeñas colinas antes de descender por encima de gruesos plantones de hierba que se hundien al pisarlos dentro del agua poca profunda, hasta alcanzar un sendero más agujereado y resbaladizo cuando los cinco soldados de la exploración, donde van Bento y uno de los ganguetas, adelantándose como de doscientos metros, llegan ya a la chana.

Detrás de la última escuadra viene, turnándose los hombres, el cañón sin reculada ni rastros sobre cañuto y el resto del pelotón de angolanes. Sus soldados que han estado toda el tiempo detrás de las líneas enemigas. Guerrilleros contra los portugueses, continuaronlo siendo en la última guerra, operando en el territorio ocupado por la contrarrevolución hasta que el avance de las FAPLA llegó hasta ellos. Ahora, por primera vez, se mueven como una unidad regular en un terreno donde han vivido durante años.

He amanecido sin nubes y el sol es un disco rojo que no molesta mirar. Poco a poco el haz que sale se vuelve más y más tupido, a la dere-

cha el Lucusse cuesta mano, un mucho ruido, por una planicie húmeda formada a ambos lados de su cauce; cada cinco o seis kilómetros se abis hacia la izquierda en brazos enanagos, como trochas de mangüas pantanosas sin vegetación alta, que interceptan el paso. La marcha es descuidada, agradable. Estaban arranca una hoja grande donde sola gusanos alineados muerden al mismo tiempo devorándola pareja.

El primer cruce de la chana no es muy difícil, saltando salva el estrecho zanjón por donde corre un torrente algo profundo de un agua oscura, gruesa, que algunos dicen es materia vegetal descompuesta y otros petróleo. Después las botas se llenan de agua al caer el fango oculto por la yerba compacta sólo abierta a raras para formar pequeños lagunales donde crecen hongos anchos, grisáceos y verdes, de larga pedúnculo los hilones.

En el borde del terreno firme hay desprendimientos de gas que parecen neblina. —Los estamos viendo —informa la exploración—. Todos saben lo que esto quiere decir. Los tres cubanos, el de Holguin, el de Jobabo, el de Mayari y los dos angolanes, han visto una huella antes de la ciénaga y la han buscado de nuevo hasta descubrir la saliendo del lodazal cincuenta metros hacia el Lucusse y otra vez la tropiezan retomando la pista principal. Con esto es suficiente; ya lo están viendo.

En el segundo paso el 75 sin reculada se hunde y la dotación tira que sumergirse para separar el cañón de la cureña y sacarlo por piezas hasta el Loque del lado opuesto. Después, minutos lo arman, procuran sacarlo y engranarlo al pido porque ya es media mañana y hay que avanzar más de prisa. La exploración, que se pesa junto al árbol partido al medio, con el cañón montado afuera, por una explosión reciente de obús, se impacienta porque las huellas, dicen, son más frescas ahora.

Sin embargo, el camino se enmaraña convirtiéndose en un trillo apenas visible cruzado por las ramas de los árboles de uno y otro lado y el guineal es mucho más alto que un hombre y hay que tener cuidado para no perder de vista al compañero que marcha delante en la columna.

Por lo después la pradera pantanosa apretada de nuevo, pero ahora, hacia su centro, es un verdadero aflente del Lucusse solamente salvable a nado. Así pasa la exploración, desarmada, y luego corta un árbol que, apoyado en la orilla molediza, intenta llegar hasta el otro tronco que coloca la primera escuadra del lado opuesto. Sin embargo, que la entre ambos un espacio de algunos de dos metros, en el medio de la corriente, que hay que ganar saltando.

—Preparados a entrar en combate —dice el lanzacohetero de la escuadra delantera que ha dejado a la salida de la tembladera para pasar

la orden o indicar el sendero a seguir—. A diez metros un hombre da otro, rápido.

Hay dificultades para el cruce del cañón y es necesario esperar. Los hombres aprovechan, dispersos en la arbolada, procurando mantener una formación de posible defensa, para echarse en el suelo porque ya el cansancio comienza a sentirse.

Veloso, impaciente, llega hasta la escuadra de vanguardia. Nadie ha avisado a la exploración que ha seguido avanzando. —Oncira, alguien de prisa que la detenga; ya debe de andar como a un kilómetro.

Esteban bebe café de un pomo que lleva el sanitario en un espacio vacío en una pequeña mochila para los medicamentos de primeros auxilios. Muy al frente y a la derecha, hacia lo que se supone sea la margen del Lucusse, ráfagas largas en un tirateo cerrado. La vanguardia ha topado con el enemigo y está separada, demasiado separada, del resto de la columna.

Veloso se pone de pie de un salto y a gritos manda que se desplieguen en dos alas con el sendero como centro sin esperar nadie a formarse en sus escuadras.

—Como están, en formación abierta, sin cruzarse unos con otros, caña, a la carrera.

El cañón vuela entre la maleza arastrando hejucos y manigua enredados en sus dos pequeñas

ruedas, la distancia angolana llevándolo casi en peso.

Estaban corriendo primero encorvado, sintiendo cómo las balas golpean alta sobre el ramaje, pero luego continúa esquivado porque le duele la espalda y no avanza lo suficiente, procurando protegerse del árbol aquel, como a cincuenta metros, al que se acerca zigzagando y deja atrás en un instante y entonces tiene que avanzar desbarrando el maniguazo que le rompe las mangas de la camisa y le tajan la piel de las piernas los arborescencias espinosas que apenas lo cubren y sigue corriendo, acercándose a los tiros que ahora suenan casi delante, sintiendo el desamparo de un bosque que ha dejado de ser alto, que ha dejado el muy cabrón de ser tupido de árboles pequeños y delgados por entre los cuales se al enemigo que se repliega buscando cubrirse y entonces dispara, con la imprecisión del impulso, hasta que siente que el mecanismo del fusil golpea en seco y tira al suelo el cargado vacío buscando el que lleva apretado a la cintura con el cinturón, volcándolo de un golpe, volviendo a disparar sin detenerse, oyendo al cabo de escuadra que grita: —En combate, la columna en línea sin rezagarse—, y los angolanas: —¡Comaradas, comaradas, aprisa, comaradas!— adelantándose, pasando a su lado, corriendo más rápido, dificultándole el tiro porque se atravesaban delante guíandose siempre por el sonido de los últimos disparos, procurando emparejar con ellos pero al caso que golpea en la cabeza y el fe-

el que pesa demasiado y hay que mantenerlo sujeto por el cargador para mejorar el equilibrio, cuando suena del lado izquierdo, muy cerca, tremendamente cerca, una ráfaga y las balas se burlan delante de él y entonces se lanza al suelo y desde allí vuelve a disparar, con miedo de darle a algún compañero, pero ya el cabo llega tropezando con las raíces que casi lo tumban y ordena fuego cesando a la izquierda porque ha visto que es el enemigo que procura salirse de ese lado y de nuevo a la carrera con el sudor quemándole en los ojos y haciéndole rebalar el dedo en el disparador y la correa del fusil que cae del hombro y se enreda entre las piernas como las riendas demasiado largas de un caballo que fuese al galope y el aire que no quiere entrar en los pulmones porque el que está adelante no quiere salir y alguien —Cabo, que tiran desde atrás—, y el cabo gritando, —No tiren desde atrás, emparejen la formación— cuando llegan a la zanja que nadie había visto todavía y hay que saltar sobre ella, disparándoseles a algunos el arma al caer del otro lado, donde la bojuquera se enmaraña en las botas antes de pasar por sobre los tablones quemados de un quimbó incendiado quien —cabo cuando y el fuego del enemigo es más intenso y un angolano se detiene un poco delante y lanza una granada, en una parábola alta, que va a explotar casi justo a la chana. Los fragmentos, con un zumbido de abejas, agujerean las hojas de las ramas más bajas.

El Lucusse se ha dividido en dos y la chana es en chana sino río también. Al centro continúan el tiroteo pero es casi enteramente de este lado sobre el grupo acorralado contra el agua. Uno se lanza a la corriente y apenas alcanza a dar dos brazadas. El resto, amarrados, se retaguarda cuando ya la candela del campamento se levanta por encima de las copas de los árboles.

Oneira llega del recodo donde confluye un río con el otro, diciendo que algunos lograron bajar por la espesura. Le quita el cargador a su AKA y hace saltar el proyectil de la recámara.

—Si no nos hubiésemos detenido los habríamos cogido a todos —dice.

Veloso está sentado en el suelo escudriñando con los binoculares el lado opuesto del Lucusse que corta la pica por donde se ha avanzado.

—Esa es una posibilidad —dice—; la otra es que nos hubieran emboscado el cañón si se quedaba atrás.

Oneira mira también la orilla opuesta: —Haberlo dejado con algunos hombres.

—¿Para atacar con cuántos después? —pregunta Veloso—. ¿Y para cruzar este río cómo?

Porque todos comprenden que el enemigo ha sabido posicionarse bien. En la confluencia de los dos ríos, en la Y que forma un caudal con el otro, el campamento verdadero situado seguro del lado de allá de la intersección, oculto en el

monte entre las planicies cenagosas de la derecha y la izquierda, con todo el bosque firme detrás que llega hasta la frontera a cientos de kilómetros de aquí, con un punto avanzado a guisa de descubierta del lado de acá, para que se tropiece con él en caso de asalto, tal como acaba de suceder.

Oneira abre el mapa y consulta la brújula. —Debemos haber caminado como 25 kilómetros —dice. Kiluanje se acerca con las manos en los bolsillos traseros.

—Están allá, del otro lado, y son bastantes.

—¿Por dónde avanza el golpe principal? —pregunta Oneira.

—A encontrarse con nosotros sobre el camino de Cangamba —dice Veloso inclinado sobre el mapa en el suelo.

Emplazan el cañón en tiro directo apuntando sobre la ribera opuesta. —Cuando tú quieras —dice Veloso al jefe de exploración—. No hay que decirle que se la va a jugar. El enemigo puede esperar a que entren en el agua, que no se sabe qué profundidad puede tener, para limpiarlos sin que el resto de la tropa pueda hacer algo.

El de Mayari se acerca a la orilla y reconoce al fango que cede hasta mitad de la pierna; después camina hacia la derecha hasta encontrar un paso algo más rocoso.

—Tres descargas de cañón en dirección hacia donde van a salir —dice Veloso.

La exploración se mete en el río con el agua casi al cuello, llevando los fusiles en alto. El de Mayari delante, resbala y tiene que hacer fuerza para poder pararse de nuevo sin soltar el arma. La columna completa espera que en cualquier momento comiencen a disparar del otro lado.

Los estampidos del 75, más que escucharse, se sienten por las vibraciones del cuerpo. Kilmanje fuma agachado. —A ellos no les van a tirar —dice—, van a esperar por nosotros.

La exploración llega ya a la otra orilla, muy apretados entre sí. Veloso manda entrar en el río por escuadras, siguiendo el mismo camino, esperando cada una, para cruzar, la llegada de la anterior.

—Vamos a pasar nosotros primero —dice Kilmanje y bordea con los angulanos la chana de cientos metros más abajo y luego comienza a vadear.

—Vamos nosotros también —dice Veloso y entra en la corriente con la primera escuadra.

Cuando el enemigo abre fuego sobre el pelotón angulano, el cañón cambia su dirección y dispara con alza algo elevada porque las posiciones contrarias parecen estar apartadas de la orilla. Con la cubierta de fuego de los angulanos que chocan

de frente, la explosión, la primera escuadra y del 75, las otras dos escuadras cruzan juntas.

La exploración reforzada adelanta quinientos metros y regresa diciendo que el Lucuse da un giro impidiendo el paso en línea recta. El mapa está equivocado. Veloso explica a Kilmanje que a diez metros un soldado del otro, torciendo hacia la izquierda, se peinará el monte hasta la salida de Cangamba.

—La noche nos coge seguro —dice Kilmanje—, mejor mezclar a los cubanos con los angulanos.

Una escuadra recruza el río para proteger el cañón que avanza, a todo lo largo de la orilla del afluente, manteniéndose a la misma altura del grueso de la columna hasta que ésta, por la misma dirección que lleva la corriente con relación al camino, se una a ella.

En el campamento enemigo abandonado, sobre una parrilla de troncos algo levantada del suelo, abierta, como puesta a secar, Esteban encuentra una biblia en portugués, en papel grueso y letras grandes y en un formato como de expediente notarial.

—Aquí había algún cabecilla importante —dice. El jefe de compañía no comprende de momento.

—Alguien que sabía leer y que acostumbraba leer la Biblia. En portugués. Y que la trajo hasta aquí —explica Esteban.

Veloso la hojea con cuidado para que las páginas humedecidas no se rompan. Llama a Kilmanje

para que lea los pasajes del Apocalipsis marcados con tinta azul que el agua ha corrido emborrinando un poco los renglones. Por la candela es el campamento una cobra salta de un árbol al suelo y un angolano la descabeza con la pequeña hacha de astillar madera que le cuelga de la cintura.

—Hay tribus que esperan por la llegada de un rey —dice Kiluanje.

¿Un rey? Un ohamba nuevo que los conduzca a la guerra de iniciación, a la gran ceremonia de rapiña sobre los vecinos, al convite de ganado y marufo y aceite de palma y mujeres envueltas en el unto grasoso de la leche de vaca, a la gran circuncisión de la tribu sobre los vientres abiertos de los contrarios, y las entrañas cocinadas con la carne de los cabritos y la sangre de criaturas degolladas; un ondhai que invocase a dios, que fuese dios mismo, que nadie pudiese ponerle la mano encima y fuese siempre respetado por el fuego porque él sería el propio fuego y como tal dirigiera la mano de los suyos para dominar siempre sobre los otros, los suyos que llegaron una vez del desierto de los macuises a Zanzibar, del nacimiento del Zambeze a la muerte turbulenta del Zaire en el mar, trocando esclavos por aguardiente y pólvora.

El sol vuelve a ser un disco rojo que puede mirarse sin molestar la vista. Lejos, hacia el este, en donde ya es de noche, se sienten explosiones espaciadas como de morteros.

—Están tropezando por allá —dice Oneira.

Comienzan a marchar de nuevo pero despacio, por el cansancio. Kiluanje, muy alto y delgado, camina delante con los brazos pegados a los lados y las palmas abiertas vueltas hacia abajo, como si estuviese sintiendo las pulsaciones de la tierra o del enemigo. —Avancen sin problemas —dice y casi se llega a la linde de la chana—. Disparen hacia allá —y señala un punto del monte de donde contestan las ráfagas con tiros aislados.

El afluente del Lucuoz ahora es un lodazal gelatinoso con un tufo fuerte de vegetal descompuesto. Hasta el pecho se hunden los hombres y tienen que detenerse a respirar porque el fango aprisiona el cuerpo como una mortaja y cada paso se siente como un émbolo succionando en la viscosidad. Del otro lado, los que vinieron avanzando con el cañón, tienden palos para ayudar a subir a los demás.

—Arriba, nos quedan tres pasos de río nada más —dice Oneira. Algunos se han mezclado con la vanguardia y Veloso teme que otros pierdan el rumbo y haya confusiones. De rato en rato sueñan disparos pero el enemigo no es preocupación para nadie.

Han abierto una botella de ron y el alcohol diluye la saliva espesa, pastosa; alguien escupo y dice que le sangran la lengua y las encías.

Oneira corre a lo largo de la formación cuando los hombres se meten dentro del lagunato y cogen el agua para beber de entre sus propias botas, diciendo que hay que mantener el orden, la disciplina de marcha, que el enemigo podrá estar escondido en la maleza, pero él también termina inclinándose y bebiendo con las manos.

Esteban se echa en el suelo y levanta las piernas, apoyándolas contra un árbol, para que salga el agua acumulada en las botas sin necesidad de quitárselas.

Hacia el este el tiroteo es mucho más nutrido ahora pero se escucha más apagado por la distancia. Esteban se abre la camisa para que el aire que comienza a ser frío lo reanime un poco.

—Diez minutos, vamos a descansar diez minutos —dice Veloso, pero él prefiere continuar desahogado hasta alcanzar a la exploración.

—Falta poco, falta poco —le dice el mayaricero y le pasa un cigarrillo encendido que le tiembla a Esteban en la mano por el engarrotamiento de los músculos.

—Allá, detrás de aquellas lomas —agrega el de Mayari—. Fíjate que casi se sienten los ruidos de los carros en la carretera.

El mira y apenas se dice pasos de la línea del sendero porque la luna no ha salido aún.

Oneira ha ordenado que el pelotón numere en voz alta sobre la marcha para estar seguro de

que no haya quedado nadie extraviado. En la oscuridad las ramas golpean el rostro y los yerbales se anulan a las botas y las corrientes de agua no se distinguen hasta que se cae dentro de ellas, y los ruidos más cercanos se escuchan como viniesen de lejos, incluso el jadeo de la propia respiración.

¿Cómo llegar hasta las lomas, hasta más allá de las lomas que nadie ve, por donde dice el mayaricero que cruza la carretera?

Esteban busca sujetarse al recuerdo para soportar la marcha, para aliviar el cansancio que quiere paralizarle las piernas, y separarse del dolor de la espalda doblada por el peso de los cargadores.

Esteban piensa en el campamento y en el hueco abierto en el maizal bajo la cobertura de nylon, o más lejos aun, en la tranquila y limpia mañana de domingo paseando con los hijos por un parque florecido, o en Entramadas encendida por los anuncios luminosos, o en la lancha partiendo del muelle Romero hacia el Cayo, o la cerveza con los amigos en la plaza Aguilera con el Benny cantando en el traganickel, o el juego decisivo de la serie, o la pelea de Correa, o la mujer que espera, allá, a seis horas de diferencia, en pleno atardecer.

—Como potro americano —dice el mayaricero y Esteban comprende que algo debe de haber dicho sin darse cuenta.

Los tallos de las yerbas, endurecidos por el frío, cortan como navajas. A gatas sube la zanja ancha que lo separa al fin del borde asfaltado de la carretera. Oneira lo ayuda a ponerse de pie.

—La gente de allí mataron a ochenta y cogieron a un coronel —le dice y él sólo contesta —Está bien—, antes de echarse en el piso del camión, entre los angolanos, mientras otros bajan a beber hasta el río.

Los carros cruzan el puente sin lastandas hundido en el centro, saltan sobre los agujeros abiertos por las granadas en el camino, gritan los choferes a los tanquistas que han enmascarado tan bien sus equipos que casi chocan con ellos, dejan a Veloso con los prisioneros en el Estado Mayor, entran por el maizal hasta la pequeña fogata donde leido calienta un poco de arroz con pescado. Kiluanje dice que le presten algo a los ganguelos para que duerman y Lucio trae espas novietas y quiere llevarlos a su agujero y al del cable pero los hombres prefieren dormir, abrazados a sus arcs, al recuerdo del fuego. Poco a poco los soldados se envuelven en sus mantas, dejando el fusil apoyado en el extremo del poste que mira hacia la selva. En el punto más cercano al camino de Cangamba alguien hace guardia. Será relevado cada dos horas.

Capítulo IV

Capítulo IV

No todos los pozos de tirador, aun cuando sean de una misma clase, son iguales. En los campamentos que se levantan para pasar una noche y seguir marcha al otro día, casi siempre los agujeros son sólo de rodilla y si la tierra es muy tréncosa los soldados se conforman con profundizar hasta la altura de tendido. Casi siempre, como las palas son pocas y la noche ha llegado rápido, Isidro informa a Aroche que no se ha podido ahondar hasta donde se quería. —En definitiva dentro de unas horas más nos vamos, jefe.

Pero si la fortificación es en la selva, en una persecución, en un asedio, o en una emboscada sobre un cruce de caminos, o en la pieca que conduce a una aguada, o simplemente en un punto donde se va a permanecer durante varios días, Aroche pasa personalmente inspección y los pozos hay que llevarlos hasta la altura de pie y hay que unirlos por las zanjas de comunicación.

Las zanjas se hacen en forma de zig-zag, con los agujeros en los puntos de intersección de los tramos de trincheras, uno delante y otro detrás en forma sucesiva: el jefe de escuadra clava en

el talud delantero de cada pozo dos pequeñas estacas marcando el máximo sector de fuego del soldado que lo ocupe.

Después de varios meses de campaña se puede decir a quién pertenece cada pozo sin haber visto al compañero que lo construyó. Porque el gallego no le da un milímetro más de la profundidad exigida y su hueco se está constantemente derrumbando por las paredes; y Perdomo lo hace tan profundo que luego cala en la pared formando escalones; y Wilson abre espacios a los costados para guardar las cajas de municiones de su ametralladora; y Acosta levanta siempre, en la parte de atrás, un pequeño asiento por si el enemigo se tarda en volver; y Hodelín, luego de hecho lo cubre totalmente de arbustos que siempre alrededor.

A Acosta no le gusta nunca hacer trincheras de comunicación porque le restan privacidad a su agujero y siempre quiere cavarlo más hacia delante, o a la izquierda o a la derecha, de donde el jefe de escuadra le señala. —Para aprovechar la sombra de ese árbol, compay—. Jamás termina un pozo que haya comenzado otro.

Con los rotejos para dormir, cuando permiten hacerlo fuera de las fortificaciones, pasa igual. Márzón siempre duerme en hamaca, con el nylon cubriéndulo en forma de cobijete y dos cabos de cuerda colgando de cada extremo para que el agua, si llueve, ruede al suelo; algunos amarran los capotes y nylons entre sí y levantan

tiendas para varios. Acosta no; Acosta corta ramas de un mismo tamaño y construye con ellas una cama en forma de parrilla, a medio metro del suelo, que le sirve también de banco y de mesa; y siempre encuentra madera o barriles viejos para abrir a lo ancho, o planchas de zinc con los que levanta en pocas horas una verdadera casa. Luego se para a distancia a contemplarla.

Con las chapillas de identificación sucede lo mismo. Tejen curricanes o hilos de nylons para colgarse del cuello; le recortan los bordes dándole forma ovalada, o semejando pétalos hasta parecer flor, o afinándola hacia abajo a manera de triángulo. Wilson ha hecho con ella un corazón y ha escrito por detrás, con la punta de la bayoneta, un nombre de mujer. En esta te fijaste después de haberla visto muchas veces sin que te llamara la atención. Habían ido juntos a la escuela hasta el sexto grado, cuando para subir a clases tenían que esperar en filas en el patio por la entrada de los alumnos de primaria y el aula ya estaba en el segundo piso, en la esquina de la derecha. Luego la dejaste de ver porque se fue con unos tíos para Guantánamo. Si te hubieran preguntado por ella probablemente la hubieras confundido con cualquiera de las muchachitas flacuchas que habían dejado de asistir al colegio y no hubieras podido precisar en cuál de los pupitres se sentaba.

Tu recuerdo comienza de cuando regresó, con las dos rayas del segundo año de bachillerato

alrededor del borde inferior de la falda marrón del uniforme, de la tarde en que el cordobés, que le decían así por los pleitos a navaja en el ballar del Cárdenas, te dijo que te quedaras detrás en la escalera para que le vieras los troncos de muslos que tenía.

Estela está de espaldas intentando descifrar en la pizarra el sistema de ecuaciones dobles que le han puesto. El profesor dice: —Por ese camino no avanza más; a ver usted, Marzans—, y tú te levantas y tomas de la mano cubierta de polvillo blanco de Estela la tiza. Ella se acude a la falda: la blusa tiene una mancha de tinta en el bolsillo y está mojada de sudor en las axilas.

A través de los gruesos cristales azules junto a las persianas entra fuerte el sol del mediodía.

¿Qué año era aquel? Recuerdas que fue un año de elecciones porque la imagen leve de Estela te llega junto a las voces metálicas de los alto-parlantes en el parque y los carros anunciadores y los camiones tragando gente del campo, con emblemas de corobas y ruedas dentadas, y las calles llenas de pasquines de todos los tamaños, incluso de aquellos tan pequeños que se lanzaban como volantes y que los niños recogían para exhibirlos como si fuesen folios de episodios ilustrados.

Debió haber sido ese año. Bastante antes del golpe, cuando pararon el juego de pelota para decir que Batista se había metido en Columbia y tú

te preguntaste qué cabrona importancia podía tener aquello si a ti te tocaba batear. Fue antes de eso, porque en aquel momento ya ella estaba allí, mirándote jugar.

El año en que la Raquel se metió a puta y vino el cordobés diciendo que la había encontrado por la Chumba en Holguín. El mismo año en que apareció ahorcado el boticario Bonilla.

La llevas por la tarde al parque frente al cine, después de terminada la sesión de deportes.

—Vas a seguir estudiando después en La Habana o en Santiago? —te pregunta.

—En La Habana o en Santiago.

—¿No será mejor en La Habana? Allá ya tengo familia; pero si tú quieres...

La campana de la iglesia da los tres cuartos de hora.

—Debe ser muy duro ser cura ¿eh? —te dice y tu no sabes qué contestarle, desconcertada por algo de picareasco que crees haberle sentido. En el cine, el cuerpo oloroso a sudor muy junto al tuyo, apenas dejas que tus dedos le acaricien el dorso de la mano, y eso que ya sabes de mujeres porque has estado más de una vez con el Cordobés y con el rubio en la casa de la que ha abierto negocio por el camino de Torrenteras. Pero te detiene saber que pueda hacer lo que quieras, que ella espera que tú le enseñes algo que ya conoce sin haberlo aprendido nunca. Es

tela inclina la cabeza y sienten su pelo húmedo junto a tu cara.

Ahora, por entre el gentío de enfermos, atraviesa una mujer renqueante con una criatura amarrada a la espalda. La cabeza del niño, desde lejos, parece un tumor. Por el extremo de la aldea continúan llegando familias enteras de los bosques.

—Yo no le aconsejaría eso —dice Marzans.

Al fondo, en la nave lateral aneja a la iglesia abandonada, que debió de haber sido antes de la guerra residencia de religiosos, los soldados aprovechan la mañana naciente, que se presenta como de descanso, para limpiar las armas y secar la ropa mojada de muchos días de marcha bajo la lluvia. En aquella nave había pasado la noche anterior, en el espacio que le dejó el gallego sobre la larga mesa arrinconada, luego de devorar un poco de trunchos de pescado enlatado con galletas viejas cedidos por Aroche, que abrió los ojos azorados de verlo allí, cuando lo hacían organizando las tropas de reserva de las FAPLA en Luso.

—El Mayor llegó a tiempo —le explicó Marzans riendo— con la misma tarea que yo. Y allí mismo pedi reintegrarme a la columna. —Aroche sigue mirándolo azorado—: ¿Dieron el mismo trabajo a dos gentes distintas? ¿Oíste eso, chino? Hasta aquí pasan esas cosas.

—Y eché para acá; no fuera a ser que en una aclaración me dejaran a mí en definitiva. Tengo que presentarme al jefe de la compañía de ustedes. Veloso se llama, ¿no?

—Buena gente.

—¿Qué va a hacer aquí, teniente?

—No sé; a lo mejor de jefe de pelotón; o de escuadra. Da igual.

—Ojalá —dijo Aroche.

—No; no se lo aconsejaría —repitió después de observar de nuevo los trazos que el capitán Veloso había hecho con la bayoneta en la tierra arenosa.

—Puede dar resultado —dijo el capitán—; uno de los principios de la defensa es que debe ser activa.

—Precisamente; nosotros no estamos a la defensiva.

—En esta situación táctica concreta, sí; o por lo menos es una de las formas posibles de verla.

El capitán es de rostro apacible, como de treinta años, de maneras afables, tranquilas, algo grueso. Está cuidadosamente afeitado, menos en los alrededores de una gruesa verruga hacia el centro del párpado izquierdo y visto con pulcritud, pese al fango y la lluvia, contrastando con la generalidad de la tropa. Están sentados sobre un montón de leños junto al BTR de la jefatura de

la compañía el cual Octavio comienza a quitar la lona encerrada, tendida a guisa de techo cubriendo la parte trasera del blindado; el agua empapada en el centro del encerrado, cae por el costado opuesto a aquel donde los hombres permanecen. Otro oficial, bajito y muy corpulento, más joven que Veloso, llega hasta a ellos.

—Mira, teniente, el también teniente Oneira, del que le venía hablando. Oneira, el teniente Marzán, que lo envían para esta compañía... Es reservista.

—¿Primer teniente?

—Sí —contesta el capitán—; igual que él —agrega dirigiéndose a Marzán y refiriéndose a Oneira. Durante la campaña está prohibido que los oficiales usen sus grados.

—Mucho gusto —dice Marzán y le tiende la mano— hasta de muchos meses, ¿eh?

La barba de Oneira es muy negra y le cubre casi totalmente el rostro hasta la mitad del cuello.

—De mes y medio adentro del monte nada más.

—La compañía ha tenido que batirse seguido en las operaciones sobre Camero. No se extrañe de que, vaya, no —cumpla con el porte en todo; ~~delante, primero, con cosas que hay que...~~

—No, no, si eso se entiende bien. Los del pelotón mío también empiezan ya.

—¿Su pelotón?

—Digo, el pelotón de cubanos que estaba conmigo en la misma unidad con los angolanos. Ahora está con usted.

—Ah, el de Aroche.

—¿Cuál?

—El de la gente de Santiago. Oneira, que nos lo dieron a la salida de Luca.

—No se han batido todavía.

—¿Conmigo sí; y bastante bien.

—¿Con nosotros no —dice Oneira.

—Buena, ya lo hará, ya lo hará. Así que usted estuvo en una unidad mixta, ¿eh, Marzán?

—Con angolanos y katangueses; además el pelotón era de muchachos de Santiago.

—Debe haber sido del carajo eso —dice Oneira.

—¿Por qué?

—Por los angolanos y los katangueses. No hablan lo mismo. ¿no?

—Los katangueses hablan un francés que yo no lo he oído a ninguno de los haitianos que he conocido en mi vida. Y he conocido bastantes de Monte Rus al Filé y a Báguanos.

—De Báguanos hay gente en la compañía; unos cuantos.

—¿Sí?

—¿Y cómo se entendían?

—Madruga. El jefe angolano que traducía. Habla bastante bien el español.

—Los katangueses no sé; dicen que comen gente; los angolanos...

—Son buenos —dice Marzáno—; como todo el mundo. El que tiene experiencia mejor, y el que no la tiene no tanto. Igual que nosotros.

—Hay gente que ha sonado el cobre —dice Veloso.

—Con años y años en el medio de la selva —agrega Marzáno.

—Ya esto que no podemos estar mirándonos como una cosa distinta.

—Claro —dice Onçira—. A un final a los que hay que echarles es a la UNITA, y al FNLA.

—Y a los surafricanos —dice Veloso.

—Pero hay gente de esa, de esa misma que vuelve de la mata ahora, que antes andaba con la UNITA o con el FNLA.

—Es normal —dice Marzáno.

—¿Normal?

—Cuando la guerra de los Diez Años había tantos mambises como guerrilleros.

—No, no, no; qué va.

—Bueno, búscate cualquier libro.

—El papel aguanta todo lo que le pongan.

—¿Tú vas a condenar a todo el que se metió a caquita cuando Batista, así como así?

—Es otro asunto.

—Cada cosa hay que verla en su momento. Muchos de esos infelices estaban obligados y otros engañados. Y a lo mejor muchos ni entienden lo que está pasando. Todo eso hay.

—Imagínense —dice Veloso—; en muchos quinientos de esos va y no diferencian entre nosotros y los portugueses. Son blancos que pasan; la cosa es el funche, la comida de ahora mismo. El trabajo es hacerles ver la diferencia.

—Eso es.

—Claro —dice Onçira.

La dotación del T-34 recoge la lona bajo la cual ha dormido la tropa hisoña, recién llegada de la costa. Guillermo, el jefe del tanque, con la voz aguda, chillona, escupiéndole por las encías sin dientes cada vez que habla, camina y gesticula entre ellos, como un actor frente a su público.

—Qué tanto apuro por pelear —dice haciendo muecas—; a la guerra viene uno y no sabe si va a pelear o no. Si se pelea, bien; y si no se pelea, igual. Total, de todas maneras vamos a contar bastantes mentiras cuando lleguemos allá.

La gente se ríe; Guillermo está contento.

—Al teniente no le gusta el plan —dice Veloso.

—¿No?

—No me parece prudente...

—¿Prudente? ¿Cómo va a haber algo prudente en una guerra?

—El quiere decir oportuna, bueno —aclara el capitán.

—A lo mejor es que no conoce las características de aquí suficientemente bien todavía. ¿Que tiempo lleva?

—Treinta y cinco o cuarenta días.

—Ya usted ve —dice Oneira.

—No, pero ha estado en acciones combativas.

—¿Violentas?

—Anduvo por Loma Cassai.

—¿Por Loma Cassai?

A Marzáns esta conversación en la cual él se ha convertido en centro le resulta molesta, cargante. Enciende un cigarrillo y busca con la mirada un asidero, algo que le ayude a darle otro giro. Arco se acerca como a comunicar algo y se queda parado junto al extremo posterior del BTR en espera de que lo autoricen a acercarse. El capitán lo mira pero no le dice nada.

—Así que estuvo en la de Loma Cassai; ¿cómo qué?

—Jefe de la operación —contesta Marzáns; Oneira ha levantado la cabeza y lo ha mirado fijo un instante.

—¿Y a usted que hizo lo de Loma Cassai no le gusta el plan?

—No sé qué tenga que ver.

—Pudo haber hecho cuatrocientos o quinientos muertos al enemigo ahí, ¿eh? Si asalta la loma.

—Si me los hubieran hecho a mí; ellos tenían artillería y eso no se sabía.

—¿Artillería dos o tres morteros de 60 y unas cuantos 75? Ah, usted no ha oído los 140...

—No, no los he oído.

—Los maquintosh; eso sí es artillería; yo los vi en el sur. Cuando corrió el que no se esperaba y aguantó el que tampoco se esperaba. Oneira coge un cigarrillo de la cajetilla que Marzáns tiene en la mano.

—Entonces quedamos en que cualquiera corre —dice Marzáns.

—No, ya no —dice Oneira.

—Yo tampoco —contesta Marzáns. El capitán no habla y vuelve a trazar, con la punta de la bayoneta, signos en el suelo.

—Con casi un regimiento como el que usted tenía, si asalta acaba. Esa artillería no hace tres descargas.

— A mí las muertes que me importan no son las del enemigo sino las mías.

— Esa es una doctrina militar que...

— La táctica que he sabido siempre.

— No da buenos resultados todas las veces.

— Procure rodearlas para cumplir con los tangentes; no dio tiempo a restablecer; de todas maneras dejaron al campo treinta y seis; y los prisioneros.

— Casi siempre para mí.

— Si la envolvente no hubiera cedido por allí...

— Yo voy al asalto.

— El combate no estaba maduro.

— ¿Maduro?

Ahora es Marzani quien lo mira. ¿Cómo explicarle aquello que él nunca ha visto escrito?

— Sí... el pulso del combate... no había cuajado aún.

— Eso es para la cátedra de táctica en la escuela que abrimos a abuelo en Saurimo — me Oneira.

El capitán mira a Marzani esperando, casi pidiéndole una definición más justa, más certera.

— No sé; yo lo siento así.

— Pudiera ser — susurra el capitán y vuelve a sus trances.

— Además — dice Marzani —, yo asalté en el puente.

— Ese fue un salto con asco.

— El que se podía dar; el que convenía dar.

— No se me ofenda, no se me ofenda, teniente. que ya lo he dicho sin intención.

— No, no, no; yo lo sé. No se preocupe.

— Pero lo importante en la guerra es la sorpresa, lo inesperado. El golpe. La guerra es una serie de golpes. Como el boxeo.

— Eso es verdad; pero la guerra también establece su propia normalidad; y dentro de ella los soldados viven.

— El valor del boxeador está en los golpes que da.

— O en el tiempo que se mantiene sobre la lona. Lo que importa es lo de todos los días.

— En otra parte quizás; aquí no.

— Yo pienso que en todas partes; en las diez de últimas el que decide es el soldado; y el mejor soldado es el que más rápido aprende a vivir en la guerra.

— Un soldado se hace en semanas; un buen oficial necesita años; como quien dice toda la vida — Oneira se ha puesto de pie y se moja las manos en los bordes metálicos del BTR. Después se las seca en la barba. — Desde las matemáticas

cas que es lo más teórico hasta el tiro que es lo más práctico; tiene que saberlo todo.

—El tiro es como un ejercicio —dice Veloso—, un requisito; como la buena salud o la resistencia física. Lo más práctico es la táctica. ¿No cree usted?

—Yo creo que lo más práctico es el soldado —responde Marzáns.

—¿Y lo más teórico?

—El soldado también.

Las otras dos se ríen pero él ha hablado en serio. Aroche deja caer el cuerpo sobre la otra pierna y sigue esperando.

—Lo importante es volver a Cuba sin perder el resuello, ¿verdad, Marzáns? —dice conciliador el capitán y a él le parece que es la primera vez que lo llama solamente por el apellido.

—Claro, claro.

—Tenes algo que contarles a los nietos; y a los hijos primero, que los míos son chiquitos todavía.

—Yo pienso llegar con la barba por aquí —dice Oueira y se toca el cinto—; no me van a conocer, tú verás.

—¿Tú crees que te dé tiempo?

—Yo no creo que me hagan la sucieza de no tenernos por lo menos un año.

—Lo que hace falta es que se acuerdito de aquí —dice Veloso.

—¿En el pellejo? Mire, compay, si una bala nada más me roza... es que le meto mecha para que la cicatriz se vea mejor, mira como es la cosa.

Ahora Marzáns también se ríe. Coge un montón de piedrecitas y comienza a tirarlas, una a una, contra una araña gruesa, velluda, que se mueve bajo las ruedas delanteras del carro. No acierta.

—Eso es lo que nos queda a los que no estuvimos en la guerra de allá —agrega Oueira.

—Qué tanto cuento con las minas ni las minas —dice Guillermo burlándose de uno de los recién llegados que, para sentarse, ha esperado que un compañero se levante del lugar que ocupaba en el suelo—. Yo soy militar, ¿no? Pues no puedo andar pensando en minas ni en la madre de los tomates. ¿Tú eres militar? Pues no puedes estar en eso. Ahora mismo si tú vienes con cuidado, pero con cuidado (y camina en las puntas de los pies y acciona con las yemas de los dedos) y ves una florecita doblada. ¿Tú la doblaste? ¿No? Pues no la endereces. Sigues de largo, pero con cuidado. Te encuentras con un cablecito o un pedacito de madera. ¿Tú no lo pusiste? ¿No? Pues no lo toques. Porque tú eres militar y estás en guerra; y las minas son para ponerlas en la guerra; aquí están bien. Malo es que estuvi-

ran en el parque Céspedes o en el techo de Cam
Granda y te fueran a explotar cuando tú estuvie-
ras apretadito huyendo.

Los soldados se ríen y dan manotazos en el suelo,
desahogados de la tensión.

—Si no salimos pronto vamos a tener que hacer
algún reconocimiento, o algo. Para que la gente
que acaba de llegar entre en calor.

—Las mías no —comienza a contestar Marzán.

—No; yo digo esos que llegaron hace tres días;
los muchachos jóvenes esos.

—Ya vienen entrenados —dice Veloso.

—Así y todo. Si se les deja descansar se enfrian.
Hay que tenerlos en movimiento constante. Que
abran defensas, que limpien. Si vamos a estar
mucho tiempo aquí, arreglar los albergues, ab-
nour las piedras en el parqueo, pintarlas. En ac-
tividad siempre.

—Sí —dice el capitán—; a veces mucho tiem-
po libre es malo. Siempre se termina pensando
en el regreso, en la familia que se dejó allá.

—No sólo por eso; que esta juventud de ahora
hay que tenerla al tanto; siempre está entrena-
da.

—¿Qué edad usted tiene, teniente? y perdono.

—Veinticuatro.

Marzán aspeca con la vista el grupo donde ha-
bla Guillermo. —No les lleva usted mucho a
ellos.

—Pero ya he tenido otra vida.

—Ellos están aquí lo mismo.

—Así y todo.

—Esos muchachos quieren pelear —dice Velo-
so y se pone de pie.

Marzán se pone también de pie, caminan hacia
el RTR.

—Pues qué tanto apuro ni apuro; ya se peleará
si hace falta. ¿A que Yayo Marzán no tiene
apuro? Ah, porque a él le han picado cerca mu-
chas veces. El combate es feo. Si viene, bien; y
si no viene, mejor. Total, Vayan, vayan por el
tanque, por mi casa. A lo mejor me queda un
pequito de café.

Los muchachos se levantan y acompañan a Gui-
llermo.

—Bueno, teniente, las instrucciones que me di-
eron del mando fueran ponerlo de segundo mío;
como segundo jefe de la compañía.

—Las que yo tengo son ponerme a sus órdenes.

—De cualquier manera el sustituto que yo ten-
go designado, para el caso de que yo no pueda
continuar al frente de la compañía, es el tenien-
te Onaira.

—Perfectamente —dice Marzani y le palmea afectuoso el hombro a Oneira.

—En decisión se mantiene; no hay razón para cambiarla. ¿Se entiende?

—No hay lío. Eso no tiene importancia. Y además no va a hacer falta usar esa decisión. Usted verá.

—Ojalá.

Los tres se ríen. —¿De verdad que no le gusta a usted el plan? —pregunta Oneira.

—No, no me gusta. Es arriesgarse demasiado para averiguar una cosa que ya se sabe.

—¿Qué cosa?

—Lo que va a hacer el enemigo. Entorpecer el avance, ponernos un precio mientras va retrocediendo; volando, tiroteando.

—De posiciones a maniobras.

—Me parece que no. De posiciones a movimiento sin pasar por maniobras.

—¿Y a qué usted cree que puede deberse este movimiento nuestro hacia el altiplano, dejando a los demás avanzar solo desde Lazo hacia el sureste?

—A que vamos a hacer un rodeo limpiando todo el este, y reunirnos de nuevo por el Cangambá. O simplemente limpiar en variascientos de kilómetros para evitar que nos hostiguen dema-

ando a retaguardia según se avanza. Una de esas dos cosas; pero mejor creo la segunda.

—Yo pienso que vamos a ir recto hasta empatar en Silva Porto para poner a funcionar el ferrocarril.

—Puedes ser. Pero yo creo que todavía es muy pronto. No tiene sentido ahora.

—Vamos a esperar.

—Lo que sí parece cierto es que en Gago Coutinho se va a dar una batalla seria —dice Veloso.

—La más importante de Angola —agrega Oneira.

—Pudiera ser, pudiera ser.

—De todas maneras yo quisiera proponer el plan al mando superior —dice Oneira.

—No sirve; mucho riesgo para no obtener nada.

—En la guerra el riesgo es el pan de todos los días.

—¿Qué tú crees? —le pregunta Veloso a Arocha.

—Si alguien tiene que morir, se muere. Pero a lo único que yo aspiro es a devolver vivo a todo el que salió conmigo de Santiago.

—Está bueno eso —dice el capitán.

—Correcto —dice Oneira.

Marzáns borra con la bola el dibujo en el suelo arenoso.

—Cualquiera puede darse cuenta de lo que estuvimos hablando —dice.

Isidro, el jefe de la tercera escuadra, va marcando los puntos para cavar los pozos de tirada. Como están hacia el extremo de la defensa circular, el trazado de las fortificaciones forma como una U inclinada hacia el terraplén.

—Pozos de pie y con zanjas de comunicación —dice Isidro.

Los hombres están molestos porque hace menos de tres horas, luego de fortificarse, se dio orden de avanzar varios kilómetros más.

—Ha habido días hasta de cuatro agujeros —dice Acosta: este parece uno.

—En el Estado Mayor ya están abriendo los pozos —dice el chino.

—¿Y qué?

Acosta, luego de terminar de hablar, sigue preguntando con gestos, con la cara torcida y las palmas de las manos hacia arriba y adelante, algo separado del resto del cuerpo.

—No vale la pena hacer la trincheras.

—Eso quiere decir que nos vamos a quedar por lo menos hasta mañana —agrega el chino.

—Acorche mandé que se hicieran las zanjas.

Ante de empezar a cavar, los hombres buscan los lugares más cerca de los árboles próximos y pozos para colgar las hamacas, aunque para ello tengan que variar en algo el trazado.

—Diren que van a obligar a dormir en los pozos —dice Lucio.

—Esa es la orden que siempre ha habido.

—Porque han descubierto un golpe de mano contra el Estado Mayor —dice Esteban.

Como no encuentra árboles apropiados, Acosta quiere amarrar la hamaca fuera del área defendida pero Isidro se lo impide. Entonces comienza a cavar su hueco casi frenéticamente.

—Voy a dormir en el suelo —dice resuñando, como el gallego. El gallego es el quinto tirador y siempre se acuesta en la tierra porque dice que hay más calor y que las tales serpientes no existen porque no ha visto ninguna.

Cuando están las ramazones para enmascarar el hendidado descubren un panal en lo alto de un árbol parecido al cupey. —En este mes las abejas no tienen miel porque tienen pichones. Y si tienen miel bincha y es amarga porque los pichones se han muerto en ella —dice Perdomo.

Hadelin pela un gajo largo y delgado y comienza a trepar el tronco con él, para tumbar el panal.

—Como son abejas no me pican; si fueran avis-
pas sí —dice.

Del otro lado de la carretera, donde se instaló
el Estado Mayor. Inclán, el comandante alto y
gordo, jefe del batallón, husmea en los cacho-
ros sucios de la cocina. Después va hacia don-
de están los pelotones de angolanos cazando la-
camarones de mata, los gruesos guamos verdes,
en que luego frien con poca manteca.

Lucio ha ido con David, el muchacho angolan-
aprendiz de artillero de 75, hasta donde comien-
za la charra que conduce al Lavei, y abre, arran-
cando los plántones de guinea, un agujero an-
cho que se llena enseguida de agua por el man-
to subterráneo. Mientras llenan los envases en
que cocinarán una rápida comida improvisada,
David le explica cómo se hacen los panales:

—Se coge la corteza de aquel árbol para hacer
el lugar en que aquellos bichos harán la riqueza.

Hodelin golpea el panal y tiene que lanzarse
por el tronco para huir de los insectos; los otros
se alejan corriendo hasta que Wilson regresa
con un montón de sacos de yute que arden pro-
duciendo mucho humo. Hodelin se aprieta los
agujonazos de las manos y busca a Isidro para
que le saque la ponzoña de la cabeza.

—Son avispas —dice—, pero que dan miel.

Exprimen los panales y hacen con agua un re-
fresco del que bebe toda la escuadra y aún que-
da para la noche si no viene la comida.

—Son dulces —dice Perdomo—; entonces no
están en abril.

—Veintiocho de abril, compay, hoy es veintio-
cho de abril —dice Wilson.

—No puede ser, si no, no sería dulce.

—Ahí están los periódicos que repartieron.

—Ese es el día que hace en Cuba; no sabemos
el que pueda estar haciendo aquí.

—Es verdad —dice Hodelin.

De la otra escuadra vienen ya con una botella
vacía a buscar miel.

El flaco coge la bandera que se iba a llevar al
frente de la manifestación, se envuelve con ella
y dice que los que quieran ir con él que vayan,
que para algo han venido desde tan lejos. Co-
mienza a descender hacia la calle que circunda
la plaza donde la policía cierra el cerco; des-
pués del flaco van veinticinco, treinta, sesenta cin-
cuenta, cuando comienzan a cantar el himno
nacional ya junto a los esbirros que se entrocán
en las manos las asas de cuero de los toletes. El
soldado da dos pasos atrás y lanza contra el
pantabrino de la perseguidora el ladrillo que lle-
vaba envuelto en un periódico; un policía se le
abalanza y él saca un pedazo de cabilla corru-
gada de entre el pantalón y la pierna y lo gol-
pea en el vientre; el guardia se dobla hacia ade-
lante como si hiciera una reverencia. A toletan-

rompen la formación y cuando los tiros comiezan el rubio prende el coctel molotov y lo rompe contra la microonda que coge casaca encendida. En distintos grupos intentan escapar de la persecución, corriendo por calles diferentes. El cordobés se monta en un ómnibus, saca al chofer del asiento, atraviesa el carro en la calle para impedir el tránsito y arroja después la llave del motor en una alcantarilla. Al flaco, en el suelo, varios policías lo golpean sucesivamente.

De noche el hadel les abre la puerta y tú sales con Estela al segundo piso; ella te ayuda a colarte por el ventanuco y tú abres el cuarto de la reproducción ligera. Juntos buscan a tientas el conmutador de la luz y luego echan a andar el mimeógrafo que el viejo jubilado te ha enseñado a manipular días antes y Estela coloca, tensándolo con las dos manos sobre el cilindro metálico, el stencil que ella misma ha mecanografiado copiando noticias de la Carta Semanal y de Revolución y otras cosas que ustedes han redactado —tú y Estela y el cordobés y el flaco y el rubio— porque aún no tienen contacto con organización alguna y no pueden esperar por él para comenzar a luchar contra Batista.

Manipulas a mano el mimeógrafo y te quitas la camisa porque tirar docientos ejemplares de cada hoja es un esfuerzo que te hace sudar. Estela riega una y otra vez con una brocha la tinta sobre el cilindro, hasta que el papel se acaba y ustedes hacen varios paquetes con cada tipo

de proclama. Entonces, después de dejarlos en las distintas aulas en que al otro día serán recogidas, tú le dices de ir a la azotea antes de salir y ella se agarra de tu mano para no tropezar en la oscuridad de la escalera.

Desde allí arriba la avenida sobre el río sin agua es una franja recta que se va estrechando hasta llegar cerca del ayuntamiento; el parque de enfrente está desierto y el campo de deportes, al fondo, es un inmenso charco negro.

Allí la desnudas y tienes el sobrealto de lo que se toma por primera vez, de lo germinal, de la iniciación. Aún hoy, casi a veinte años, lo reconstruyes en la memoria y no hay tanto como deslumbramiento, como asombro frente a lo que aparece en el relumbrón de su totalidad, tal cual el mismo recuerdo ahora.

Los yerbales por los que avanzan son tan altos que aun al paso de la tropa no se abren del todo en la parte superior. Al salir al descampado, Hodelin, desde la vanguardia, hace señas de que puede cruzar la primera escuadra.

1000

Capítulo V

Capítulo V

1100000

—Alumbriame aquí.

Se agacha entre los matorros y Madariaga le encuentra, casi pegada al mapa en el suelo, la linterna de campaña. Aroche y Hodelin se acuelilan junto a él. Los otros hombres aprovechan la parada para descansar.

De nuevo el enjambre de venitas azules, las curvas de nivel, las manchas oscuras de los mismos bosques, el trazado recto de la carretera, el recorrido sinuoso del Lungebuugo.

—Debemos estar por aquí —dice Hodelin y señala un punto apretando el mapa contra la tierra con el índice.

—¿Tan lejos? —pregunta Aroche.

—Fíjate aquí: de aquí salimos; recorrimos todo esto y aquí debe ser donde paramos por primera vez; después torcimos hacia acá; debemos estar aquí entonces.

En vez de mirar el mapa, Aroche le mira la cara; confía más en su intuición como explorador que en la lectura que pueda hacer del plano.

—Entonces nos hemos estado internado en la selva.

—Hasta hace un rato sí. Ahora estamos saliendo, pero estamos muy adentro.

Marzáns alisa el grueso papel aplastando el mapa leve que lo abulta desde abajo; mueve la linterna hacia arriba.

—Ya estamos saliendo —repite.

Aroche se inclina más junto a él: —Si nos equivocamos un poco podemos estar andando paralelo a la carretera. Fijese cómo aquí se inclina también hacia el norte. Si es así vamos a andar diez años por estos ríos.

—Hasta salir al mar de más allá —dice Hodelin y sonríe.

—Entonces estamos perdidos, ¿no? —pregunta Madariaga.

Los tres hombres levantan las cabezas para mirar al jovenito lanzarohetes.

—Caño —dice Aroche.

—¿Ahora es que te das cuenta? —pregunta Hodelin.

—Buena, señores, yo no sabía.

—Nada —dice Marzáns—, en este rumbo salimos bien. —Consulta la brújula que lleva en la muñeca junto al reloj—. Salimos bien, lo que no sé en qué tiempo. —Con la punta de la bota

levanta ligeramente uno de los extremos del mapa. —En medio de la selva cualquiera se equivoca tirando la azimut.

—Un riecito de estos que luego se haya secado —dice Hodelin— y se cambia todo.

—No ya eso —dice Aroche—, una pieza donde haya salido la yerba como hemos encontrado muchas veces; una loma que esté señalada ahí y no aparezca de verdad, o que exista y no la haya dibujado, cualquier cosa.

—Estos mapas tienen un montón de años.

—Buena, pero eran del ejército portugués; son los que hay.

—Si vamos bien salimos mañana a la carretera, ¿no?

Hodelin hace un gesto como si dudara. —Pueda ser.

—No, no. Antes —dice Marzáns.

—Teniente, fijese que debemos de estar aquí bien profundo.

—Yo creo que no tanto, guajiro; desde hace rato estamos derivando hacia la izquierda. No puede ser que estemos tan lejos.

—Vamos a tocar madera.

—Es que el camino que llevábamos por el día y la carretera iban separándose; como haciendo una cuña.

—Así y todo. Nosotros hemos hecho así, como un semicírculo; primero nos alejamos y después comenzamos a acercarnos.

—Ya le digo, ojalá sea así.

—Lo que está claro es que la carretera está al norte; más allá o más acá, si le damos para el norte damos con ella. ¿no?

—Claro.

—Seguro.

—Vamos echando entonces. Hodelin, a cincuenta metros nada más. Cada diez minutos silba; yo voy a ir alante, si no escuchas que te responde te paras. No te vayas a perder.

—¿Perderme yo?

—¿Pero no dicen que todos estamos perdidos?

—pregunta Madariaga.

—A quedarse desligado quiere decir —explora Aroche.

—A la distancia en que cada hombre vea al que va delante.

—Como veníamos.

—Bien.

Dobla el mapa y lo mete en la cartera que le cuelga a un costado. Madariaga apaga la linterna.

—Dándole.

Hodelin se escurre con el chino por entre la mangüeta como dos pequeños, insignificantes, animalitos nocturnos. La fila se va organizando, tropesando los soldados por la oscuridad de la noche en medio del bosque.

—Wilson —dice Perdomo—, no te apartes de atrás.

—¿Por qué?

—Por cualquier cosa.

El techo del monte es alto y de ramajes entrelazados; hace calor, mucho calor, porque el viento apenas se mueve por entre la vegetación. Cuando la fila comienza a andar, golpeándose los hombres con los arbustos y las ramas más bajas, algunos soldados, de vez en cuando y como al descuido, llevan hacia adelante el brazo izquierdo —con la mano derecha aprietan la manilla del AKA— para tocar la espalda del compañero delantero.

Al amanecer habían salido de allí de donde la carretera hacia el Gago formaba un ángulo recto con el camino a Cangamba. Por el centro del ángulo partieron para explorar quince kilómetros en línea recta y luego hacia la carretera. La azimut les había indicado entonces que no podrían estar a más de diez kilómetros de ellas. Pero el trazado en el mapa no siempre puede seguirse caminando. Claro, aquella había sido la orden y si se hubieran atenido solamente a ella hace rato estuvieran en el campamen-

to y hubiesen comido y le habría pedido al dios que le inyectara con durazgina para el *terro dalm de calaza* aquel, como dos agujetas clavadas detrás de los globos de los ojos. Pero cuando todos decían haber caminado ya quince kilómetros, aparecieron, en el cruce del otro vuelo donde llenaron de nuevo las castimpeas, las sendas claras, limpias, de pinadas recientes, de muchos pira con botas. El radiista no logró comunicar para informar al mando y él, Yoto Marzana, no iba a volver atrás dejando la cana al alcance de la mano. Entonces tumbaron dos o tres colmenas y comieron de los panales maduros y siguieron adelante.

—¿No serán colmeneras los que pasaron por aquí? —preguntó Iaidro.

—¿Con botas, entropay?

—Ah, no, Verdad.

Y ahí fue donde se desviaron; pero él sabía que no estaban desviando y lo hacía a conciencia, conociendo lo que iba a buscar. Ya trazaría luego las correcciones a la azimut original. Ahora se daba cuenta —aquella dificultad para leer los mapas de un solo vistazo como leía el terreno!— de que por cada metro que paso a paso se iban alejando, la carretera se separaba de ellas, al internarse en sentido opuesto, decenas de kilómetros.

Por la multitud de insectos revoloteando encima supieron que aquella que de lejos parecía

algo de grabos era en realidad sepulcro y de mucha gente; y no muy viejo. Aroche escarba con la bayoneta hasta encontrar una tierra húmeda y maloliente; Iaidro hunde una rama larga en las y la zaranda un poco; cuando la extrajo salió un vaho espeso, como un humo grisáceo y pesado, y la vara gotaba.

—¿Cede? —preguntó Wilson.

—¿No estás viendo? —dijo el gordo empezando a amarrarse un pañuelo a la cara.

Por el centro no tuvieron que cavar mucho; enseguida apareció una espalda abombada por la pudrición; apenas sta la parte posterior junto al cuello, abierta al centro por una herida larga donde se posaron enseguida los moscones.

—Mejor es no abrir más —dijo el gordo y se apartó porque le empezaron las arqueadas.

—Sí —contestó Marzana.

—¿Sin contar cuántos pueden estar ahí?

—Eso no se cuenta; se calcula nada más. Más de quince, ¿no?

—Más de quince.

—Quince o veinte.

—Vuelvan a tapar.

No le echaron la misma tierra sino que buscaron algo más allá, arrancando plañones enteros de guinea, con los que cubrieron el hueco

abierto. Aroche luego entrecruzó sobre el túnel un poco cuantos pasos.

—¿Dios día? —preguntó Aroche.

Marzáns torció la boca como dudando. —Más o menos.

—A lo mejor no podemos alejarlos.

—La fiesta después que como se echa a dormir.

A Madariaga le sobresale de la mochila de embates el cañón del M-1 ocupado hace poco al enemigo.

—¿Quiénes podrán ser?

—Prisioneros.

—¿Sí? ¿Y por qué los enterraron entonces? Siempre los dejan tirados.

Marzáns lo miró como inseguro de que el muchacho no hubiese comprendido realmente.

—Los entierran porque segura se han quedado por aquí cerca; para no tropezar con los muertos cada vez que van a buscar agua, o comida, o cualquier cosa.

—Ah, entonces...

—Ahorita topamos.

—¿Le avisa a la exploración?

—Ya ellos lo saben; pero si quieres adelántate y recuérdaselo. —El muchacho salió corriendo,

saltando por encima de la mazaña de bejuco con una facilidad que hizo a Marzáns, admirado, seguirlo con la vista.

El trillo de la derecha, que los desvió un poco más los condujo hasta la hondonada profunda, como un cráter, de laderas verticales cubiertas de vegetación, en cuyo fondo se levantaba un pequeño platónal.

La exploración estaba de pie mirando hacia abajo. —Ahí están —dijo Hodelin.

Marzáns buscó con la vista el suelo de los alrededores y no encontró nada; luego los repeschos de los agujeros. —Fíjese, teniente, cómo allí, donde los árboles se escalonan, apenas hay hierbas.

Marzáns miró con los anteojos y era verdad.

—Debe haber otros pasos por todo esto.

—Seguro; pero ahora están abajo.

—¿Cómo lo saben?

—No sé. Y ellos saben que nosotros estamos aquí.

Marzáns se volvió rápido y ordenó que las esquadras se desplegaran alrededor del cráter pero sin perder contacto, apuntando contra las laderas; casi la mitad de la hondonada se quedó sin cubrir, la parte sobre cuyos bordes se encontraban ellos. Se tendió junto a Hodelin en el inicio del derricadero, activó una granada, la

desanilló y la lanzó al fondo; esperó que cayera y tiró la segunda; Hodelín hizo lo mismo y el chino desde un poco más allá. Nadie respondió.

—Se hacen los muertos —dijo Hodelín.

—Pero en el fondo no hay nadie.

—No, en el platónal no, pero en los costados.

Buscaban con los anteojos una fisura, un clavo en la manigua; ¿Zarcasales con flores marchitas con tanta agua? Marzáns le hizo señas a Madariaga.

—Si tiras con el lanzacohetes ¿puedes ponerlo por allí, donde seguro hay una abertura? Mira con los anteojos.

—Ya si puedo.

—¿Y la onda de reculada no nos da?

—No; choca con la pared de aquí, de abajo de donde estamos; y vuelve a chocar allí enfrente. Hasta que se acaba.

—Fíjate bien: deben ser cuevas; la cosa es procurar que el cohete entre.

El primero explotó contra las rocas pero el segundo se metió por donde tapaba la zarza. Entonces el enemigo comenzó a salir, disparando a tontas y a locas; desde arriba hacían blanco rítmicamente, sin prisa. Los cuerpos caían, apenas sin tropezar, hacia el fondo.

—Como si fuera una mata cundia de mamoncillos —dijo el gordo entusiasmado.

—Buena fortaleza, ¿eh Yayo? La pensaron bien.

—Pero ha terminado en una buena trampa; en una ratonera como no la había visto en mi vida.

Marzáns buscaba con los prismáticos hasta encontrar lo que pudieran ser las bocas de las cuevas; comprobada luego con ráfagas explosivas, y Madariaga y Zaldivar, el otro cohetero, disparaban entonces; las escuadras esperaban hasta que saliera el enemigo.

En hora y media le dieron la vuelta al cráter.

—¿Habrá más? No parece que fueran cuevas profundas; más bien entradas solamente.

—Ya no quedan cohetes.

—¿Bajo, teniente?

—¿A qué?

—A ver si queda alguno.

—Si queda uno te tuniba como francotirador; a ti y a unos cuantos antes de que podamos llegar a ellos.

—Pero es que... ¿si queda lo vamos a dejar?

—El que quede no nos interesa; no es un enemigo organizado. La cosa no es exterminar sino romper, partírcles lo que puedan ser todavía un-

dades; como esa que estaba allí abajo. El que quede ahí lo que está es loco por entregarse, no se preocupen. No se va a sacrificar nadie por una cosa sin importancia.

Ha hablado como molesto, incómodo por tener que explicar como cree él que es la guerra. Desahucha el envase mojado de la cantimplora y la saca con dificultad. Wilson entiende la mano para que se la pase.

—¿Orbenta? —pregunta Marzina.

—¿Cuántos? ¡No, hombre, de cien no bajan; no bajan! —dice Wilson. Marzina mira a Hodelin que asiente con la cabeza y a Aroche que mira de pie desde el borde.

—Cien; seguro. Mira desde aquí.

Al pie de los declives hay montones de cadáveres y muchos colgarcón de los salientes rocosos y de los troncos de los árboles. Vuelve a pegar los ojos a los prismáticos y cuenta los montones: —Quince —dice.

—Mira hacia allí; han tumbado al caer las matas de plátano.

—La prete que va a haber de aquí a mañana.

—Esta debe ser la gente que arrojó en Cozombo. Y los de la fosa que encontramos, los prisioneros que trajeron cargando la comida.

—Eso es.

—Estaban bien seguros de que no los iban a descubrir —dice Perdama. Zaldivar se recha a reír. —Pero no sabían que aquí andaba Yayo Marzina —dice en jarana.

—Vamos dándole ya, ¿eh? que nos hemos atravesado como en seis horas. Ya debíamos estar en la carretera hace rato.

—Y ya está atardeciendo —dice Aroche.

Entonces fue cuando Madariaga dijo: —A lo mejor nos perdemos, si nos coge la noche—, sin darse cuenta, y lo olvidó enseguida.

Ahora, caminando a la cabeza de la fila, escucha el silbido ascendente de Hodelin y él le contesta con otro más agudo pero más corto.

El escotar en las entrepiernas la crece, allí donde creía tener el pallejo cortado, y los dolores de cabeza son más fuertes, tanto que cree vez, en realidad está viendo, un rosario de pequeñas estrellas luminosas al alcance de la mano, como los fuegos artificiales a las doce de la noche del treinta y uno en Santiago.

De pronto el trillo se abre a un claro breve y puede verse el cielo sin nubes. En lo alto crea distinguir la Cruz del Sur. «Eso debe ser», se dice y la observa bien antes de consultar la brújula. Una pequeña esfera luminosa cruza la constelación y él no sabe si es un sputnik o una ilusión de su vista cansada. Vuelve a escuchar el silbido de Hodelin y se da cuenta entonces de que toda la fila se ha detenido tras él.

El estado mayor del frente se acaba de instalar en los barracones de una antigua base portuguesa, al pie del puente que acaban de reconstruir en un cerrado meandro del Luena. Los talleres de mecánica, bajo varias ceibas grandes al frente, trabajan de día y de noche en la reparación de la técnica que ha llegado maltrada de las marchas hacia el altiplano. En unos días, cuando se levanten los puentes sobre el Luio y el Lutembo, o cuando lleguen de Luanda los pontones flotantes que muchos dudan sean capaces de soportar la fuerte corriente de los ríos, se acercarán a la columna de Inclán para el último asalto sobre las posiciones de la contrarrevolución y el avance final hasta la frontera.

El jefe del frente observa la carta 1:50 000 de la zona: — Puede tardar uno o dos días en llegar. Si tomó en la dirección que tú me indicas

— La misión era de exploración; como de seguridad al puesto de mando — dice Veloso.

— Debe haber visto algo.

— La región es de actividad; de mucha actividad del enemigo.

— Por eso mismo; debe haber visto algo. ¿Qué fuerza llevaba?

— Un pelotón.

— ¿Nada más?

— Nada más. Ya le digo que era para una exploración.

— Mira; despliega el resto de la compañía por todos esos kilómetros de carretera y procura contactar por radio. Si no sale esta noche empezaremos a buscarlo mañana con la avioneta.

— No acompañaré por la noche, ¿no?

— Yo creo que no; digo, si yo fuera él no lo haría.

Desde el jeep Veloso y Oneira van situando los hombres que vienen en dos camiones. Oneira conduce mirando por la ventanilla hacia la bocanada oscuridad de la izquierda; embragando de golpe, equivocadamente las velocidades. En tres puntos distintos prueban y nadie contesta a los llamados por radio. Luego doblan en U para probar de nuevo en dirección contraria. Los camiones tienen que meterse de retroceso sobre las maniguazas de las cunetas.

— A Yayo le indicaron en un mapa y va a parar a Cunene — dice uno de los hombres del primer pelotón.

— Si le hubieran dicho camina hasta la ceiba que está por allá y gira después hasta el arroyo de más para acá, no se pierde.

— Así mismo; es verdad. Pero él llega, ustedes verán; él sale. No le pasa nada.

— ¿Esta no es la zona de los tipos esos que comen gente? — pregunta Oneira.

— ¿De antropofagia?

—Si.

—No: yo creo que eso es un cuento.

—Cuento. En los indicadores de los portugueses está.

—Pero eso es de hace treinta años.

—Buena.

Desde detrás corren la voz de que un hombre no se siente bien y que es necesario parar; silba dos veces y espera que Hodelin le conteste, entonces detiene la marcha de las tres escuadras y recorre la fila rápido hacia la retaguardia.

—¿Qué pasa?

—Freddone, teniente, pero tengo que descansar; cinco minutos; cinco minutos nada más —dice el gordo.

—¿Pero qué te pasa? si te paras es peor.

—Toque aquí —le lleva la mano sobre el pecho y siente los latidos del corazón como si fuese un pistón moviéndose de arriba a abajo.

—¡Pero qué es eso! —le pega el nido y escucha el regurgitar de la sangre por las arterias.

—¿No tienes nada? —le pregunta al sanitario.

—Nada; para eso nada —responde nervioso, preocupado—. Es demasiado esfuerzo para un cuerpo tan grande. El corazón de un hombre es de este tamaño —agrega y encaña el puño cerrado.

—No estoy cansado, teniente, no estoy cansado. Lo que me hace falta es parar un momento. Ni me voy a montar, fijese. Nada más recostarme al palo este; y que no me pidan más el fusil, teniente, que no se lo voy a dar.

El radiista trepa por un árbol pero baja sin lograr comunicación.

—Las nubes están corriendo como diablos; parece que va a empezar a llover.

El gordo está parado sobre un hormiguero pero prefiere el economo de las picadas a moverse ahora. Hodelin regresa. —¿Vamos a acampar aquí?

—No, solo un momento para que descanse la gente —dice Marzins. Alguien pide permiso para fumar y le responde que puede; la pequeña llanita del fósforo ilumina mucho más la selva de lo que podía esperarse y el soldado la cubre rosegada con las manos. Al tacto los hombres buscan por el suelo pequeñas bellotas de masa fibrosa para masticar algo. Hacia la izquierda Isidro da un respingo porque ha tropezado con un cuerpo; Marzins enciende la linterna de campaña y lo primero que ve son los ojos sin párpados del cadáver, tremendamente abiertos, los globos inflamados sobresaliéndole de las cuencas, a punto de tambalar por el pellejo amagaminado del rostro pegado a la osamenta, y el cuello abierto de donde fluye lento un líquido pastoso.

—Demasiados muertos para un solo día —dice Marzins—; ¿podemos seguir?

—Ya estoy bien, teniente —dice el gordo estrechando las piernas para sacudirse las botas.

Cuando la fila se pone en movimiento, a ambos lados en la maleza se escuchan ruidos como de animales huyendo.

—Seguimos, seguimos.

—¿Faltará mucho? —pregunta Aroche.

—Yo creo que no; pero cualquiera sabe.

¿Cuántas formas habrá de podrirse? Quizás no haya un patrón único, un comportamiento uniforme para la descomposición; posiblemente cada cual se pudra de un modo distinto, como las huellas de los dedos o las trazas al escribir. ¿No comenzará uno a podrirse incluso antes de haber muerto? El escamoso en las entrepiernas es un tizón encendido y la punta de las agujas detrás de los ojos se unen en el fondo del cerebro, en un fondo que cree poder tocar, apretarlo en el puño o entre las manos. —Que el gordo no se quede atrás —le dice a Madariaga y el muchacho se detiene esperando el final de la fila.

La oscuridad de la selva envuelve a cada hombre en su propia soledad, aunque toque la espalda del que va delante al levantar la mano, o sienta los pasos del que le sigue trastabillando entre los helechos. «Ya deben estar buscándonos, piensa y le mortifica la idea. Madariaga regresa adelantándose al andar de la pequeña columna.

—Va bien.

—¿Tú no estás cansado?

—Yo no; que va.

—Apúdalalo, anda.

—No quiere.

—Quédate con él de todas formas.

Oreiza ha disparado la pistola pero en un ángulo tan cerrado que la bengala estalla apenas sobre las copas de los árboles. Veloso se sube al techo de la cabina del camión y dispara tres veces seguidas iluminando bien alto con el centelleo de las luces de colores. —A esa altura deben ver —dice.

Avanzan cuatro kilómetros y repite la operación. El radiista ha escuchado las señales pero las pierde con la marcha del camión. —En los dos kilómetros anteriores; más o menos —dice. Regresan despacio intentando precisar mejor. —Aquí —dice y le pasa los auriculares al capitán—. Son ellos.

El camión tiene que frenar de súbito para no chocar contra el jeep que ha parado sin avisar. Los hombres se caen unos sobre otros.

—Yayo, mira hacia el norte. Hacia el norte. Voy a lanzar bengalas. Dime si las ves.

Desde la cabina dispara; de nuevo el centelleo en la alta cien o doscientos metros selva adentro.

—¿No ves? Manda a subir a alguien en un árbol: en diez minutos vuelvo a lanzar bengalas. Dime si las ves a la izquierda o a la derecha.

Madariaga sube y espera arriba. —No veo nada —dice al bajar—, siempre hay árboles más grandes tapando.

—Tira tú, Yaya, con trazadoras —grita Veloso en la carretera.

—Pueden detetarme, Veloso, por el ruido de los disparos —contesta Marzáns en el bosque.

—Cada diez minutos voy a lanzar bengalas; mantente en comunicación. Cuando las veas avisa en qué dirección.

—Déjenme solo, déjenme sola —dice el gordo—, yo llego, yo llego. Si me ayudan es peor.

Adelanta a los hombres, que le van haciendo espacio, hasta colocarse detrás de Marzáns que siente el resoplido de su respiración. A retaguardia suena una ráfaga larga y los soldados se abren en defensa; el gordo se deja caer en el mismo sitio en que estaba, pone el fusil apuntando en la dirección en que marchaba y cierra los ojos sintiendo el frío del sudor por los párpados. Cuando Marzáns llega, Arcoche está junto al hombre que ha disparado.

—Fue algo que vi en la oscuridad —dice—; que sentí en la manigua.

—¿Que oíste?

—Que sentí.

Arcoche le quita el fusil, le saca el cargador y luego le acciona haciendo saltar el cartucho. Le devuelve el arma sin balas. —No le pongas de nuevo el cargador —le dice—. Colócate al centro de la fila.

El hombre se terea el automático a la espalda.

—No va a volver a pasar —susurra y ocupa el lugar que le han señalado.

—Voy a disparar con trazadoras —anuncia Marzáns por radio—, dime si me ven y hacia dónde.

Dispara tres ráfagas hasta agotar un cargador completo. Desde la carretera vieron las pequeñas rayitas rojas, casi anaranjadas, pero no escucharon el ruido.

—¡Yaya, coño, derecho, derecho, que ya saliste! grita Queira por radio—. ¡Ya estás afuera!

—Repítela que le dé recto —le dijo Veloso.

—Dicen que estamos ahí mismo —gritó Madariaga, y fue como un espuelazo a un potro dormido. De nuevo quieren quitarle el fusil al gordo pero no se deja: —Yo llego, yo llego.

Cuando alcanzan la carretera los ayudan a subir a los camioneros. El jeep se lleva a Marzáns divertido hacia el Estado Mayor.

—Caramba, teniente, ¿qué fue lo que pasó?

Es el segundo encuentro con el jefe del frente, el comandante de las dos grúas arrugas a am-

los lados de la cara. Él comienza el parte en forma.

— Toda la gente llegó bien; tuvimos un tope con el enemigo escondido en cuevas; a ocho horas de marcha en línea recta sobre el punto a donde salimos.

— ¿Dice que regresó todo el mundo bien?

— Todo el mundo.

— ¿A ocho horas de marcha?

Marzán consulta el reloj: — Ocho horas; a buen paso.

— Entre veinticinco y treinta kilómetros — dice el comandante y se acerca al mapa—. Aquí — y marca con un punto rojo—. Más o menos.

Se mira hacia Marzán: — Cualquiera se equivoca trazando la asíntota en el monte, ¿eh?

A gatas se mete Lajo las dos aguas del nylon tenso sobre la saga amarrada a los árboles. Con los ojos cerrados coloca el automático en el suelo, cruza sobre él las manos y descansa la cabeza en ellas. Las gotas de la lluvia que comienza se rompen contra el impermeable; los pies dentro de las botas le han quedado fuera.

En la madrugada lo despiertan y ve la cara del político casi junto a la suya.

— Estabas hablando en sueños; alto.

— ¿Sí?

— Era como un nombre de mujer.

— ¿Cuál?

— No distinguí bien — prese a la oscuridad supo que el político se reía.

— No me acuerdo — dijo

Se volvió a dormir.

LIBRARY

Capítulo VI

La exploración marcha a cincuenta metros; dos hombres mirando los laterales y el frente, el tercero inclinado sobre el trillo, descubriendo una pisada aquí de pie desnudo, allá calzado, de un día de esta mañana, de hace un rato; una hoja de árbol que no crece junto al sendero; el tallo de una yerba doblado demasiado alto para haberlo hecho un animal.

—La orden es que no nos internáramos más de diez kilómetros —dice el jefe de pelotón.

El radio no establece comunicación. El radista cambia de orientación la antena, saca el aparato de la sombra de los árboles.

—Pantalla, aquí pantalla dos, adelante.

Nadie responde. Desde algún lugar la avioneta transmite los puntos de referencia a la artillería.

—Cacao, dile a Pantalla que avancé 15 kilómetros; hay huellas hacia la selva; que si sigo.

—Estoy muy alto para hablar con Pantalla.

La noche se acerca ocultando allá, casi en el horizonte, en la unión de la pradera con el monte firme, los inmensos yerbales más altos que un hombre y donde los angolanos dicen que viven el yacaré y la onza.

—Jefe, si quiere nos adelantamos un poco.

—Quinientos metros. Y regresen.

Las cantimploras se quedan sin agua; los hombres sienten el hambre sobre el vientre y el pecho y la espalda, y el peso de los tres cargadores y la granada al costado y las 150 balas tirando hacia abajo, haciendo difícil caminar, más aun cuando la hierba se enreda en los pies o resbala como limo.

En el regreso, a mitad de camino, en el campamento abandonado del enemigo, que ha sido incendiado, se hace un alto. Los hombres se dejan caer, cruzan las piernas apoyando la cabeza en el fusil sujeto delante o recuestan los riñones a los cascotes; fuman.

Alguien habla del regreso. Después, que seguro estarán para los carnavales en Santiago, que se verán en Trocha. Acosta, alto y hueaudo, de quijada pronunciada, dice que se va a llevar un envase de munición de cañón para llenarlo de cerveza.

—De canhao —dice el sanitario, que todo lo quiere traducir al portugués.

Lino, el jefe de pelotón en esta explotación, alto, lampiño, de pelo recto, no habla. Probablemente piensa en Velasco y que ya se debe preparar la tierra para la siembra de frijol en primavera.

—Vamos, muchachos.

El regreso es alegre, jovial, pese a que la oscuridad ya borra la silueta de Luvei, la aldea que todavía no se ha ocupado, allá en la pendiente casi junto al puente donde los ingenieros trabajan pese a las minas.

—Nos vemos en la Trocha.

—Con el envase de canhao.

A la llegada el telegrafista habla del discurso de Fidel en Conakry, escuchado por el radio de onda corta. —Si Suráfrica no se va de Cune, Namibia se convertirá en campo de batalla, dicen que dijo.

—A darle palos al burro hasta que se le pele el lomo —grita Acosta.

Lino descuelga de la hamaca el cepillo y comienza a limpiar el fusil. En un pom de tirador Esteban prende una pequeña fogata para hacer café; alrededor hablan de aviones, de tanques, de la cadencia de tiro de las automáticas. De la carretera llega el ruido de los camiones y los blindados que comienzan a formar la columna. Mañana seguirán viaje.

A la tercera escuadra la han situado en el extremo de la avanzada, a cuatrocientos metros de la carretera en línea recta dentro de la selva. Cuando la noche comenzaba a cerrarse bajo la lluvia, Acosta y Wilson trajeron, atravesando la manigua espinosa, los dos calderos con la comida que llegó al campamento improvisado aumentada por el agua. Los hombres han procurado no dispersarse mucho por los aislados que están del resto de la tropa —con el ruido de la tormenta no podría oírse muy lejos un disparo de fusil— pero también hubiese sido peligroso reunirse más cerca que la separación de seis metros que han mantenido. Tampoco se han fortificado en regla sino solamente han cavado cuatro agujeros de rodilla en un arco cóncavo hacia el monte. Por todo eso te has querido quedar con ellos. El agua corre en torrentes por el suelo y penetra los capotes e incluso los nylons. Los que duermen en las hamacas y los que han preferido acostarse en la tierra, no pueden escapar de ella y se ovillan haciéndose más pequeños, buscando el calor de sus propios cuerpos. El soldado de posta apenas puede ver entre los árboles y el maniguazo que lo envuelve a cada golpe del viento; la lluvia produce ruido como de gentes que se acercan o se preparan a saltar desde los ramajes y los truenos pueden ser disparos hechos desde la oscuridad del bosque; el agua, descendiendo del casco como de un alero, enneguece, y el fusil hay que mantenerlo apuntando al suelo, bajo el nylon y pegado al

cuerpo, para evitar el riesgo de que, de mojarse no funcione.

En el automóvil la pizarra está encendida con luces rojas y amarillas y hay una Santa Bárbara colgando del espejo retrovisor al centro del parabrisas. El chofer silba una canción a un ritmo más lento del que le es propio y mira repetidamente por la ventanilla. Después de la curva, a media distancia hacia la playa, detiene el carro y apaga los faros de largo alcance dejando encendidos solamente los indicadores; luego entra dando marcha atrás, en la guardarraya.

—Es aquí —dice el chofer.

Tú te bajas y ajustas el 38 cañón corto entre el pantalón y la camisa y te revisa los bolsillos para comprobar que no has perdido las veinte cápsulas y la fosforera de gasolina. El chofer te alcanza un paquete por la portezuela. —Dale esto al jefe —dice—, que no se te vaya a perder.

Luego arranca otra vez y toma la carretera camino del pueblo. Te acercas a la figura que ha estado de pie observándolo todo y que te da una escapeta diciéndote que te la manda el moro; después lo sigues.

Si Estela te viera ahora, Marrans. Pero ya hace rato que la muerte dejó de forzarle la sonrisa bajo la tierra. Abierta la carne en canal por los rockets y los dos paños de ametralladora que el avión dio sobre su cuerpo —dos paños especial-

mente para ella, Marzáns.—, cuando venia desde el San Germán con los mensajes de las otras dos columnas para la operación combinada. La rogiaron en lo más limpio del potrero, donde no habia resguardo alguno. Dicen que cuando vio girar el avión se quedó de pie, sin tenderse siquiera, mirándolo como si con los ojos pudiera derribarlo. Rota la carne por donde salieron los huesos astillados. Despedazado el cuerpo aquel que tan bien conocías, Marzáns, que todavía sientes en el hueco de tus manos y la tersura de su piel en las yemas de tus dedos.

Antes se habian ido, por caminos parecidos, el cordovés y el rubio y el flaco, y entonces, cuando todo aquello terminaba en el triunfo, pensaste que ya no habia lugar para ti sobre la tierra, ni siquiera en aquella que pudiese estar en el fin del mundo.

Acosta se levanta de su cama de cujes y avanza encorvado a relevar al gallego. Lucio, entre los matajos de la derecha, tose varias veces.

—La cosa no es de molestias; te puede joder mucho molestar a los demás, es un asunto tuyo. En la guerra todo son molestias; si caminas o andas en el BTR; si duermes en la hamaca o en el suelo; si te bañas en un río donde te puede comer un cocodrilo, o no juegas agua en veinte días; el almuerzo una vez bajo el sol y otra bajo la lluvia. Todo es molestia. Desde que salimos de la casa ya nos estamos molestando.

—Molestar por causa mia quiero decir —masculla Marzáns.

—Esa no es la cosa, no —sigue hablando Oneira—. El problema no es de si se molesta o no. El problema es de acertar, de no fallar. Ese es el problema, o uno de los problemas.

—En el monte una pendiente te cambia la actitud. No pensé que la desviación con la carretera fuese tanta; el grado de inclinación quiero decir.

—Hay que pensarlo todo —dice Veloso.

—Buena, no lo pensé. Para mí la cosa era darle duro al enemigo; que lo veía.

—¿Esa fue la orden? —pregunta Oneira.

—¿Cuál?

—¿Darle al enemigo?

—¿Hay que ordenar batir al enemigo si uno se topa con él?

—¿Te diste en la cara con él?

—Como si fuera, Oneira, como si fuera. Vi las huellas en el arenal de un arroyo. Hasta se hubiera podido decir si iba un cojo.

—No es lo mismo.

—Yo creo que sí. Si tú hubieras visto las huellas pensarías igual.

—Mira, Marzáns —dice Veloso—, no es que te estemos cayendo arriba; en definitiva lo pa-

rado pasó. Pero yo creo que Oneira puede tener razón en algo; la misión tuya era de reconocimiento, casi de rutina, como una seguridad para el Estado Mayor y la logística. Lo que siempre se hace y tú lo sabes. Tú no tenías fuerzas, ni en hombres ni en armamentos, para enfrentar una situación como, vaya, la que encontraste; claro, tuviste suerte...

—Podiera ser, pudiera ser; pero era un terreno donde no me podían emboscar.

—Pero un pelotón solo...

—Íbamos con precauciones...

—Tú mismo has hablado de que la vida del soldado es lo más importante, ¿no es así?

—Sí, es verdad.

—Y que los muertos que hay que contar son los que le hagan a uno, ¿no?

—También.

—Entonces.

—Mire, capitán, yo me sentía muy seguro; sabía que no había riesgos mayores.

—¿Una coronada? —pregunta Oneira con sorna.

—Iban como a la desbandada; sin organización. Eso se veía en las pisadas; y el montón de muertos... Era un enemigo en plan de robar y matar; no de combatir. Fíjense que no tenían ni postas.

—Eso se supo después.

—Y sí. La vida del soldado es lo principal. Yo pienso así.

—Y nadie piensa en contrario —dice Veloso—, pero los resultados buenos no deben cegar para analizar si una cosa estuvo bien hecha o no.

—Eso no lo discuto —dice Marzán.

—Lo principal es cumplir la orden —dice Oneira—. A como sea.

—¿Y si ves la oportunidad de batir al enemigo?

—Cumpla la orden, vuelvo y pido autorización; después regreso si me la dan.

—¿Y si ya voló?

—No es asunto mío; yo cumpla.

—¿Con la orden?

—Con la orden.

—Pero, ¿y con la razón de estar aquí, que es acabar con la contrarrevolución?

—Eso es otro asunto. Los superiores saben. Con la contrarrevolución acabamos siempre, y cumpliendo las órdenes que se den. Eso es así.

—No tan cerrado, Oneira, no tan cerrado. Yo sé lo que me refiero es a que era una unidad muy débil. ¿Y si no hubieran estado como estaban? ¿Y si hubieran tenido disposición combativa adecuada? ¿Y si se mantienen hostigándote duran-

te toda la noche? No hubiera llegado uno solo a la casertera.

—Puede vérmela fea. Pero es que la azimut... No sabía que me había desviado tanto.

—Entonces Oneira tiene razón.

—No en eso de que uno tenga que cumplir exactamente con el papelito que le hayan dado antes; no en eso; un hombre puede más que eso.

—Puede ser, puede ser. En general puede ser, pero en este caso concreto...

—Una orden es una orden. Y un hombre si es revolucionario lo que hace es cumplirla. Ese es su papel, y no papelito. El del jefe será otro; y más para arriba tendrán el suyo.

—Por ese camino se limita la iniciativa para hacer las cosas y...

—Bueno, está bien...

—...la responsabilidad con lo que se hace. ¿Por qué ustedes pueden estar discutiendo conmigo? Porque como yo veo el asunto puedo actuar con mi cabeza. Y después yo soy el responsable. Si acierto o si fallo yo soy el responsable; por eso es que pueden estar discutiendo conmigo.

—Conversando.

—Bueno.

—¿Y si por irte por encima matan a algunos?

—Ya dije de eso, ya dije. Me sentía seguro.

—En el Camai te pudiste meter debajo de nuestra propia artillería.

—¿Sí, Oneira? ¿Cuando yo había dado los parámetros? ¿Y pegado al puente donde si lo cañonean lo hubieran volado, que era lo que se quería evitar? No me hagas reír. Mira, compañero, ya te digo...

—Te ibas fuera de la orden; te pudieron...

—...el problema no es no correr riesgos, sino permitir bien, saber hasta dónde pueden llegar.

—...hacer un papelón, ¿sabes?

—A lo mejor. Pero la cabeza uno la tiene para algo.

—Para cumplimentar lo que se manda. No para estar inventando. Muchos inventores fastidian la com. Eso es lo que yo siempre digo de la agricultura —dice Oneira.

—¿De qué tu hablas, chico? ¿Qué es eso de la agricultura? ¿De aquí, de Angola?

—Marzáns siempre supo que estaban ahí —dice Modellín.

Los hombres de la otra compañía lo rodean sentados al borde de la cuneta. Quieren saber los detalles del combate, de la pérdida en la selva, de cómo pudieron salir.

—Él siempre supo que estaban por ahí; y a lo mejor que estaban allí mismo. Si, de ver el mapa nada más ya él sabía que estaban allí mismo.

en el agujero aquel. Por eso cuando yo le dije de las pisadas, él dijo está bien y torció a la derecha. Porque ya él sabía, desde que salimos de aquí ya él sabía.

Por el camino iridiscente por la luz del sol en su renit el gordo se acerca hacia el grupo.

Veloso pone la lata de leche condensada en el suelo y saca la bayoneta; —Si, qué tiene que ver eso —dice.

—Es lo mismo, lo mismo. Todo el problema de la agricultura es que no se cumplen las órdenes, que cada cual quiere hacer lo que le da la gana. Si se organizara igual que el ejército, que lo que hay que hacer viene de arriba, pero bien especificado, ¿eh?, y el informe de lo hecho desde abajo... miren, compañero-, ustedes verían.

—¿De Cuba tú hablas? —dice Veloso.

—No es lo mismo, no es lo mismo. Eso ya lo conozco bien. No es lo mismo más nunca en la vida. Un ejército se prueba en la guerra pero la producción se prueba todos los días. Como si estuviera siempre en guerra; no es lo mismo.

—Que hay mucha gente que está en la inventadera. Marzáns, en la inventadera.

—Ya te quisiera ver de administrador de un plan, donde además de la producción tienes que sacar un tractor para llevar un muchacho al médico a una mujer pariendo, o coger madera de una vaquería para arreglar una escuela, o enyun-

ir una carreta para buscar un sarcófago para un guajiro que se murió. Todo te cae arriba. Toda.

—Eso es verdad también —dice Veloso.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Olvidarte de todo eso? No, no puedes olvidarte. Las cosas no son siempre como se piensan.

Oceira se ha puesto a hurgar con la punta de la bayoneta en una figura de madera que representa a una negra desnuda con las manos crucadas sobre la cabeza.

—¿Qué es eso? —le pregunta Veloso.

—La encontré por allá atrás en una cubata.

—Está bonita —dice Marzáns.

—Es un recuerdo.

—Eso está prohibido llevárselo —dice Veloso.

—¿Cómo?

—Las obras de arte. Hay que dejarlas. Además, la puedes romper con la bayoneta.

—Pero si le estoy quitando el fango nada más.

—¿Cómo es eso, Modelín? ¿Cómo tú dices que él sabía? —pregunta uno de los muchachos.

—El montón de muertos estaba así, como en una lomita. Como la que se hace cuando se llena el agujero de yerba y miel para el ganado. Ahí estaban. Entonces nosotros les quitamos la tierra,

un poquito de tierra nada más que tenían. Y acabamos los muertos que ya estaban reventados; cundidos de gusanos. No había auras porque en este país no hay auras y si las hay yo no las he visto. Y las fieras no se los estaban comiendo porque las fieras no comen carne podrida; nada más carne cruda pero fresca. En el montón de muertos Marzáns supo que andaba por ahí Chitangua, que sólo opera de noche. El que dicen los angolanos que es un cagueiro y que una vez le vacieron un peine de AKA y no se murió. Se come el higado de las gentes; sólo el higado. Yayo supo que andaba por allí por los boquetes en el lado derecho de los muertos.

—¿Cuántos fueron?

—¿Qué cosa, Oneira? —dice Veloso.

—Los muertos.

—Cien —dice Marzáns.

—¿Cuántos?

—Cien.

—¿Un una con dos ceros?

—Exacto.

—¿Por qué no, Oneira?

—Compañera, cien es una batalla en regla.

—Buena, batalla no fue. Pero un buen combate sí.

—¿Los contaste?

—¿Contarlos? Si estaban en el fondo de un agujero que había que llegar con sogas.

—Ah no, así no vale. Cualquiera mata así. Lo comen es bajar y contarlos.

—¿Y si hay un francotirador? No vale la pena. Los muertos estaban ahí; cuéntense o no se cuenten. Por los anteojos reconocimos; Aroche y el explorador y el político y yo, y otros nombres, cien les digo; cuando menos.

—Como en el asalto no pudieron rodear, aquí dicen que mataron a cien; a anotarse el punto.

—¿Qué punto de qué? —dice Veloso—. ¿Para qué la mentira?

—La gente siempre exagera lo que hace.

—Yo no soy la gente.

—En forma natural se exagera, quiero decir. Sin darme cuenta uno.

Veloso abre dos agujeros en la lata de leche condensada; se prende ávida de uno de ellos.

—La cosa fue así —dice Marzáns y dibuja un círculo en el suelo para contar el combate.

El gordo se sienta al final de la fila y pide un cigarro.

—Nos subimos a las matas —dice Madelin—, unas matas largas y flacas, finisimas, que ya no había visto antes, como de madera de casuarina por lo flexible. Nos encaramamos en los pim-

pollitos y Madariaga y Zaldivar colaban los cobertores dentro de las cuevas. Qué puntería, con padre, por la misma entrada. Y entonces salían los unitas como cuando se le echa alcohol a un cucarachero. Aquello no tenía nombre, no tenía nombre.

—Por eso digo que eran cien. Había más de veinte montones de muertos. Oigan, compañeros, tapaban las matas de plátanos. Los hombres tendidos en el suelo junto al horde no paraban de tirar. Yo tenía miedo de que se acabaran las municiones.

—De todas maneras se debió haber mandado a alguien a comprobar. Y limpiar las cuevas después. Quién sabe lo que pudiera haber.

—Debe haber habido un peje gordo ahí —dice Veloso.

—Más a mi favor. Esa operación no se terminó. Ahí había que haber bajado.

—¿Habrá escapado alguien?

—Es posible —dice Marzáns—, no se sabe cómo son esas cuevas por dentro. Alguna galería, otro piso. Alguien que no se murió pudo haberse ido después de que nos fuimos nosotros.

—Había que haber bajado, haber bajado. Proteger a la gente pero haber bajado.

—Yo creo que tú pides mucho —dice Veloso—, el objetivo se había cumplido.

—Sí, sobrecumplido —dice Oneira riendo.

—Por lo menos era uno a uno; no va.

—¿Cómo uno a uno?

—Por cada muerto de ellos uno de nosotros; no va.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunta Oneira.

—Era convertir un éxito limpio en uno discutible. Uno a uno.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Yo firmé el parte —dice Veloso—; creo que el cálculo está bien hecho.

—De la misma manera que no mandé al asalto en loma Cassai porque no hacía falta, no mandé a nadie ahija. Nada de eso. No va.

—Pero conté-tame, compañero: ¿Cómo puedes saberlo?

—Mita. Oneira, eso es como una ruleta rusa. Cuando se va a un combate se sabe que se condena a algunos. A veces hasta se puede decir el número. A veces no; casi siempre sí. Y puedes estar seguro, después de unas cuantas veces casi no te equivocas. Lo que nunca sabemos es quiénes van a ser, si el que está adelante o atrás, a un lado tuyo o a otro. Nunca se sabe. Pero algunos van a ser y se puede calcular antes de que pase. Lo único es que nunca se sabe quiénes.

—Así mismo es —dice Veloso—, pero a pesar de eso hay que ir.

—Claro, hay que ir —dice Oneira—. Ese es el papel del jefe.

—Eso de trágico tiene la guerra —dice Veloso—, que uno sabe que siempre algunos compañeros van a caer.

—Claro; y hasta el número.

—Y es duro hablarles a los compañeros y mirar las filas y saber que algunas de esas caras no las vas a volver a ver.

—Como una ruleta rusa.

—Por eso el oficial se prepara —dice Oneira—, porque tiene que ser más fuerte que la muerte; más fuerte que el miedo a la muerte de sus soldados, y si hace falta, que el soldado le tenga más miedo a él que a la muerte misma —dice Oneira.

—Yo no puedo ser así —dice Marzáns—, y tú tampoco, Oneira.

—Eso es hablar por hablar —dice Veloso.

—Si es necesario, fíjense bien. He dicho si es necesario solamente. El buen oficial, claro.

—Ya te digo que es como una ruleta. El buen jefe sabe cuántos pueden morir. Y a veces hasta quiénes son los más probables. Pero eso cuando ya ha pasado mucha tiempo con ellos. El mejor oficial es el que condena el menor número de sus hombres cumpliendo el objetivo. La seguri-

dad del soldado es su jefe. Esa es parte de su función.

—Pero cumpliendo el objetivo —dice Oneira.

—Claro, cumpliendo el objetivo.

—Si no cumple el objetivo no ha hecho nada —dice Veloso.

Le pasa la lata de leche a Marzáns, que bebe y el líquido dulce y espeso lo hace toser varias veces. Oneira le golpea la espalda con la palma abierta, riendo, y le alcanza la cantimplora.

—Se fue contra natura —dice Marzáns y la voz es un cómico hilillo quebradizo. Los tres se ríen. Oneira chupa largo de unos de los agujeros.

—Marzáns esperó la noche para estar seguro de que se había matado a Chitanqua —dice Hodelin—. Él no se perdió nada, sino que se hizo el perdido para esperar la noche. Para estar seguro de que le había sacado las tripas al coguero. Si no aparecía esa noche es que estaba muerto; y no apareció.

—Al enemigo hay que exterminarlo; partirlo una vez y caerle detrás. No dejarlo levantar cabeza. Hasta que se haga tierra. Esa es la única verdad.

—Hay que vencerlo —dice Veloso—; que se parezca pero es otra cosa.

—Exterminarlo. Es la única verdad de la guerra.

—Las verdades nunca son únicas, Oneira. —dice Marzáns.

—¿Que no? ¿Y la Revolución y el socialismo?

—Esa es otra cosa; esa es una cuestión de principios.

—En qué quedamos.

—Una cosa son los propósitos y otra la manera de realizarlos. Lo que te sirve para ganar un combate puede no servirte para ganar la guerra entera.

—Claro.

—Visto así.

Oneira saca una foto en la cual él, cargando un niño, abraza a una mujer embarazada.

—¿Tu familia? —pregunta Marzáns.

—Sí —contesta Veloso y le quita la foto a Oneira—. Salió bien Migdalia aquí. ¿eh?

—Luce bien.

—La mala es la que tiene al lado.

—Tráe mellizas. Debe estar al parir. Le mande a decir que si le hice dos hijas cuando me fui, cuando regrese le voy a hacer tres.

Vuelven a reír y se beben el resto de la leche condensada. El político de la compañía llega de paisa. —Se presentaron dos unitas medio muertas de hambre y de paludismo. Estaban en el

huevo ese que atacó Marzáns. No saben contar pero dicen que allí había el doble de los soldados que ven en el Estado Mayor. Dicen que sufieron porque la hediondez los asfixiaba. Figúrense.

—Ya ustedes ven.

—Que había un teniente coronel dicen.

—Podiera tener información valiosa —dice Oneira y lanza la lata.

—Coño, me hubiera dejado abrirla —dice el político.

—No le quedaba nada.

—Uno de los grandes combates de esta guerra —dice Hodelin—: Yayo Marzáns lo sabía todo desde un comienzo. Uno de los grandes combates, si señor. ¿No es verdad, pardo?

—Así mismo es.

Cuando el BTR de Marzáns pasa y le indica la posición a ocupar en el monte, Aroche se baja del blindado a su mando y pide, dirigiéndose a las dos escuadras que ocupan la parte trasera del carro, dos hombres para que lo acompañen en la exploración. Isidro dice: —Vamos, hijense dos— sin precisar nombres. Los soldados vacilan, disimulando bajo la lluvia, sin ganas de saltar los capotes y recibir el frío del agua directamente sobre los uniformes ya húmedos. Además en la noche anterior les han informado

de las 150 minas encontradas en el puente recién reconstruido y el angulano muerto desangrado por la explosión de una de ellas y el cubano mutilado de ambas piernas.

—¡Vamos, coño —dice Wilson y se lanza por la borda metálica—; nadie se muere la víspera!

Luego otros tres se bajan por encima del borde resbaladizo de la pared del blindado.

—Ahora sobran —dice Isidro.

Aroche sonríe ocultándole ya los yerbales. Wilson hace señas con ambas manos al chofer dirigiendo la entrada del vehículo en los matorrales; con la defensa derriba los primeros arbustos. Desde las cuatro de la mañana vienen avanzando; ahora, mientras cinco hombres se quedan cavando las fortificaciones, 26 inician a pie la exploración de seguridad del Estado Mayor de la columna.

La operación se lleva a cabo con limpieza, con precisión. —Como para que la estudien en las escuelas —dice Esteban.

Se penetra en profundidad, marchando en columna, guardando la separación establecida entre hombres. En cada claro pasa primero la vanguardia, luego, cuando ésta hace señas, atraviesa una escuadra que se posiciona, después el resto. La exploración siempre a una misma distancia, convenidas las aviones para anunciar la proximidad del enemigo; comprobando el radio cada cierto tiempo, un mismo paso cómodo, sin

permitir que nadie se agote, y sin necesitar de descansos largos o frecuentes.

Lucio se da cuenta que Aroche está poniendo todo lo que sabe y aún más, todo lo que es, en esta primera operación que le permiten mandar. Se da cuenta y sonríe mientras espera el aviso para cruzar el prado amarillento. Aquel árbol alto y copado, parece una guásima de su tierra entre los otros árboles quemados, testimonio de una fase anterior de la guerra. Hacia la izquierda los dos agujeros, el de entrada y el de salida, de la guarida de un animal que nadie conoce.

A todo lo largo del camino en profundidad, Aroche ha ido fijando los lugares posibles en que el enemigo puede estar escondido o emboscado, pero sin manifestar haber reparado en ello. Al final, cuando las determinaciones tácticas de las fuerzas que lleva no le permiten internarse más, vuelve sobre sus pasos, iniciando el regreso, desplegado en abanico, abarcando el máximo de abertura con el pelotón, que bate desde atrás, para no ahuyentar hacia el monte al enemigo oculto y disperso. Luego sorprenden la siembra en la tierra sedimentada de la cantera abandonada y hacen los primeros prisioneros, allí, donde menos tupida parecía la selva.

Todo ha resultado como algo perfectamente normal, sin contratiempos. Los soldados del otro pelotón, prestados para esta acción combativa, preguntan por el jefe.

—¿Es permanente?

—No —dice Lucía—, obrero de la Renté en Santiago.

De regreso se oye la explosión de una mina y alguien cree haber oído un grito. Por la noche recalientan la comida al resaca de los tizones en el fondo de la trinchera. La luna sale enorme como arrancada de la tierra; un disco enorme que duele al mirarse de frente. Parece brotar de los árboles. Los soldados creen que se ha incendiado Lutembo, el pueblo aún no tomado, y saltan a la carretera.

Capítulo VII

LIBRARY

Cuando las últimas ramas enmarañadas sobre el camino, rozando el techo de la caseta del blindado, quedaron atrás, los veinte hombres volvieron a acomodarse lo mejor que pudieron en los dos asientos laterales, uno frente al otro, algunos sentados, los más de pie apoyados en las mochilas junto a las planchas de acero, cada escuadra vigilando en direcciones distintas hacia el monte. La antena de radio del BTR seguía oscilando al tropezar con los árboles de ramajes más bajos.

Lucio, con la camisa portuguesa pintarrajeada, se ajustó la correa del casco al mentón, espero que el blindado saliera de la curva en pendiente y aunque el carro aceleraba para evitar que los cinco pares de gomas quedaran aprisionados por el terreno arenoso, saltó, apoyándose en el cañón del AKA, hasta quedar sentado sobre la rueda de repuesto atornillada a la portezuela trasera de salida.

Aquello estaba prohibido. Desde esa posición las paredes del BTR no le brindaban protección alguna, podía ser fácil blanco desde lejos, no te-

nia la estabilidad mínima para disparar bien, pero eran ya once horas de viaje por medio de la selva, apilado con los compañeros que se turnaban para observar sentados por las troneras, pesando bastante el equipo de campaña y el uniforme a punto de encenderse bajo el sol constante de todo el día. Lucio balanceó las piernas en el aire tocando con las puntas de las botas el suelo de metal y miró el camino que se ocultaba primero entre el follaje, apareciendo después, más allá, en una cuesta no muy empinada donde se veía algo brillante, probablemente restos de vehículos abandonados. El aire caliente le secaba el sudor de la cara y el cuello; se desabotonó la camisa y se pasó la mano sucia de grasa por el pecho. El cabo de la escuadra, parado junto a la cabina, le señaló con la cabeza a Aroche, el jefe de pelotón, sentado al lado del chofer, con el gorro de cuadro negro de comunicación puesto, procurando no perder de vista, a través de la pequeña hendidura de la escotilla, el blindado del jefe de la compañía que marchaba delante, cosa de cien metros. Lucio simuló que no había advertido la señal.

Wilson abrió con la punta de la bayoneta la última lata de pescado en aceite que fue pasando de mano en mano. Cuando llegó a Lucio apenas quedaban unas hilachas de carne en un fondo de líquido viscoso; se lo bebió todo de un trago.

Algo han comunicado por radio y el jefe de pelotón, hablando con el chofer, mira hacia atrás,

ve a Lucio pero no le dice nada. Después del amanecer, cuando chocaron con el enemigo donde nadie suponía que estuviese, poco antes de entrar en las cubetas abandonadas por donde la exploración había pasado, tuvo que quitarle la 7.5 porque disparaba por encima de los combatientes sin esperar que hubiesen terminado de lanzarse del blindado.

En realidad se la quitó después, luego de tomar el poblado, cuando los de la primera escuadra ingresaban con los prisioneros y el jefe de compañía mandaba que no les hicieran preguntas, que los pasaran a retaguardia, pues el interrogatorio era cosa de la contrainteligencia o la información.

Entonces, mientras con las palas de campaña abrían camino en la fangalla para sacar el BTR casi clavado de costado en el pequeño barranco, le había dicho que ya no era más señalista sino sólo fusilero.

Muy a la derecha se escuchan las explosiones.

—Esa no es nuestra artillería —dice Benito, el guía angolano. Los hombres levantan la cabeza por encima del borde de la caraza para escuchar mejor. Lucio reconoce el estallido de los morteros de 60 mm, los mismos que abrieron fuego sobre ellos al inicio del combate con mañana, cuando él comenzó a disparar con la ametralladora emplazada en el lateral izquierdo, hacia arriba, hacia un montón de pequeñas figuras

casi en la punta de la loma, que supuso eran los abastecedores de las piezas enemigas.

—Van embora —dice Perdomo, el mulato como de 45 años, veterano de Girón y el Escambray que no se quita nunca los seis cargadores de la RPK, ni siquiera ahora, doblado por los cólicos.

—En la misma dirección de nosotros —agrega alguien.

Los sonidos se escuchan espaciados, cada quince o veinte minutos, quizás más. Mucho más distantes también.

—Por mucho que el aura vuela siempre el pitirre le pica el... —Wilson deja la frase en suspenso y ríe, como siempre hace aunque llueva y no haya comida.

—Por allá los cogerá la columna de Rojas, —añade señalando un horizonte impreciso, sin referencia posible en una selva interminable, siempre igual.

Desde Cangumbe vienen ascendiendo en una inclinación sostenida pero leve, casi inadvertible. Ahora están por encima de los mil quinientos metros de altura, a punto de alcanzar el gran altiplano central, la tierra de los umbundos.

El de ellos es el segundo carro de la columna que avanza paralelo al ferrocarril donde se transporta la técnica más pesada; delante, procurando mantenerse a dos kilómetros, sólo marchan los

dos T-34 de la extrema descubierta con dos escuadras de infantería encima cada uno.

A ratos el avance se detiene. La exploración descubre algo que la obliga a un reconocimiento lateral, o hay una encrucijada de caminos, o huellas recientes de vehículos, o la evidencia de un campo minado, o una senda que marcaba en el mapa ya no existe, borrada por la vegetación.

A media tarde el BTR pierde velocidad, se le apaga el motor, el chofer vuelve a encenderlo, con la compresión, aprovechando el impulso; se apaga otra vez y se para poco a poco bloqueando el camino. La vanguardia sigue avanzando y el blindado delantero también, pero el resto de la caravana se detiene. Entonces el jefe de pelotón comunica en clave al de compañía y el de compañía al de batallón. De algún punto allí atrás llega la orden: —Espere el móvil que viene al final.

Para seguir camino los primeros carros derriban algunos árboles junto al BTR. Por allí atraviesan después los morteros 120, los cañones 75 montados sobre los ZIL y los 76 arrastrados, y los tanques que forman el centro mismo de la columna, el jeep del jefe con el parabrisas roto por los disparos de la última emboscada y los transportes con tropas haciendo la señal de la victoria o levantando el puño, antes de la ambulancia, los camiones de servicio y los lanzacohetes múltiples de cuarenta bocas. Al final de nuevo los T-34 y la infantería motorizada de la retaguardia, cuando ya la primera escuadra ha

formado la defensa circular, desde la carretera hasta cincuenta metros dentro del bosque, por el lado derecho, y la segunda, por el izquierdo.

Wilson es el primero en divisar el carro con el resto de la gente de Santiago y antes de que llegue comienza a gritarles y a hacerles señas para que le tiren algo de comer. Sobre la marcha, sin detenerse, le lanzan latas de leche, y paquetes de caramelos; algunos, para recogerlos, se separan de sus posiciones y Arocho desde debajo del capó, trasteando el motor, maldice y golpea con el puño cerrado sobre el guardafango: —¿Habrás visto gente así alguna vez?

Alguien ha cogido una lata de jalea de fresas y va uno por uno repartiéndola en cucharadas.

El radio ya no comunica pero aún recibe. —No se preocupen, les falta poco.

Un pitazo largo del tren es lo último que se escucha, borroso, como muy lejano. Entonces el silencio de la selva es tanto que calla a los hombres. Luego comienza a llover, primero leve y después torrencialmente, pero siempre en gotas finísimas que penetran enseguida la ropa. Por turnos van a buscar los nylons o las capas; en el blindado las mochilas se empapan, al final no quedará nada seco. Los hombres se agachan, se apoyan en los árboles, se cubren con hojas, queriendo ahuyentar el frío de la altura y el agua sobre la piel cuarteada por tantas horas al sol.

—¿Quién dijo que había taller? —pregunta Arocho sin dirigirse a nadie.

—Esto es pasarse la noche aquí —dice Perdomo, achicados los ojos por las fiebres de las diarreas.

Algun apagado ruido de motor se cuele por entre la espesura.

—Jefe, allá alante parece que hay un camino, si usted quiere yo voy —dice Lucio desde la línea de defensa.

El chofer manobra con la palanca para el arranque intentando activar el sistema de encendido, primero con la mano derecha, después con la izquierda, al final con ambas.

—Puede haber un entronque y parte de la columna estar pasando por allá —dice el cabo de la primera.

—Llégate hasta la curva con otro más.

Antes de que el cabo indique ya Lucio sale al camino: —Yo voy también —dice Perdomo— a ver si el frío se me quita andando.

El camino es un fangal en que se hunden hasta los tohillos aunque avanzan sobre las huellas estriadas de las ruedas de los vehículos.

Perdomo habla de la casa, allá en Songo por el camino de la Prueba.

—Cuando regresemos mata el macho que estoy echando.

Antes de llegar a la curva les hacen señas de que regresen porque el ruido de motor se acerca. —Vayan un sábado por la tarde.

El taller móvil se para delante y el jeep de escolta detrás.

—Que no nos coja la noche, ¿eh? —dice un mecánico gordo, con el portacargador de tirantes sobre el overol. Otros dos conectan el cable para cargar la batería, revisan las bujías y el carburador. —Esto es el sexto que arreglamos hoy —dice uno. Bien adelante suenan ráfagas y disparos dispersos. Después varias explosiones seguidas. El gordo silba entre dientes.

—Ya empezó la cosa.

—Esa es la artillería de nosotros —dice Bento.

Cuando se montan van más apretados por las capas y la ropa mojada; la lluvia golpea aún sobre los cascos y se engarratan las manos sosteniendo los fusiles o sujetas del borde metálico del blindado.

—Cuando lleguen llévenme el carro otra vez —dice el mecánico—, mañana no se puede quedar nadie retrasado.

Al llegar a Chicala, un pequeño poblado de casas de barro y paja dispersas entre las puntas de maíz y yuca, ya los soldados que viajan en el tren, aprovechando que el aguacero amaina, encienden fuego en los mismos vagones, sobre gruesas capas de tierra, para cocinar. Los morteros se han emplazado poco antes de las primeras viviendas y los BM dentro de la aldea misma, algo detrás del puesto médico.

La tercera compañía hace de seguridad combativa y ya abre las fortificaciones; el resto de la infantería se disloca alrededor pero a cierta distancia del Estado Mayor. La iglesia, una nave alargada de puntal alto, es la única construcción de ladrillos de la zanzala. Dentro, entre los ventanales rotos de cristales amarillos por donde penetra la claridad mortecina de un atardecer opacado por el racimbo de verano, las imágenes de dos santos, hombre y mujer, tallados en madera. Delante el pulpito, los reclinatorios, una pequeña palma ornamental. En el suelo una página de revista anunciando un producto portugués con una fotografía de mujer en ropa interior, una lata de cacao vacía, un mechón apagado que aún humea.

Los soldados se tiran del BTR y van con los angolanos a sacar mandioca unos, a echar gasolina sobre la leña mojada otros. Hasta que cierre la noche no tendrán guardia.

A la llegada han tiroteado los carros de suministros y el pelotón de seguridad peina las yerbas altas al fondo de la iglesia.

—Jefe, ¿quién va a manejar la ametralladora ahora? —pregunta Lucio.

—Enséñale al chino.

La gente de los 82 le han dado a Perdomo, a punto de desmayarse ya, un poco de caldo de maíz y ajíes picantes, que bebe detrás de la puerta desgonzada de la iglesia huyéndole al re-

lente. Lucio le explica al chino los distintos lugares de emplazamiento de la 7,5; encima de la cabina si el tiro es hacia adelante; en los goznes de los costados si es hacia alguno de los flancos, en el saliente de la portezuela trasera si cubren la retaguardia.

Después desmonta el arma y se sienta en la tierra junto al carro para indicarle el desarme. Primero despacio, aclarándole la función de cada pieza, dejando que el chino se compeñete con ellas por el tacto, que pueda llegar a identificarlas a tientas; después más rápido, una y otra vez, para aproximarse a los treinta segundos en que debe el chino desarmar y armar la ametralladora. Cuando lo consiga tendrá que hacerlo a ciegos, con los ojos tapados, pero ya eso no podrá ser hoy.

Del yucal regresan apenas con el tercio de una mochila lleno y, además, la mandioca es amarga. Hace más de 24 horas que no comen y los caramelos ya no saben dulces en la boca. Sin anuncio los BM disparan a menos de treinta metros y los hombres corren a las posiciones impulsados por el tremendo estampido, como de leña rajada, y las llamaradas rojizas por encima de los techos de las chozas. Luego, al darse cuenta, se ríen los unos de los otros. Sólo Lucio y el chino no se han movido y apenas levantan la vista.

Las compañías de Holguin y Mayarí llegan con mucho ruido porque han tropezado con el enemigo como a 45 kilómetros, y traen un herido

con un balazo en el muslo que alguien dice que le cogió la femoral porque el sanitario no le ha dejado de presionar todo el tiempo más arriba de la ingle para controlarle la hemorragia.

Se lo llevarán para Luso tan pronto saquen el carrito de línea de la exploración del tren de delante de la locomotora y lo lleven, cargado, hasta detrás del último vagón, pues en el poblado no hay ramal auxiliar.

Lucio corta ramas con bastantes hojas, ayudado por el chofer y el chino, para enmascarar el blindado. Esa también es una obligación del sanitario. Se oyen disparos hacia la pendiente del río donde han ido a posesionarse los katangueses. El enlace viene de prisa: —El pintorreteado que emplaza hacia allá —dice.

—Ya Lucio no está con la ametralladora —contesta Aroche.

—Buena, el que sea.

Los que acaban de llegar hablan con los de Santiago de Mayabe y la playa de Santa Lucía, y el Morro y la cerveza en la Iris.

—¿No conociste al maestro de quinto grado del centro escolar? —le pregunta Perdomo a un rubio de Cueta que llegó en diciembre. —El viejo Perdomo, cómo no. Me dio clases a mí.

—Mi papá —agrega Perdomo—; murió antes de yo venir; como una semana.

El rubio abre los ojos y separa las manos sorprendido, los demás bajan la voz.

De nuevo empieza a lloviznar y tapan el fuego donde cocinan con unas planchas de zinc. El chino se ha quedado en el blindado junto a la ametralladora como si la orden fuese que no se separara de ella.

—Ya sabe —dice Lucio al jefe de pelotón. Veloso, el de compañía, llega entonces con el abrigo abotonado hasta arriba.

—Aroche, dos hombres que vayan con el herido hasta Luso.

Ya han terminado de colocar el pequeño carro de línea. Además irán el sanitario y el conductor angolano; 120 kilómetros, a punto de caer la noche, por la vía dañada. ¿Y si el enemigo está emboscado?

—¿Capitán, dos nada más?

—No esben más.

—El camino ese...

—¿Lo vamos a dejar morir?

Veloso lo ha dicho, contra su costumbre, levantando la voz, y Aroche comprende que también está preocupado.

—El helicóptero no puede venir con este tiempo —agrega.

—De la tercera escuadra, dos, rápido —manda Aroche.

Wilson busca a tientas las botas por el suelo cafangado y luego le cuesta trabajo ponérselas por lo mojadas. —Voy enseguida, voy enseguida.

Lucio se acerca con el jazo de la cantimplora en la mano: —Jefe, ya el chino sabe, déjeme ir.

Aroche se encoge de hombros y Lucio corre a alcanzar a Wilson. —Chino, no te olvides, no la uses con el alza tres —grita. Al paso coge un poco del caldo de carne rusa y yuca que está al hervir.

Aluera, Sangre de Pueblo, el comandante angolano, escudriña el inmenso bosque, extendiéndose hasta la Tierra del Fin del Mundo, que todavía falta por recorrer. Unos soldados angolanos, descalzos, le ofrecen maíz asado en la fogata.

La primera tropa llegó a pie hasta la bodega de Ramirez en las afueras del pueblo, donde comenzaban a hacerse más próximas las viviendas. Después la gente del movimiento dentro de la ciudad trajeron omnibuses y varios camiones y en ellos entraron hasta ocupar el palacio de justicia, el ayuntamiento donde estaba la estación de policía, y la oficina de la compañía junto al cuartel de la rural ampliado por la llegada de un batallón táctico del regimiento. La policía se desarmó sin problemas y el comandante llegó desde Santa Lucía y requisó todas las armas largas del ejército dejándoles solamente las pistolas a los oficiales como se había orientado. En el apostadero naval, cerca del ingenio, fue necesario hacer unos cuantos disparos más.

... y ventanas de las casas estaban abiertas de par en par y las personas entraban y salían de ellas sin pedir permiso. En muchos lugares sacaron los radios a las aceras sintonizándolos a todo volumen para escuchar la alocución de Fidel desde Palma Soriano que las estaciones retransmitían una y otra vez. Muchas familias cocinaban en anafres colocados en los portales y ofrecían comida a los rebeldes que llegaban.

El día que cayó Batista fue el día más largo de tu vida. Ahora no recuerdas si lo dijiste a alguien con esas mismas palabras o si las pronunciaste solamente para ti. Pero el sentimiento de tristeza era tan grande, que alcanzó esa expresión propia, marcando una referencia casi material de la cual no podrías separarte más. No puedes recordar aquella mañana y los días que siguieron sin volver a sentir el reconocimiento de toda tu insignificancia, de tu más íntima carencia de sentido. Allí, con el San Cristóbal y los siete cazadores que en varios meses habían podido reunir, en medio de la algazara del grito, de los niños que se trepaban y halaban la barba, de los ancianos que te abrazaban llorando sin conocerte. ¿Qué ibas a hacer con tus espacios vacíos, con la ausencia de premura, con tu propia libertad? ¿Con aquella añoranza de la tranquilidad de lo inorgánico? Entonces te mandaron para Santiago.

—Vélase, no nos podemos estar regalando así
—grita Suárez, el jefe de Estado Mayor, cuando

de el cuivoy comienza a ascender por la angostura del desfiladero. Tú te bajas con el primer pelotón y ocupas la defensa a ambos lados. El calor es mucho y vahadas de mosquitos se meten por la nariz al respirar. Arrancas una pequeña rama cuyas hojas se cierran al ahuyentarte con ella. Las cortezas de los troncos de los árboles alrededor, están comidas por los insectos.

Comienza a anochecer sobre Munhango, un pequeño pueblecito al este de la provincia de Bie, casi en el límite con las de Mozico y Cuando-Cubango, en el borde más interior de la inmensa meseta central.

El atardecer de marzo, al final del verano, es lento, pesado, como si al sol le costase trabajo desprenderse de esta tierra siempre igual, casi monótona, sin apenas diferencias de relieve, que no parece tener fin. En las paredes de las edificaciones, muchas de ellas de mampostería, puede leerse la marcha de la guerra: Viva Savimbi, Arrriba Holden, UNITA, FNLA, Kuacha Angola, Kuacha África, MPLA, Vivan las FAPLA, Viva Neto, Victoria cierta.

Casi todas las casas del pueblo, menos las del centro, han estado ocupadas por las tropas varios días; ahora los hombres comienzan a recoger sus cosas, a desdoblarse las hamacas, a arreglar las mochilas. Esa es toda la orden dada, pero ya en el patio de la estación de ferrocarril.

les las tres locomotoras maniobran los carros planchas y alguien llega con la noticia de que han comenzado a montar los tanques.

No cabe dudas; después de varios días de operar en el altiplano, regresan a Luso. Tal parece que se hubiese intentado una dirección hacia el sureste, hacia Gago Coutinho, la última ciudad sin liberar, pero que los caminos hubiesen sido horrados por la selva; o que se hubiese querido dominar el altiplano, o aquel sector del altiplano, para mantener seguro un único avance desde Luso. O ambas cosas, como alternativas posibles de un plan único.

De todo ello discuten los hombres que ya conocen lo suficiente el país como para dibujar mapas aproximados del mismo en pedazos de papel y trazar con flechas direcciones de ataques imaginarios pero que se aseguran como reales con convencimiento, plazas fuertes del enemigo, columnas de apoyo que avanzan, ¿que ya deberían estar aquí, qué diablos, para acabar esto de una vez?

Los soldados que en Munhango han dormido varios días en el suelo pero bajo techo y tras la seguridad de las paredes, y bañado con agua corriente y comido caliente dos veces al día y aun paseado por las calles que comienzan nuevamente a poblarse de familias angolanas de regreso de los bosques cercanos, no dejan de mirar con cierto recelo este volver sobre el camino andado.

En todo el tiempo en Munhango no ha llegado el correo de Luso que a su vez tiene que esperar el de Luanda. Son muchos días sin noticias de Cuba para aquellos que en Luso recibieron algo, y hay muchos que todavía, desde la llegada, no han recibido nada.

Quizás por eso en las madrugadas, durante las guardias, los centinelas se acercan unos a otros, alejándose un poco de sus respectivos lugares de posta, y aun contra las ordenanzas encienden cigarrillos y conversan de que no hay nada seguro en la tierra, de que para morir basta estar vivos y de que, en un final, no hay amor como el de madre.

Quizás por eso protesten, por lo bajo, de un nuevo movimiento precipitado —cabrona guerra que nos tiene de allá para acá como una bola—, porque quién sabe, a lo mejor las cartas que están en camino se pierden y van para el sur a dar tumbos por el Cunene, o ser arrastradas en el norte por el Zaire, y quién sabe cuántas veces puede haber pasado ya eso, porque no puede ser, ya, tanto tiempo sin una letra.

Perdomo, el del centro de acopios de San Benito, ha escrito una carta y la tiene en sobre cerrado y con dirección bien clara afuera. Una carta que ha hecho despacio y apartado de todos, como a escondidas, durante varios días, y que pondrá en correos si en la próxima entrega continúa sin recibir nada.

Sucede entonces que el moro viene desde el puesto de mando, sobresaliéndole la barriga por entre el overol abierto, metiéndose con toda la gente que encuentra a su paso, el AKA terciado a la espalda, las botas con los cordones sueltos porque apenas le caben en ellas los pies, en la mano derecha una pequeña caja de cartón, sobre la cual se posan las miradas de todos los hombres de la compañía, porque el moro viene para la compañía, aunque antes está la de los BM y los talleres y los servicios, pero esa caja viene, tiene que venir, para la compañía, y como la lleva de descuidada el muy cabrón que cualquier cosa se puede caer y después no va haber quien encuentre un pedazo de papel en el fango.

Y el moro se entretiene, ya a la puerta del mando de la compañía, con los artilleros de 75 de Holguin que preguntan por la pieza de la cerrea que pidieron a Luso. Los hombres lo apuran y él con la mano que esperan, y vuelven a apurarlo y la compañía casi completa sin formación alguna espera, y Veloso y Oneira y el propio Marzáns aunque disimulan con la 75 que habrá de quedarse con la guarnición de angolanos, y el moro, jodiendo, que no sean mal educados, que esperan, hasta que Octavio, que estaba bañándose en las casas del fondo viene a todo correr gritando: —Dame la mía, dame la mía, porque ahí tiene que venir una para mí.

El sopón de frijoles en la fogata se quema y nadie lo atiende; la oscuridad que avanza es

ahora grisacea como si el aire se hubiera empuñado: Marzáns enciende en el saliente de la casa que sirve de puesto de mando y almacén al mismo tiempo, un farol de presión de aire.

—A ver, muchachos, a ver; regalos directos de Cuba, acabados de llegar. No se me amontonen, caballeros, que no me gusta la apretazón, tanta gente junta hincha, caballeros. Hay para todos: el que no tenga carta segura le mandan recuerdos; yo se los doy. Aquí está el primero, 16, el tom, pero no quiere decir nada, nada; 616; quinientos mil seiscientos dieciséis, Braulio Dominguez: te pusiste las botas, pichón, de Amelia Juan de Sorriba.

—¡Sigue a la otra, moro! —gritan algunos y el cono se impacienta y lo rodea más estrechamente, pero él se tarda y cada sobre lo levanta hasta la altura de sus ojos para leer a la poca luz que aún queda, y sigue con su juego porque sabe, el mejor que nadie sabe, que aquello ayuda a hajar a tierra, a disminuir la pesadumbre de los que no van a recibir nada.

—El 19, la lombriz; así le decían a un tío mío que era tremendo sinvergüenza; en Turajo. 519; 16 519. Francisco López, de... toma, dale que no puedo leer.

—El 17. San Lázaro, al diablo, babalu ayé. 15 417. Arriba, negrito; y de lejos, de Santa Úrsula.

—De Chicharrones —grita alguien y se rie—. Francisco, mira a ver si en tu sobre viene algo

para mí —agrega la misma voz ahora impaciente.

—Este sí es bueno; a ver, la piedra fina. ¿cuál es?

—El 25 —dice alguien en la oscuridad.

—11 425 —Veloso ha abandonado el ensamblaje de la ametralladora pesada.

—Para usted, capitán —le dice el moro. La carta camina, de mano en mano, por encima del cerco de hombres.

—Gracias —dice Veloso pero Marzáns cree oír: «Al fin.»

—¡Paloma! ¡El 24! Buen augurio; la paloma regresamos pronto, seguro. 324, 15 324, Roberto Gutiérrez. Tiene una nota atrás que dice «para el más comelón».

El hombre riendo hace por quitarle el sobre.

—Espérate —dice el moro—, de Anelis Bermúdez, Pío Rosado y...

—Oye, chico, mi mujer me dice que Conchita te echó una carta también.

—Cono, debe venir ahí.

—37, hrujería. 14 337, lindo número; el de Jobabo, Hodelin.

Madruga llega con las escuadras de angolanos. Marzáns comienza a indicarle las defensas que deban ocupar, la línea de trincheras más exteriores cavadas casi junto a donde comienza el

pastizal, los puntos de vigilancia junto a las tablas casi destruidas de un cementerio inundado de mangües. Veloso deja de leer y comienza a armarles la 7,5 que debe entregarles, indicándoles el sector de tiro que puede cubrir. Luego empiezan a contar el parque con que se quedarán.

—Yo también regreso —dice Madruga—, es al camarada a quien debemos entregar, y presenta a un oficial joven con gorra de orejeras.

—Ah, está bien, mucho gusto —y le estrecha la mano en las tres posiciones angolanas.

Marzáns y Oneira cargan juntas los sacos de carne enlatada para las FAPLA.

—Aquí tienen como para un mes —dice Oneira. El oficial joven asiente con la cabeza y sigue contando las cajas de municiones.

—Cono, que apenas veo; no se me junten tanto; no me quiten el aire, que me ahoga. El treinta y... uno. El venao. Y está bien puesto porque caire como un venao. Quince... y treinta y uno al final; con un... cuatro en el centro. El viejo Wilson.

Wilson se acerca despacio disimulando la afectación.

—Vamos a ver de cuál de mis mujeres —dice se arrón.

—Eso es fácil, leo el retutente que dice...

—No vayas a hacer eso, compadre —dice Wilson y hace como si fuera un niño suplicando.

—Ah, está bien así.

—¿Ya se acabaron?

—No, qué va. Pero esta sí es difícil de cantar. El 34, el mono.

—La mía, coño —grita el chino, y empuja abriéndose paso.

—¿Y eso, muchacho? —pregunta el moro—. A ver, enséñame la chapilla.

—Mira, 15 034 —y se abre la camisa enseñando el pequeño pedazo de metal.

—Está bien, toma —hace por darle la carta pero luego la retiene.

—¿Cómo supiste si yo no canté el número?

—No sé; supe.

—Suficientes razones; toma. La próxima, a ver, a ver, ésta, no, mejor esta otra. Dice aquí, así que, ah sí, la anguila, la anguila; vamos a ver, la anguila.

—¿El 83?

—Nada de eso...

—Si es por anguila dásela también al chino que se cuele siempre a comer y nunca está para la guardia.

—El 96, caballeros, parece mentira, que no se diga; esto también es cultura. 14 196, Ricardo

Estévez. Toma, que ya estás haciendo pucheros.

—75, los perros de San Lázaro, 14 475, Alfonso Domínguez, el cohetero.

—Gracias, gracias, moro.

—No hay de qué, para servirte.

—El chama cogió promedio de 93 en los exámenes —grita uno de los que lee sin dirigirse a nadie en particular—. Ya está en segundo año de secundaria —agrega.

—Lalin, el viejo se partió un pie.

—Coño, no me digas.

—Pero ya está bien.

—Pero cómo fue eso.

—No, no, no, pero no tiene problemas; por poco se rompe pero ya no tiene problemas. Se cayó de la estiba en los muelles.

—Ya está muy viejo para ese trabajo.

—Eso le digo yo; pero imagínate...

Los hombres leen bajo el farol, se empujan, se aprietan, se juntan leyendo como si fueran una sola persona y una sola carta; la luz de petróleo lleva sus sombras sobre el muro, agigantándolas hasta alcanzar casi el alero de los techos; las sombras leyendo una y otra vez las mismas líneas como si no comprendiesen su significado.

como si quisieran ver tras las letras la mano que las trazó.

—Aquí hay un lío; no me acuerdo bien, padre o sangrejo.

—Lo que sea.

—Da igual.

—No chico, padre, 13 655, Tomás Sardo, el más veterano aquí.

El radista se levanta del zanjón junto a la cuneta y toma el sobre. —Lo primero en cuatro meses —susurra.

—Oye eso —gritan desde el farol—, mi hermana parió un varón y le pusieron como yo.

—Ya la vieja pudo tirar la placa de la casa —dice otro.

Wilson se ríe y golpea el suelo con los pies:

—Me pusieron a enfriar una caja de cervezas desde ahora.

—Buena, lo que le faltaba al santo, las muletas, el 27; 14 177, Agustín Rodríguez. Aquí está.

No muy lejos suena una ráfaga corta y luego varios disparos aislados. —Coño, a empezar ahora...

—Esa no es nada.

Las locomotoras siguen pitando, alineando los carros junto a la estación. Las primeras unidades comienzan a marchar hacia allá.

—El 69.

Todos los hombres se ríen.

—Ah, ese sí lo saben, ¿no? Pues el 69, Cabeza arriba y cabeza abajo, 14 869, Antonio Vázquez.

—¡Antonicoooo! —gritan porque está ayudando a desarmar una tienda de campaña construida con varias capas.

—Buena a ver, alúmbrenme aquí, alúmbrenme para terminar rápido. —Wilson se pone a su lado con una linterna. —A ver si hay algo más para mí —dice.

—Vamos a darle rápido, que tengo que ir a la tercera.

—El niño, el 73; 15 773, Roberto Benítez.

—Aquí.

—Doble gato, o gato grande, no me acuerdo, 16 344, Augusto Sardo.

—Ese soy yo.

—Cero seis, jicotea o caracol, da lo mismo, 14 306, Arquimides Garbey.

Madruza observa sonriendo al grupo de cubanos alrededor del moro. —Buena memoria, ¿eh? —le dice Veloso a Marzán.

—Sí.

Ya los letreros en las paredes no pueden leer.
La primera posta angolana comienza a hacer
guardia junto a las tapias.

—29, 32 y 27. Los últimos: Gonzalo, Benito
y Kindelan.

Algunos de los hombres que no han recibido
quieren revisar las cartas que quedan.

—Esas son de la tercera, compañeros; estoy apa-
rada. Bueno, mírenlas, pero que no se vaya a
perder ninguna. Los que tengan para enviar me
las pueden dar ahora si quieren.

Perdono, el de San Benito, da varias chupadas
al rabo de tabaco y lo lanza a la cuneta; luego
saca la carta para enviar que llevaba en el bol-
sillo y la rompe. Se acerca al farol y comienza
a hacer otra que quizá no termine en una se-
mana.

Oneira coloca el último saco. —¿No recibiste?

—No —contesta Marzán.

—Yo tampoco —camina hacia la oscuridad
donde Hodelin canta algo—. ¿Es muy difícil to-
car guitarra?

—No, teniente.

—Deja ver —Oneira comienza a rasguear las
cuerdas que producen sonidos variados, sin me-
lódica alguna.

—Nunca aprenderás —dice y se la devuelve al
muecharcho; después va hasta el camino.

—Bueno, será otro día —dice Octavia y termina
de vestirse. Enciende entonces los indicadores
del BTR.

El muro se acerca a Marzán. —¿Qué? —le pre-
gunta.

—Nada.

—¿No recibiste?

—¿Tú no lo sabes?

—Es que estás muy viejón.

—A lo mejor —y le da un golpecito en el vien-
tre abultado.

—Deja ver el número, 84. Extraño que no ha-
yas recibido porque es un número bonito.

—No fastidies.

Las dos se ríen.

—Por mi casa debe haber pasado algo —dice
el muro.

—¿No te llegó nada?

—Debe haberle pasado algo a la mujer y no me
lo quieren decir. Por eso no me escriben.

—A lo mejor no...

—Ese fibroma...

Madruga le habla casi al oído a Veloso. —Esos camaradas no tienen esa angustia —dice señalando a los angolanos—. No tienen a nadie que les escriba.

—¿Nadie?

—A algunos les han matado hasta 29 familiares: desde las carnicerías de marzo del 61 en Lige. En medio de las calles mataban a los negros como perros. Fijese usted, camarada, que de lo que vi entonces tengo todavía problemas. No puedo comer ningún tipo de carne. La vomito.

Oneira llega ajustándose el plegable. —Operaciones avisa que nos toca a nosotros —dice a Veloso.

—A formar —grita el capitán—, con todo el equipo.

Los hombres corren terminando de cargar sus cosas.

—Aquí el segundo pelotón, segunda pelotón —repite Aroche.

En la estación del ferrocarril de Munhango los saplas registran a hombres jóvenes, civiles, fuertes, con pelados cuadrados, aún marciales, descalzos.

—Son marcas de botas —le dice un soldado a uno de ellos, señalándole las llagas en los tobillos, y lo amenaza con pegarle.

—Es sarna —contesta el otro retrocediendo.

El capitán de la UNITA que se ha presentado está bajo vigilancia dentro de la pequeña oficina del paradero, donde un empleado portugués viejo no sabe qué hacer.

La mujer del capitán enemigo, sentada afuera, espera. Es joven, atractiva, y los soldados la miran sin disimular y le sonríen y ella les contesta entre picara y esperanzada.

Junto al andén se carga el tren militar. Hay dificultades para montar los BTR y sobre todo los T-34. En el cielo amenaza lluvia. Los soldados se acomodan como pueden sobre el piso de los vagones descubiertos, entre los rastos; no llegarán seras a Luao.

El pueblo va renaciendo poco a poco a la normalidad. Algunos grupos de muchachas dan ciertos paseos por las calles, luego de regresar de la selva, buscando entre los despojos de la aldea aquello que pueda servir a sus padres o hermanos más pequeños. En ocasiones los saplas se les acercan y comienzan entonces a conversar.

Octavio no logra subir el BTR al vagón-plataforma, en el pequeño espacio que queda luego de haberse montado los otros blindados cuyos choferes, desde arriba, se burlan.

—Te vas a tener que ir solo por ese camino del coño de su madre.

—Y me voy, chico, me voy.

—No es tan bravo el...

—Jefe, ¿usted me autoriza a darle ahora mismo para Luis por el terraplén?

—El convoy entero va en el tren, Octavio, ¿cómo te vas a ir solo?

—Yo me voy solo, capitán, no me hace falta ningún comejiña de estos...

—Bueno, Octavio, vamos a ver: a lo mejor no hace falta que te vayas solo.

Manda a una escuadra a sacar tablones de la cerra; los ponen por sobre el borde del vagón formando un plano inclinado no muy seguro y Octavio, luego de hacer retroceder el BTR y multiplicarlo, comienza a subir por ellos. Los tablones se doblan y parecen romperse; Octavio da un acelerón y los faros alumbran el techo bajo de nubes antes de que el inmenso catapechón caiga golpeando con las ruedas delanteras el piso de metal de la plataforma.

Los tablones se levantan y salen disparados hacia los lados, cuando Octavio gira en un segundo evitando tropezar con los otros equipos, deteniendo el suyo a unos centímetros de la horanda delantera del vagón.

—El comandante Yacaré —dice alguien.

—¡Aprisa, corriendo los vagones; calceen los tanques! —grita Veloso.

Octavio lanza la colilla, se baja del BTR y se tiza al andén. Por entre el abajeo de gentes en

la estación mira las luces del pueblo que comienzan a encenderse. Han arreglado ya la planta eléctrica.

Durante bastante tiempo luego de la caída de la dictadura Santiago de Cuba fue el pulso del país. Todo lo que ocurría en la isla tenía su inicio o su resonancia final en la ciudad. El creciente proceso de radicalización se anunciaba en las confrontaciones y cambios que muchas veces de manera espontánea ocurrían dentro de ella. Las gentes vivían en las calles, en las asambleas de reconstrucción de sindicatos, en las manifestaciones de apoyo a los ajusticiamientos de criminales o a las medidas nacionales que se dictaban, en la formación de organizaciones estudiantiles, en la ocupación de centros económicos nacionalizados, en los primeros ejercicios de milicias armadas.

Aquella vertiginosa actividad acentuó un rasgo específico de Santiago como de algo en permanente provisionalidad, como suspendido en el aire. Aquella ingrátida sensación de transitoriedad, aquella forma de vivir al día, se agarró enseguida. ¿Que estás marcado por la muerte? Pero si la muerte no es para verla a distancia; si está dentro de ti y dentro de todos donde que se nace, y crece con uno y con uno se emborracha y duerme. A la muerte no se le espera, siempre nos acompaña. Hay que enseñarla también a que ría.

En ese aliento te refugiaste, te sumergiste, lavado por tus compañeros del Moncada mientras el Moncada no se convirtió en escuela. Todo el mundo hacia de todo, desde intervenir latidos y participar en la persecución de los primeros desembarcos contrarrevolucionarios hasta alfabetizar, y volviste a llenar tu tiempo pero con aquel sentido de relatividad, de finitud, del cual no podrías desprenderte ya.

A Clara la conociste en una de las grandes concentraciones en la Alameda, cuando la movilización de respaldo a la Segunda Declaración de La Habana, o quizás algo después. Estaba dentro de un grupo de muchachos bulliciosos vestidos con el uniforme blanco y azul del instituto. Casi diste un salto porque creíste ver —;porqué viste en realidad!— a Estela en aquella muchachita descuidada y delgaducha. A una Estela de muchos años antes de su muerte. Después, cuando la observaste con más cuidado, comprendiste que no había en realidad ningún parecido.

Los muchachos se dieron cuenta de que tú los mirabas y se te acercaron sin afectación alguna. —Usted no es de aquí, ¿no? —te preguntó ella.

—Bueno, desde que se acabó la guerra estoy aquí, ¿por qué?

—No, por nada. Como está tan callado y aquí todo el mundo grita.

Te reíste y ella también.

La última guardia es la de Lucio que no ha dejado de toser en toda la noche. Le dice a Isidra que deje, que tú mismo lo vas a llamar, que ya está levantado.

—Pero, teniente, ¿usted no ha dormido?

—Sí, un rato.

Vas con Lucio hasta el lugar de posta quince metros delante del soldado más avanzado. Aún la lluvia es copiosa. Wilson, acuelillado, toma puñados de tierra arenosa y residuos de vegetación y les acerca la mano que brilla como un diamante por la fosforescencia. —Es extraño ¿eh? —dice.

LIBRARY
OF MIA

Capítulo VIII

El puente, de más de cincuenta metros de larga, está hundido en el centro. La carga de explosivos, colocada solamente en los pilotes centrales, convirtió la gruesa estructura de acero en dos planos inclinados cuyos extremos convergen, allá abajo, dentro de las aguas del Lungehungo.

—Aquí si los ingenieros van a tener que trabajar duro.

—Siempre lo hacen; esta es la guerra de ellos.

—Pero aquí van a tener que trabajar más. Lo primero es terminar de volarlo y después hacerlo nuevo.

A trechos, dentro del agua, se levantan grandes rocas lisas como porcelana, sin ofrecer asideros posibles, por entre las cuales se arremolina una corriente tumultuosa, imponente, que salta como un surtidor al chocar con los hierros retorcidos del puente volado. En el lado opuesto, a la derecha, casi junto a la orilla, hay un bulldozer volcado. —Está ahí desde la ofensiva anterior —dice Madruga.

Amanece con una luz débil que apenas penetra el pesada neblinazo que se levanta desde el río. La compañía completa se ha ido arrimando al borde del heril y los hombres se abrochan hasta los últimos botones los abrigo. —Cuando hay neblina va a hacer mal duro después —dice Hodelin, pero ahora nadie quisiera tener que sacar las manos de los bolsillos y menos meterse en el agua aquella allá abajo, que no forma un remolino sino muchos remolinos que pese a la poca luz se pueden contar y que suenan peor que las olas del Atlántico. Nada mejor que el capitán dejara eso para más tarde, y diera orden de regresar para poder acostarse de nuevo bajo los nylon, sobre la hierba que muchas noches han amoldado los cuerpos, volviéndola agradable, cómoda, casi mollida.

Peru Veloso está hablando con el pino, del grupo de los recién llegados, y el pino baja por la carretera hasta el arranque del puente amarrando allí el extremo de una soga y baja con ella por el primer plano inclinado hasta llegar junto al agua.

—Hay como dos brazas, capitán —grita desde abajo.

Hodelin desciende también, con una rama gruesa que colocan uniendo los dos extremos hundidos del puente, a ras de la corriente. El pino pasa primero haciendo equilibrio sobre ella; después cruza Hodelin.

Por el segundo plano inclinado suben a gatas, afincando las botas en los travesaños del puente que les sirven ahora como escalera, amarran el otro extremo de la soga y los hombres sujetos a ella comienzan a cruzar. Hodelin, ya del otro lado, se encarama a saltos en uno de los peñascos a observar una flor grande de color gris claro que crece en su cima; la voltea sin arrancarla y cae un leve chorro de agua.

—Esta parte se parece al cruce del Queve, allá por Gabela, cuando fuimos después de Quivala a tomar Novo Redondo —dice Oneira. Veloso da la orden de rellenar las cantimploras pero muy pocos lo hacen; casi todos las tienen ocupadas con café claro o con el chocolate sobrasite que repartieron antes de salir.

—Igualito, igualito —dice Oneira—; del otro lado sorprendimos a los sursafrikanos durmiendo en el suelo sin fortificaciones. Confusos en que no íbamos a pasar por su artillería y por el puente derribado. Del campajón seguimos largo por Novo Redondo. Dejaron embarrada a la UNITA. Atrás entramos nosotros. El FNLA estaba en el fondo y salió huyendo sin veros. Eso fue allá en el sur, cerca de la costa.

—En diciembre —dice Madruga.

—Más o menos. Y como a esta hora. No, un poco más temprano.

Cuando la columna se organiza ya el sol está alto y hay que abrirse los abrigo. Hodelin y el

LIBRERÍA
PUEBLO
LIBRE

pinco y dos más abren la marcha; después Marzans y el pelotón de Aroche, después el de Veloso, al final Oneira con el suyo. La carretera es una larga cinta plateada a esa hora de la mañana partiendo en dos la inacabable llanura del este angolano. Los surafricanos ya han cruzado el Cunene refugiándose en Namibia; desde Nueva Lisboa el ejército revolucionario ha ido recuperando el territorio invadido con más rapidez, con mucha más rapidez, que cuando lo perdió durante la retirada meses atrás. Sólo en el este, desde el saliente del Zambeze hasta las tembladeras del Cuito, la contrarrevolución sigue resistiendo.

A media mañana, cuando ya se veían los techos de zinc de las barracas en las afueras de la ciudad, ya todo el mundo había guardado los abrigo en las mochilas y muchos se abrían la camisa porque el sol picaba fuerte.

El pelotón de Marzans se desplegó y fue ocupando los primeros edificios en cortas carreras, usando las protecciones del terreno, precisando por escuadra cada nuevo salto, como un ejercicio combatiivo, sin encontrar resistencia. Luego la compañía se fragmentó por entre la ciudad abandonada batiendo los pocos francotiradores que comenzaban a hostigar en la zona comercial. Oneira logró hacer un prisionero que respondió sin esfuerzos a las preguntas de Madruga. El enemigo había cuatros horas que había abandonado el pueblo. Veloso mandó a parar el registro; ya eso lo harían las otras unidades que

venían a retaguardia; ellos tenían que alcanzar la mayor profundidad posible en ese día.

La vegetación baja, poco frondosa, no resguardaba de la llamarada del sol al mediodía. Los hombres se quitan los cascos sobre los cuales no se puede poner la mano porque quema el acero.

— Parece que se derriten las botas — dice alguien porque al caminar las suelas se pegan en el asfalto gelatinoso. Sin que nadie lo ordene salen de la carretera buscando el menor calor de las cunetas, de los trillos laterales enveredados, pero a veces tienen que regresar por las pequeñas elevaciones que aparecen a uno y otro lado.

Las cantimploras de Veloso, de Oneira y de Marzans pasau de mano en mano y se agotan enseguida. A Wilson, que no ha alcanzado, Madruga le pasa lo que quedaba en la suya. En el asalto a la ciudad, ahora se dan cuenta, nadie se acordó de proveerse de agua.

Muy hacia adelante Hodelin y el pinco son dos pequeños figurillas irreales dentro de la reverberación de la carretera y los maniguanos a un lado y otro.

— Miren cómo están los diablitos — dice Madruga señalando los espectros en el aire caldeado junto a la tierra.

— Como en el corte de caña.

— Pero sin ninguna sombra — dice Perdomo — parece que el aire se estuviese quemando — agruga y en realidad, aunque la marcha es lenta,

...dificultad para respirar aun cuando lo intenten con la boca abierta.

—Ya esta tierra es distinta —dice Madruga— es como si el desierto avanzara desde el sur.

—¿Desde el sur?

—Sí, desde el sur.

El prisionero se queja en portugués. Veloso ordena que le liberen los brazos que lleva atados a la espalda. Con aquel calor no podría correr mucho y la visibilidad alcanza más de un kilómetro a la redonda.

El hombre se abanica con las dos manos, pide agua pero solo hay el café claro que lleva lidro, del cual bebe dos tragos largos que vomita enseguida.

Algunos soldados se han quitado las camisas echándose las luego por encima de las cabezas; los cascos cuelgan de las amarras de las mochilas o de los portacargadores. Los automáticos sudan la grasa que nadie suponía que podía existir luego de tantos disparos. Formental se moja la mano en ella y se la pasa luego por el pelo.

Madariaga le pide a Zaldívar la contemplora.

—Es chocolate —la dice el muchacho haciendo una mueca.

—Deja ver —se enjuaga dos veces la boca y escupe líquido dulce.

—Por lo menos para quitarse el sabor a agrio —dice.

—¿Qué tiempo tendremos que caminar?

—Por lo menos hasta que nos encuentren —dice Marzán.

—¿Y no hay agua en el camino?

—Cualquiera sabe.

—Pero en los mapas, jefe...

—Los mapas, los mapas —dice Marzán con desgarro.

—Ya uno tiene tanta sed que no siente el hambre —dice Wilson y todos recuerdan entonces que desde hace varias horas no comen, pero nadie hace por sacar las provisiones de campaña.

—Ya se acaba la temporada de lluvias —dice Madruga—; dentro de poco empatarán las polvaredas, la yerba se morirá y se podrá ver dentro de la selva metros y metros. Entonces empiezan a salir las fieras.

El chino descubre a poca distancia, a un lado, una iguana gigantesca. De un tiro de la pistola Queira la mató.

—Está duro el calor este, ¿eh jefe? —dice Madariaga pero Marzán no le contesta incómodo con lo ocioso de la observación.

—¿Un descanso, capitán?

—Si nos paramos no hay quien se levante —dice Veloso.

—¡Brinca ahora, Perdomo, anda, como hiciste en Luso! ¡Anda, brinca ahora, que esto si no es broma! —grita Wilson riendo.

—Hay que tener ganas —dice Perdomo en voz baja.

—Teniente, este sol no nos conviene a los negros —bromea el sanitario y Marzán tiene que tratarse de todas maneras.

—¡Nos vamos a derretir como jalea de guayaba!

Acosta, el último en la fila del primer pelotón, se gira hacia Veloso pocos metros detrás.

—¡Qué buena calor, capitán! Si empezara a llover, ¿eh? —le dice abriendo muchos los ojos.

Hudelin y el pino, muy delante, cortan pequeñas ramas y, entretrejiéndolas, se cubren con ellas las cabezas; Isidro y Perdomo hacen lo mismo y luego el resto de la columna. Aroche es el único que lleva el casco y la camisa abotonada; desde la salida de la ciudad abandonada no ha pronunciado palabra.

Llegan junto a un bloque de concreto con el número 158 pintado por delante; por los cuatro lados tiene agujeros de hala. Perdomo apoya en él el pie derecho y desacordona la bota para arreglarse la gruesa media verde olivo.

—¿158 kilómetros de dónde? —pregunta Marzán.

—De Luso.

—Si se cuenta de allá.

—O de Texeira, no se.

El prisionero está de pie con las piernas separadas, la cabeza proyectada hacia adelante, los ojos mirando el bosque ralo extendiéndose hasta el horizonte; empieza a hablar en portugués y luego lo hace en un dialecto que los cubanos no entienden. Madruga le habla pero el prisionero parece no escucharlo. —Ha hablado en quicoo y en quicongo —dice Madruga—, pero ahora no está diciendo nada.

—Cómo no. ¿Y eso que habla? ¿Qué dice?

—No dice nada, camarada.

—Pero si está hablando. ¿No será que no conoces esa lengua?

—No son palabras, camarada, quiero decir. Son sonidos pero no son palabras. No dice nada.

Siguen caminando. La reverberación se ha hecho mucho más violenta y las figuras del aire enrarecido salen no solo de la carretera, sino de lo más lejos del monte que alcanza la vista, y de sus propios pies, y de sus mismas cabezas, y aun de más alto; es como si estuviesen en medio de grandes desprendimientos de gases. El sudor cae desde el pelo y no hay forma de evitar que entre en los ojos o en la boca abierta donde se siente el aire que entra más caliente aun que aquél que sale.

El prisionero vuelve a hablar y comienza a jaldear como un perro, con la lengua afuera y fuertes contracciones del vientre. —¡Aguánten-

lo! —grita Marzáns, pero el hombre cae de espaldas sobre el pavimento encendido; hacen por levantarlo pero en medio de las convulsiones parece que estuviera claveteando al suelo. Entre Wilson y Aroche lo arrastran hasta la tierra de la cuneta.

El hombre arquea todo el cuerpo apoyándose solamente en los talones y la nuca; se tumba de lado y araña el suelo, temblándole la piel y sin dejar de jadear. Sólo los ojos se le abren y cierran una y otra vez, muy lentamente, como si fueran algo distinto del resto del cuerpo.

—Cuidado no se truce la lengua —dice Perdomo.

El sanitario se agacha junto a él, le toma el pulso, le palpa el pecho del lado del corazón, pero se ve a las claras que no sabe qué hacer.

—Epilepsia —dice Veloso.

Marzáns niega con la cabeza: —Se está muriendo de sed.

—¿Y nosotros sin agua, coño!

—Ni con todos los afluentes del Zambeze se salva. Ya debe tener la sangre hecha coágulos.

Isidro y Wilson lo abanicán con las gorras; otros se han alejado y vuelven con ramas para hacerle sombra. Oneira le abre la camisa guarabada y le suelta el pantalón. El prisionero se ha quedado tranquilo con la cara ladada junto al suelo, los ojos aún abiertos. De la boca le fluye una babasa sanguinolenta con pedazos de tejido oscuro.

—Está vomitando el hígado —dice Perdomo.

El sanitario se levanta: —Ya se murió —dice.

Marzáns enciende varias veces la fosforera hasta que las ropas puedan prenderse. —Con lo seco que está va a quemar rápido —dice Lucio.

Los hombres se apartan. Veloso da la orden de continuar la marcha y todos avanzan en silencio, consternados. Alguien hace por escupir pero no logra expulsar saliva.

—Es la más duro que he visto en mi vida —dice Aroche—, vez a un hombre morir así.

—Deshidratado —dice el sanitario.

—Ojalá haya pronto agua —dice Marzáns en voz tan baja que Aroche no supo si se lo había escuchado o si lo había pensado él. Los hombres se pasan una y otra vez la lengua por los labios agrietados. Durante un buen rato, quizás media hora, sólo se escuchan las pisadas en la hierba junto al asfalto, el chocar de las culatas de los fusiles con las bayonetas o las cantimploras vacías, el ruido sordo de las respiraciones.

—Debe ser cerca de la una —dice Perdomo—, ya el sol está en mitad del cielo.

El chimo se para un momento y luego vuelve a andar; un rato después hace lo mismo. —Me parece haber visto que vuelan pájaros —le dice a Aroche en voz baja.

—¿Dónde?

—Arriba; a los dos lados.

Sin detenerse, Aroche busca con la vista. —No hay nada —dice.

—Si los buscas así no los ves —dice el chino—. Miralos con el rabu del ojo.

Durante un rato caminan sin hablar. —Es la misma luz que le hace a uno ver esas manchas.

—¿Pero no las veo?

—Las ves porque están en tus ojos. Afuera no están.

Hodelin y el pino desaparecen en una curva de la carretera, tras una pequeña colina partida en dos por el trazado del camino. La colina parecía estar allí, al alcance de la mano, pero tardan más de veinte minutos en llegar a ella. La carretera es entonces una larga línea metálica que se extiende con una ligera inclinación descendente donde la luz hace el efecto de multitud de animalitos iridiscentes en constante movimiento. Desde allí hasta el horizonte, en toda la despejada amplitud que alcanza la vista, no se ve ni a Hodelin ni al pino.

Algunos kilómetros hacia adelante, del lado izquierdo, hay varios carros abandonados.

—Son tres camiones —dice Wilson.

Indro se pone la mano a modo de visera sobre la frente: Tres camiones y un jeep.

—Ya no veo el jeep.

—Te digo que tres camiones y un jeep.

Cuando llegan son dos camiones semivolcados en la cuneta y un carro de combate con las ruedas hacia arriba y la cabina enterrada en la tierra. Marzans se detiene con su pelotón un momento. —A ese una mina lo viró cabeza abajo; esos deben haberse fundido.

Continúan. El chino le da al pasar una patada a la goma delantera de uno de los vehículos.

Veloso no deja que sus hombres se detengan.

—Si tan siquiera un carro pudiera caminar. ¿eh, capitán? —dice el radista.

—Sí, pero no pueden.

—Para que llevase nada más que las mochilas y el radio.

—Pero no pueden; ¿no ves que no pueden?

—Claro que no pueden; es un decir.

Oneira deja que los otros dos pelotones avancen. —Ahi debe haber agua —dice y agujerea con la bayoneta el radiador del primer camión; en el casco recoge el liquido pardo, casi rojizo, lleno de herrumbre, que cae en pequeños chorros. Dos o tres soldados hacen lo mismo con el otro vehículo. Oneira silba largo y hace señas a Marzans y a Veloso. Por un momento los hombres rompen la formación regresando a la carretera.

—Medio jarro por escuadra. Cada jefe con un jarro para repartirlo por la escuadra.

El agua caliente, con pequeñas virutas de hierro, apenas sirve para que comience a arder la garganta. Marmán se echa en la mano las gotas que le toraron a él; se late la palma.

El terreno minado obliga a caminar por la carretera, procurando pisar donde antes lo ha hecho el compañero que va delante. Marmán, a la cabeza de la larga fila, bordea las manchas de grasa que encuentra en el asfalto, las hendiduras, los objetos que van apareciendo. Oveira, al final, de trecho en trecho, hace explotar a tiro algunas minas para que sea más clara la advertencia a las unidades que vengan detrás.

La distancia entre los hombres aumenta al procurar cada cual alejarse del precedente para evitar en algo el calor.

—¿Cuánto puede faltar? —pregunta alguien pero nadie le contesta. Avanzan como si cada uno estuviese metido en su propio tubo ahumado de laboratorio desde cuya interior mirase a los demás, a la planicie cada vez más despojada, más mustia, al fuego que baja del cielo y bota de la tierra y del mismo aire a los costados. Todo se va viendo chato, liso, como si dejaran las cosas de existir en profundidad; las correas del fusil se hacen parte de la carne de las manos y de los hombros; los sonidos se disuelven en la fantasmagoría de la reverberación como si las minas que Oveira hace estallar allí atrás no fueran sino parte del erupir de la tierra calcinada; la hora ha perdido el sentido de

su propio sabor y solo siente el gusto del aire que entra o sale. El pensamiento es lento, pesado, como el movimiento de grandes rocas que se distanciarían en la caída chocando unas con otras. La luz, en sí misma, lo enturbia todo, lo nubla todo, lo reduce todo a sus raíces primarias. La llamarada inabarcable de la luz se hace oscuridad, una oscuridad que exige, que pesa demasiado, que disminuye el tamaño de todo lo que existe, al tiempo que el aire se expande inflamado más allá de los límites del planeta.

Marmán está en los finales de su resistencia. Sabe que si se para se detendría toda la columna, que si él se da por vencido muchos de los que le siguen harán lo mismo. Si al menos pudiera, al cerrar los ojos, escapar un momento de aquella claridad!

En el cielo no hay una nube. Poco a poco va acercando el foco de su vista al sol, como si quisiera con ello imponerse a su propio agotamiento, pero tiene que volver la cabeza por el fuerte aguijonazo de la luz en la retina.

Hodelin y el pino están agachados junto a la carretera esperándolos. —Allí, en aquel quimbó —añalan—. Parece que están fortificados.

—Vamos a combatir —le dice Marmán a Aroche y la voz corre en un segundo por toda la fila.

—De arriba abajo, muchachos, a liquidar esto rápido —grita Veloso. A saltos saltan las can-

tas minadas y se despliegan por la llanura improvisando fortificaciones a toda carrera.

—Seguro que allí hay agua —dice Wilson.

Las ametralladoras del enemigo barren la carretera y trozan los jerbazales a poca altura. La compañía completa contesta casi al unísono en una descarga que parece no terminar nunca.

Veloso sostiene el centro; Oneira y Marzáns con sus pelotones comienzan a flaquear. Las camisas arden con los disparos y los dos pelotones se lanzan a la carrera por entre el fuego. La escuadra que conduce Aroche lanza una tras otra las nueve granadas que llevaba. Madariaga va a disparar con el lanzacohetes pero Marzáns lo detiene: —No hace falta ahora; quizás más tarde.

El quimbo incendiado no produce sombra por la luz cenital del mediodía.

—Mejor seguimos —dice Veloso.

—No hay agua —dice Oneira.

—No, no hay —agrega Wilson.

Poco a poco la fila vuelve a formarse; alguien dispara tres o cuatro cartuchos que le quedaban en el cargador para poner otro nuevo.

—Seguimos —repite Veloso.

—¡Seguimos! —grita Madariaga a los que aún no se han reunido y todo el mundo parece acor-

barse de que al muchacho le quedan tantas fuerzas.

—Hasta la zanzala que se ve allí abajo.

—¡Hasta la zanzala que se ve allí abajo! —vuelve a gritar Madariaga.

A la zanzala llegan ya atardeciendo, cuando al fin parece que el día termina. Allí no hay nadie salvo una negra alta y musculosa dando pirlón en una piedra grande ahuecada, con una criatura atada a la espalda con varias vueltas de un paño gris, que los mira al soslayo, sin concederles importancia y sin detener su trabajo.

—¿Tienes tu marido con ellos? —le pregunta Madruga en portugués—. Nosotros no somos como ellos —agrega. Se lo repite varias veces en diferentes lenguas pero la mujer no contesta.

—No hay agua aquí tampoco —dice Wilson.

—¿No tienes agua? —pregunta Madruga. La mujer se agacha y recoge el grano triturado con las dos manos, cargándolo luego en un pliegue amplio que hace en la falda. La cabeza de la criatura dormida se balancea de un lado al otro. La mujer se va buscando el monte.

Tan pronto anochece los hombres se echan por el suelo de las dos cobijas; cada pelotón mantiene dos postas; cada hombre hará una hora de guardia.

A muchos los cólicos de la sed no los dejan dormir. En el cielo limpio Marzáns vuelve a ver la Cruz del Sur y piensa que en aquel pedruz-

de noche hay menos estrellas que las que él veía en su tierra. A tientas camina entre los soldados dormidos y se acuesta en el jergón de paja que Aroche le ha reservado: el único que hay en la casucha. Por la madrugada hace frío y los hombres se quejan en sueños. Oneira sin despertar dice algo y toma varias voces. La negra regresa del monte y salta por sobre los hombres; zarandea a Marzáns por el hombro.

—Está bien, está bien —le dice él y se acuesta al pie del camastro haciendo espacio entre el chino y Perdomo. La negra se zafa el paño y coloca al niño a su lado. La criatura lloriquea. Marzáns, medio dormido, le acaricia varias veces la cabeza.

Reunes el convoy de movilizados recién llegado de Miranda en la carretera de Siboney entre el zoológico y la loma de San Juan. Son muchachos serios, fuertes, hechos al campo, al corte de caña, que aún no están muy prácticos en la vida militar. Debían ir un poco más allá, a reforzar las defensas serranas hacia Manzanillo, pero en el Estado Mayor acordieron a que los llevaras hacia la división de la que eres jefe de operaciones que cubre el primer escalón sobre la costa entre Aguadores y Playa del Este, casi en los límites con la base naval yanqui.

En el stadium Maceo están concentrándose todos los hombres cuyas unidades han partido antes de que pudiesen ellos contactar o que son de

otros pueblos o lugares; con ellos formarán compañías y pelotones para reforzar los puntos de defensa más cercanos al perímetro urbano. En el lomerío de Marianaje las unidades de la milicia universitaria improvisan ejercicios, para ocupar el tiempo, porque aún no les han indicado los sectores a ocupar por ellos y muchos comienzan a temer que dejen a los estudiantes en lugar seguro por aquello de que el país puede necesitarlos más tarde.

Las mujeres desde temprano están presentándose en las fábricas para ocupar los puestos que han dejado los hombres movilizados. Por todas partes se escuchan marchas patrióticas, a través de los radios y los altoparlantes colocados en las calles y plazas, y la gente habla de que esta es la crisis más grave desde que terminó la Segunda Guerra Mundial y que nadie quita que mañana mismo comience la tercera.

Cuando te montas en el jeep con Arquimides, encabezando la caravana con el batallón que vas a poseionar en las montañas de Firmeza en las estribaciones norteñas de la Gran Piedra, piensas que para tener revoloteando encima la bomba atómica, la gente está bastante tranquila.

Después de reunirte con los mineros que están abriendo los túneles para los refugios antiséreson, vas hacia Daiquiri porque el vigía informa sobre la presencia cercana de un barco. Accionas la manivela del teléfono de campaña y la dices que con el brazo extendido y el pulgar recto ha-

cia arriba calcule la distancia aproximada a que se encuentra. Después le dice al jefe de batallón que tenga preparada la batería.

Te aferraste a Clara con toda la prisa de la resurrección, gozando al vaciar toda tu experiencia en un cuerpo joven, tan joven como no lo fue tu nunca, inexperto, torpe aún. Ella te dejaba hacer, no tanto inmovilizada por el temor a la curiosidad como por una actitud casi litúrgica hacia ti, de un amor grande de animalito indefenso. Hasta que se reconoció ella misma y comenzó a dársele con una fuerza que nunca había sospechado poder. Entonces pudiste alcanzar la consumación sin el cucojimiento íntimo, lamentable, que sentías desde mucho tiempo atrás.

Acosta ha logrado hacer candela debajo de una plancha de zinc inclinada. El agua en el protector de la cantimplora comienza a hervir y Wilson le echa hojas de limón y el resto de un castucho con azúcar prieta. Por ahora ese será el desayuno. No se sabe si ese día continuarán marcha.

De noche, a ambos lados del camino que conduce a Semi, los hombres, en varios grupos, conversan. A la derecha la tercera escuadra acampa bajo el gran cubierto del T-34; frente a ellos, cruzando el terraplén, las otras dos escuadras y la dotación del cañón de 75 milímetros un poco cubiertas por la ancha arboleda de-

tras de la cual se encuentra la carretera que lleva a Lutumbo, donde ha acampado el resto de la compañía y el pelotón de tanques. Al chino le ha dado por construir casas de campaña cada vez más grandes y para ello ha recolectado esquisos soviéticos y portugueses en distintos lugares y los ha juntado con el nylon y la capa de Aroche; la casa que han levantado es una verdadera carpita y dentro de ella se puede estar de pie.

Ahora el chino termina de cocinar en la pequeña hoguera encendida dentro de un agujero, el té de limón y lo reparte en el vaso de la cantimplora entre el grupo de Lucio, junto al tanque, y el de Conejo, junto al 75 milímetros.

Conejo no es apodo sino nombre; Israel Conejo, de Buenaventura, entre Tunas y Holguín. Es el jefe de la pieza y con él hay dos artilleros cubanos más y cinco aprendices angolanos, Alberto, Manuel, Salvador, Sabina y Mañico, que no sabe cómo vengar a su familia asesinada cuando la pérdida de Luro y constantemente recibe informes, nadie sabe por dónde, de que los criminales andan escondidos cerca.

Después de varios meses de andar juntos ya casi todo el pelotón sabe manipular el cañón y los angolanos han hecho sus primeros disparos en el cruce del Luro. Cada vez que ordenan marchar a pie Conejo maldice en voz alta y los demás artilleros hablan de cambiar de arma porque del cañón hay que tirar con una soga mientras otros empujan por detrás y ya en la ocupa-

ción de Luangrico, con los caminos como lodazales en los que las ruedas se enterraban hasta la mitad. Aroche tuvo que hacer más lento el avance del pelotón para que todos los hombres ayudasen con la pieza; entonces en vez de una soga tiraron de tres.

A Conejo la mujer le ha escrito y parece que las cosas no andan bien.

—Nada más la dejé saltándole la cobija —dice—, y todavía no la han hecho. Los cuñados que tengo, que son unos cabrones. El guano lo dejé conseguido con la granja; nada más que era recogerlo y traerlo. El cuñado mayor tiene un camión, y no lo ha hecho. Cuando yo lo digo. No le alcanza el tiempo para tomarse el ron. Con la plata que gana.

—Salí entonces y la llevé a ella hasta la Iria —cuenta Lucio algo más allá—, por toda Aguilera. Suerte que no había cola y subí enseguida. Pero allí cobran trago a trago y no hay bolsillo que lo aguante y el mío menos. Entonces le dije de rogar freco y comencé a bajar con ella por la central.

—Y esa es lo que me dice la mujer, que falta por saber si le han atendido la harriga y si le han dado vueltas a los animales. A lo mejor se los han comido. Los muy cabrones.

—¿Qué voy hacer, vieju? Yo no tengo carro para ir a San Pedro, o al Seis, o a cualquier otro lado; las Lajas oestrado, los hoteles no te alqui-

lan, pues le dije «dónde tu viven, mijas y la dejé en la puerta de su casa; así, sin casi hacerle nada.

—Suerte que tengo los muchachos becados. E el tecnologico de Macco. Los dos juntos. Cerca de Buenaventura. Eso es un alivio para la mujer. Ojalá hayan sacado buenas notas. Si; seguro las han sacado.

El chino ha calentado el chocolate y los garlancos del reenganche que el camión de suministros repartió por la tarde. Aroche hace señas a la gente y Lucio en dos zancadas baja la pequeña cuesta del terrapién.

—Yo no tengo hambre ahora; déjame lo para después —le dice Acosta.

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

Capítulo IX

XI olutiqo?

Extiende el brazo con la mano abierta en forma tal que sobre la palma se proyecte la sombra del dedo anular, para conocer por ella la altura del sol. Así lo aprendió a hacer allá, en la Zambia.

¿Cuántas veces ha cruzado Noé la frontera, aquel límite que es apenas una línea casi regular, una diferencia de color en el mapa, que nadie sabe señalar exactamente — ¡esta es! — sobre el terreno? ¡Ah, la Zambia, la Zambia! — Desde que era una crianza voy y vengo de ella, camarada.

La búsqueda de la seguridad del centro del mundo, de la equidistancia entre los dos océanos, de la protección de las selvas hacia el levante y hacia el poniente del sol, del despeñadero del gran río antes de enrumbar hacia el mar opuesto.

— Allí mismo es, camarada; luego de aquella subida; donde crece el árbol aquel que llaman imbondeim.

Noé conduce ahora un Mercedes Benz que el enemigo en su huida, al tener que abandonar la carretera con la caída del Gago, no ha podido

llevarse; y está contento además por el revolver Smith and Wesson calibre 38 que Madruga le ha regalado. En esta guerra, como en todas aquellas donde intervienen ejércitos numerosos, las armas largas en toda su diversidad, fusiles automáticos, subametralladoras, modelos soviéticos, portugueses, belgas, ingleses, chinos, norteamericanos, pueden encontrarse casi con tantear el suelo solamente; pero las cortas no; el poseerlas constituye una señal de distinción, como un grado o una jerarquía importante.

Noé tiene que hacer esfuerzos para no mostrar constantemente el revólver, contraviniendo las ordenanzas, pero no puede evitar contemplarlo a solas, quitarle las cápsulas, limpiarlo, apuntar acaso a la copa más alta de algún árbol, volverlo a cargar.

Frena la carinha rojo-pálido frente al hospital improvisado y toca el claxon, que suena en tonalidades diferentes, hasta que Olirio le saludó con las dos manos entrecruzadas sobre la cabeza, acomodándose al portal de alero de zinc enfundado en su traje guarabeado del ejército portugués. Arranca de nuevo y Formental le corre detrás hasta abordarlo, abriendo de un tirón una de las portezuelas delanteras, cuando comienza a cobrar velocidad. Entonces se pierden rumbo al Lutembo donde ha acampado la primera compañía de cubanos. Antes de hora y media habrán regresado.

Gago Countinbo es la última población de importancia del sureste angolano; a menos de sesenta kilómetros con la frontera de la antigua Rodésia del Norte, muy al sur del saliente del Zambeze, el único pedazo de territorio angolano atravesado por el gran río, donde los descendientes de la monarquía quicua han luchado junto a la revolución contra el colonialismo durante muchos años.

La caravana se organiza sin prisas, dejando los jefes, contra la costumbre, que el sol ascienda para iniciar la marcha. Todos saben que la ofensiva está terminando; —La ofensiva sí, pero no la guerra —dice Oneira—, ahora comienza una guerra diferente; más difícil, mucho más difícil.

Pero llegar al término de algo es siempre ranón de alegría, aun cuando de inmediato se tenga que comenzar de nuevo. Y la gente está contenta. En el Gago el enemigo se ha fragmentado, internándose en el monte, buscando a pie la zona de Cangamba, o la del Cuito, intentando alcanzar quizás la frontera con Namibia, o reagruparse en guerrillas volantes para hostigar las poblaciones del sur del altiplano o las carreteras hacia Serpa Pinto, Silva Porto, Nueva Lisboa, o el ferrocarril transangolano que da salida al cobre de Zambia y de Zaire por el puerto de Lobito cerca de Benguela. Allí, en Gago Countinbo, ha terminado el precio impuesto al avance revolucionario por la carretera que une

a Luanda con los confines del país, los puentes volados, las emboscadas.

Sobre las diez de la mañana la caravana se pone en movimiento: los BTR de Marzáns y Veloso, los ZIL de la segunda compañía, el BTR del jefe del Estado Mayor del frente, el taller móvil, el blindado de Oneira. En nueve horas llegarán a Ninda, el término de la carretera, el último punto fortificado de la antigua dominación portuguesa en manos de la contrarrevolución. A pocas decenas de kilómetros de la frontera.

Si Noé se escurre por el monte no tardaría tres horas en llegar junto al primer soba del otro lado. Le preguntarían entonces por Livanga o por Paiva, o por cualquier otro de los que hace mucho tiempo hicieron camino hacia el interior del país y él les contestará que unos andan por el sur y otros por el norte, y que aquel muchacho que tanto hacía reír con sus representaciones, está enterrado en las tierras bajas de Malange al pie de una palmera.

El dembo llorará un rato, sin levantar mucho los quejidos, y cuando lleguen otros hombres de la aldea mandará a su mujer más vieja a que vuelva a traer funche de mandioca y pesa seca para Noé que viene cansado y hambriento de tanto caminar. Entonces todos le pedirán que narre otra vez cómo murió Hiji Ya Henda, el León del recuerdo, de la nostalgia, de la añoranza de todos los tiempos, y Noé repetirá en quila

co y en umbundo el relato que todos conocen, incluso los niños aún por nacer en el momento de la caída del héroe, y que se repite de boca en boca como los cuentos del yacaré y la historia del primer Kiluanje, allá, tan atrás que nadie se atreve a asegurar haberlo conocido.

—¿Ha andado Noé toda la noche?

—Ha andado.

—¿Tuvo que cruzar las aguas del Zambese?

—Tuvo que hacerlo; entrar en el país por más abajo hubiera hecho muy largo el viaje y trae cosas de importancia que resolver.

—¿Tiene Noé que seguir camino enseguida?

—Cuanto antes.

¡Aun sin saludar a Iumba, la hermana de la madre que ya perdió la luz de los ojos y en la oscuridad espera la noche definitiva!

Por los quimbos va saludando el muchacho a los parientes de una gran familia, que se extiende a ambos lados de la frontera, y en la que se han mezclado gentes del altiplano y de la Lunda.

—Ése es Noé, que viene de Angola —los dicen las madres a las muchachas más jóvenes que están en la edad de recibir ofertas de alambamiento.

—Dentro de unos días vuelve para allá —dicen los hombres.

En los campamentos de apoyo del MPLA, donde se curan los heridos y se preparan en secre-

to los grupos que van a partir para reforzar la guerra en el interior. Noé da los informes, resuelve las encomiendas.

—¿Cuántas veces ha cruzado la frontera?

—Once, camarada.

—¿Sin dificultades?

—La gente del pueblo siempre me ayuda.

—¿Podiera acaso cumplir una misión más allá, después incluso de los grandes lagos, junto a la orilla del otro mar?

Las armas que subrepticamente sacan de Dar es Salam las van trasladando de un país a otro, de una aldea a otra, de mano en mano; disuelto el alijo entre poblaciones enteras que guardan el secreto, va avanzando poco a poco, durante meses, hasta reunirse sin que se pierda un fusil en la frontera con Angola.

—Entonces lo montamos en burros, camarada, y yo los tuve que concientizar para que no hicieran ruido y los tugas no nos descubrieran.

—Eso fue en el 72 —dice Madruga—, cuando el presidente ordenó la incorporación de todo el mundo al territorio liberado. Cuando empezó desde el Zambeze nuestra marcha hacia el Atlántico, camarada; que ustedes nos ayudaron a terminar.

Si a Noé le sorprende la tarde en medio del monte, puede encontrarse con el día en que

apresaron a João. Cuando la gran ofensiva portuguesa sobre el este usando aviación y defoliantes, antes incluso de la muerte de Henda, coincidiendo con la temporada de seca. No quedó un quimbo, ni una zanzala, ni un sembrado de mandioca o de plátanos, ni un animal entre el Chelamago y el Luanginga. Los destacamentos guerrilleros eran localizados y batidos, presionándose sobre ellos para obligarlos a cruzar la frontera. Los pioneros, los niños combatientes, iban quedando en los distintos lugares como escuchas, como mensajeros o cuidando el escondite de algún berido o de armas y municiones.

—Los tugas llegaron en helicópteros; João y yo nos batimos hasta que empezó a caer la noche.

—Lo llevaron al Gago; de allí de donde mismo han partido ustedes.

—Nos separamos en el monte para buscar más rápido al destacamento, pero a él lo cogieron.

—El tuga lo interrogó en la enfermería.

—Después se supo que le habían inyectado alcohol. Pero nunca se conoció qué hicieron con el cadáver.

El helicóptero se paró sobre el claro donde estuvo un quimbo. ¿Sería aquel donde el abuelo le enseñó a usar el machaco?

De pronto los árboles sin flores y los troncos quemados de las cubatas y aun la tierra enne-

grecida, volaron hacia él. Abrió los brazos para abrazarla. Así fue Noé.

—Nunca se supo adónde lo llevaron después del Gago.

Desde arriba parecía el lugar donde comenzaron a crecer juntos, Noé. Pero desde arriba todos los lugares se parecen.

—Pueden haberlo lanzado al Lutembo, o al Latio, o llevado a Luso o a Saurimo, y desaparecido por allá.

—No se ha podido saber.

—¿Dice Noé que se hizo todo lo posible por conocer?

—Las camaradas del destacamento estuvieron semanas enteras recogiendo informes. Hasta adentro del Gago llegaron. Se supo que murió, pero no cómo ni dónde.

—¿Tiene Noé que regresar pronto?

—Cuanto antes.

—¿Cruzando de nuevo el Zambeze?

—Otro camino no sé por mi mismo.

—Alguien pudiera indicarle algún camino mejor, más abajo.

Pero, ¿no podría Noé darle él mismo a la vieja Imba, que ya apenas distingue entre el nacimiento y la muerte del sol, las noticias que trae de João?

—Eran dos estanzas, camaradas, que no llegaban a las once años —dice Madruga y hace señas a Noé para que mantenga el Mercedes rojo detrás del jeep, sin intentar pasar adelante—. Ambos eran de mi destacamento, camaradas; desde entonces Noé es mi ayudante.

Las mujeres vestidas con lienzos gruesos, con los cusles envuelven sus cuerpos desde los pies hasta la cabeza, conversan con los santos. No es el reso esperanzado de los católicos o la comunión fervorosa de los luteranos sino que conversan, discuten con las imágenes talladas en madera o labradas en plata en los días de Felipe II o durante los ochenta años posteriores de anexión de Portugal a España, contándoles los detalles de lo sucedido, poniéndolos como testigos de lo que está sucediendo o por suceder, reclamando, airados y levantando la voz, golpeando al suelo con los puños hasta hacerse sangre, el cumplimiento de los términos acordados en conversaciones anteriores. Afuera, por la risa Paulo Diaz, bajan de los musseques —da Cassanga, de Boca Vista, de Maculusso— hombres descalzos, con levitas cruzadas y sombreros chatos, a aprovechar el reflujó de la marea y recoger en el litoral fangoso mariscos y peces redondos como bolas infladas de papel.

Del barco recién atracado los inmigrantes llegados de Europa, atraídos por el alza de los precios de café, comienzan a descender.

El clérigo Antonio conversa con la mujer que ha venido de Uige no en el confesionario sino junto al altar mayor, debajo del mural, construido con piedras y losetas de colores, con que el alto clero portugués ha querido perpetuar el recuerdo de Massangano, la gran victoria de Navaia sobre el primer Kiluanje, el Ngola, en el valle del Loango.

—En la fortaleza de San Pablo y en la cárcel los presos se turnan para respirar por los ventiladores y no morir. Tan hacinados están.

—¿Será posible, padre, que el señor se haya olvidado de nosotros?

—Juntos hombres y mujeres; no tienen espacio sino para mantenerse de pie; yo los he visto.

—Del esposo de mi difunta hermana nada se ha sabido, padre. Desde que lo condujeron al sur.

—El portugués pone sobre el africano una losa como si estuviese muerto antes aun de que deje de respirar.

—¿Será posible que se haya olvidado de nosotros?

—El angolano tiene que acabar de reconocer su propia presencia en la tierra.

—¿Será posible que no sea la suprema misericordia?

—Dios ha dotado a cada hombre de libre albedrío. Y lo que hace falta es que el angolano se

conduzca con el valor que Dios le insufló con su aliento, con el mismo que él tuvo para echar de los cielos a Lucifer. Para echar nosotros de nuestra tierra a quienes nos estrangulan.

—Padre, por favor, que el niño nos oye; él conoce nuestra lengua.

El clérigo Antonio mira al jovencuelo mestizo, sentado en uno de los primeros reclinatorios del salón a oscuras.

—Arécrate, muchacho —le dice—. ¿Cómo se llama? —le pregunta a la mujer.

—Madruga, padre. Así le puso el marido de mi difunta hermana, que ya usted sabe...

—¿Qué edad tienes?

—Once, señor.

—Señor padre —le corrige la mujer.

—Ya esos son años de dos cifras; ya puedes saber. ¿No has pensado que quizás tu padre no esté ya entre los que respiran?

Aquél que huyó de la matanza de Icolo e Bengo pudo haber muerto quemado por el napalm de la aviación portuguesa durante las huelgas en las grandes plantaciones de algodón de Kasanje.

—¿El clérigo Antonio? Hoy sería del MPLA, camarada; seguro. Si no hubiera muerto desterrado allá en Portugal, confinado en un monas-

teria cerca de Coimbra. Después del cuatra de febrero. No se sabe dónde está su tumba.

Por la noche los negros se escurren junto a los muros, acercándose a las puertas guardadas por los centinelas.

—En Icaño o Bango mataron a treinta, y en Kassanje al cada muerto nos dice su nombre me nos alcanzaría el tiempo de una vida para escucharlos a todos.

—Hace dos meses el MPLA dio la orden de levantarse en armas contra el portugués.

—Dicen que mañana se llevan a los presos pero que jamás llegarán a Cabo Verde, sino que los van a lanzar al mar como los huques negrosos.

—En Catete nos hemos estado organizando, preparando, para asaltar las cárceles y las fortalezas.

—Ya los presos están avisados.

—¿Qué armas hay?

—Cuchinas, padre, cuchillos, garrotes. ¡Las manos, padre! ¡Si ya nosotros nacimos muertos!

A última hora apareció la mujer que estuviera en la vanguardia del asalto, la mujer que la tradición obliga a llevar siempre como madrina en cualquier ataque o acción importante. Una rapariga de catorce años que no había conocido hombre todavía. Por el ventanuco del calabozo del preso al que le tora respirar escucha los gri-

tos en quimbuudo que semejan quejidos de lacer y al poco rato los sonidos de los carros de asalto y las ráfagas de ametralladoras pesadas.

Al otro día al negro mendigo que solía dormir en la estación ferroviaria, le aplastaron el cráneo contra los pilones de la línea. Desde ese momento los negros tenían que ir caminando de pies a sus trabajos, mirando siempre al suelo delante de sus pies, sin observar siquiera de soslayo las aceras, para evitar que se formase la turba ululante de blancos fanatizados que los perseguirían hasta matarlos en medio de las calles.

—No hay quien pueda decirle, camarada, los muertos de esos días. No hay quien pueda. Azuzaron a los blancos contra los negros y la sangre estuvo corriendo meses enteros. Fosas comunes de cien metros de ancho, camarada. Y la carne se corrió hacia el norte y allí fue peor. Lo que yo vi no puedo contarlo. Ya le dije, esmatada, desde entonces, si como carne, vomito.

Entre Ucuá y Nahuangongo, en plena selva a menos de doscientos kilómetros de la capital, los que huían de las matanzas formaron el primer frente guerrillero en una zona al norte del Cuango, vecina de Dondo y las alturas de Golungu Alto, donde cuatrocientos años atrás la reina Ginga había organizado un estado capaz de enfrentarse a la dominación portuguesa. Los pocos cientos de hombres que alcanzaron a armarse tuvieron que defender a miles de familias que

vagaban por los bosques sin atreverse a volver a las poblaciones.

El gobierno portugués reclutó mercenarios negros y los lanzó junto a su ejército contra toda esa población sublevada. Las bandas del FNIA, a lo largo de la frontera con Kinshasa, hacían lo mismo.

El viejo, sentado sobre las piernas cruzadas, entre los guerrilleros harapientos, arrancaba pedazos al trozo de carne cruda, clavando en ella los dos dientes delanteros, los únicos que posee, y halándola luego con las manos.

—¿Qué sabes de afuera?

—Lo que se oye por Angola Combatiente.

—Además.

—El grupo que salió de Brazaville no llegó al río. Los zairenses los mandaron para un campamento de la fenura. Los mataron. Pero a la mujer antes la volvieron loca. Tres días la estuvieron pasando por encima.

El viejo sobrevivió a la carnicería en Catete escondido varios días entre los muertos de la fosa abierta, untándose con las secreciones de su pudrieción para coger sus olores, para ser más uno de ellos.

—Al otro grupo, el que ya había pasado en balsas el Congo, lo embosó la fenura más abajo de San Salvador. Quedó un solo hombre vivo que debe llegar en tres días.

—¿Por qué no lo acompañaste?

—Yo puedo venir por los caminos; él no. Pero ya le indiqué a quién puede ver cerca de Malisa; allá lo esperaré.

El viejo siguió viviendo en Catete, cerca del cementerio, en una casucha que apenas es un techo. Entraba y salía de Luanda, recorría las provincias hasta la frontera, cantando en quimbundo romances que improvisaba sobre las matanzas del 61, acompañándose el mismo de tambores de troncos quemados y pedazos de caña brava shuecados, viviendo de la comida brindada por los mismos que lo escuchaban y conocían la lengua. Los portugueses lo tenían por loco.

—Ya Jika cruzó por el este al altiplano. El comandante Jika.

—¿De Luanda no mandan nada?

El hombre suelta la carne a medio masticar y separa los brazos.

—En Luanda no hay nadie que pueda mandar algo, jefe.

—Por el extranjero se andaba —dios Madrugá—, huyendo Angola como un navegante a una isla donde no hallara puerto. Yo desde que salí de Tarratal, de la prisión. Después de doce años, camarada, en la cárcel estuve el tiempo en que las personas tienen familia, sus hijos. Primero en el Cubango, en el campo de San Ambrosio, donde nos obligaban a arrancar ár-

bolsa de raiz; no cortarlos, sino ahuecar alrededor hasta desprenderles la raiz, varios metros abajo. Eso sin ningún propósito; sólo por el hecho de urrancarlos, por el esfuerzo. Como dicen que hacían los franceses en la Guyana. De ahí a Tarratal, camarada, en Cabo Verde. Diez años sin recibir una carta, ni una noticia. Cuando sali deportado para Portugal salté a España y de ahí a Marruecos y luego entré en Angola. Más o menos por aquí, por donde andamos ahora. Todo esto hemos pasado; antes del 74 contra los portugueses y los fantoches, después del 74 contra los fantoches y los surafricanos. ¿De Holden dice usted, camarada? Un pelele, un criado. Ya usted sabe cómo lo vieron la última vez cerca de Carmona. Con mercenarios portugueses y brasileños retratado junto a una tanqueta. Eso es él. Pero sobre todo un criminal. Un criminal selvático, camarada, selvático, que se dice descendiente del último rey quicongo. ¿De Savimbi? Alguien que se cree enviado de Dios; habla como el salvador de los umhundos. Repite de memoria capítulos de la Biblia. Cuando habla a veces parece que cae en trance. Todo esto es más complicado que contra los portugueses. Así es todo esto. Así ha sido, mejor dicho, porque parece que está al acabarse ya, ¿no es así?

Noé vuelve de registrar con los cubanos el cuartel abandonado.

—Sí, camarada —le dice a Marzáns—; yo estuve en la Zambia. Ahí mismo. Allí se aprende a

medir el día por la altura del sol en la mano. Cuando usted quiera yo le enséño.

Ninda es un punto en el mapa de Angola porque allí los portugueses construyeron un campamento fortificado para vigilar a los ingleses de la mara de Rodésia del Norte. Luego, junto a los muros aspillados, se levantaron las cubatas de los criados de los portugueses, de los mercaderes que servían de enlace con el Gago y compraban las piezas de los cazadores que sañan de la selva de vez en cuando, de los contrabandistas que traficaban a través de la frontera.

Más tarde un misionero edificó una iglesia de buen ladrillo y tejas francesas que le facilitó la compañía de diamantes y se quedó a vivir allí, enseñando a leer con la Biblia de páginas divididas en dos columnas para el texto en portugués y en quimbundo.

Para llegar a Ninda, desde Gago Coutinho, hay que pasar el Mussuma, el Nengo, el Loece y luego de salvar el Lorti, cerca de los lagos Diloloa y Sequechia, aparece la silueta de la fortificación a menos de cinco kilómetros, en la cima de una altura de regular tamaño. En ese punto, antes de salir al descampado que significaba la pendiente en ascenso y atravesar el puente no volado sobre el profundo cañadón en el arranque mismo de la loma, la columna se detuvo.

Veloso miró con los binoculares sobre la parte izquierda de la cima, frente al pueblo, donde era monte firme sin una sola construcción. —Si hay alguien debe estar por allí —pensó Marsano.

—Bueno, Oneira —dijo Veloso—, fíjate lo que te voy a decir. Ahí no hay nadie, pero quien sabe; así que dale.

El blindado de Oneira se detuvo junto al puente y el propio teniente y un zapador reconstruyeron las bases; luego comenzaron a subir. Los otros carros iniciaron la marcha entonces, a quinientos metros uno de otro. Cuando los morteros de 120 del enemigo comenzaron a disparar —los primeros de ese calibre con que se encontraban en varias semanas— y las granadas explotaban en la ebana muy a la derecha de la carretera, Oneira se lanzó a través de la maleza, soclayando la entrada al pueblo, hasta encontrar una pira que por las huellas de ruedas profundamente marcadas en la tierra, lo conducirían —estaba seguro de ello— hasta las baterías que sonaban cerca.

En el patio del cuartel abandonado los soldados amontonan las armas, las cajas de municiones y las minas antitanques y antipersonales que encuentran y que serán trabajo de varios días para los técnicos en explosivos. Al fondo de una de las batracas, en una esquina en el suelo, hay un altar formado por una gruesa figura humana tallada en madera, va-

rias ramas de milla, plumas negras, pequeñas estacas clavadas con puntas aguzadas sobresaliendo y una estaca mayor, detrás de la figura, rodeada con heces humanas. Sobre todo en conjunto, clavada en la pared, la piel de un reptil se mueve por la brisa.

Madruga ha escrito una carta para unos familiares de Noé que éste sabe están cerca y al poco rato el muchacho regresa seguido de una larga fila de civiles temerosos que saludan con una leve flexión de las rodillas; al final varias mujeres con cestos y aves cargados en las caderas.

Madruga les habla, que pueden de nuevo ocupar sus casas, que ya la guerra está terminando y las FAPLA cuidarán de su pueblo. Un niño al que le falta una pierna y camina con una rama en forma de horqueta a guisa de muleta, se le acerca y Madruga se inclina porque el muchacho quiere hablarle al oído.

—Las FAPLA no guardan odios contra nadie —vuelve a decir Madruga—; no importa que hayan sido engañados por los enemigos del pueblo; si no son criminales todos pueden volver —Marsano observa al niño con cuidado y se nombra de la expresión de madurez que tiene en el rostro, de una adulta que no podría ser únicamente suya, que parecía imposible cupiese dentro de los límites de aquel cuerpecito mutilado, que debía ser expresión de un envejecimiento epocal, de todo su pueblo.

Oscita regresa con varios prisioneros conduciendo un Toyota y trayendo a remolque del blinda- do un auto europeo. —Los tengo ahí los alizados: son unos cuantos y no tienen muchas ganas de combatir.

—¡Andando, andando! —grita Veloso—, que la orquesta toca hasta el final del baile.

En la vertiente oriental de la Farola, menos empujada que la opuesta, Arquimides reduce la velocidad del jeep por miedo a no poder maniobrar con seguridad en caso de desprendimientos de rocas de las paredes verticales de la montaña abierta a dinamita para la construcción de la carretera. Luego, salvada la divisoria de las aguas, libera el carro y sortea con pericia las curvas del descenso hasta que la neblina junto a la costa y la polvareda del terraplén hacia lomas refractan las luces de los faros devolviéndolas sobre el jeep. Y es que apenas comienza la noche. Cruzan a Caujerí sin entrar a San Antonio del Sur, por el camino que ladea la montaña despeñada cuando el Flora no hace un año aún. Hay problemas con la producción de los campesinos en las montañas. Por supuesto que el ciclón dañó mucho las plantaciones de café y descompuso los caminos en forma tal que un año no alcanza para acondicionarlos. Pero también es verdad que el campesino ya ve la montaña de una manera diferente. Porque no son varias toneladas de rocas las que han descendido.

de aquí o allá, sino alturas completas que se han venido abajo, arrastrando todo lo que encontraban a su paso, echando los bosques sobre el llano o el mar, cambiando el curso de los ríos definitivamente.

A Guisabanó llegan a tiempo de participar en la reunión de maestros voluntarios de toda la zona y te plantean los problemas que conocen de la población, los mismos que has escuchado en Nibujón y en Gran Tierra y que sabes que probablemente escucharás en la Maestra y en Naranjo Agrio.

—Óigame, tanto tiempo sin que se abastezca de sal es un fenómeno.

—De los créditos del café olvidense; mejor sería ir discutiendo con el banco este año para condonarlos.

—Si se les cambia la tierra para el llano... Bueno, lo de integrarse a planes se puede ver. Yo creo que sí.

En mitad de la madrugada apenas hay personas caminando por las calles de Santiago. Doblan Calvario y le dan la vuelta al parque Aguilera subiendo Reloj hasta cerca de San Basilio.

—Recógeme mañana temprano —le dices a Arquimides. —Será ahorita —responde él y arranca de nuevo el jeep.

Ahora te das cuenta de que Clara no conoce da Estela, y te dices que probablemente nunca sepa

nada, por lo menos por ti; y compruebas además que sólo desde hace bastante poco empezaste a encontrar a Clara —y únicamente a ella— en Clara y no a Estela en Clara. ¿Qué puede ser Estela para ti ahora? Una parte tuya que quedó, que se detuvo, que ya no es. ¿Habrá una sublimación de lo perdido en el recuerdo? ¿Lo construiremos una y otra vez en la medida en que dejamos de ser para ser de nuevo, ajustándolo a lo que necesitamos ver?

Lo que se detiene se perfecciona en nosotros al volver sobre sí en pliegues que nunca terminan. Estela es para ti la zona de tu propia conciliación.

Los hombres salen a la carretera por entre el neblinazo, empapados, doblados por el peso del equipo de campaña y el cansancio de una noche de mal dormir.

—Parecen aparecidos del demonio —grita Guillermo el tanquista.

La tercera escuadra se monta en el T-34; las manos engarrotadas por la humedad se hieren con los salientes metálicos del blindado cuando éste empieza a moverse, dando tirones, para ocupar su lugar en la columna. —¡Vamos, Marzáns, que hay que luchar por la vida, que la muerte está segura! —dice de nuevo Guillermo antes de desaparecer por la torreta. Lucio sigue con fiebre.

Capítulo X

En la casa menos destruida del pueblo han instalado el hospital; cerca de las camillas de campaña alineadas junto a la pared a poca altura del suelo, a la luz de varios mechones improvisados en latas de carne vacías, Rodrigo el cirujano, Olivio el cardiólogo que hace de anestesista, el rubio sanitario recién trasladado de la primera compañía y el capitán jefe de servicios juegan dominó. El ayudante del jefe de batallón, en un sofá con sólo dos patas, hojea una revista portuguesa de páginas sucias y arrugadas. En el suelo han dejado un jarro de aluminio mediado de café, donde flotan algunas pequeñas mariposas.

No muy lejos cocinan para las unidades más avanzadas que han llegado a menos de cuarenta kilómetros de la frontera con Zambia.

Formental, el instructor de boxeo de Santiago, trae en dos cubos comida caliente para los enemigos capturados que la información interroga en la vivienda de enfrente, del otro lado de la carretera.

En el aeropuerto, como a quinientos metros al fondo, terminan de sacar los restos del avión bombardeado para dejar lista la pista al amanecer.

Alguien golpea con una ficha sobre la mesa y dice que con la toma de Gago Coutinho se ha acabado la guerra.

Una camioneta llugo a toda velocidad y los dos hombres que viajan sobre sus barandas preguntan a gritos que dónde han instalado el hospital. Las fichas del juego ruedan por el piso cuando todos salen; bajan a un angolano, abierto el vientre por la metralla. —Lo traemos desde Sesai —dice el chofer—; lo sacaron desde quince kilómetros adentro de la selva. No ha dejado de perder sangre en todo el camino.

Ha puesto el candil en el ángulo izquierdo de la mesa, de manera que ilumine lo mejor posible al prisionero sentado en el banco de madera. Longa Marba regresa de organizar la vigilancia sobre los asentos y cuatro bandidos en las habitaciones a oscuras, de paredes agujereadas por el cañoneo reciente, y se sienta a su vez entre el hombre que van a interrogar y Marzáns, en el lugar donde la luz llega más débilmente.

Marzáns piensa que quizás no fuese lo mejor haber dejado para el final el interrogatorio de este prisionero después de haber trabajado, durante todo el día, con el resto de los apresados

en la incursión sobre Ninda, el último punto de la ofensiva hacia el oriente que deja definitivamente desarticulado el frente enemigo. Alguna información buscaba que le sirviera de apoyo en la confrontación a punto ahora de comenzar con quien, desde el primer momento, a simple vista, comprendió era el peje más gordo según decir del quajiro Perdomo.

—¿Nombre?

—Tomas Veira da Cruz.

—¿Edad?

—38 años.

—¿Idiomas que habla?

—Portugués, francés, alemán, inglés, umbundo.

Lo ha dicho con afectación, casi con arrogancia, evitando relacionarlos de corrido, como si buscara en la memoria alguno que hubiese olvidado.

—¿Quicongo?

—Algo.

—¿Hasta qué nivel estudió?

—En Angola hasta el Liceo.

Olirto le inyecta alcohol al angolano en la vena porque a pesar de las heridas y la pérdida de sangre, está conciente. Luego, cuando comprende que se ha anestesiado, le introduce la aguja

en la subclavical y espera hasta que la braquicardia le indique que la sonda, navegando en el torrente circulatorio, ha llegado al corazón. El sanitario entuba al herido para la orina.

Marzins escribe con trazos largos, para hacerlos visibles al prisionero pese a la opaca luz, en el dorso de planillas de iniciación de la UNITA, con el membrete formando la figura de un gallo negro, que toma de un montón deliberadamente puesto a la vista del interrogado.

—¿En el extranjero?

El prisionero parece no entender y mira a Longa Marcha buscando la traducción.

—¿Qué estudios realizó fuera de Angola?

Apoya las palmas de las manos, con los brazos estirados, en el banco, y hace como si se meciera.

—Ciencias sociales en Lausana —dice—, y en el seminario religioso de Colonia.

—¿En qué fecha?

—Del 69 al 74.

—¿Cuándo ingresó en la UNITA?

—Desde su fundación.

—¿Fue enviado por Savimbi?

De nuevo aparenta no entender, pero ahora no busca con la mirada a Longa Marcha sino le-

vanta la cabeza y vuelve con el mismo tono desafiante:

—Sí, por el presidente.

Marzins cree que es cierto, que no debió dejarlo para el final, que no debió esperar que se le acumulara el cansancio de la marcha del día anterior y de todos los días desde siete meses atrás. Con el cansancio de repetir una y otra vez las preguntas a los bandidos durante treinta y seis horas seguidas, intentando traducir lo que contestaban en portugués, en quicongo, en umbundo, en quuco, de inmediato, casi por las expresiones y los gestos, para que no se defendieran con la ventaja del idioma, para que la traducción que a veces Longa Marcha tenía que hacer, les diera el menor margen posible para pensar, intentando acosarlos con preguntas encontradas, procurando adivinar en cada caso el punto que pudiera abrir paso a la información que necesitaban, que el jefe de batallón al pedirlo prestado a Veloso había explicado muy claramente que necesitaban, a la información que sirviera a los hombres que ahora, más allá del río Cuito y del Cubango, buscaban darle el golpe final al enemigo que se retiraba batiéndose en una guerra diferente, probablemente más cruel.

—¿Dónde trabajaba antes de su salida de Angola?

—En Luanda.

—¿Qué hacía allí?

En la primera pregunta de Longa Marcha y Marzáns comprende que es oportuna.

—Celador de la Diamang.

—¿En qué consistía su trabajo?

El hombre no contesta y Longa Marcha explica como si se lo dijese al prisionero:

—Perseguir a los negros que intentaban buscar diamantes en los ríos dentro del territorio de reserva de la compañía.

Escribe lento en el papel, inclinado sobre la mesa, dejando que cada segundo pase en silencio. Luego lee una y otra vez lo que acaba de escribir.

—¿Cómo en Suráfrica?

—Nunca estuve en Africa del Sur —dice el prisionero.

—Sí, como allá —contesta Longa Marcha—. Más o menos.

La clave está en que logre vencer el cansancio y el hambre y el dolor en la nuca y sobre los ojos para imponerle su superioridad al prisionero, para que él mismo la admita como algo inevitable, frente a la cual no tiene alternativa posible.

—¿Qué cargo ocupaba en la UNITA?

—Teniente coronel.

Marzáns vuelve a preguntar rápido: —¿Desde cuándo?

—Octubre del 75.

—¿Quién lo designó?

—Savinbi.

No oculta el grado como siempre hacen los bandoleros capturados, pero no ha dicho el presidente. Marzáns se repite que no ha dicho el presidente y se dice a sí mismo que no puede dejarse llevar por las preguntas fáciles del formulario que le han entregado, que este es un peje gordo que comienza ya a salir a la superficie y que al carajo el dolor en la nuca y el hambre y ya siente de nuevo cómo los músculos de las piernas se le desengavrotan y le sube una tibieza agradable, de cazador sobre su presa.

—¿Él es el único que entrega esos grados?

—En ocasiones permite que Chwale.

—¿Qué conocimientos militares posee usted?

—Los que obtuve estudiando.

—¿En Lausana o Colonia?

—Seis meses en China.

—¿En qué fecha?

Vacila, evidentemente vacila, busca cuadros los años, los meses quizás.

—¿Entre comienzos y mediados del 73?

—Más o menos.

—Con Savimbi, ¿no?

No contesta, pero no hace falta; ahora a dejar que la fiera crea que el cerco no lo es tanto.

Formental ayuda a Rodrigo que corta, sutura y vuelve a cortar. Ovidio recoge con el jarro de aluminio, de la propia cavidad abdominal del herido, la sangre de la hemorragia, la echa en un pumo de suero colándola a través de una gasa para impedir el paso de los coágulos y va a dentro luego un bulbo de antibiótico. Después le une al tubo de la transfusión. Así una y otra vez.

—¿Cuánto le pagaba la Diamang en su trabajo?

—Veinte contos.

—¿A cuánto equivale en dólares?

—Ahora serían como seiscientos.

—Setecientos —corrige Longa Marcha.

—Todos los gastos además, ¿no?

—Sí, se incluían la comida y la casa.

—¿Usted no es natural de la Lunda?

—No, de Nueva Lisboa.

—¿Y su familia?

—También.

—¿Qué tiempo hace que no la ve?

—Cerca de tres meses.

—¿Qué tropas tuvo bajo su mando?

—Nunca tuve tropas...

—¿Siendo teniente coronel?

—Nunca combatí contra los cubanos...

—¿Cuál era entonces su responsabilidad concreta en la UNITA?

—Atender a los asesores...

Le pareció a Marzáns que iba a seguir hablando, y se queda mirándolo, como diciéndole que no hay razón para callar, pero el hombre calla.

—¿Qué tipo de atención?

—Las relaciones con el mando angolano...

—¿Y con Savimbi?

—También... a veces.

—¿Cuándo vio a Savimbi por última vez?

—Aquí mismo.

—¿Hace mucho?

—Poco antes de ustedes entrar.

—¿Dónde está Savimbi ahora?

El golpe falla; es a destiempo, anticipado, y falla, y cuando un golpe falla el contrincante se

recupera, como en el boxeo o como en cualquier juego de envite. El hombre se sonríe y no hace nada por ocultarlo, sino al contrario.

—¿Que hacía Savimbi aquí?

—Preparar de nuevo la guerra.

—¿Y usted?

—En lo mismo.

—¿Ni siquiera en los últimos encuentros tuvo usted responsabilidad directa con la tropa?

—No, no, me mantuve en lo mismo.

—¿Asesoramiento a surafricanos?

—Sí.

Ahora si cayó y no se ha dado cuenta, no se ha dado cuenta y lo importante es que Longa Marcha lo haya entendido, haya comprendido que no se ha dado cuenta.

—¿No estuvo tampoco en los combates del Lucala?

—¿Hace unos días?

—Hace unos días en el Lucala.

—Ya estaba en el Gago. No podía estar allí.

—¿Por qué?

—Por mi ocupación.

—¿Cuál?

—Asesoramiento.

—Usted atendía a los jefes surafricanos que quedaban aquí. ¿no?

—No, no, los jefes se fueron, a los que estaban con Savimbi.

—¿Que jefes surafricanos siguen con Savimbi?

—Ninguno, solamente la escolta.

—¿La escolta de Savimbi es blanca?

Longa Marcha ha fallado, ha preguntado con sorpresa lo que ya está contestado y el prisionero comprende que saben menos de lo que le hacen ver.

—¿Quién dice eso? —contesta, pero en umbundo, buscando la confusión de los lenguajes, la inseguridad, la imprecisión. En ese terreno Marzán no puede dejar que penetre; vuelve al formulario.

—¿Trihu a que pertenece?

—Umbundo.

—¿Región?

—Cangumbe.

Las luces de los faros de la camioneta, a través de la ventana, alumbran la operación. El sanitario dice que no siente el pulso y que la presión la tiene en cero. Rodrigo, sosteniendo las

pinzas que mantienen el vientre abierto, se yer-
gue de sobre el herido, mira hacia afuera y res-
pira hondo.

—¿En qué lugares estuvo desde octubre del 75?

—En la base del propio Canguimbe.

—¿Dónde más?

—Luso y luego aquí.

—¿Antes?

—Cuemba, Munhangu, Silva Porto, Bela Vista,
Chicala y otros lugares del altiplano —dice bus-
cando cansar, que la información sea tan varia-
da que se pierda por entre los laberintos de la
selva; pero ha dicho Silva Porto.

Silva Porto, Silva Porto, Silva Porto. Marzáns
se dice que es el primer prisionero que estuvo
en Silva Porto de todos los que él ha entrevista-
do desde ayer. Tiene que acercarse de nuevo
a Silva Porto pero por otro camino, para que la
fiera misma vaya fijando, sin darse cuenta, lo
que comienza a interesarle ahora: el momento
en que estuvo en Silva Porto.

—¿Cuándo la ofensiva nuestra sobre el Queve,
estaba usted en Novo Redondo?

—En Novo Redondo sí, en el río no por lo que
ya le dije.

—¿No combatió?

—No, señor.

—¿Hasta cuándo estuvo en Novo Redondo?

—Hasta la retirada hacia Lobito.

—¿Entonces usted estuvo en la matanza de las
afueras de Lobito?

—No, yo no estuve —contesta de un salto.

—¿A cuántas de las quinientas personas usted
mató?

—Le digo que no maté. Soy prisionero de gue-
rra, como eso tiene que juzgarme...

—¿Por qué mandó a separar los cadáveres en
grupos de hombres y mujeres...?

—... no como un asesino. Según Ginebra yo...

—¿... y niños? ¿Cuántos niños mató?

Le dice a Longa Marcha que le repita las pre-
guntas en umbundo pero el prisionero sólo le
contesta a Marzáns y en portugués. Le dice a
Longa Marcha que le pregunte a cuántas per-
sonas cree haber matado, cuántos más intervi-
nieron en el crimen, con qué armas disparaban,
por qué no los enterraron como hicieron con los
setecientos de Huambo, y Longa Marcha pregun-
ta y pregunta y pregunta y el tipo agarra el hor-
de de la mano con las manos y la arcade y se
pone de pie y dice que no, que él no estuvo en
esos sucesos, que era imposible, porque ya no
estaba allí sino en Silva Porto.

—¿En Silva Porto?

—Me mandaron a preparar la evacuación.

—¿Lo hizo?

—Sí.

Antonio Rodríguez Oliva, de 22 años de edad, de Valle de Cujeví, Guantánamo, herido en los combates del Cuanza cuando realizaba una exploración tras las líneas enemigas, se sabe estuvo prisionero en Silva Porto. Se desconoce su suerte. Marzáns se repite uno a uno los datos buscando aquél que le permita un golpe único, definitivo.

El corazón ha quedado en fibrilosis, un leve temblor irregular como aleteo de insecto, y Oliva lo inyecta con potasio para que se detenga del todo. Luego, cuando ya ha dejado de funcionar, lo inyecta de nuevo para llevarlo a diástoles y comienza a darle masajes. Rodrigo de nuevo se inclina sobre la oscura cavidad abierta y le indica a Formental que le sujete la pinza cercana al esternón. El boxeador apaga el cigarrillo con la boca. El soldado cubano, en la camilla vecina, quemado en la cara por la llama de retroceso de un RPG-7, no se ha quejado en todo el tiempo.

—¿Cuándo terminó la evacuación?

—Poco antes de entrar ustedes.

—¿El día once?

—Creo que sí.

—¿Por la mañana?

Vacila, se echa hacia atrás mirando los papeles escritos sobre la mesa que Marzáns sabe no puede leer por la luz mortecina y sabe además que no procura leerlos tampoco, sino que alguna señal de alarma le avisa por allá adentro. Y si hay señal de alarma es porque tiene razón para alarmarse.

Longa Marcha se inclina hacia adelante:

—¿Qué hicieron con el prisionero cubano?

Longa Marcha ha descubierto el cerco, ha echado a perder toda la operación. El bandido niega en portugués, casi calmado, adueñándose de las posibilidades; Marzáns se para y abre una hoja de la ventana. Desde la noche llega claramente el olor a humedad, a vegetación fresca. No muy lejos el centinela cubano enciende un cigarrillo agachándose, ocultándolo con las manos, seguro, probablemente, de que no es visto por nadie. Marzáns se sonríe. Longa Marcha manda al bandido que se levante y le revisa la ropa después, con cuidado, al tacto, hasta descubrir una estrecha aguja de husos oculta en la camisa; la coloca en la palma de su mano y la acerca a los ojos del otro y luego la escupe y pisotea. El prisionero se encoge, sumiendo el cuello entre los hombros, torciendo la mirada hacia el suelo.

Longa Marcha sigue haciendo preguntas en un-
hunda, sin ninguna prisa, sin levantar la voz,
descifrando sin esfuerzos los susurros con que
contesta la fiara.

—Dice que lo mataron.

Marzáns se vuelve a sentar y comienza a gol-
pear pausadamente con el bolígrafo sobre la
mesa. Comprende, en ese momento ha compren-
dido, que en realidad él ya sabía esa respuesta.

—¿Cómo?

—Él mismo le metió un cañón de G-3 en la
boca.

Deja de golpear. —Dile que cuente.

Longa Marcha escucha sin sorpresa, como un re-
lato muchas veces conocido.

—La escolta de Savimbi le dijo que lo hiciera
para reírse del miedo que seguramente sentiría
—traduce—; estaba amarrado a una silla por-
que tenía una bala en la columna y no se podía
sostener derecho.

Durante un rato Longa Marcha interroga al pri-
sionero sin traducir; después mueve la cabeza.

—No hay más nada.

—¿De qué?

—Lo mataron.

—Eso ya lo sé.

—Le rompió los dientes con la mirilla del fusil
antes de disparar.

—¿Por qué?

—Porque no le vio el terror en los ojos.

De nuevo comienza a escribir, sin desear, torpe-
mente; casi por fortalidad vuelve a preguntar:

—¿Dónde lo enterraron?

—En ningún lugar, lo dejaron allí, donde tam-
baron a otros angolanos después —contesta Lon-
ga Marcha como si ya él lo hubiera preguntado.

—¿Dónde lo tenían?

—En las celdas del segundo piso.

—Pregúntale si lo vio allí.

De nuevo, durante un momento, la conversa-
ción susurrante.

—Dice que no lo vio, sino que lo oía: todas las
noches cantaba hasta tarde.

Marzáns se pone de nuevo de pie y regresa a la
ventana. El centinela no se distingue ya entre
el follaje cercano. El bandido habla atropellán-
dose en todos los idiomas que conoce y termina
sollozando, arrodillado como tantas veces habrá
hecho en el seminario al otro lado del mundo,
rogando a Marzáns por favor que no lo deje solo
con las FAPLA. Longa Marcha se lo lleva sin
esfuerzo, indicándole apenas la puerta.

—Está orinando —dice el sanitario.

—Se salva entonces —contesta Rodrigo y termina de coser. Formental recoge los algodones empapados en sangre. La camioneta retrocede y parte de nuevo hacia Sesi. El sanitario acerca los mechones para la guardia junto al herido; la primera la hará Olirio. Marzán cierra la ventana y fuma en silencio mirando la pequeña llanita del candil que poco a poco se apaga.

Capítulo XI

Una vez tu padre te dijo que un hombre no podía olvidar nada. Lo dijo no por mezquindades de venganza o de cobros de deudas dejadas de pagar, sino con el sentido de no perder nunca contenidos de vida, como si lo vivido y olvidado fuese algo igual a lo nunca conocido. Te dice que es cierto y que aprendiste bien la afirmación de tu padre, aunque quizás él lo dijo porque sabía que tú, sin darte cuenta, eras un hombre de ese tipo.

Quizás el tiempo tenga para ti una resonancia distinta como una constante permanencia del pasado en el presente cualquiera que sea éste: como si lo ya sucedido se integrase en lo que es en el instante mismo en que lo piensas: como si el tiempo fuese de una única dimensión.

Quizás sea eso lo que te permita abata, cuando Octavio se lanza maldiciendo del BTR atascado entre los dos farallones y Esteban detiene el suyo ladeándolo un poco para evitar que las ruedas se entierren en el lodazal y Madariaga se ofrece a intentar sacar el blinado de la tabladora, sentir con la misma nitidez al cordabés

agudándose en la madre del chivato en el billar, invitándolo a fajarse a la navaja, y al rubio poniendo la bandera del ayuntamiento a media asta en la conmemoración de la muerte de Mella y al flaco trasegando con sulfuro vivo por en medio de la ciudad. Quizá sea por eso que los ojos de Estela se le aparecen en los de Clara con la misma tranquila y sonriente ternura; como si ambas, que no se conocieron y no podrán ya conocerse, fueran lo mismo en ese tiempo único en que tú existes.

Los blindados se ponen nuevamente en marcha por el estrecho desfiladero y avanzan tan inclinados por las pendientes de las paredes que los indicadores traseros del de Octavio, mirados desde lejos, parecen estar uno encima del otro.

El tanque que marcha al frente trepa como un insecto por el camino estrecho, escarpado, y allí donde la angostura lo aprisiona fuerza el motor arrancando pedazos de las farallas u ambos lados como si horadara la montaña. Luego, durante mucho rato, la monotonía de la selva, hasta encontrar varias cajas de granadas abandonadas y trincheras cubiertas de hierba y un pedazo de línea perdida de ferrocarril.

—No hay más pueblos hacia adelante —dice Madruga—: todo eso es la Tierra del fin del mundo.

Los hombres se lanzan y caminan hasta el beril al final del altiplano; abajo la manta inmensa de las copas de árboles que todo lo cubre.

—Se parece a Mayari Arriba —dice Perdomo.

—No, a Báguanos desde la loma de Tacámara —contesta el pino. El cansancio que sientes vence al hambre y al frío de la lluvia. Junto a Esteban, que conduce el BTR manteniendo la distancia convenida con el de Octavio, comienzas a cabecear.

—Luna, aquí pantalla uno, cambio.

—Pantalla uno, aquí Luna. Estoy en la primera posición indicada; dime qué hago, cambio.

—Luna, continúa avanzando, continúa avanzando; mientras no pierdas contacto por radio.

Detrás, en los dos largos asientos laterales, los hombres fuman pasándose de mano en mano el último cigarro que le queda a la escuadra. Te quedas dormido.

—Cuando empecé a descolgar a los ahorcados que encontramos cerca del Cuanaa, recordé enseguida al alfabetizador que hallamos asesinado en el Escambray. También lo habían guindado y ya estaba, como éstos, todo descompuesto. Tanto que hubo que bajarlo con cuidado para que no se nos rompiera. Parece mentira; cómo las cosas pueden parecerse, ¿eh?

Suárez, el jefe de Estado Mayor del batallón, ha venido hasta el puesto médico para inyectar-

se con la dosis doble de cloroquina porque la malaria parece rebrotarle.

—Así nunca se va a curar, mayor —le dice Rodrigo el cirujano—; la cosa no es pincharse cuando más mal se sienta sino todos los días.

—Y tú crees que todos los días uno tiene los nervios para meterse la puntilla esa.

—Usted va a terminar como Patricorto. Que ya no tiene remedio. Para esa malaria no hay forma. Después de tres años en Guinea sin tratarla. Y yo le digo que todo está bien mientras no se le suba a la cabeza. ¿sabe?

Suárez se rasca la lurcha espesa bastante blanqueada en el cuello y en el mentón. —Cuando las cosas no tienen remedio, guajiro.

La compañía de seguridad regresa de bañarse en el Luanginga, apresurándose para no ser los últimos en la distribución de la comida. Los hombres vienen con las botas desamarradas, sin camisa, los cargadores colgando en bandolera, peludos y con barba de muchos días. Algunos han grabado en las culatas de los automáticos nombres, lemas, figuras, o llevan las granadas con el detonante puesto colgadas en racimo del cinturón.

—¡Guajiros, casa! —grita Suárez poniéndose de pie y frotándose la cabeza donde lo han insectado—. ¡Parecen una partida de alzados!

Se sienta de nuevo junto a la mesa de jugar dominó. Aquellos son los hombres que se han

batido en el Cassai y en Lusa y en los inicios del altiplano y muestran su orgullo de tropa fogueada intentando parecerse a los rebeldes de la guerra en Cuba.

—Bueno, de la jefatura del frente han mandado orden de pelarse y afeitarse.

—Cómo es eso, mayor.

—Sí, médico, sí. Nosotros somos un ejército regular. Y este relajo había que pararlo, ¿no?

—Bueno, mayor, si usted quiere lo presto una Neva que todavía me queda ahí sin usar mucho.

—Además, esa orden puede ser buena; si usted lo piensa bien puede decir muchas cosas. Porque, ¿cuándo es que uno se viste de limpio? —el mayor se queda sonriente un rato, guando de aquello que ha dejado entrever.

—Oiga, guajiro —dice después en voz baja—, el jefe del frente mandó con el mensaje a dos fotógrafos periodistas. Para que retraten a todos los muchachos antes de que se peleen y se afeiten; ¿eh? Se le escapó al diablo el guajiro ese.

En la gallera redonda, sin paredes, donde la escuadra ha colgado sus hamacas, Wilton y Perdomo cantan a dúo canciones de los años cincuenta:

Hay que vivir el momento feliz
Porque sacando la cuenta en final
La vida se va un sueño
y todo se va.

Arcoata, sentado en el suelo, recostado a un horcón, fuma en silencio un tabaco que le han regalado en el Estado Mayor. Aroche escribe sobre una mesa de enfermería, haciendo espacio entre una lata vacía de leche en polvo y otra, con el fondo ennegrecido, en la que han dejado un poco de comida para el amanecer.

Marzans viene despacio revisando las postas del campamento para esa noche.

Regresan por el mismo camino iniciado en Biula o quizás más allá, en Saurimo, meses atrás. El mismo camino del Lungebungo, del Lutembo, de Lumeje, del Laiso. Vuelven sobre sus pasos pero sin los rodeos de la primera marcha, sin los campamentos, los altos, los días de espera, las exploraciones, las acciones combativas, los saltos. ¿Qué sentido alcanza ese volver a caminar lo caminado, piensa Marzans, ese rehacer en una jornada el mismo recorrido, a la inversa, que necesitó semanas? Por la tierra revisada palmo a palmo vuelven en unas horas. ¿Vuelven? Eso nadie lo ha dicho. No ha habido anuncio alguno sobre ello y nadie se atreve a decir que ha escuchado algo al respecto por temor a que la simple enunciación de aquello que todos esperan, virtud de quien sabe qué oscuro exorcismo, sea capaz de torcer la tendencia natural de las cosas según se van presentando a los ojos de aquél que los tenga bien abiertos.

En Gago Countinho nadie ha tenido que dar la diana porque antes que el jefe de pelotón se levante ya los hombres han recogido sus mochilas, dejando el nylon bajo la tapa superior por si acaso llueve y algunos, no muchos, han contado los cargadores, las cápsulas, las granadas que aún llevan, adelantándose a una probable entrega de armamentos que sería la confirmación definitiva —sin lugar a dudas, ¿sí, no, jeh?— de que ya aquello va de vencida.

—Yo dejaría aquí una base con batallones móviles —dice Oneira— y bastante artillería. Por la frontera.

Pero no hay ambiente de guerra en los BTR y en los ZIL, ni aun en la cubierta de los T-34 de donde los soldados no se lanzan ya al cruzar los puentes improvisados durante la ofensiva y que aún soportan. Con toda probabilidad van hacia Luso y de ahí por el transangolano que ya funciona a Silva Porto, a General Machado, a Huambo, cruzando el país por el altiplano en ferrocarril, cocinando una vez más en las esquinas de los vagones, hasta llegar a Lobito, el gran puerto de embarque de minerales, donde los alojaron en los edificios en construcción del saliente montañoso de la costa, al pie de las grandes salinas que no pueden mirarse de frente por el hiriente espejo del sol en la lisa superficie blanquísima. Entonces los hombres se turnarán en lo más alto de las azoteas, para escurrir el océano como vigías y anunciarán como los bu-

ques que vienen a recogerlos a cuanto mástil divisen en el horizonte.

Eso será luego; ahora Olirio, al terminar de empaquetar los medicamentos del hospital de campaña, descubre una serpiente en el hueco del empalme de los cables eléctricos; intenta matarla con el fusil con bayoneta pero el animal, con la cabeza erguida, hace varias veces por lanzarse sobre él. Entonces le dispara dos veces, sobre los ojos, con la pistola.

¿Es decir que aquello podía tener un peculiar sentido, una manera singular de ser interpretado? Regresar por donde se ha ido, volver a pisar en el mismo sitio. En realidad Marzáns reconoce por primera vez el paisaje, lo ve con un miraje nuevo, distinto, descansado. Casi pudiera decirse que, tal como lo ve, lo ve por primera vez. Y no es la contentura de un regreso que imaginan próximo o la observación tranquila, sin urgencia de vigilia por la proximidad del enemigo, sino que la imagen de lo que lo rodea ahora, naturaleza y cosas y hombres, se le presenta como la composición final, totalizadora, de las imágenes anteriores, fragmentarias, dispersas, aprehendidas durante meses de caminatas al sol y a la lluvia, de día y de noche, por carreteras y rompiendo selvas. Así se ven ahora las chanas, las sabanas, los ríos, las pequeñas elevaciones.

Marzáns, como siempre, va en el primer BTR, junto al chofer, con los auriculares puestos, por

donde escucha la conversación, muy atrás en la columna, del jefe del frente con el capitán de la logística. Detrás, en el mismo blindado, viaja el pelotón de Aroche.

Aun cuando no han perdido tiempo en la salida, el mediodía los alcanzará sobre Lunai y tendrán incluso que aumentar la velocidad de marcha para llegar a Luso al anochecer.

En el carro de mando han sintonizado una radio extranjera que transmite en inglés. —¿Qué dice? —pregunta a través de la comunicación interna de la columna el jefe del frente.

—Que el coronel Godínez, cubano, ha iniciado una falsa retirada para presionar probablemente después sobre la frontera —contesta, varios metros atrás, el contrainteligente.

—¿Coronel dijeron?

—Coronel.

—Cararaba. ¿Lusaka?

—No se identificó; parece Suráfrica.

Junto a los puentes, a la entrada de los poblados o en los entronques de los caminos con la carretera, los faplas han levantado campamentos con peneas de palmas y ramas de árboles, en los que siempre hay una hoguera ardiendo. Los soldados angolanos, al paso de la caravana, dan vivas a Cuba y al MPLA, a Neto y a Fidel, y hacen la señal de la victoria con los dedos de la mano derecha.

Marzán repara en la tierra levantada, aquí y allí, por las explosiones recientes y viejas, en la vegetación raleando por la proximidad del vietno, en los matices del terreno abierto junto al jalud de la carretera. Entonces recuerda que Madruga le ha dicho que el este angolano es como una extensión del desierto de Namibia que avanza desde el sur y que sólo las grandes precipitaciones impiden que toda aquella tierra se convierta en un inmenso ariscal. Recuerda eso y sin dificultad alguna reconstruye en la mente los contornos del mapa cartográfico, los ríos que sirven de frontera con Zaire, el saliente del Zambeze sobre Zambia, las tierras bajas del Cuando y del Cuito, los caminos sobre Cangamba, Munhango y Cangumbe, la corriente precipitada del Luveí que ahora atraviesan.

El sanitario, antes de salir del Gago, le ha entregado a Marzán la primera carta que este recibe en ocho meses. «La primera, piensa, y probablemente la única que voy a recibir ya.»

—¿No es ese tu número?

—Y ese soy yo —le contesta señalándole el nombre.

—El moro la mandó con las medicinas que traje de Luso. Dice que andaba perdida no sé por dónde. Que seguro hay otras muchas corriendo por ahí.

Marzán sólo ha visto las letras borrosas en el sobre gastado de tanto pasar de mano en mano.

Sólo ha visto eso y la última línea de la carta: —a la enredadera del patio le ha nacido una flor.

Luego la ha guardado en el bolsillo de la camisa donde lleva el detonante de la granada y se ha puesto a imaginar los campamentos a que aquel sobre ha llegado, los soldados que han intentado descubrir sus propios nombres en aquellos trazos apenas legibles, los caminos de Angola que aquella carta debe de haber recorrido, de Nagaje a Mozamedes, a Cunene, a Matala, al Gago, los que deben estar recorriendo los otros sobres que ya no llegarán a sus manos. Se ha puesto a imaginar todo eso y a pensar las variantes de lo que aquel texto le puede decir, si fue escrito al inicio de su partida, o cuando salieron de Dala, o cuando tomaron Luso.

—Se han fijado ustedes que aquí no hay caballos, ni bestias grandes —dice el político del pelotón de Aroche.

—Ni cercas —dice Hodelin.

—¿Cómo que no hay cercas?

—Sí, no hay tierra cercada.

Los hombres miran con atención entonces a ambos lados de la carretera y comprenden que es cierto lo que Hodelin y el político les dicen y que hasta ahora había pasado inadvertido para ellos.

En las aldeas las familias arreglan las casas, los soldados apartan los escombros, los pioneros cu-

mientzan a hacer guardias, y las primeras muchachas se visten de limpio y caminan en grupos por las calles. De muchas cubatas empieza a salir el humo de las cocinas. Los hombres van hacia las labras con las hachas de madera; o a cazar caliritos con arcos y flechas, o a castrear calmenas.

En Lucusse está Madruga, que queda como uno de los jefes de las FAPLA en el este; Madruga, que prepara varias unidades de guerrilleros para batir las pequeñas bandas en que el enemigo se ha dividido, y que debe salir ahora mismo, que debería estar en camino ya según dice, para sorprender avanzando por entre la selva el campamento que le avisan hicieron ayer.

—Buena regreso, hermanos —dice, y es la primera vez que a aquella marcha se le llama de esa forma—. Lástima que no pueda acompañarlos hasta Luso, pero ya me ven, tengo que continuar.

Onrita viene y le entrega una pequeña figurilla angolana, tallada en madera, que hace tiempo había encontrado durante las operaciones.

Entonces Veloso se quita el abrigo de campaña, impermeable, portugués, y se lo da; y Marzáns la brújula de muñequera, y Aroche el casco que apenas pesa, y Perdomo los últimos tabacos que el muro le mandó, y Wilson el bolígrafo de colores que trae desde Cuba, y Madruga que no, por favor, que no le den esos regalos, y se niega a cogérlas y los hombres vienen y dejan las co-

as junto a él y regresan corriendo para que no pueda devolverlas.

—Camaradas, camaradas, que así enterraban los antiguos a los muertos —dice Madruga y hace por reír pero la risa se le quiere convertir en llanto.

Wilson y Hodelin y el pizeo y Lucio le dicen adiós hasta que Madruga es sólo un puntico recortado contra el poniente, parado en el centro de la carretera, agitando los dos brazos como si fueran las aspas de un molino en medio del turbión.

Entonces, como el reconocimiento de la totalidad del paisaje que le llegó de pronto, Marzáns comprende toda la hondura de su cariño por aquel país y por aquel pueblo; por Madruga, que avanzará toda la noche en la manigua, y por Noé, que enseñará a sus hijos como conocer la hora por la sombra del sol en la mano, y por la zapatiga de catorce años junto a los muros de San Pablo, y el trovador loco caminando por todos los trillos del país, por el León de la tristeza muerto en Caripande y por los muertos de las fosas comunes, convirtiéndose en un mismo suelo con los muertos cubanos con los dientes mordiendo las chapillas de identificación.

La carretera desciende poco a poco hacia Luso, que ya puede distinguirse, a lo lejos, por el rojo de los techos en el sol del atardecer.

Marzáns hace señas al chofer con la mano extendida y el BTR frena deteniendo toda la caravana.

—¿Qué sucede, Marzáns? —pregunta muy atrás el jefe del frente.

—Unos cervatillos, comandante. Que juegan y no se quieren apartar.

Los animales hacen por embestirse, se empujan contra el suelo, se persiguen saltando. Luego huyen hacia los matorrales pero se quedan en la cuneta mirando la caravana. Entonces Marzáns da orden de continuar.

INDICE

CAPITULO I	11
CAPITULO II	37
CAPITULO III	79
CAPITULO IV	119
CAPITULO V	149
CAPITULO VI	175
CAPITULO VII	201
CAPITULO VIII	237
CAPITULO IX	263
CAPITULO X	287
CAPITULO XI	307



Hacia la tierra del fin del mundo plasma la voluntad y el espíritu internacionalista de nuestro pueblo, transmitiéndonos los hechos y personalidades que los viven y conforman. Esta novela tiene un interés singular también como testimonio, pues la ficción se afina en la historia de una compañía de combate de soldados cubanos —regulares y reservistas— en Angola. La contribución de estos hombres a la lucha de un pueblo heroico, adquiere en estas páginas timbres épicos, a la vez que revela los resortes íntimos de quienes hacen la historia con arrojo y pasión.

JOEL JAMES FIGAROLA (La Habana, 1941).

Participó en la lucha clandestina contra la tiranía. Miembro del Ejército Rebelde, ha sido subdirector del periódico Sierra Maestra, de Santiago de Cuba, delegado provincial del ICAIC, y asesor de la delegación del INIRA en la región oriental. Participó como soldado internacionalista en la guerra de liberación de Angola. Graduado de Licenciatura en Historia en la Universidad de Oriente.

ha publicado Los testigos (Premio de cuento del Concurso 26 de Julio, 1972); Cuba 1900-1928; La República dividida contra sí misma (Premio de ensayo del Concurso Combate del Uvero, de la Universidad de Oriente, 1974); Los testigos y otros cuentos (1978) y Aproximación al Diálogo dramático de José Martí (1979). Es asesor y responsable del equipo de investigaciones de la Dirección Sectorial de Cultura de Santiago de Cuba.

Joel James

HACIA LA TIERRA
DEL FIN
DEL MUNDO



Joel James *Figuerola*

HACIA LA TIERRA
DEL FIN
DEL MUNDO



Edición: DAVID CHERICIÁN
Diseño: HÉCTOR VILLAVERDE
Cubierta: ROLANDO DE ORAÁ
Corrección: MARÍA ELENA DELGADO

PA
7390
.J35743
1982

Todo lo que se cuenta aquí, aun cuando tenga origen en la realidad, ha sido resuelto por la imaginación.

- © Joel James, 1982.
© Sobre la presente edición:
Ediciones Unión, 1982.

Impreso en el Establecimiento 08 «Mario Reguera Gómez» en agosto de 1982, «Año 24 de la Revolución», Ciudad de La Habana



Unión de Escritores y Artistas de Cuba.
17 y H. El Vedado, Ciudad de La Habana.

LIBRARY
University Of Miami

En el siglo XVIII los quiccos, un pueblo de cazadores y artesanos, cruzó el río Cassai y se asentó en el nordeste angolano. Durante mucho tiempo después, sin embargo, continuaron moviéndose hacia el sur, según unos por la presión de los lundas, según otros huyéndole a la persecución de los espíritus de sus muertos, en dirección de los ríos Cuando y Cubango.

A esa región la llamaban La Tierra del fin del mundo.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Capítulo I

REPÚBLICA DE CUBA

El Ministerio de Relaciones Exteriores concede Pasaporte Especial a favor del Sr. *Orlando Regina Morzán González* para que por la vía que más le convenga se traslade a países de Europa y África en misión especial.

Por tanto en nombre del Señor Presidente, ordeno a las autoridades de la Nación le faciliten su embarco por todos los medios legales que estén a su alcance y *ruego y requiere* a las de los países extranjeros a donde se dirige no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien, le den todo el favor y ayuda que necesitare; haciéndolo así, asegurarán la reciprocidad en Cuba para iguales casos.

Habana, 15 de diciembre de 1975.

Cuando el palo de la machina usaba los T-55 de las bodegas más profundas del buque, ayudado por los cabestros de los mástiles laterales para mantener los tanques en equilibrio y depositarlos en el muelle, Martínez recordó aquel día, algo más de una semana atrás y después de cruzar la línea ecuatorial, en que la hélice del *Batista* había despedazado un pichón de ballena.

Durante mucho rato, sobre la estela espumosa dejada por la propela, los hombres que fumaban en la popa estuvieron mirando el festín de los tiburones, retozando mientras devoraban los pedazos de carne, y la mancha rojiza agrandándose según el barco se alejaba, más grande aún a los ojos de los soldados por los destellos amaranzados de un atardecer con el cielo, allá contra el horizonte, enladrillado en nubes gruesas como si fueran mules de piedra o construcciones a medio levantar.

La sangre del ballenino, y las fieras saltando y zambulléndose dentro de ella, era un punto fijo, estable, en medio del océano pese al avance de la nave. El único punto fijo donde apoyar la

vista desde mucho tiempo atrás, desde que abandonaron las islas de Santa Marta y San Vicente cuando ya el Caribe iba de vez en cuando, y el único además, aún por varios días, hasta encontrarse con los palangres de los pequeños barcos pequeños en el Golfo de Guines. ¿Habían sido ocho o diez días? Más de la mitad del viaje sin recibir señal de que alguna otra forma de vida humana quedase en la tierra, sin que nada rompiera aquella sensación de algo interminable, en constante movimiento, de predominio de la naturaleza.

Quizás por todo eso la veintena de hombres no cumplió la orden de regresar a las bodegas, luego de fumar un cigarrillo, para que otra tanda de soldados pudiera hacer lo mismo en la única área del buque en que se permitía hacer fuego. El mayor Garbey tuvo que sacarse a la borda del puente de mando y haciendo con las manos de altavoz gritarle a Marzáns:

—Un cigarrillo se fuma en siete minutos; en los entrepuentes los hombres están haciendo cosas y también quieren fumar y mirar.

Entonces Marzáns dijo: —Vamos, muchachos— y esperó que todos fueran subiendo la escalerilla hacia la cubierta superior junto al emplazamiento de las antiaéreas. Al final sólo quedaba el pequeño muchacho grueso de Santiago, de pie en el extremo más saliente de la popa, allí donde el piso de la nave quedaba como en el aire, sin sustentarse sobre la línea de flotación.

Marzáns lanzó la colilla en el arranque del remolino pocos metros más abajo y la tocó en el hombre. El muchacho se viró. —Parece mentira —dijo sonriendo.

Allá lejos, en la unión oblicua de los dos esferas, nada se veía en el mar. Nada, salvo el espejo del sol en el agua. Igual que todos los días.

Las singladuras en el mapa del Atlántico en el cuarto de mando marcaban un rumbo poco usual: de Nueva York, de donde zarparon a medianoche y como a escondidas para pasar inadvertidos por entre los buques extranjeros surtos en puerto, al Paso de los Vientos, al sur de Haití, a las Virgenes, a las islas de Sotavento del arco antillano, al norte de Venezuela, y luego en una diagonal casi recta cortando el océano, hasta Angola. Una ruta inusual, sin tráfico marítimo o aéreo, como correspondía a un barco con más de mil soldados en los entrepuentes, 24 T-55 en las bodegas inferiores y toneladas de explosivos y municiones. En proa un 76 mm cañón de defensa; en popa dos cañones antiaéreos de tiro rápido; a babor y a estribor dos tanques forrados en madera como grandes contramedios pero con los cañones fuera, en disposición de disparar sin muchas dificultades.

Antes de levar anclas, al no poder llevar el buque barcasas salvavidas suficientes para todo el mundo, arrojaron las que normalmente tenía para la tripulación.

—Entonces, ¿al pelo? —pregunta Perdona, al de Soaga.

—Al pelo —contesta Wilson.

—Mejor así, para no pensar mucho en que nos podemos hundir.

En cada entrepuño seiscientos hombres en cuatro hileras de literas triples. Por las bordas una docena de asientos de letrinas que vacían al mar y que sólo pueden usarse por turnos, evitando la espera en cubierta, por lo menos hasta haber dejado bien atrás el Caribe, adentrándose en el Atlántico. Entonces, por pelotones, algunas clases de tácticas en espacios precisados entre la carga: bañarse con agua salada de las tomas de las mangueras; visitar a los compañeros del otro entrepuente, y sobre todo mirar, quemarse los ojos mirando la iridiscente superficie del agua, un día y otro, intentando descubrir la silueta de la tierra, o de otro buque, o de un ave, agudados todos los temas de conversación, sin que la radio captase emisora alguna, mucho después de haberse apagado, en el tormentoso ruido de la estática, un tembloroso calypso de Maracaibo.

Por las noches, si el barco se balancea de haber a estribor, se puede dormir; si el buque orza y el movimiento es de proa a popa, no hay quien cierre los ojos esperando que vuelva a la posición de equilibrio. —Parece que se va de punta —dice Arcata. —Si no se ha ido hasta ahora... —le contesta Wilson desde la otra fila de literas.

El pequeño bombillo en el espacio libre al centro del entrepuente, se inclina adelante y se queda allí, fijos en él muchos ojos ansiosos de que el buque lo lleve nuevamente hacia atrás.

—Dice el contramaestre que lo malo es cuando se hunden al mismo tiempo la proa y la popa.

De la otra compañía alguien se levanta y le pide permiso al oficial de guardia para salir a orinar. Sube a trancos la improvisada escalera de madera. —Parece la entrada del infierno —dice desde arriba, junto a la escotilla, y orina allí mismo.

A mitad de un balanceo hacia adelante el buque se inclina, de repente, a estribor, al tiempo que una ola rompe en medio de la cubierta metiendo vollos de agua en el entrepuente que apagan el bombillo; los hombres se incorporan en las literas y algunos se levantan.

—Nadie ha dicho que haya amanecido ya —dice Martínez encendiendo la linterna de campaña—; no ha pasado nada.

Después le dice al oficial de guardia que va a revisar las postas. Desde hace rato le preocupan los alidosos de centinela junto a las barandillas de haber y estribor y sobre todo los de proa, en el mismo ángulo rompiente de la nave. Los dos en la estructura central y el de popa son del otro batallón, en la segundaodega, y están más resguardados.

Cuando llega a cubierta la lluvia ha aminorado y el balanceo no es regular en uno u otro sentido.

sino anárquico, en cualquier dirección. Apenas puede caminar en la oscuridad, entre los alambres y cables enredados, el cordaje regado en el piso y las gúmenas que fijan la carga.

—¿No hay problemas? —le grita, para imponerse al ruido del viento, al oído de la primera posta.

—No, teniente; lo único que me eché algo para acá, para agarrarme de las vigas... por si acaso.

Desde allí mismo hace señas al de estribor con la linterna y éste le contesta; entonces comienza a caminar, como si estuviera ascendiendo por entre cuevas empinadas, hacia proa.

Los dos hombres se han acuelillado a ambos lados de la bodega de proa, donde el choque del viento hace como un vacío. Detrás de ellos las olas depositan toneladas de agua cada vez que el extremo de la nave se inclina hacia la oscuridad del mar.

—Son como mil bombas que nos quisieran tragar —dice uno de ellos y Marzán, sin poderlo ver, comprende que rie forzado.

—Vámonos —dice Marzán y entonces se da cuenta de que los hombres se han amarrado entre sí y al cañón de 76 mm. De regreso, mirando las luces del puente de mando que parecen estar sostenidas en el aire a diez kilómetros de distancia, se da cuenta de lo pronunciado de la oscilación de la nave.

Desde la bodega, mientras los dos soldados se cambian la ropa empapada y desarriman los AKA para secarlos, se comunica por el teléfono de campaña con el mando.

—Acá Marzán, jefe de estado mayor del batallón en la primera bodega. Pido autorización para retirar las postas de proa; creo que esos hombres peligran.

El telefonista pasa el aparato al comandante jefe militar del buque.

—¿Cómo dice Marzán?

—Que debemos retirar las postas de proa.

—¿Cómo no me recordó antes Ud. que esos hombres estaban ahí? El mar está haciendo fuerza cinco. Mándelos a buscar enseguida. Telefóne cuando llegue.

—A la orden.

Marzán se quita las botas sacuriendo el agua de dentro de ellas; luego las medias, y se friccionó los pies, en los tobillos y a todo lo largo de las plantas.

—Dentro de veinte minutos llamen y digan que acaban de llegar —dijo a los hombres que lo miraban sorprendidos. Luego se metió en la litera enrollándose en la colcha; en unos minutos estaba durmiendo. Arriba la tempestad continuaba hasta el amanecer.

Según amansaba el mar, el calor iba en aumento. Los hombres buscaban para dormir el poco fresco junto a las dos escaleras de acceso a la cubierta superior y en las cercanías de los respiraderos. En el segundo pelotón la clase sobre las misiones del grupo de apoyo y del grupo de asalto se ha ido apagando.

—Cuando lleguemos al Ecuador vamos a ver un cordón de linternas con luces encendidas. Le dan la vuelta a la tierra —dice Perdomo.

—¿No señor! —contesta Acosta el de El Cristo—. ¿Nada de eso! ¿Cómo se le va a dar corriente a tanto bombillo? Lo único que hay es que de un lado está de noche y de otro de día. Yo lo que no sé es cuál es el de noche y cuál el de día.

Todos discuten. Isidro, el jefe de la tercera escuadra, dice que ninguno de ellos sabe nada, incluyendo a sí mismo; que nada de eso puede ser cierto.

—Lo que a lo mejor puede pasar, y eso lo pienso yo, es que la brújula deje de marcar el norte y comience a señalar el sur. Y eso lo pienso, no estoy seguro.

Han habilitado la parte trasera del puente de mando como hospital para los deshidratados por los vómitos, los ampollados por la alergia a la cloroquina preventiva contra el paludismo, y el que se cayó de lo alto de cubierta al fondo de la

segunda bodega, partiéndose las dos manos. —Para eso se acabó la guerra ya.

Según se acercan a África vuelven las medidas de seguridad establecidas durante el cruce por el Caribe: prohibición de salir a cubierta, grupos de veinte para fumar en pipa. Dos veces dan la alarma por la cercanía de otros barcos y un avión que sobrevuela la nave. En el radio comienzan a escucharse transmisiones en inglés y francés. Algunos traducen. La ofensiva revolucionaria se acerca a Lobito; el enemigo procura defenderse con sistemas concéntricos de fortificaciones. —Eso va a ser la gran batalla de Angola. Hay barcos cubanos en alta mar esperando por la caída de la ciudad para desembarcar en ella e impulsar la ofensiva hacia el sur.

—Esos somos nosotros —grita Formentel, el negro boudador de Los Olmos, en Santiago.

—Nosotros no vamos en ese rumbo —le contesta Marzáns.

Poco después reparten los fusiles automáticos, los cuatro cargadores, las municiones, la bayoneta, las raciones de campaña que sólo se podrían usar de darse orden para ello; las pistolas para los oficiales.

Al AKA hay que desarmarlo, quitarle el preservio de fábrica, armarlo una y otra vez hasta que cada pieza caiga en su lugar de un solo golpe.

—Cada tres horas una incendiaria; cada cinco una inundadora —va repitiendo el mero gordo que en Santiago trabaja en uno de los almacenes de la Alameda y aquí es responsable de armamentos.

—A las cinco de la mañana se va a dar una pequeña salida por grupos para hacer las necesidades. Después nadie en cubierta. Vamos a entrar en Luanda. Revisen los uniformes, el armamento. Que todos los pantalones tengan ligas en los bajos.

Los hombres ajejan en las bodegas preparando las mochilas, ajustándose los corrajes, los botones, las botas. Esa noche duermen intranquilos.

Por la lentitud de la marcha del buque comprenden que entran en puerto. Marzáns coge un espejo grande y lo levanta por encima del borde de cubierta. Se ve reflejado entonces un lomerío de tierra rojiza como de mineral, las chimeneas de varias refinerías, las chozas, a lo lejos, de un barrio miserable.

—Es lo más lindo que pueda verse en la vida —dice el político del segundo pelotón. Es la primera tierra que ven en quince días. Cuando el sol está casi en el cenit, y en las bodegas se respira un vaho agrio, por el calor y las emanaciones, no disipado como en la travesía por el viento de alta mar, dan la autorización para salir a cubierta. Las escaleras improvisadas de madera quieren romperse por la carrera frenética de los soldados.

El «Baires» ha atracado al espigón principal del puerto entre una lancha rápida de las FAPLA para el patrullaje de la bahía y un buque soviético que las grúas voladoras del muelle terminan de descargar.

Portuarios cubanos y angolanos comienzan a manipular la carga ligera del «Baires», que va formando altas estibas a la intemperie junto a los almacenes atiborrados.

Cada veinte minutos, desde la cubierta del barco recién llegado, lanzan granadas de profundidad, no de fragmentación sino solamente de efecto expansivo, para impedir cualquier sabotaje bajo el agua. Entre explosión y explosión los hombres zanas revisan el casco del buque. Así será hasta haber desembarcado todo el dispositivo militar. En la superficie grasosa de la bahía hay manchas de peces muertos que el lento oleaje, poco a poco, va llevando hacia la orilla.

Los soldados convulsionan con los estibadores cubanos llegados en noviembre y con los angolanos. Les cuentan de la UNITA, del FNLA, de los sudafricanos, de las minas antipersonales, el verdadero horror de esta guerra, de los tanques rápidos de tiro automático, de los ranjones regados con cadáveres, de las matanzas del año anterior.

—Hasta allí —dice un cubano señalando el ambiente de tierra rojiza al otro lado de la bahía— llegó en diciembre la «fenuva». Fue entonces

cuando nosotros dejamos el barco y nos metamos en las trincheras. Allí, en Quifangonda.

Desde el barco atenuado al muelle, Luanda se parece a Santiago de Cuba, una ciudad que va ascendiendo escalón a escalón desde el mar. A la derecha, detrás de un largo saliente de arena que llaman la prahia, una fortaleza colonial de arquitectura española; al frente, en dos niveles distintos, el hotel Trópico, allá arriba, y el Presidente, casi junto al puerto.

—Ahí están los técnicos cubanos; los civiles.

—¿Conoce Ud. a uno de pelo colorado que le dicen Jaramillo y trabaja en la pesca?

—¿Que abre las botellas de cerveza con los dientes?

—¿Ese mismo!

—Estuvo aquí hasta hace poco. Ahora creo que anda por Puerto Ambríz hacia el norte... por lo menos salió hacia allá cuando lo liberaron.

—Es cuñado mío. Cuando lo vea, dígame que Lucio está aquí, ¿oíste?. Lucio. No sé para dónde me mandan, ¿oíste?, pero que estoy aquí. Que la familia en Oriente esté toda bien.

Marzáns mira al T-55, sostenido por los cinco cables de la máquina y los dos cabestros laterales, avanzar en el aire muy despacio, chirriando como lamento de perro herido, hacia el muelle. De pronto uno de los tensores de hilos metálicos

se rompe y el cabo suelto bate la cubierta como un látigo. Los hombres se desparpigan en un instante; el tanque allá arriba se balancea de lado.

—Apártense, carajo —grita alguien y no hay nadie que no lo haya hecho ya.

Una de las grúas voladoras viene rápido a nivelar de nuevo la carga. Un marino se encarama en el mástil a cambiar el cable roto. Entonces Marzáns hace señas desde tierra para que comience a bajar la compañía que acababan de poner a su mando, para iniciar el completamiento del equipo de campaña.

Tomó el extremo inferior de la escala de maderas y sogas por donde empezar a descender los soldados, y la sujetó sobre el muelle, separándola de los dos metros de agua que mediaban entre el buque y el espigón, para que los hombres pudieran saltar sin riesgos sobre los cinco peldaños inferiores rotos.

Después de dieciséis días de navegación la gente se mueve como inargura, con algo de desconcierto, de asombro, casi de desagrado, sobre lo inmóvil, entre las referencias estables, no cambiadas, de lo fijo. Ahora se reconocen los aspectos agradables del viaje no advertidos antes. Quizás por eso y por saberse ya en el destino, por constatarse que del otro lado del gran charco, de manera irrecusable, está la tierra propia y no hay fecha predeterminada para el regreso, los hombres están torpes en sus movimientos.

como stondrados. Claro que después de esa única noche pasada a bordo del barco amarrado al muelle, no era de esperarse otra cosa: un calor más fuerte que el de Cuba, en un verano luandense de un rigor poco usual en pleno enero; la cola inacabable para la última vacuna contra las fiebres, una inyección como puñalada en medio de la espalda; intentar dormir apañados por el suelo en los pocos espacios dejados libres luego del desarme de las literas y las bodegas inferiores; las explosiones a intervalos regulares.

En la madrugada un oficial del alto mando cubano en Luanda llegaba al buque. El batallón de infantería se desarticulaba; las tres compañías cumplían misiones combativas distintas y en distintos lugares; la jefatura del batallón podía reestructurar los mandos inferiores según creyese, pero la situación definitiva de cada unidad sería aquella que se determinase en los lugares de los frentes a que cada cual estaba destinada.

El mayor Garbey discutía; en Cuba el batallón se había entrenado y preparado para operar como una unidad orgánica. El oficial le escuchaba con respeto pero como lamentando la pérdida de tiempo.

—¿Cuándo salieron de Cuba?

—Hace dieciséis días.

—En ese tiempo han cambiado mucho las cosas en esta guerra.

La compañía tres quedaría de guarnición en Luanda o marcharía a engrosar las unidades del sur; ya se determinaría en su momento. Las compañías uno y dos haría el este, en ese mismo orden, con diferencia de doce horas, sujetas por separado al mando de aquel frente. El hasta entonces Estado Mayor del Batallón marcharía en esa misma dirección para ocupar cada oficial las responsabilidades que se le señalasen. No habían terminado de bajar la escalerilla los oficiales de la Misión Militar y ya Merzán había dejado de ser jefe de Estado Mayor para asumir el mando de la segunda compañía. En realidad, de cierta manera, aquello había sido previsto desde antes. Él era el único oficial reservista dentro de la jefatura del batallón y difícilmente podía encuadrarse en la categoría de especialista en cualquier otra actividad que no fueren las operaciones militares, de campaña, propiamente dichas. Si el batallón se desarticulaba, él pasaba a la compañía; si a ésta le sucedía lo mismo, a un pelotón. Tal era el acuerdo con Garbey y el político y el hasta entonces jefe de la segunda compañía. Un acuerdo que venía desde Cuba, casi desde que entró por la posta de la unidad militar donde se organizaba el batallón para la próxima salida hacia Angola.

—¿Cobán, Yayo Merzán, de qué rincón del monte te aparece ahora! —le gritó el comandante jefe de la movilización militar antes de abrazarlo.

—Nada, que me dijeron que estaban buscando ustedes muchachos nuevos para la guerrita esa y me dije: «Vamos a dejar la escuela esta por un rato a ver qué pasa.» Y aquí estoy.

—Gurhey, Gurhey, mira quien vino.

—Tenrate Marzáns, permítame que me cuadre.

—Cómo cuadraste, si ya tú eres mayor, y calvo además.

—Delante de mi jefe yo siempre me cuadro; de cuando la columna que perteneció a dos frentes, ¿se acuerda?

—Entonces acá también se tiene que cuadrar porque yo lo mandé en el Canalito.

—Verdad que sí, verdad que sí.

—¿Dónde estás ahora?

—Dirigiendo un tecnológico de minería por la carretera de Guantánamo; pero ahora estoy aquí con ustedes.

—¿Cómo con nosotros?

—Sí, me voy con ustedes.

Y se pasaron toda la noche hablando de la guerra contra Batista, y del ataque al Laberinto y el asalto al tren de Yaguaramas. Por la mañana ya estaba como jefe de Estado Mayor y comenzó a entrenar. En el tiro no hubo problemas, ni en la caminata; algo en la ofensiva nocturna sufriendo lomas, pero sin gravedad.

Detrás de la Sreapa practican los coheteros.

—Arriba, Yayo, prueba —dice Gurhey.

—Yo no conozco bien esa arma.

—Vamos que ya estás viejo, Yayo; son cuarenta y dos, que vas conmigo —dice Solana, el de la brigada constructora que ha llegado igual que él, a partir con la unidad.

—Prueba tú primero; anda.

Solana dispara sobre la figura de cartón que aparece de pronto deslizándose rápido sobre el riel a más de cien metros; el cohete va a hacer explosión mucho más atrás; en un lateral los soldados se ríen del mal tiro. Marzáns hace blanco en la parte trasera de la figura del tanque.

—De chiripa —dice Solana.

La noche antes de la salida hacia Camagüey, mientras Los Tainos tocaban en la despedida de la tropa, se lanzó una batella de ron con el comandante de la movilización que se quedaba en Cuba.

—Tu mujer sigue siendo la muchacha aquella que estudiaba...

—¿Cómo si sigue siendo?

—Digo, que si no la has cambiado...

—Si yo la cambio se muere.

—Pero qué viejo más castrón éste: llevándole más de diez años —se burló Solana.

—Eso no tiene importancia —dice el comandante.

—Con la experiencia se ganan las guerras —dice Marzán siguiendo la jarana.

—¿Quieres algo para ella?

—No, nada; dile solamente que no hay lino; que me ful.

Siguieron tocando hasta que la trompeta de Los Tainos dejó de tocar. Entonces el batallón montó en los omnibus y enrumbaron por la carretera central hacia Bayamo para luego tomar hacia Las Tunas por la carretera del Cauto. Por el camino, mirando los cañaverales batidos por los primeros vientos, pensó que de verdad hubiese querido escribirle mucho.

Cuando los hombres terminaron de bajar, formaron en tres pelotones de espaldas al buque. Estaban incómodos en los uniformes brillantes, recién estrenados, con las botas sin domar aún, doblados por el peso de las mochilas sobrecargadas y el casco de acero. Marzán recorrió las filas apretándole mejor las correas de la espalda a uno, ajustándole el botiquejo a otro, acomodándole los cargadores a un tercero. A media mañana el sol parecía de mediodía. Les habló a los hombres sin levantar la voz, sin empaque, como conversando.

—Yo no sé cómo será esta guerra, pero pienso que todas deben ser parecidas; por ahora cogemos todo lo que nos den. Cuando lleguemos a

donde vamos y empezemos a caminar, porque seguro que va a haber que caminar, y largo, ya veremos lo que se va dejando, ¿eh? ¿Entendido?

Los hombres se sentieron aflojando la tensión y abandonando la posición de firmes que nadie les había ordenado.

—Ahora van a darle quinientos tiros más a cada fusilero y mil a los ametralladoristas...

—¿Mil, teniente? —preguntó Wilson asombrado.

—Mil, y dos cohetes más a los coheteros.

—Teniente, permiso.

—Díme.

—Le voy a plantear a usted lo que vengo diciendo desde que salí de Cuba. Las botas que me dieron son un número más chiquito que las que yo uso. Me las acabo de poner y ya tengo ampollas...

—Oye, Wilson, eso es un lino... de verdad que es un lino. Vamos a ver. Ahora andando.

A la orilla de una de las naves almacenes, al final del muelle, el maru gordo, de armamentos, espera con las cajas de municiones abiertas, sin poder abotonarse el mono de mecánico que viste y que seguramente vestirá durante toda la campaña por no haber uniforme para su talla y grueso al cual no se quedó en tierra en Cuba. Marzán se adelanta y le habla casi en secreto.

—Mira, Moro, no les des granadas a los muchachos, que no entrenaron bastante con ellas y va a ser una jodienda.

—Mira cómo que... —vacila el Moro.

—Ya sé lo que te digo. Por ahora es mejor no dárselas.

—Lo establecido es que... bueno, tú sabrás. A ver, adelante, adelante —grita feriado como es un haravillo de liquidación—, a ver, a ver, este del bueno para ti; dos cajas de dos cincuenta. Tú, ¿qué eres?, ¿ametralladora?, cuatro cajas y éstas sueltas de ñapa; a ver, a ver, el próximo, que nadie se vaya sin lo suyo; aquí hay para todos; el que entra aquí sale con algo: del bueno, del bueno; ¿quieres más?, toma; recuerden: una incendiaria por tres y una trazadora por cinco; la del punto rojo y la del punto verde.

Los hombres van pasando recogiendo los proyectiles, abultando con ellos los bolsillos del pantalón y la mochila. Sin dejar de repartir, el Moro le habla a Marzán en voz baja:

—El «Baire» sale para Europa en unos días. Hay un marino que se lleva una carta mía para echársela por allá. Si tú quieres, haz un papelito y yo se lo doy. Fíjate que a la carne joven hay que darle calor —agrega con sorna, Marzán se rie con ganas:

—¿Mandarle un poquito del que hay aquí en un sobre? Nos vemos, Moro.

—Suerte.

La compañía monta en varios autobuses conducidos por angolanos y salen de los muelles. Atraveen la ciudad por avenidas amplias, modernas. Las gentes se paran en las aceras y les hacen la señal de la victoria con los dedos de la mano derecha. Llegan al edificio del aeropuerto militar por la parte interior, atravesando la pista entre aviones de diversos tipos a los que han pintado las siglas FAPLA en distintos caracteres y colores.

De un IL-18 de Cubana que acaba de llegar bajan camillas con heridos que trasladan a las ambulancias. Mientras abastecen la nave la compañía sube; no hay asientos y los soldados se acomodan sobre las mochilas. Marzán se queda de pie inclinado hacia una de las ventanillas.

—Saquen los cargadores de los fusiles; nadie los ponga hasta nueva orden.

El avión gana altura. En la luz del sol que muere los soldados ven allá abajo, muy abajo, campos trillados, carreteras que se entrecruzan, lagos unidos entre sí, manchas oscuras de bosques, el trazado imponente del río Cuanza. La noche se cierra sobre ellos en pleno vuelo. Del techo de la nave comienzan a caer gotas de agua por la condensación. Empieza a hacer frío. El avión tiembla, cae y se levanta como un potro castreño. El cristal grueso de las ventanucas que bate la lluvia se ilumina a ratos por el resplandor de los relámpagos. Para muchos de los integrantes

de la segunda compañía aquél es su primer viaje en avión.

Das horas más tarde y después de recorrer más de mil kilómetros, toman nuevamente tierra.

—Bajando y formando por pelotones, rápido —grita Marzáns.

El clima no es el del litoral; sigue lloviendo y el viento es frío. —¡Firmes! —ordena Marzáns. Las tres filas de soldados quedan inmóviles.

—Esta es la base Henrique de Carvalho —dice un oficial a quien la negrura de la noche no permite distinguir bien—. Desde este momento pueden considerar que se encuentran en el frente de combate.

Capítulo II

Capítulo II

Entre Henrique de Carvalho, la antigua base
séria portuguesa junto a la cual se levanta una
pobre ciudad de pequeñas casas de *embarrada*,
y Dala, la más avanzada población liberada,
hay cerca de doscientos kilómetros por buenas
carreteras que atraviesan decenas de quimbas
de casuchas de argamasa y paja, sin ventanas;
las oscuras aldeuelas poco a poco recomienzan
a tener vida al regresar sus habitantes de la
selva, adonde se habían refugiado huyendo de
los combates.

—Todas estas carreteras eran para sacar los
diamantes; la compañía de diamantes que ma-
nicheaba esta provincia y la obra —dice el cho-
fer cubano, mulato largo y flaco, que maneja
el Zil donde viajan los dos primeros pelotones.

—Lunda y Mexico. Así se llaman.

Sin dejar de manejar pone el pie izquierdo en-
tre el acelerador y se usa la bota del derecho
rascándose la planta contra el piso de la cabina.

—Los bangos me tienen loco —dice.

Por la ventanilla Maréns observa la amplia li-
tura de vegetación rala y altas pastizales.

—¿Por aquí no hay selvas?

—No. Selvas, selvas, por aquí no he visto. Dicen que hacia adelante sí, pero ya no las he visto. Las que yo conozco están en Cahinda. Las del Mayombre. Por allí anduve ya en noviembre.

Arriba los hombres se vuelven hacia el lado izquierdo porque alguien ha visto un mono en la arboleda.

De noche llegan a Dala; acaban de asaltar una base de la UNITA varios kilómetros hacia el norte y es necesario ocupar el escalón de defensa más exterior del pueblo, en las casas abandonadas que fueron antes cuarteles del FNLA, por si la dispersión del enemigo los conduce en esa dirección. Comienzan a comer rápido una lata de sardinas por cada dos soldados, pero llega el jefe de Operaciones del frente y les dice que dejen aquello y lo sigan. La calle repecha junto a una sanja llena de piedras y yerbujos. Emilio tropieza y se le cae la mochila con los tres cohetes. —Esta es como la guerra de Morúa —le dice molesto a Arcebo, el jefe del segundo pelotón, que lo ayuda a recoger los proyectiles.

Las casas están agujeradas por los tiros y el cañoneo. A través del techo pueden verse las estrellas. El piso está lleno de escombros y por el olor se sabe que hay excrementos y algo podrido.

—Aquí tienen que dormir; hasta mañana que puedan hacer defensas. No enciendan. Usted, teniente, venga conmigo y un soldado que sirva de enlace. Mantengan siempre dos postas.

Muy a la izquierda, y como con orden, se oye esporádicamente un tirotes. Al fondo el pueblo festeja en una jinganguila, la multitud alrededor de una hoguera, zapateando mientras se acompaña con las palmas de las matas.

En un cuarto de madevas, anexo al almacén de suministros, el jefe del frente, un comandante de mediana estatura, seco, que aparenta tener de cincuenta años, recibe a Marrón sin ceremonias, como si lo conociera de siempre. Una linterna cuadrada de campaña, a la que le han quitado los cristales para que no concentre la luz, ilumina la habitación. Al centro una mesa sobre la que están los mapas desplegados; en un rincón la hamaca enrollada, la mochila y un AKA plegable.

—Usted no ha tenido tiempo de familiarizarse con el frente —dice el comandante— ni lo va a tener.

—La compañía está en condiciones de cumplir misiones combativas violentas; fue entrenada...

—Eso se verá pronto; por ahora no hay compañía; un pelotón, el que usted indique, quedará como seguridad de la jefatura; otro pasa a una de las unidades que ya existen; el tercer

ro, a su mando, quedará como le quiero indicar.

Habla pausado, sin levantar la voz y sin tono imperativos; dos arrugas largas le cruzan la cara, a ambos lados, verticalmente desde debajo de los pájaros hasta las comisuras de los labios. Marmón prende un cigarro y se da cuenta de que no ha pedido permiso; luego, mohino, deja la cajetilla y la fosforera de gasolina en el borde de la mesa.

—Ayerche hubo una confusión en Saurimo. ¿Se enteró usted?

—Algo si debía antes de salir para acá.

—Una patrulla de cubanos se entró a tiros con las postas angolanas. Cuestión de contraseñas distintas, cambiadas y no avisadas a tiempo. Esta es una guerra bastante diferente a la que pueda haber conocido. Los FAPLA y la UNITA y el FNLA se visten igual y tienen las mismas armas y hablan igual también. Ahora mismo, si caminamos cuatrocientos metros, no podemos estar seguros, de primera impresión, si el centinela angolano es amigo o enemigo. Y si es contrario, él sí sabe que nosotros somos cubanos. ¿Comprende? Por otra parte no se guía por el volumen de fuego; en ocupar una posición cualquiera se gastan millones de tiros. Eso es válido para todo el mundo, aliados y enemigos. Cuando liberamos una ciudad los faplas se pasan dos o tres días disparando. Es parte de su manera de festejar; como un ritual o una

ceremonia, una imaginación ya. Es como si se embucharan con el ruido.

Detrás del endeble tabique de manera están cargando un camión de provisiones. —Rápido, que tenemos que llegar a Teixeira antes de que amanezca —grita alguien.

—En los angolanos se puede confiar, sobre todo si son guerrilleros, de los que llevan varios años peleando; son bravos.

Marmón dobla las piernas bajo el taburete y cruza los brazos sobre el pecho porque siente frío. El comandante toma un cigarro de la cajetilla y lo enciende con la fosforera colorada en la mesa.

—¿No les ha dado todavía las raciones de guerra? —pregunta reparando en las cajetillas que no tienen el papel impermeable protector.

—No, esa acaba de llegar de Cuba conmigo.

—Caray —le da una chupada tan larga al cigarrillo que la candela se ve avanzar—. Aquí estamos a mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar; como decía en la Gran Piedra. Por eso hace frío aunque ahora es verano. Esto es como una meseta que comienza a levantarse después del Cuana.

—Perdone una pregunta. Usted hablaba de un pelotón que quedará conmigo.

—Allá voy. Fijese en este mapa, aunque no lo pueda precisar bien con esta luz. Ya lo estudia-

rá después. En cinco días comenzamos la ofensiva sobre Luno, esta ciudad aquí, que es la capital de Moisés y la más importante del este. La columna de Inchián baja de Tenzira en dirección sur-sureste. Nosotros directo al este; recto; a partir de aquí, del río Cassai. Hay varios problemas. Uno, cuando retrocedimos el mes pasado volamos muchos puentes; ahora que avanzamos, los que no volamos nos los vuelan ellos. Dos —el comandante iba enumerando con los dedos de la mano izquierda a la altura de la cara comenzando por el meñique—, hasta ocupar Luno, el centro abastecedor será Saurino, que va quedando muy lejos. Tres, en nuestro avance quedan bolsunas enemigas a retaguardia y esta, fíjese bien, Loma Cassai, hay que reducirlo antes de la ofensiva porque podrían desde ahí, un poco al sur, cortarnos las comunicaciones.

—¿Ponerlos entre dos fuegos?

—No tanto; pero hacernos pasar un sofocón; debe haber como quinientos hombres en esos cerros.

—Caramba, caramba —dijo Maraña y strajo haría si los mapas procurando precisar, sobre todo, a qué altura pudieran estar emboscados. El comandante se inclinó junto a él, indicándole con la punta del bolígrafo. —Su misión será desalojar Cassai y avanzar paralelo al río para de ser posible evitar la voladura del puente.

Ahí esperaba usted la llegada del primer escuadrón de la ofensiva.

Maraña se puso de pie sonriendo. —¿Me permite? —dijo ahora, y tomó los cigarrillos.

—Sí, cómo no.

—Parece que van a tener mucho trabajo los muchachos de mi pelotón.

El comandante se inclinó en el taburete hasta tocar la pared con el respaldo. —Liran tres compañías, dos de angolanos con sus mandos orgánicos y la sujeta directamente a usted formada por su pelotón y una unidad de katangueses. Usted será el jefe de la operación con un oficial de las FAPLA adjunto. ¿Claro?

—Buena, ya veremos entonces... ¿Cuándo salgo?

El comandante consultó el Rolex y miró por el ventanuco como extrañado de que no hubiese salido el sol todavía.

—Casi que ahora mismo. Recuerde, en cinco días en Puente Cassai.

—¿Pudieran darle granada al pelotón que vaya conmigo? Ofensivas solamente.

—Dígale al jefe de armamentos que se las dé. El jefe de operaciones se va a reunir ahora con usted y con los oficiales angolanos para las instrucciones detalladas. Ya así que solamente quería saludarlo.

—Gracias, comandante, gracias.

—¿Café?

—Buena.

El comandante sirvió de un termo y buscó des-
pués en su mochila.

—¿Un trago de ron?

—¿Coño!, me salva la vida.

Marzans bebió largo e hizo un buche final, como
si se enjuagara la boca, para mantener el sabor.

—Teniente, ¿usted por casualidad no era del
grupo de Daniel allá en Nicaro?

Nicaró, cerca de Levisa, entre Mayari y Sagua,
al norte de Oriente, en Cuba, más allá de Lusa-
da y el Atlántico.

—Un tiempo, sí; estuve con él allí.

—Se recuerda de una dinamita que Frank pi-
dió de Santiago.

—La sacamos del pulcorín; de los paquetes que
iban para Felton.

—Yo era el que trabajaba en el hullidorón; a
mí me la daban para tra-bordarla después, ¿no
se acuerda?

Marzans no sabe cómo decirle que no, pero des-
pués de aquellos surcos en el rostro y de aquella
mirada cansada por muchas noches sin dormir

estudiando a la luz de la linterna los mapas ho-
rrasos, no logra desenterrar al muchacho de
veinte años atrás.

—Sí, sí, cómo no —dice inconvincente. El co-
mandante sonríe y le echa el brazo por encima
llevándola hacia la puerta.

—Si no se recuerda no tiene por qué no decir-
lo, teniente; en tantos años se cambia mucho.

Afuera han terminado de cargar el camión para
Texeira y un soldado, entre los haces de las
farmas, hace señas al chofer indicándole cómo
cruzar el lodazal.

—Una última cosa. En lo adelante quizás esté
bajo las órdenes de oficiales jóvenes, que eran
niños en la época de que yo le hablaba.

—No importa; no hay problemas.

—Ojalá.

Se apretaron las manos.

Los blindados remontan la pica hasta el punto
desde el cual comenzarán el avance a pie. En
estos momentos, las otras dos unidades, de an-
golano, dejadas a dos y cuatro kilómetros res-
pectivamente, deben haber iniciado la marcha.
Vuelve a consultar el mapa. Nova Chave, Ca-
zajé, Luis, Lueta, Liao... Nombres indicando
una referencia sin para él etcétera, insonorizada,
sin gravidez, recorriendo el ámbito de una opera-
ción militar que comprende, que intelectualmen-

te entiende, pero que todavía no le ofrece cabalmente un asidero manejable, conocido. Y aquellos otros nombres sobre el plano atravesando mil veces por las venitas verdes de los ríos que ya él sabe, eso por lo menos ya sabe, son corrientes tumultuosas sin paralelo en las Antillas: Luango, Casambo, Casombo, Cuando, Culiango, Cunjamba. ¿Cuál será el tamaño de este rincón del mundo? Revisa de nuevo la disposición del frente en el mapa. La punta de vanguardia de una de las columnas cubano-angolanas en Dala, la otra cerca de Lumeje, el enemigo en Luso, objetivo inmediato de la ofensiva. Si se formara un triángulo aproximadamente isósceles situando esos puntos como vértices, Dala sería el superior, Lumeje el inferior derecho y Luso el izquierdo. Si se formara un triángulo... Mide con el lápiz sobre el mapa la distancia entre el punto en que se encuentran y el lado del triángulo que une a Dala con Luso, y traslada el resultado a la escala: setenta kilómetros al exterior, fuera del espacio contenido en la figura. Entonces comprende lo peculiar de su misión al margen del movimiento general de la ofensiva. En la práctica va a operar dentro del enemigo; no precisamente contra un bolsón quedado a retaguardia, sino en una zona lateral, en disensión, verdaderamente un saliente de la línea de frente enemigo.

«¿Como en Kurik?», pensó, y se rió de lo peregrino de la comparación. Ciertamente no se sentía mal ni desorientado y se sorprendió un

poco de ello. Era como si se reencontrara de pronto con una práctica conocida, familiar. El blindeado se detuvo de un fervoroso. Abrió la portezuela e indicó a los hombres que bajaron.

Luego de tomar Luso ¿cómo se conduciría la guerra? Era pensar más de lo pertinente y para él era una norma el no apresurarse; dejar que las situaciones se presentaran en toda su alcance para entonces actuar. «Mucha imaginación hace daños, pensó y quiso recordar la primera ocasión en que tal pensamiento se le había ocurrido; pero no pudo.

El BTR se mantendría en el cruce del camino con la pira, hasta el mediodía, en que regresaría a Dala cuando hacen ahora los Zila. Las tres escuadras de cubanos forman en la parte más elevada de la cuesta que conduce, pocos metros más allá, al inicio del monte firme. Los hombres están inquietos y hablan seguido, rien fácilmente sin motivo alguna, se repiten varias veces las mismas bromas.

Aroche, el jefe inmediato del pelotón, lleva el casco bien ajustado a la barbilla. Les habla a los soldados en voz muy baja, repitiéndoles las mismas indicaciones que viene diciendo desde días atrás: —Nadie tire sin orden; mejor no monten el arma si no se les ordena.

Repasa con la vista las filas de hombres incómodos con los arreos militares a que aún no se han acostumbrado, con las mochilas todavía demasiado cargadas.

—Aroche! —grita Marzans desde donde comienzan a organizarse los angolanos—. ¡fíjate si tu armamento va completo.

—A ver, por escuadra, tiro por fusil, por ametralladora y cobetes.

—Jefe, si decir en Dala que tembló en Santiago —dice Wilson.

—Ojalá no se haya raído mi raza —contesta Aroche—; que la dejé así en el suelo.

—Esas cosas debieran informárselas a uno —dice el sanitario, que ha sido el primero en intentar aprender portugués—, para no estar después entendiéndose la cabeza...

—El que vino aquí sabe que era a pasar trabajo...

—No es de trabajos, político; sino de cima esta la gente de uno.

—Es muy pronto para estar ya en esas preocupaciones.

Marzans ha encendido varios cigarrillos y después del último accióna varias veces la fosforera que no falla en ninguna ocasión. —Es mejor que la gente saque lo menos necesario de la mochila, haga un paquete y lo ponga el número afuera; que se los lleve el BTR. Ya se verá si se recoge después.

Cuando Aroche da la orden —sin abandonar las filas, ¿eh?—, nadie sabe qué es lo más necesario.

—Aparte de las municiones, la comida, el nylon, la capa y la colcha —dice Marzans—. Para mí, ¿no? Cada cual puede llevarse lo que quiera, pero que después no lo esté dejando por el camino.

—¿La hamaca, teniente?

—A nadie le aconsejo que duerma en el aire.

—En la tierra... en la tierra es más seguro —agrega el gallego.

—Pero, teniente, ¿y las serpientes?

—Qué serpientes ni serpientes. Ese es el mito de esta guerra, las serpientes.

—¿Entonces es mentira que hay serpientes y que muerden y que matan? —pregunta Formental con sorna.

—Ah, chico, si fuera así no habrías un solo prieto de estos —dice Wilson.

—Pero se puede llevar, ¿no?

—De llevar se puede —dice Marzans—, de usarla ya veremos.

—Yaya, ¿usted sabe algo del temblor en Santiago? —lo pregunta Aroche.

—La que he oído decir aquí a la gente.

Los angolanos forman al centro pero no se están quietos, jugando unos con otros, cantando y acompañándose con palmadas. Madruga, el jefe.

los llama al orden pero solo logra tranquilizarlos un momento.

—Son muchos jóvenes, chefe, y viven el momento de ahora mismo —le dice a Martins—; los quieros, la gente de aquí del este, es así; siempre están a linicar.

—¿Tú no eres de aquí?

—No, mucho más allá, del norte, de Uigo, de Nagaja, de la tierra del café.

—Ah, como la mía.

—¿En Cuba? Caramba, caramba.

Los katangués están algo apartados, tranquilos en su formación, sin impaciencia alguna, como gente acostumbrada a esperar. Casi todos tienen armas cortas además del fusil G-3, el arma regular del ejército portugués; visten uniformes casi destechos y solo algunos llevan mochilas, los más una simple bolsa o saco amarrado a la cintura. El jefe es un negro muy corpulento, como de cuarenta años, que llaman Pierre, vestido de camuflaje, con boina morada y un peine de madera de cuatro dientes muy largos sobresaliéndole de uno de los bolsillos de la camisa. Además del automático lleva al cinto una máuser moderna de cazador.

—Pregúntale si están completos —dice Martins.

Madruga le pregunta en francés y el katangués se ríe con una sonrisa amplia afirmando con la cabeza.

—Pregúntale cuántos son.

Pierre hace como que cuenta y luego contesta en voz alta sin abandonar su lugar.

—Dice que son ciento uno —informa Madruga—, pero siempre que Ud. le pregunte va a decir lo mismo —agrega riendo.

Un katangués lleva una larga cola de pelo seco colgando de la espalda; entre otras dos cargas una alla grande tapada con hojas como de plátano. —Funché —dice Madruga —hálandolo—, de mandioca.

—Llevo casi medio batallón, piensas Martins. —En realidad, teniendo en cuenta las otras dos columnas que han comenzado el avance —que el radiista le dice que sí, que ya han penetrado en la selva— son cerca de medio millar de hombres. Una operación mayor, se dice; luego se quita el abrigo y lo amarra con la tapa de la mochila.

—La liberación de la revolução —dice el cantario simulando hablar en portugués.

Valodia

Valodia ya morreu

MPLA está en la luta

o Netu já chegou

Los saplas cantan con una melodía suave, triste; ya han dejado de jugar.

Jika

Jika ya matren

Aroche descansa el fusil en el suelo y se apoya en él. Los katangués no se mueven y Pierre se ha virado varias veces a imitar a Marzans.

—Luna a Viento Negro. QTP. QTP.

Un helicóptero sobrevuela en círculos más allá de donde se supone la línea del río.

Marzans mira el mapa donde el punto en que se encuentra es solo una flechita roja apuntando hacia el monte oscuro y las curvas concéntricas a nivel; luego observa los cerros que se levantan casi en el arranque mismo de la ebana y el mapa se le desdibuja, se despersonaliza, como si aquel papel pintarranjado no pudiera decirle nada, como si todos aquellos trazos y manchas no fueran más que el resultado del juego de algún niño pequeño. ¿Qué se habrá hecho la confianza de hace un momento? La inseguridad lo empujérase hasta regresarlo a un sentimiento casi de adolescencia de desvalimiento.

—Vamos, Yayo, tira, que ya estás viejo —le gritó Solana en el entrenamiento detrás de la Sorapa.

¿Será verdad? Muchos años desde el último tira, se dice, pero sabe que colira todo le pesa aquellos quinientos hombres, blancos y negros, cubanos y africanos, que confían en él, que dependen de él, de lo que él diga, de lo que haga

o deje de hacer, de lo que sea capaz de adivinar o prever.

Pierre se ha virado del todo, de espaldas a su tropa, y mira un punto impreciso sobre el resplandor del amanecer. Aroche ha tomado de nuevo el AKA y ajusta el alza. Madruga es el único que le mira.

Ya Henda

Ya Henda ja matren

MPLA está en la luta

o Neto ji ebegou

Siempre hay una línea cómoda, la de atenerse exclusivamente a lo indicado; la de no aventurar ninguna iniciativa; la de actuar de manera que siempre haya algún otro responsable; la de dejar, en última instancia, que la suerte de cada cual —de cada uno de esos quinientos hombres que lleva consigo— se determine por sí misma. Pero esa no es la línea que él ha aprendido y nunca ha sido la suya, ni en la clandestinidad, ni en la rebelión, ni en la lucha contra bandidos, ni en la producción. Y no la va a ser ahora, en esa tierra del fin del mundo.

Llama a Aroche, a Madruga y a Pierre, y les recuerda sobre el mapa la dirección a seguir y los detalles de la operación. Luego procura encontrar con ellos algunos puntos de referencia esenciales en el paisaje.

—Dame a Hodelin —le dice Aroche, al guajiro de Palma, a ese que siempre está entretenido mirando a los pájaros—, para que vaya de explorador con dos angolanos.

—Cubanos delante, katusques a retaguarda, angolanos al centro. Veinticinco metros cada peloton.

—¿QTP, QTP?

—Dile a Luna que salimos.

La exploración adelanta; a los quince minutos la siguen las tres escuadras de cubanos en fila india.

—Buena, negra, allá va eso —dice Formentel viendo, en voz alta.

—Allá va eso —repite Marzáns para sí mismo, pero se da cuenta de que Madasiaga, el jovencito hincobetes que está a punto de terminar el SMO, lo ha escuchado y le da una palmada fuerte en la espalda.

—Yo tampoco creo en serpientes —le dice el muchacho.

La brújula marca, alta ya la mañana, un rumbo este-sureste, en un ángulo cuya abertura los separa de manera creciente del eje principal de las operaciones de los ejércitos revolucionarios. De seguirse durante siete u ocho días esa tendencia, irían a parar a Manguai, mucho más al sur de Chicla, en la dirección de Lutuai, la

tierra del Cuando. Las tres pequeñas columnas, distribuidas inicialmente en un semicírculo de cerca de treinta kilómetros de extensión, irían acercándose en el transcurso de las jornadas de marchas hasta converger en el firme de los pequeños cerros, rodeando la aldea de Casani, donde el enemigo parecía haberse hecho fuerte, al mismo tiempo. Por lo menos ese era el plan, porque apenas comenzada la operación ya se había perdido la comunicación por radio con las unidades angolanas.

El enemigo podía escurrirse hacia el norte, por el otro extremo del semicírculo; en tal caso entraría dentro del dispositivo principal revolucionario y sería abatido sin ninguna dificultad; o podía intentar evadirse por el sur, cruzando el río algo más abajo de la línea de avance de la columna mandada por el propio Marzáns, con lo cual estaría retrocediendo en el sentido de sus propias posiciones, dejando de ser un peligro potencial para el curso de la ofensiva próxima a comenzar. Claro que también podía batirse a todo tranco y eso, presumió Marzáns, era lo que iba a suceder.

El ascenso era leve pero sostenido. Apenas se podía percibir al caminar, pero pasadas varias horas se sentía por el cansancio trazo de los músculos de las piernas y por la ligera dificultad en la respiración. El avance había comenzado en los mil trescientos metros sobre el nivel del mar; luego de cruzar una franja de monte de arbustos bajos como de seis kilómetros de ancho,

la pira se abrió a un brazo de pradera conagua y altos yerbazales; la persecución en aquel tipo de selva era fácil porque bastaba seguir los trillos; nada impedía abrirse paso entre la vegetación, pero tampoco podía evitarse dejar un sendero marcando el rastro. De pronto Mariano comprende la razón de una cierta extrañeza que cubren tamaño dentro de él en aquellas lunas que no hay sonidos de aves. Pierre se adelanta a su tropa al trotar y gesticula, junto a Mariano, sin detenerse, procurando explicarle algo.

—Dice que necesita municiones de G-3 —le traduce Madruga.

—¿Cómo, ahora viene a decirlo...

—Que él esperaba que usted lo supiera.

—¿Cuántos tipos por hombre tiene?

—Que apenas tiene... pero no sabe exactamente.

—¿Tu tienes G-3?

—Sí.

—Mira a ver en cuánto puedes amunicionarlo. Eso está cabrón ahora, viejo, cabrón; debíste haberlo dicho antes —le dice a Pierre, que parece haber entendido porque se encoge de hombros.

Según nacienden pueden precisar mejor la chana de yaba verde y amarilla, los conagamos oscuros, la línea terrona del río. Al mediodía, sin sentir apenas el sol del verano por entre el follaje, hacen un alto para almorzar. Los hombres abren las latas de carne a puerca o prenden candelas

para asar el maíz tierno. Entonces, a lo lejos, como un graznido, se escucha un ave; un solo canto. Luego tienen que apresurar la marcha para vencer en una jornada la distancia hasta el lugar señalado en el mapa para acampar, allí donde la curva de nivel marca los mil quinientos metros. Entonces, sin anochecer aún, y sin contacto por radio ni con el mando superior ni con las otras columnas que se internan como ellos en la selva, se distribuyen a ambos lados del trillo, en un amplio círculo, para pasar la noche: los katangués al norte, los angolano al sur y oeste y los cubanos al este, en la dirección supuestamente más cerca del enemigo.

Mariano manda apagar las fogatas que los africanos habían comenzado a encender. Hacia la izquierda suena un disparo y luego una ráfaga larga.

—Sin abandonar la defensa circular —gritó Mariano y corrió con Madruga hacia la posición de los katangués. Un poco más allá un soldado tembloroso seguía apuntando el cuerpo patrefacto de un ahorcado, con la carne de la cara abierta dejando ver los huesos, las costuras de los ojos vacías, y varias flechas clavadas en el vientre abombado.

—No le tires, que ya ese no lo necesita —le dijo Mariano bajándole el fusil de un manotazo. El katangués habla rápido, casi sin respirar.

—Dice que lo vio vivo y después del disparo estaba colgando —le explica Madruga.

—Dile a Pierre que no le den el arma hasta mañana.

Ya Pierre estaba allí, tranquilo, mascando la tripa de un cigarro cubano. El atardecer iba apresuradamente de vencida. Lejos, buscando el recordo de la chana dejada atrás, volvió a escucharse, una sola vez, el mismo grito. En pocos minutos todos estaban durmiendo, echados por el suelo sin más protección que las frías troneras de los arbustos, menos los katanguares, que tardaron en acostarse.

Los primeros disparos los sintieron al otro día algo más allá del final planeado para la jornada. No habían desayunado ni almorcado porque las resacas habían consumido todas las reservas de comida durante la noche y Marzáns prefirió que los cubanos guardaran sus raciones de campaña por lo que pudiera suceder.

—Muitas feiras con fome, muitos aões; muito longe la vida con fome, chefe —le explicaba Madruga gesticulando amplio con las manos, recriminando con la vista a los saplas que no atinaban a organizar la formación.

—Bueno, pues a aguantar ahora; a comer mais crudo.

En el pelotón de cubanos, Wilson y Acosta protestan. —Si se la comieron se la comieron; pero nosotros no....

—Yo quisiera saber cómo puede ser esto así....

—La verdad, jefe, nosotros no tenemos la culpa.

El radiista avisó que escuchaba una señal. La avioneta repositaba no poder ver nada por el follaje, pero escuchaba a las otras unidades, un poco rezagadas, sobre todo la del centro. En Lima Casani había tenido que levantar por el fuego antiséreo. Luna advertía posibilidad de equipos perdidos en manos del enemigo.

En vano Marzáns buscó en el mapa, en sus vertiente o en la opuesta, caminos por donde hubieran podido pasar carros de guerra o artillados.

—Dile a Luna que estamos sin provisiones de boca. Que si puede lance mañana.

—¿Pero y hoy, jefe? —preguntó Wilson.

—Lo que se encuentre en las matas.

Entonces los exploradores se cruzaron a tiros con una avanzada. La columna se desplegó sin poder capturar a nadie. Allí mismo distribuyó los hombres en una defensa circular amplia, aprovechando las últimas horas de luz solar para cavar los fosos; para las trincheras de comunicación no alcanzó el tiempo.

Marzáns se sentó fuera de su agujero para que el radiista pudiera instalar su equipo en él.

—Procura contactar con las otras unidades.

—Parece que están en longitudes distintas....

—Búscalos.

El enemigo hostigaba sin mucho empeño; tirando a bulto, sin acercarse demasiado.

—Todavía no están seguros de lo que puede estar pasando —dijo Aroche.

—Da en clave que a las cinco de la mañana se despliegan hasta tocarnos. Que vamos a atacar.

—Eso es lo fijado —dice Madruga—, ya ellos lo saben.

—Por si acaso — da la clave.

Al filo de la medianoche empezó a llover fuerte y cesaron los disparos. El agua se metía por entre los nylons y el borde de las fortificaciones y al poco rato bastaba también de las paredes de las pozas inundándolas. Aroche, arrastrándose, fue de fosa en fosa. —Que nadie salga.

—Teniente, esto está del castojo; sin comida y con esta agua.

—No se puede salir.

—Si no chaga aquí es culpa suya —dijo Wilson en broma.

—Ahorita amanece.

Marzáns fue a revisar las posiciones de los angolanos y katangueses. Debajo de un nylon, sentado contra un árbol, Madruga fumaba.

—No hay problemas —dijo riendo y con acento cubano—, en África no se juega con esta lluvia.

Marzáns se acó las manos en los bolsillos traseros del pantalón y encendió con dedos un cigarro.

Hodelin contaría después que el combate había comenzado a las nueve de la mañana, cuando a Relámpago, uno de los angolanos que había estado con él durante dos días en la exploración, algo le abrió la cabeza desde las cejas hasta la nuca, regándole los sesos por la hierba.

—Yo no sé qué arma puede haber sido.

—Una explosiva de ametralladora pesada —le explicaba Aroche.

Las tres columnas desplegadas, a diez metros de separación entre hombre y hombre, debían rodear la cima en una semicircunferencia de cinco kilómetros, pero antes del amanecer sólo habían podido enlazar la de Marzáns y la contigua; la del extremo norte, a todas luces, estaba demasiado resagada.

A las cinco a.m. Marzáns cambió la disposición: situó al pelotón cubano al centro, en lo que suponía sería el golpe principal, a los angolanos a la izquierda para facilitar el contacto con la otra columna, y a los katangueses a la derecha, en dirección al río.

La balacera fue dispersa durante casi una hora; luego el fuego se hizo cerrado, con ráfagas constantes de ametralladoras pesadas que fijó a los cubanos al suelo hasta que el avance envolvente de los angolanos les permitió lanzarse a la ca-

corta, sin dejar de disparar, hasta el limpio donde finalizaba el bosque. Entonces los morteros de 50 y 60 mm y los cañones de 75 del enemigo comenzaron a golpear los árboles.

Sin que se hubiera acabado, Marzáns, tendido, cambió el cargador de su AKA y comenzó a disparar con balas incendiarias, concentrando el fuego sobre los techos de las primeras chozas de la aldea, que cogieron rauda enseguida. Luego, como francotirador, procuraba hacer blanco en las pequeñas figuras que corrían, apenas un poco más alto, sin la protección de los árboles. Era, lo había comprendido casi de inmediato, un combate cómico. La tardanza en utilizar la artillería le hacía prácticamente inútil. De haber comenzado a tirar en el momento en que lo hicieron con las ametralladoras, otra hubiese sido la cosa; pero ahora sólo podían dañar si ponían las piezas en cero y eso, parecía, no sabían hacerlo.

—¿Vamos al asalto, jefe? —preguntó Aroche, sin levantar la vista de la linde del bosque. Las granadas seguían explotando muy atrás, con mucho ruido pero inofensivas.

—No; no hace falta.

—Si nos coge la noche...

—A pesar de eso... perderíamos muchos hombres; el combate no está maduro todavía y perderíamos muchos hombres.

Madruga llega sacstrándose: —Chefe, ¿saltamos o seguimos rodeando?

—Manda que la otra columna rodee desde bien atrás; que no se preocupe por entrar en combate sino en rodear viniendo desde atrás. Aquí se jode esta mierda.

Las granadas empiezan a explotar todas sobre la derecha. —Van a romper —dice Marzáns y casi se incorpora—. van a romper por el río.

Madruga gesticula impaciente: —Por los tiros saben donde están los cubanos.

Entonces Marzáns terminó de comprender: ¿qué hubiese distribuido las escuadras! Hodelin grita desde el extremo: —¡Los katangueses ceden, van cediendo!

Marzáns salta y corre encorvado hacia la derecha seguido de Madruga: —¡Aroche, cúbreme; la tercera escuadra conmigo!

Por entre el ruido de las explosiones le grita a Madruga: —Si los katangueses retroceden se van a meter debajo del fuego de la artillería.

El grueso del enemigo hace por salvar el brazo de ciénaga que lo separa del bosque en dirección al río. La tercera escuadra dispara casi de pie, obligándolo a dispersarse por toda la charca. Entonces las ametralladoras que cubrían la retirada los descubren y tienen que regarse por el suelo buscando los desniveles del terreno.

Marzáns queda en una pequeña hondonada junto a un repecho, apenas cubierta por un endeblo

parapeto de tierra y hojas que desmenuan las balas. Se acuesta lo más pegado posible, estando con la cara que se hiere una mejor hendidura, procurando que cada parte de su cuerpo se introduzca en la tierra, porque sabe que lo tienen localizado en la mirilla de la calibre treinta que le quema la camisa sobre la espalda. Madariaga, desde arriba de la cuesta, disparó el lanzacohetes contra el nido enemigo. Algunos pedazos de este cayeron junto a Marzins, que en vano se burla en los nidos para sacarle el ruido de la explosión.

Las dos columnas de angolanos flanquean la cima continuando la persecución. Los katangueses regresan y avanzan rápido sobre la aldea desde la cual todavía parten algunos disparos. El combate entra en sus finales y casi no hay forma efectiva de ordenar; la gente se mueve por sus impulsos propios.

—A la tropa tuya que no pierda contacto —le dice a Madruga—; que tomen la base de la loma pero que no avancen más allá.

Marzins se quita la camisa y Wilson le exprime un tubo de pasta de dientes sobre la piel que comienza a ampollarse.

—Enterramos toda esa piltrafa, ¿eh? —pregunta Aroche.

—Sí, mejor la enterramos —dice Acosta.

—Es mejor así; de verdad —dice Marzins y comienza a covar.

Los techos de paja de las casuchas continúan ardiendo en la cima del peñón cerro, formando una nube de humo maloliente que el viento, en su variado gradiente, lleva sobre el monte, a uno y otro lado. A ratos las llamas bajas originan remolinos de pequeñas ascuas que van chisporroteando, con una crepitación como multitud de pequeñas explosiones, por encima de la sabana cenagosa, a morir en los otros salientes del bosque.

Después se echan al final del descampado, donde apenas llega el humo por la dirección en que sopla el aire. Sin embargo, antes del alba los despierta el vaho de la pudrición. —Mucha humedad —dice Aroche. Los hombres se lavan en el agua encharcada, recogen las capas soviéticas en que han dormido, secan las armas húmedas por la condensación; algunos, de espaldas al grupo, asinan.

En tres columnas, a 1 km y medio de separación, comienzan a bajar el cerrito por la ladera opuesta a aquella por donde han subido. Antes del mediodía la izquierda de los angolanos topó con un grupo, rechazándola en menos de veinte minutos de combate. Al poco rato, por el centro mismo, tropezaron otra vez, pero el enemigo apenas resistió, lanzándose a la carrera paralelo a los katangueses, que hacían fácil blanco rodilla en tierra.

Cuando la avioneta comenzó a volar en círculos cada vez más bajos y más estrechos, las colum-

nas se detuvieron sin orden alguna. Las cajas de comida enlatada rayeron del lado de los katangueses, que en un instante las recogieron y las trajeron hasta donde estaba Marzáns, quien ordenó repartirlas sobre la marcha, sin detenerse de nuevo.

Hodelin adelanta ya junto a una pareja de angolanos, por la planicie llena de lagunas que conduce al río. —Vamos andando —dice Marzáns y la fila se va organizando poco a poco, esperando cada escuadra su turno. Ahora ha puesto a los katangueses al frente, los cubanos al centro y los angolanos a retaguardia. El radiista mantiene la comunicación con Luna y con las otras dos unidades.

A mitad de la salina Hodelin se detiene y hace señas con el brazo izquierdo como si entrara el aire verticalmente con él; luego continúa. Los katangueses, al poco rato, rompen la formación desviándose a la izquierda o a la derecha, para restablecerla enseguida. Entre la hierba, casi flotando en el fango espeso, está el cadáver de un hombre pequeño, de piel acanelada, algo grueso. —Es un chino —dice el sanitario.

—Es un koisán, de los del sur; hay algunos aquí en el este —dice Madruga.

El cadáver está cortado como por una sierra a la altura del bajo vientre, pero la parte inferior no aparece por toda aquella.

—No sé si que hubiese alguno de ellos con la UNITA —dice Madruga.

—¿Y las piernas? —pregunta Marzáns.

El muerto está boca arriba, y el sol alto del mediodía le hace brillar los ojos abiertos y los dientes superiores asomados entre los labios apenas con color. Madruga no contesta de inmediato.

—Yacaré —dice sin convicción, como una posibilidad; la columna entera, que no ha dejado de caminar, se estremece con un ligero temblor como si de pronto hubiese batido un viento frío, que alejase y estremeciese también a las otras dos unidades que marchan a distancias regulares y que llevase por toda la sabana el olor a corodrito.

—Yacaré que sólo le come las piernas —dice Marzáns incrédulo mientras registra los bolsillos del cadáver y guarda sin revisar los papeles que encuentra, en la bolsa de los mapas.

La exploración espera ya en la orilla del río.

—Ahora es cuando es —dice Wilson.

—Si cruzamos pueden decir por ahí que Yayo Marzáns, de Dos Caminos y Botija, se ha vuelto loco —dice Lucio.

—Yo no creo que ustedes deban... —empieza el político.

Hodelin comienza a arremangarse los pantalones.

—¿Tú crees que esto esté muy hondo? —le pregunta Marzáns.

—Abi hacia el centro, donde hay como un remolino, debe ser más bajo; como una rampante —dice Hodelin.

—Prueba; si se puede, pasa.

Hodelin se mete en el agua que le llega a la rodilla en el primer paso, solo, porque los angolanos que hasta ese momento le han acompañado se hacen los desentendidos. Marzán comienza a disparar en ráfagas cortas sobre la corriente paralelo al avance de Hodelin. Aruche comprende y hace lo mismo; a poco las tres escuadras de cubanos protegen el paso del río por el explorador. —Nunca había visto espantarlos así —dice Madruga y comienza a tirar también. Antes de alcanzar el centro del cauce, el agua le llega casi al cuello. —¡Oye, vuelve! —grita Marzán, pero en el centro del remolino Hodelin comienza a ascender y llega por encima de un pedregal sumergido hasta la otra orilla.

—Ahora todos.

Las tres escuadras se tiran al mismo tiempo levantando los fusiles para que no se mojen. Madruga ata una soga al saliente de una roca y los sigue; cuando llega a la orilla opuesta, recosa la soga y la amarra a un arbusto. Algunos angolanos y katangueses se meten también en el río pero la mayoría cruza, pulcando, colgados de la cuerda, y encogidas las piernas para no tocar el agua, uno a uno.

—Están impresionados con el yacaré —explora Madruga—; si el río no cubra su presa no se lanzan.

—¿Cómo?

—Si no muere uno en el agua primero. Son muchos años de fome, jefe; mucha hambre la mudo. Ahora es que está a amanecer.

A las otras unidades de angolanos se les manda que no crucen, que marchen paralelas al río hasta divisar el puente y se detengan entonces.

—Pero que esperen que se les avise para comenzar a caminar —agrega Marzán.

Llama a Aruche, a Madruga y a Pierre; traza sobre el mapa una línea recta que une los extremos del arco que forma el río entre el punto en que se encuentran y el puente no velado aún por el enemigo.

—Por aquí voy a ir —explora—; pero tiene que ser rápido y sin llamar la atención. Con poca gente. Voy con los cubanos y una escuadra de angolanos. El resto sale tres horas después que yo y avanzan hasta ponerse a la vista de los que están en la otra orilla. Entonces siguen juntos hasta ver el puente. Cuando lo vean, repiten el inicio de la ofensiva.

—Perfecto, perfecto —dice Madruga meditando—. Puede conseguirse. Claro que yo voy. No puede ser de otra manera.

Pierre ha ido hasta donde están sus hombres y regresa metiéndose algo en los bolsillos. —Dice

que también viene —explica Madruga. Aroche va dándole en clave la información a Luna para que ajusten el tiro reduciendo el riesgo de ser abatidos por la artillería propia.

—Vamos a atacar ahora mismo; no vamos a parar en toda la noche.

El avance en línea recta los lleva dentro del monte firme. —¡Coño, Yayo, estás en la retaguardia del enemigo! —gritan por el radio desde el puesto de mando y él no logra reconocer la voz. «Mejor para mí que sea así», piensa.

—Favor autoricen tomar objetivo transmitido por clave —dice a través del transmisor. Silencio. Luego una voz apacible que cree familiar. —Merzán, bajo su responsabilidad; y cuenten y cinco minutos después del inicio de la preparación artillera.

—Entendido; de acuerdo.

Los lanzamientos de los RM precipitan el amanecer cuando ya ellos están a menos de quinientos metros del puente que no ha sido volado aún; agazapados en la selva sienten las explosiones varios kilómetros dentro de la profundidad del enemigo. Manda a una escuadra de cubanos y a la de angolanos a posesionarse sobre una curva de la carretera cerca del puente. Luego se acuestan hacia arriba de cincuenta metros.

—Ahora a saltar —dijo Merzán sin emoción alguna. Madruga fue el primero que se puso de pie disparando. En unos minutos liquidan la de-

leosa enemiga junto al puente, mientras el político, que había sido sapador, desactiva los cables de las minas de la orilla derecha, pero no le da tiempo de hacerlo con los de la izquierda. La haw opuesta del puente, la más cercana al avance del ejército revolucionario que empieza a moverse, vuela, pero sólo arques la estructura de acero, haciéndola rozar el agua sin destruirla del todo.

—Por lo menos los hombres podrán pasar caminando —dijo Aroche mirando por los prismáticos. A sus espaldas el resto de la pequeña tropa hace las pobres defensas contrarias, obligándolas a retroceder hacia Buzoro. Pero ya esa población, casi a las puertas de Luao, comienza a ser batida por la columna de Inlán que desciende desde Texeira, en la frontera con Zaire.

En la cuneta de uno y otro lado hay casimones y algunos jeep abandonados. Wilson se monta en un Diamond maderem y lo enciende sin dificultad. —Dile a Luna que mande mecánicos en la avanzada; que hay carros que pueden echar a andar conguido.

Hodelin destapa el tanque de la gasolina y mide con una rama. —¿Para cuánto da? —pregunta Merzán.

—Como para diez kilómetros —dice.

—Pudieramos llegar...

—No tenemos órdenes —comienza a decir Aroche—, no sabemos lo que puede estar pasando.

—No vamos a esperar toda la vida —dice el chino y Aroche lo mira serio, incómodo de que inter venga en una conversación entre oficiales.

—¿Estás seguro de que da para diez kilómetros?

—Y un poco más.

—Tampoco tenemos gente, Aroche. Apenas somos veinte entre todos. El resto de la gente se nos ha ido alante y esa es nuestra unidad. Hay que alcanzarlos.

Se sube al capó sobre el motor y Aroche en el pescante; Madruga en la cabina con la puerta abierta. —La ofensiva hay que aprovecharla mientras esté produciendo —dice Marzán y Aroche lo escucha con dificultad porque ha hablado contra el viento y el camión corre a más de sesenta kilómetros; pero se da cuenta de que esa es la verdadera razón.

Antes de llegar a Buzaco el ruido del combate los detiene y se despliegan a ambos lados de la carretera. —Nunca había oído una cosa así —dice Wilton silbando entre dientes.

Es un sonido único, compacto, sin espacios vacíos, como el de un río en creciente que estuviese despeñándose. Marzán adelanta hasta tropezar con un puesto médico. —¿Dónde anda la jefatura?

Un enfermero blanco, alto, lo mira como si hubiera dicho algo totalmente absurdo. —¿Quién

diablos va a saber dónde está? Por la entrada de Texeira, o de Biula, o por el puente del Luso.

—Paticorto está por la parte de atrás de la iglesia —dice alguien y le señala hacia el fondo del pueblo.

Paticorto, pequeño y delgado, sin casco, apenas lo escucha cuando se le presenta.

—¡Político!, dile a la gente nueva que pueden correr cuando yo lo haga pero que yo no voy a correr si no es palante. Que le sueten sin miedo el pellejo a los cahrones esos.

Inclán llega en un jeep a la carrera y se lanza sin que termine de detenerse.

—¡Paticorto, como, que no tiren tanto que vamos a llegar a Luso sin balas!

—¡Comandante, yo he estado cuatro veces en África; aquí la guerra la gana el que más ruido haga! ¡Déjeme, déjeme, que yo tomo Luso a como sea!

Casi frente a ellos un cohete contrario hace blanco en un BTR-50 que venía en la misma dirección que el comandante, que se incendia enseguida; Paticorto e Inclán corren hacia el blindado y abren las escotillas pese a las llamas.

—¡Sigue tú con la operación!

—¡Déjeme, comandante, que ahí va mi jefe de artillería!

Martín logra sacar uno de los cadáveres antes que el fuego comience a hacer explotar las municiones dentro del equipo y tengan que apartarse: dos sanitarios y varios soldados llegan corriendo con extinguidores.

Por un momento Inelán y Puticosta se quedan en silencio uno junto al otro.

—Político, dile a la gente nueva... —repite en voz baja.

—Ya está dicho.

Inelán va hacia el jeep y pide comunicación con la columna del jefe del frente, que ya cruzó por el puente a medio volar. Mientras habla no aparta la vista del blindado que sigue ardiendo como una antorcha.

—Ese que usted sacó era como un hermano del comandante; desde la guerra en Cuba —la dice el político.

Entonces Martín reparó en el pequeño hombre, blanco en casa, que hablaba pausado, encendiendo un minúsculo cabo de tabaco. —Vamos hacia esa unidad que usted dice que trae —agregó.

El ruido del combate se iba alejando. Caminaron sin tomar precaución alguna, salvando los cráteres de las granadas de la artillería y las minas, hacia donde Aroche aguardaba con el pelotón de cubanos, la escuadra angolana y Mdruga y Pierre.

—Mejor es que espere al jefe de frente, pero vamos a llegarlos hasta allí; de todas maneras tengo que ir. Ya a esto aquí le queda poco. Falta Lusa, pero será mañana porque seguro vuelan el puente. Siempre lo vuelan. Como nosotros cuando tuvimos que retirarnos. Ahora nos toca avanzar y no vamos a parar hasta Zambis. ¿Sabe usted dónde queda? Yo tampoco, pero no vamos a parar hasta allí. Los dos son comandantes, pero Inelán es el jefe; están alterados por lo de Caifuche; los dos son bravos.

—¿Caifuche?

—Nos mataron once hombres; remataron a los heridos y exhibieron sus cosas por los quinombos. Un pelotón de exploración que se alejó demasiado y se atampó, en lugar de regresar como se le había ordenado. Allí mismo los enterramos. Yo mismo los enterré e hice el croquis de dónde están para poder sacarlos dentro de dos años. Es una suerte que hayamos recuperado todos los cadáveres. Con sus chapillas. Y es extraño porque los sudafricanos pagan en dólares las chapillas de cubanos. Hubo que enterrarlos en sacos de nylon. Cada uno con su chapilla en la boca para facilitar la identificación después.

Durante un rato caminaron en silencio; luego el político se detuvo. —Permitáme presentarme: Antonio Bustillo, de Cárdenas; de la Textilera de Cárdenas; desde noviembre estoy aquí.

—Orlando Martín, del tecnológico de Río Frio, cerca de Guantánamo.

Se estrecharon las manos.

—Ya sé quién es usted. Desde el primer momento lo reconocí. Yo era sargento mayor en la compañía que usted mandaba en el Focushay, cuando la limpió, por el valle del Manahanilla, allá por Manicaragua. No, no, pero no haga esfuerzos. Si no se recuerda no hay problema. Aquí somos dos. Dos iguales a todo lo de más. Luchando por lo mismo. Como siempre. Mire esa gente que está ahí debe ser su tropa

Capítulo III

Esteban dobla en dos el nylon verde olivo alcanzado por el cabo de la escuadra y se lo amarra un poco más abajo del cuello para dejar las manos libres y el AKA cubierto desde el cargador hacia atrás, no así el cañón apuntando hacia los prisioneros sentados en el suelo en la pequeña habitación al extremo del antiguo almacén portugués, uno junto al otro, delante del mostrador. Son nueve y no están atados. No hace falta, pues ha revisado antes de entrar en la guardia las dos ventanas claveteadas con largos listones de madera dura.

Fueron cogidos anocheciendo ya, mientras vigilaban dispersos, agazapados en el bosque, las acecos del camino que conduce a Lusa y los angolanos piensan que pueden tener información sobre las fuerzas enemigas en la ciudad. Todavía no han sido interrogados porque el comandante cubano espera la llegada del jefe de las FAPLA. En el umbral de la puerta, Esteban ha encendido una lata mediana de combustible que esparce una luz vacilante, imprecisa, por la brisa y la llovizna cayendo a veces dentro de ella.

La empuja con el pie, un poco más hacia dentro, acercándola a los prisioneros.

Uno le pide un cigarro y se inclina a gatas sobre la llama que casi le quema la nariz y la barba al encenderlo. Varios soldados angolanos vienen a mirarlo y les dicen que no tengan miedo, que el MPLA no asesina como ellos a los prisioneros. Otro pide entonces, por señas, que lo deje ir a orinar.

La orden es que lo hagan allí mismo, del lado de atrás del mostrador, pero Esteban retrocede dos pasos, se coloca en el único ángulo posible de huida, y le indica que salga y se apoye en la pared, dándole la espalda, junto a la puerta.

Más allá, un poco a la izquierda, donde se encuentran los camiones con los equipos de comunicación, se escapa un tiro de G-3 que arranca una gruesa astilla de madera a la altura de la cabeza de Esteban que grita. —¡Quietos! —avanzando hacia dentro porque los prisioneros se incorporan y algunos hacen por lanzarse sobre las ventanas cerradas y aun sobre la puerta misma. Alguien, en la oscuridad, ha dicho que desarmen a ese que se le fue el disparo, que estuvo a punto de mandar al piso a la posta. Esteban se da cuenta entonces de que había montado el arma y que la llama apenas sobresalía del borde de la lata.

Sacó la bayoneta de la funda y la colocó de un golpe en el cañón del fusil automático. Silbó

largo después, llamando al cabo para que le trajera más petróleo.

Molina llega sin capa ni nylon porque los dejó extraviados en el último camión en que avanzaron por la mañana cuando éste regresó con parte de la compañía, luego de recibirme desde Buzzen la información sobre el enemigo entrando de nuevo en el poblado dejado atrás por la ofensiva y que los médicos y los heridos, a tiro limpio, apenas podían contenerlos.

Molina se pega a la pared, protegiéndose con el alero, y le dice a Esteban que han acortado la guardia en una hora pues se espera salir poco después de media noche y todo el mundo debe descansar un rato. Sacó de debajo de la enguatada una caja de cigarros con cubierta de papel impermeable y le brinda uno; prende el suyo en la llama de la lata, levantándola con cuidado por el fondo, y entonces la claridad se proyecta hacia atrás, hacia el entablado donde se secan algunas hojas de tabaco y una larga mancuerna de frijol grisáceo, que le trae a Esteban de pronto, quizás porque no hubiese reparado en ellos antes, un leve recuerdo de tierra arada. Por un momento los prisioneros han quedado totalmente en la oscuridad.

Molina es el segundo elemento de la escuadra y el más joven. En algún lugar ha encontrado una extraña figura tallada en madera y ahora se sienta en la puerta, sin preocuparse de los presos, y la pone en el suelo para que Esteban la

pueda ver bien; de una cuarta de largo, ennegrecida, en la parte delantera un hombre a punto de caer sosteniéndose sobre los brazos extendidos, levantada la cabeza sobre un cuello fino y alargado, transformándose luego, a la altura del pecho, en un monstruo con el costillar como dientes entrecruzados y un lomo filoso de oscuras á-pera- montadas unas sobre otras, terminando en una cola de reptil doblada hacia la derecha, algo más abajo del resto.

—No sé lo que es —dice Esteban.

—Parece un pez —dice Molina—, pero no tiene aletas.

—Pudiera ser.

El agua cayendo del saliente de zinc, empapa las botas.

—¿Vosé conoce qué significa esto? —pregunta Esteban a los prisioneros, como familiar, mezclando portugués y español.

Uno se saca y observa; los otros miran desde donde están. Luego se ruecan de nuevo al mostrador negando con la cabeza. Alguno dice algo en quimbo, pero ni Esteban ni Molina entienden.

—No crea que pueda dormir ya.

—Para lo que falta.

Delante del almacén, del otro lado del camino, junto a los jepsa del Estado Mayor, un pelotón de angolanos vigila.

—Ayerche no se durmió tampoco.

—Isidro está al lado de Aroche; dijo que lo despertaron. Mañana hay fiesta.

Los angolanos han comenzado a cantar, en voz baja, una melodía monótona, trística.

—Temporo tienen sueño —dice Esteban.

—Prestame el nylou, anda.

Esteban se lo quita y siente de pronto el frío de la lluvia porque no lleva abrigo. —Hace rato salió la exploración —dice—; volvió encogida.

—Detrás de mi mochila hay café —le dice Molina cuando ya se va, dando trapiés, tropezando en la penumbra por los desniveles del terreno.

Entre los soldados del pelotón apiñados buscando calor, sobre las espas mojadas todavía, Bento, el angolano que los acompaña desde Biula, le hace espacio.

Esteban apoya la cabeza contra los cargadores del fusil. La reja del arado abre un surco que crece cada vez más acercándose hacia él y luego el surco se llena de un torrente precipitado de donde brotan largas espigas de maíz formando un bosque tupido, antes de que la cabeza del pez sin cuerpo se sumerja entre ellas, en un claro remolino de espumas que se calma en torno a un rostro apergaminado por la pudrición que unas pequeñas figuritas de madera con ojos bei-

llantes desoran ansiosas, empujándose unas a las otras, lamiendo el esqueleto blanquísimo que en golpe pulveriza y la voz de Bento llamando —comatada cubano, camarada cubano— y la roja del arado que vuelve removiendo la tierra con un limpio olor a primavera y Wilson que habla allá de que lo llamen y la mujer que se le aleja sonriendole y el jefe de pelotón gritando: —Vamos, rápido— cuando el suelo desaparece inundado por el agua.

Entonces a tientas buscando el AKA apoyado en la pared y los tres cargadores de repuesto y a tientas palpando el piso hasta hallar la bayoneta y la cantimplora y a tientas rellenando los bolsillos con los doscientos cartuchos y encontrando la granada entre las botas y revisando el gancho de la espoleta en la camisa y a tientas doblando la capa y el nylon empapado que a tientas le alcanza Molina y sacando del casco a tientas el paquete de cigarras que envuelve en el sobre plástico y la caja de fósforos que se desbaca en las manos y la lata de chocolate que será su única comida en todo el día.

Luego, tropezando, tropezando en el camino enfangado, ennegrecido por las luces de todos los carros de la columna, hasta subir por las barandas húmedas del camión que ya terminan de cargar con explosivos, cuando el chofer empieza a maniobrar para sacarla de la cuneta cenagosa mientras el jefe de la compañía grita que se apuren, que esa no es una movilización para el corte de caña. Más tarde, cerca del puente derri-

bado, ordenan que el camión pase adelante; en el río los bulldozers han construido un talud, en un vado estrecho, sobre dos tubos anchos de fibrocemento a través de los cuales el agua sigue corriendo. A partir de ahí a pie, flanqueando el camino desplegados entre la maleza, hasta alcanzar el cuartel enemigo en las cercanías de la ciudad que la observación indica como abandonado.

La compañía se lanza de los camiones y cada una de las dos primeras pelotones cubren cien metros en línea a cada lado, dejando otros cien al centro que ocupa el tercer pelotón, marchando un poco atrás. El resto de la columna esperará mientras tanto. Cuando comienzan a moverse dentro de la corriente, las luces de los reflectores con que trabajaban los ingenieros se apagan.

Al aclarar el día, la formación se ha reagrupado en la parte derecha y el segundo pelotón tiene que avanzar casi a la carrera para emparejar su línea de fuego con el primero y el tercero y empujar de ese lado al enemigo que se repliega dispersándose por las construcciones de las afueras de la ciudad, entre las naves de zinc del cuartel y el aeropuerto. Desde allí disparan pero sin orden, a ballo.

El mando del batallón anuncia que la columna se pone en marcha de nuevo y que comenzará la observación aérea para fijar el fuego de la artillería.

Las dos avionetas sobrevuelan en círculos a gran altura y una de ellas desciende en picada luego sobre la pista del aeropuerto pero tiene que levantar enseguida por las ráfagas de ametralladoras pesadas. Preguntan por radio a la compañía si han podido precisar desde dónde disparan y contestan que no. El aviador dice entonces que va a repetir la operación, que se fijen bien. Viene en dirección este-oeste, ocultándose en la luz naciente, bajando más ahora; le disparan con flechas pero el piloto se da cuenta de que uno de los cohetes persigue al avión sensibilizado por su calor y asciende en línea recta primero, como si buscara incrustarse en el cielo, gira en sentido contrario después, descendiendo por último, fuera ya del alcance de las antiaéreas, en pirada y con el motor apagado para que el proyectil se pierda buscando el sol.

El comunicador recibe la orden de desalojar al enemigo del aeropuerto y el tercer pelotón recorre el kilómetro y medio que lo separa de la pista sin encontrar a nadie y antes de continuar le indican que se poseione allí mismo, que no siga avanzando, pues en siete minutos comenzará la preparación artillera.

Se riegan entre los hangares agujereados por cañones anteriores, los restos de vehículos, la plumaleta delantera, la sombra bajo los árboles cercanos al camino que comienza a ser carretera o avenida asfaltada, evitando siempre el edificio central del aeropuerto.

Para Bento la figura de madera es un yacaré devorando un hombre, pero Molina no comprende cómo, si se la están comiendo, puede tener esa expresión de placidez, de tranquilidad.

Wilson llena la cantimplora en un tanque de agua amarilla y grasosa. El yacaré cuando come carne de gente no vuelve a comer otra cosa y la carne de gente se convierte, allá adentro del yacaré, en piedras de diamantes. El abuelo de Bento, que era él mismo, como él mismo es su padre, sólo cazaba yacarés que hubiesen devorado personas, allí, en aquella parte donde el Zambeze forma un arco penetrando en la Lun-da, y en las cabezadas tumultuosas del Lungu-bungu. Los portugueses cazaban yacarés para encontrar los diamantes, pero siempre, después que los mataban, encontraban solamente piedras.

Isidro cuenta los segundos que median entre el estampido de los BM al salir de las rampas de lanzamiento y el de la explosión del proyectil: quince, veinticinco, treinta. —Están bombardeando la profundidad, a 19 ó 20 kilómetros —dice.

Wilson y Acosta discuten si los cohetes múltiples pueden ser disparados sobre la marcha y le preguntan al jefe de escuadra: —Pueden; pero casi nunca se hace porque resienten al camión —responde Isidro.

El jefe de pelotón avisa que se preparen, porque escucha el ruido de los motores de los tan-

ques y deben continuar el avance junto a ellas, limpiando los flancos. La orden corre entre las escuadras.

Se despliegan a los lados de los T-34, a una distancia siempre a más de quince metros de ellas para evitar la onda expansiva en caso de que dispare el cubón.

Bento y Molina marchan juntos: —¿Cómo se sabe cuándo un yacaré tiene diamantes?

—Cuando ha comido gente.

—Pero cómo se sabe cuándo ha comido gente?

—Por una herceta que tiene en los ojos.

La torreta gira levemente a la izquierda y el cañón de 76 milímetros dispara sobre unos casimires con tropas que huyen por la cresta del lomerío del otro lado del pueblo; la tierra se quiere abrir y una bocanada de aire caliente late los yerbales. A la entrada de la ciudad, la parte de la columna que viene de Lumejo y se dirige atravesando el pueblo a las fortificaciones en la salida hacia Gago Coutinho, que todavía resisten, le saludan desde lejos levantando los puños cerrados.

Ellos dañan a la derecha, parateles a la línea férrea, a limpiar los matorrales de las afueras y ocupar el cuartel de paracaidistas junto a la quebrada del Luena en la base misma de una sierra baja pero muy escarpada. Desde ella, y

desde dos construcciones chatas en el bajío, hostigan con fuego nutrido.

—Vamos a acchar esto ya de una vez —dice el jefe de compañía y ordena avanzar protegidos por la arboleda de frutales aprovechando que descienden, mientras los 82 milímetros se camplan para desalojar las laderas de las lomas. Molina y Bento, entusiasmados, se adelantan cargando como al asalto y Aroche les grita que mantengan la formación, qué diablos se piensan ellos.

Cuando registran los muertos en la explanada de secar el café, la primera escuadra regresa del cuartel de paracaidistas, el cabo cargado de cachivaches y con un saco mediano de frijoles, hablando de la cabeza de un hombre decapitado encontrada en una de las barracas y del fusteador a muerto podrido junto a la estación de bombeo allí donde el remanso del río forma como una playa tranquila.

Ahora, desplegadas en un frente de un kilómetro de largo, a ocupar desde el ramino de Cangumbe hasta la hondouada, sin penetrar en el terreno quebrado. Entran en la sombra agradable del bosque; los mungos picados por los pájaros, regados por el suelo, calman la sed y dan fuerzas; van marcando los lugares para abrir los pozos de tiradores a siete metros uno del otro, dibujando un semicírculo que se extiende hasta las posiciones de los katangueses. Dentro del

monte también penetran los carros que arrastran la artillería.

Molina tira el casco al pie de una palma baja con dátiles grandes, morados, y mira el vuelo pausado de un ave imponente que se le antoja águila con las alas abiertas. Entonces un poco más atrás estalla una mina bajo la rueda de un ramión y cuando Molina se vira rápido a mirar explota otra donde apoya su pierna derecha. Marzáns corre, seguido de Isidro, cagándose en la madre de todos los santos, que no se mueva nadie, que están en medio de un campo minado, hacia Molina que se revuelve en la yerba zala abrazándose a un muñón sanguinolento por donde sobresale el hueso.

Los tapadores vienen a la carrera gritando también que nadie se mueva, pero las minas plásticas hay que localizarlas a punta de gancho y ya los hombres salen pisando donde lo hacen previamente Arorbe y el político.

Bento se quita el uniforme para que no acuesten en el polvo caliente del camino a Molina que pide con voz muy baja que le traigan, por favor, su AKA: alguien, sin comprender, hace por dárselo, pero Bento lo aparta con el pie y Molina sonriendo dice que es sólo porque no soporta el dolor.

Marzáns grita que dónde carajo está la morfina y el sanitario no atina a terminar el torniquete y las inyecciones se han perdido en algún lugar del fondo de su bolso, cuando llega la ambu-

lancia que lo trasladará, a toda la potencia que pueda el motor entre los canarros que se prenden del chasis, hacia el punto médico en rotaguardia. Pero Esteban sabe que es por gusto, que en Huzaco tendrían que safarle uno a uno los dedos engarrotados, cerrados sobre los palos de la ramilla de campaña como si ellos también fueran de madera.

Isidro dice que hay que abrir los poros y las sanjas de comunicación porque desde el lomerío comienzan a tirar con grueso calibre.

Bento, brillándole la piel por los rayos del sol en su cenit, hiende la tierra con furia, como si abriera el vientre del yacaré para arrancarle de sus entrañas los diamantes.

Sobre las cinco de la tarde pasa todos los días el tren cañero hacia el rayo, unido a la tierra firme por una lengüeta de tierra hecha por los americanos, donde está el ingenio. A esa hora todos los muchachos del barrio amarillo, junto a los grandes talleres y los de la Güira, están esperando, dispersos por el campo abierto donde los domingos juegan pelota los equipos de la Hatuey y de la Compañía, o a lo largo del empolvado camino de los Canoas o del Rondón, el momento en que atraviese, sin disminuir la velocidad que trae por el descenso desde el lomerío de Los Ángeles, la bola de hierro que es la 112, bufando y echando candela, por la longanisa de vagones cargados detrás. Cuando es la curva del hospital se escuchan los largos pi-

tazo de la locomotora, los muchachos hacen apuestas sobre cuántos carros puede traer hoy, doce, quince, hasta diecisiete le han contado. A ambos lados, al final del tren, vienen al galope los dos guardajurados de la United azotando con los largos foetes a los que se enciman a los vagones para tizar de las cañas que sobresalen, aun a riesgo de que la velocidad del cañero los arrastre bajo las ruedas. ¿Qué insensato impulso puede empujar así al peligro, salvo el sentimiento de inmersión en lo asombroso, en lo desconocido, en lo imposible? Quizás los niños carezcan de la idea de lo imposible, aun cuando el guardajurado persiga a cualquiera de ellos, chasqueando en el aire la punta del látigo, hasta obligarlo a esconderse en el tubo del alcantazillado —allí donde no puede meterse el caballo— junto al pequeño puente donde conversan los jamaíquinos viejos.

El recuerdo llega así, de pronto, aun cuando desde hace rato sales que anda dando vueltas por allá adentro. De golpe y a bulto, mezclándose los de un tiempo con los de otro. El recuerdo del sonido de la campana de mano tocada por la maestra anunciando la salida a las tres de la tarde; y del olor del humus en la punta de monte por detrás de los campos de golf de los americanos; y de la corbata desanudada y guardada en el bolsillo de atrás a la carrera para jugar pelota; y de las luces encendiéndose en la avenida sobre el cauce seco del río; y del mostrador lleno de monedas de la fonda de los chinos; y de tu padre llevándote al parque in-

fantil para que te lancas de la canal más alta. Ya lo buscas, ya haces el esfuerzo por remontar el recuerdo corriente arriba y te vas a ti mismo mirando por la rendija de la pared de madera los árboles del patio doblados por los ramalazos del ciclón, y más atrás aun, deslizándote de los brazos de tu madre al suelo donde no te puedes poner en pie.

La carencia de la idea de lo imposible. ¿Cómo nunca antes se te había ocurrido pensar así? Y es ahora, en esta perdida aldea del este de Angola, delante del gentío de viejos con las carnes aguanadas y de mujeres con niños raquíticos en los brazos que esperan por el médico cubano que aún no ha regresado de las primeras avanzadas.

Todo el recuerdo, confuso y de una sola vez. De aquellos que cogieron el rumbo de donde no se vuelve más, y el de Estela, y el de Clara.

En la tienda abandonada, de mampostería y zinc, se ha alojado la tercera escuadra, malajando las cubetas de barro y techo de paja, sin ventanas, del musseque de las afueras de Luao, adonde debían de haberse metido por aquello de dormir detrás de las fortificaciones.

Pero la diferencia era mucho con solo cruzar la calle sin asfaltar, entre aquellos escondrijos amontonados unos sobre otros como un hormiguero a través de los cuales apenas circulaba el aire que no lograba disipar el acre olor a fruta descompuesta, a sudor de muchas vidas que era

como emanación de sus paredes y de sus pisos de tierra, y la construcción confortable, aceptablemente limpia, de un edificio comercial que, a juzgar por los letreros en las puertas exteriores, había funcionado como centro de recaudaciones de la UNITA hasta el último momento.

Hasta Conejo y los otros dos astilleros del 75 con la dotación angolana se mudaron con ellos conviniendo una guardia doble, de dos horas de duración cada una junto al cañón. Sobre la parte del mostrador, que a todas luces servía para la venta de pan, el político del pelotón, que esta semana está con ellos, ha colocado sus cosas. En las habitaciones del fondo se han encontrado varios bostidores que trasladan hacia el amplio salón delantero que Isidro y Wilson baldean con el agua que Manico, uno de los angolanos del 75, les trae. Acosta se acuesta en una cama en una dependencia contigua y dice que mañana va a hacer durafrios de pira cuando Esteban termine de arreglar el refrigerador de luz brillante.

Están cómodos. En pocas horas se crea un ambiente de satisfacción, casi de boga, y un como deseo de permanecer allí, sin tener que moverse, durante un buen tiempo. Lucio ha encontrado una gavita con fotos al parecer de una familia de colonos portugueses, con escenas de una boda, de una comunión, de un baile de disfraces en carnaval; el gallego lee acostado un libro que se llama *O maro cruaz* y a ratos traduce las descripciones del Atlántico que los otros comen-

tan a partir de sus propias impresiones, y las peripecias de algunos de los marinos ingleses caídos por el submarino alemán.

Los angolanos de Conejo han traído trijeles y arroz y carne en lata de la zona comercial abandonada de la ciudad y cocinan todo aquello variando varias latas de aceite español, con el cual frien también un racimo de plátanos conseguido por trueque con los katangueses. Después hiervén agua y hacen un jarro de café instantáneo y el jefe de la escuadra saca varias cajetillas de Partagas de la reserva que viene haciendo desde hace tiempo. Al fondo, en el extremo de uno de los estantes, Isidro deja un quinqué encendido para facilitar los relevos de guardia sin molestar el sueño, que la lluvia repiqueteando en el techo de zinc hace más profundo, de los que aún no les toca la posta.

Por la madrugada, con el nylon sujeta por debajo del cañón, Aroche viene a avisar: —Preparen en cinco minutos con todo listo para partir.

Caminan de prisa dentro del muelle, ataridos por la lluvia, hasta allí donde el barro de chozas se abre al simple deacampado junto a la línea de ferrocarril. Las otras dos escuadras del pelotón son un montón de sombras encapuchadas que esperan por ellos.

—Ya están todos? —pregunta Matzama desde la oscuridad.

—Todos —contesta Aroche.

—Buena. Por decisión del mando ustedes pasan a otra unidad. En definitiva vamos todos en la misma dirección, así que ya veremos. Seguro que ustedes no tienen preguntas, ¿no? Ya tampoco respuestas. Así que andando.

Se detienen junto a las chozas iluminadas con faroles de petróleo cerca de los camiones cargados ya con escuadras de angolanos que cantan canciones de guerra. Frente a las paralelas del tren comienzan a alinearse los blindados. La lluvia no amaina. Aroche viene y les dice a los hombres. —Cada escuadra en una de esas chozas.

Los nueve soldados no caben dentro de la choza y tienen que pasar la noche, sin quitarse los capotes ni los abrigo empapados, sentados unos junto a los otros. El político se echa el nylon encima y se acuesta afuera, en el suelo mojado, bajo la lluvia.

Al amanecer los BTR ya están ocupados por otras unidades y no parece que haya sitio previsto para ellas. Aroche va hasta el nuevo jefe de compañía. —Aquí no se pueden quedar, monten como sea —les dice.

El pelotón se fragmenta montando como pueden, a la carrera, en los blindados que comienzan a andar.

Los dos hombres llegan junto a la hoguera como si la noche les hubiera puesto allí de pronto. Están de pie, descalzos, observando las llamas,

apretando cada uno su arco contra el pecho. Isidro, inclinado sobre las brasas, los mira desde abajo y les extiende luego un jarro con café. Alguien les ofrece cigarros. Han llegado por entre la floresta, guiándose por el resplandor del fuego y el instinto de la selva que los ha conducido hasta allí evitando los centinelas. Son magros, con la piel muy arrugada sobre los huesos de la cara, uno de ellos blanca la cabeza envainada.

—¿Dónde dejaron las armas? —pregunta Esteban, gesticulando con las manos, señalando su propio fusil.

—No vienen a entregarse —dice Isidro y revuelve, siempre inclinado sobre la candela, en el jarro protector de la cantimplora un poco de arroz con pescado que luego les ofrece. Los hombres se llevan ansiosos la comida a la boca con las manos, devorándola a puñados, sujetando los arcos con los antebrazos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Vosotros queréis hablar con el jefe cubano en angolano? —les pregunta Isidro, pero los hombres no hablan portugués—. Avisenle al informativo —agrega.

El campamento está en la unión del maizal con el boque, bastante firme allí, en la enrejada de caminos, uno hacia Cangamba para donde se dirige la columna buscando la espesura de las márgenes del Lugebungo, otro hacia Gago Cau-

timbo, detenido el batallón que marcha por él por los dieciocho puentes volados por el enemigo. Les da a unirse allí, cerca de la Zambu. En la tierra muerta de los sureños de más, han abierto los pozos que cubren con los cabalotes formados con los nylons. Algunos, a pesar del frío, prefieren dormir en hamacas entre los árboles. Hace nueve días que están allí.

Kiluanje, el jefe de la exploración angolana que ha pasado ahora a la contrainteligencia, les dice a los hombres que se sienten en un tronco quemado echado cerca; él permanece en cuclillas y habla despacio, en voz muy baja, casi en un susurro.

Los dos hombres lo escuchan atentos; a veces lo interrumpen, separando los brazos indicando medidas; uno se pone de pie, camina de espaldas hasta el otro lado de la hoguera, regresa dándole un rodeo, doblando el cuerpo en cada pasada, marcando con el pie descalo, sin dejar de hablar. Luego se sienta de nuevo y comienza otra vez a comer.

Kiluanje se acerca más a la fogata indicándole a los hombres que se fijen bien; ellos se inclinan hacia delante. Kiluanje, con la punta de una rama, dibuja sobre la tierra en la parte más iluminada por el fuego, en trazos gruesos, un camino, ríos, varios círculos. El hombre de pelo blanco completa el dibujo con el dedo, hablando rápido mientras Kiluanje asiente con la cabeza.

—Su gente nuestra —dice Lucio aunque no ha entendido el dialecto en que hablan.

Kiluanje le da la mano en las tres posiciones angolanas, primero apretando la palma, luego el empalme del pulgar, por último la palma de nuevo, y le pide al jefe de la escuadra que les den algo en que puedan dormir. Después se va hacia el Estado Mayor.

Lucio les trae dos rapas y quiere llevarlos hasta su hueco y el del cabo pero los hombres prefieren dormir junto a la candelera porque hay más calor.

Desde lejos, en la dirección de Lusa, se ven acercarse los faros de un carro que por la distancia parecen dos pequeños insectos fosforescentes.

—Vienen a millón —dice Lucio.

Después de la última emboscada hace unos días, a diez o quince kilómetros de allí, en que volaron una ambulancia con un RPG-7, los transportes corren a la máxima velocidad posible para dificultar el tiro de los enemigos.

En la bifurcación de caminos el carro aminora la marcha y toma el de Cangamba, perdiéndose a la luz detrás de los primeros árboles. Por un rato todavía se escucha el ruido del motor.

Bento habla el quimbundo y sabe qué conversaron Kiluanje y los dos hombres.

—San ganguelas, vinieron para acá, para el este, después de Caripande. Están con nosotros desde la primera guerra.

Uno de los hombres se muere dormido en el suelo y acerca demasiado el rostro a las bombas que chisporrotean casi encima de él. Isidro baja los traxones con la bayoneta.

—Se escaparon de un campamento de la UNTA. Van a llevarnos hasta allá.

Hacia un extremo el político toca una guitarra que ha logrado salvar durante toda la campaña y canta bajito una canción antigua. La luna, aunque oculta por el cielo nublado, esparce una luz clara que forma mil espectros diferentes al colarse por entre el follaje tupido. Poco a poco los soldados se meten en sus agujeros, dejando el fusil apoyado al extremo que mira hacia el monte, envolviéndose en las mantas para protegerse de la brisa fría que comienza a batir.

Isidro se acuesta en la hamaca sin quitarse las botas, con las piernas afuera; todavía estará despierto un buen rato. Uno de los ganguelas, sin despertarse, busca a tientas su arco y se abraza a él. En el punto más cercano al camino de Cangamba alguien monta guardia. Será relevado cada dos horas.

Buen temprano el Zil de suministros, con la ametralladora 7,5 sobre el tripode atornillado a la parte posterior de la cama, reparte medio jarro de chocolate claro por hombre.

La tercera escuadra de Arorbe, que tiene como jefe a Isidro, para la operación de hoy es anexada al pelotón de Oweira el pinareño. Van en camionetas quince kilómetros más allá de los talleres de los blindados hasta el pilote que marca el número 176 de la carretera, junto al puente algo hundido al centro por la voladura de su base pero que aún resiste el paso de los vehículos.

Oweira, ancho, pequeño y fuerte como un miura, da al pelotón cubano las voces de firmes, distancia y descansan. Luego explica. Van a internarse treinta kilómetros en profundidad dentro de la selva procurando copar la base enemiga desde donde se supone han hecho los ataques sobre la carretera. El orden es la primera escuadra de su pelotón, la tercera de Isidro y la segunda de su pelotón. La voz de fuego se descentraliza, pueden darla los jefes de escuadra.

—Iremos delante seguidos del pelotón de angolanos y el cañón 75 sin reculada de dotación mixta. Dos lanzacohetes por escuadra. ¿Alguna pregunta?

Alguien quiere saber si pueden llenar las cantimploras en el río antes de partir.

—Pueden, en cinco minutos.

Después reparten las latas de sardinas, una por persona. Entonces Veloso, el jefe de compañía, sin mandar formar las unidades, dice que desde el este, mucho más lejos de nuestros mis

avanzadas posiciones, vienen peinando en una operación conjunta 22 compañías de las FAPLA. —Nuestro movimiento es un movimiento auxiliar, para cerrar el cerco sobre el enemigo entre el Lucusse y el golpe principal de ataque.

El Lucusse, que es afluente del Mulondula, que es afluente del Luena, que es afluente del Zambeze, que desemboca en el Indico.

Salvan los peñascos altos junto a la carretera y se elevan rápido las pequeñas colinas antes de descender por encima de gruesos plantones de hierba que se hunden al pisarlos dentro del agua poca profunda, hasta alcanzar un sendero más agujereado y resbaladizo cuando los cinco soldados de la exploración, donde van Bento y uno de los ganguetas, adelantándose como de doscientos metros, llegan ya a la chana.

Detrás de la última escuadra viene, turnándose los hombres, el cañón sin reculada ni rastros sobre ruedas y el resto del pelotón de angolanes. Sus soldados que han estado toda el tiempo detrás de las líneas enemigas. Guerrilleros contra los portugueses, continuaronlo siendo en la última zona guinea, operando en el territorio ocupado por la contrarrevolución hasta que el avance de las FAPLA llegó hasta ellos. Ahora, por primera vez, se mueven como una unidad regular en un terreno donde han vivido durante años.

Ha amanecido sin nubes y el sol es un disco rojo que no molesta mirar. Poco a poco el haz que sale se vuelve más y más tupido, a la dere-

cha el Lucusse cuesta mano, un mucho ruido, por una planicie húmeda formada a ambos lados de su cauce; cada cinco o seis kilómetros se abis hacia la izquierda en brazos enanagos, como trochas de mangüas pantanosas sin vegetación alta, que interceptan el paso. La marcha es descuidada, agradable. Estaban arranca una hoja grande donde sola gusanos alineados muerden al mismo tiempo devorándola pareja.

El primer cruce de la chana no es muy difícil, saltando salva el estrecho zanjón por donde corre un torrente algo profundo de un agua oscura, gruesa, que algunos dicen es materia vegetal descompuesta y otros petróleo. Después las botas se llenan de agua al caer el fango oculto por la yerba compacta sólo abierta a raras para formar pequeños lagunales donde crecen hongos anchos, grisáceos y verdes, de larga pedúnculo los hilones.

En el borde del terreno firme hay desprendimientos de gas que parecen neblina. —Los estamos viendo —informa la exploración—. Todos saben lo que esto quiere decir. Los tres cubanos, el de Holguín, el de Jobabo, el de Mayari y los dos angolanes, han visto una huella antes de la ciénaga y la han buscado de nuevo hasta descubrir la saliendo del lodazal cincuenta metros hacia el Lucusse y otra vez la tropiezan retomando la pista principal. Con esto es suficiente; ya lo están viendo.

En el segundo paso el 75 sin reculada se hunde y la dotación tierra que sumergirnos para separar el cañón de la cureña y sacarlo por piezas hasta el Loque del lado opuesto. Después, minutos lo arman, procuran sacarlo y engranarlo al pido porque ya es media mañana y hay que avanzar más de prisa. La exploración, que se pesa junto al árbol partido al medio, con el cañón mojado afuera, por una explosión reciente de obús, se impacienta porque las huellas, dicen, son más frescas ahora.

Sin embargo, el camino se enmaraña convirtiéndose en un trillo apenas visible cruzado por las ramas de los árboles de uno y otro lado y el guineal es mucho más alto que un hombre y hay que tener cuidado para no perder de vista al compañero que marcha delante en la columna.

Pero después la pradera pantanosa aprietos de nuevo, pero ahora, hacia su centro, es un verdadero aflente del Lucusse solamente salvable a nado. Así pasa la exploración, desarmada, y luego corta un árbol que, apoyado en la orilla movediza, intenta llegar hasta el otro tronco que coloca la primera escuadra del lado opuesto. Sin embargo, que la entre ambos un espacio de algunos de dos metros, en el medio de la corriente, que hay que ganar saltando.

—Preparados a entrar en combate —dice el lanzacohetero de la escuadra delantera que ha dejado a la salida de la tembladera para pasar

la orden o indicar el sendero a seguir—. A diez metros un hombre da otro, rápido.

Hay dificultades para el cruce del cañón y es necesario esperar. Los hombres aprovechan, dispersos en la arbolada, procurando mantener una formación de posible defensa, para echarse en el suelo porque ya el cansancio comienza a sentirse.

Veloso, impaciente, llega hasta la escuadra de vanguardia. Nadie ha avisado a la exploración que ha seguido avanzando. —Oncira, alguien de prisa que la detenga; ya debe de andar como a un kilómetro.

Esteban bebe café de un pomo que lleva el sanitario en un espacio vacío en una pequeña mochila para los medicamentos de primeros auxilios. Muy al frente y a la derecha, hacia lo que se supone sea la margen del Lucusse, ráfagas largas en un tirateo cerrado. La vanguardia ha topado con el enemigo y está separada, demasiado separada, del resto de la columna.

Veloso se pone de pie de un salto y a gritos manda que se desplieguen en dos alas con el sendero como centro sin esperar nadie a formarse en sus escuadras.

—Como están, en formación abierta, sin cruzarse unos con otros, caño, a la carrera.

El cañón vuela entre la maleza arrastrando hejucos y manigua enredados en sus dos pequeñas

ruedas, la distancia angolana llevándolo casi en peso.

Estaban corriendo primero encorvado, sintiendo cómo las balas golpean alta sobre el ramaje, pero luego continúa esquivado porque le duele la espalda y no avanza lo suficiente, procurando protegerse del árbol aquel, como a cincuenta metros, al que se acerca zigzagando y deja atrás en un instante y entonces tiene que avanzar desbarrando el maniguazo que le rompe las mangas de la camisa y le tajan la piel de las piernas los arborescencias espinosas que apenas lo tocan y sigue corriendo, acercándose a los tiros que ahora suenan casi delante, sintiendo el desamparo de un bosque que ha dejado de ser alto, que ha dejado el muy cabrón de ser tupido de árboles pequeños y delgados por entre los cuales se al enemigo que se repliega buscando cubrirse y entonces dispara, con la imprecisión del impulso, hasta que siente que el mecanismo del fusil golpea en seco y tira al suelo el cargado vacío buscando el que lleva apretado a la cintura con el cinturón, volcándolo de un golpe, volviendo a disparar sin detenerse, oyendo al cabo de escuadra que grita: —En combate, la columna en línea sin rezagarse—, y los angolanas: —¡Comaradas, comaradas, aprisa, comaradas!— adelantándose, pasando a su lado, corriendo más rápido, dificultándole el tiro porque se atravesaban delante guisándose siempre por el sonido de los últimos disparos, procurando emparejar con ellos pero al caso que golpea en la cabeza y el fe-

el que pesa demasiado y hay que mantenerlo sujeto por el cargador para mejorar el equilibrio, cuando suena del lado izquierdo, muy cerca, tremendamente cerca, una ráfaga y las balas se burlan delante de él y entonces se lanza al suelo y desde allí vuelve a disparar, con miedo de darle a algún compañero, pero ya el cabo llega tropezando con las raíces que casi lo tumban y ordena fuego cesando a la izquierda porque ha visto que es el enemigo que procura salirse de ese lado y de nuevo a la carrera con el sudor quemándole en los ojos y haciéndole rebalar el dedo en el disparador y la correa del fusil que cae del hombro y se enreda entre las piernas como las riendas demasiado largas de un caballo que fuese al galope y el aire que no quiere entrar en los pulmones porque el que está adelante no quiere salir y alguien —Cabo, que tiran desde atrás—, y el cabo gritando, —No tiren desde atrás, emparejen la formación— cuando llegan a la zanja que nadie había visto todavía y hay que saltar sobre ella, disparándoseles a algunos el arma al caer del otro lado, donde la bojuquera se enmaraña en las botas antes de pasar por sobre los tablones quemados de un quimbo incendiado quien —cabo cuando y el fuego del enemigo es más intenso y un angolano se detiene un poco delante y lanza una granada, en una parábola alta, que va a explotar casi justo a la chana. Los fragmentos, con un zumbido de abejas, agujerean las hojas de las ramas más bajas.

El Lucusse se ha dividido en dos y la chana es en chana sino río también. Al centro continúan el tiroteo pero es casi enteramente de este lado sobre el grupo acorralado contra el agua. Uno se lanza a la corriente y apenas alcanza a dar dos brazadas. El resto, amarrados, se retaguarda cuando ya la candela del campamento se levanta por encima de las copas de los árboles.

Oneira llega del recodo donde confluye un río con el otro, diciendo que algunos lograron bajar por la espesura. Le quita el cargador a su AKA y hace saltar el proyectil de la recámara.

—Si no nos hubiésemos detenido los habríamos cogido a todos —dice.

Veloso está sentado en el suelo escudriñando con los binoculares el lado opuesto del Lucusse que corta la pica por donde se ha avanzado.

—Esa es una posibilidad —dice—; la otra es que nos hubieran emboscado el cañón si se quedaba atrás.

Oneira mira también la orilla opuesta: —Haberlo dejado con algunos hombres.

—¿Para atacar con cuántos después? —pregunta Veloso—. ¿Y para cruzar este río cómo?

Porque todos comprenden que el enemigo ha sabido posicionarse bien. En la confluencia de los dos ríos, en la Y que forma un caudal con el otro, el campamento verdadero situado seguro del lado de allá de la intersección, oculto en el

monte entre las planicies cenagosas de la derecha y la izquierda, con todo el bosque firme detrás que llega hasta la frontera a cientos de kilómetros de aquí, con un punto avanzado a guisa de descubierta del lado de acá, para que se tropiece con él en caso de asalto, tal como acaba de suceder.

Oneira abre el mapa y consulta la brújula. —Debemos haber caminado como 25 kilómetros —dice. Kiluanje se acerca con las manos en los bolsillos traseros.

—Están allá, del otro lado, y son bastantes.

—¿Por dónde avanza el golpe principal? —pregunta Oneira.

—A encontrarse con nosotros sobre el camino de Cangamba —dice Veloso inclinado sobre el mapa en el suelo.

Emplazan el cañón en tiro directo apuntando sobre la ribera opuesta. —Cuando tú quieras —dice Veloso al jefe de exploración—. No hay que decirle que se la va a jugar. El enemigo puede esperar a que entren en el agua, que no se sabe qué profundidad puede tener, para limpiarlos sin que el resto de la tropa pueda hacer algo.

El de Mayari se acerca a la orilla y reconoce al fango que cede hasta mitad de la pierna; después camina hacia la derecha hasta encontrar un paso algo más rocoso.

—Tres descargas de cañón en dirección hacia donde van a salir —dice Veloso.

La exploración se mete en el río con el agua casi al cuello, llevando los fusiles en alto. El de Mayari delante, resbala y tiene que hacer fuerza para poder pararse de nuevo sin soltar el arma. La columna completa espera que en cualquier momento comiencen a disparar del otro lado.

Los estampidos del 75, más que escucharse, se sienten por las vibraciones del cuerpo. Kilmanje fuma agachado. —A ellos no les van a tirar —dice—, van a esperar por nosotros.

La exploración llega ya a la otra orilla, muy ajustados entre sí. Veloso manda entrar en el río por escuadras, siguiendo el mismo camino, esperando cada una, para cruzar, la llegada de la anterior.

—Vamos a pasar nosotros primero —dice Kilmanje y bordea con los angulanos la chana de cientos metros más abajo y luego comienza a vadear.

—Vamos nosotros también —dice Veloso y entra en la corriente con la primera escuadra.

Cuando el enemigo abre fuego sobre el pelotón angulano, el cañón cambia su dirección y dispara con alza algo elevada porque las posiciones contrarias parecen estar apartadas de la orilla. Con la cubierta de fuego de los angulanos que chocan

de frente, la explosión, la primera escuadra y del 75, las otras dos escuadras cruzan juntas.

La exploración reforzada adelanta quinientos metros y regresa diciendo que el Lucuse da un giro impidiendo el paso en línea recta. El mapa está equivocado. Veloso explica a Kilmanje que a diez metros un soldado del otro, torciendo hacia la izquierda, se peinará el monte hasta la salida de Cangamba.

—La noche nos coge seguro —dice Kilmanje—, mejor mezclar a los cubanos con los angulanos.

Una escuadra recruza el río para proteger el cañón que avanza, a todo lo largo de la orilla del afluente, manteniéndose a la misma altura del grueso de la columna hasta que ésta, por la misma dirección que lleva la corriente con relación al camino, se una a ella.

En el campamento enemigo abandonado, sobre una parrilla de troncos algo levantada del suelo, abierta, como puesta a secar, Esteban encuentra una biblia en portugués, en papel grueso y letras grandes y en un formato como de expediente notarial.

—Aquí había algún cabecilla importante —dice. El jefe de compañía no comprende de momento.

—Alguien que sabía leer y que acostumbraba leer la Biblia. En portugués. Y que la trajo hasta aquí —explica Esteban.

Veloso la hojea con cuidado para que las páginas humedecidas no se rompan. Llama a Kilmanje

para que lea los pasajes del Apocalipsis marcados con tinta azul que el agua ha corrido emborrinando un poco los renglones. Por la candela es el campamento una cobra salta de un árbol al suelo y un angolano la descabeza con la pequeña hacha de astillar madera que le cuelga de la cintura.

—Hay tribus que esperan por la llegada de un rey —dice Kiluanje.

¿Un rey? Un ohamba nuevo que los conduzca a la guerra de iniciación, a la gran ceremonia de rapiña sobre los vecinos, al convite de ganado y marufo y aceite de palma y mujeres envueltas en el unto grasoso de la leche de vaca, a la gran circuncisión de la tribu sobre los vientres abiertos de los contrarios, y las entrañas cocinadas con la carne de los cabritos y la sangre de criaturas degolladas; un ondhai que invocase a dios, que fuese dios mismo, que nadie pudiese ponerle la mano encima y fuese siempre respetado por el fuego porque él sería el propio fuego y como tal dirigiera la mano de los suyos para dominar siempre sobre los otros, los suyos que llegaron una vez del desierto de los macuises a Zanzibar, del nacimiento del Zambeze a la muerte turbulenta del Zaire en el mar, trocando esclavos por aguardiente y pólvora.

El sol vuelve a ser un disco rojo que puede mirarse sin molestar la vista. Lejos, hacia el este, en donde ya es de noche, se sienten explosiones espaciadas como de morteros.

—Están tropezando por allá —dice Oneira.

Comienzan a marchar de nuevo pero despacio, por el cansancio. Kiluanje, muy alto y delgado, camina delante con los brazos pegados a los lados y las palmas abiertas vueltas hacia abajo, como si estuviese sintiendo las pulsaciones de la tierra o del enemigo. —Avancen sin problemas —dice y casi se llega a la linde de la chana—. Disparen hacia allá —y señala un punto del monte de donde contestan las ráfagas con tiros aislados.

El afluente del Lucuoz ahora es un lodazal gelatinoso con un tufo fuerte de vegetal descompuesto. Hasta el pecho se hunden los hombres y tienen que detenerse a respirar porque el fango aprisiona el cuerpo como una mortaja y cada paso se siente como un émbolo succionando en la viscosidad. Del otro lado, los que vinieron avanzando con el cañón, tienden palos para ayudar a subir a los demás.

—Arriba, nos quedan tres pasos de río nada más —dice Oneira. Algunos se han mezclado con la vanguardia y Veloso teme que otros pierdan el rumbo y haya confusiones. De rato en rato sueñan disparos pero el enemigo no es preocupación para nadie.

Han abierto una botella de ron y el alcohol diluye la saliva espesa, pastosa; alguien escupo y dice que le sangran la lengua y las encías.

Oneira corre a lo largo de la formación cuando los hombres se meten dentro del lagunato y cogen el agua para beber de entre sus propias botas, diciendo que hay que mantener el orden, la disciplina de marcha, que el enemigo podrá estar escondido en la maleza, pero él también termina inclinándose y bebiendo con las manos.

Esteban se echa en el suelo y levanta las piernas, apoyándolas contra un árbol, para que salga el agua acumulada en las botas sin necesidad de quitárselas.

Hacia el este el tiroteo es mucho más nutrido ahora pero se escucha más apagado por la distancia. Esteban se abre la camisa para que el aire que comienza a ser frío lo reanime un poco.

—Diez minutos, vamos a descansar diez minutos —dice Veloso, pero él prefiere continuar desahogado hasta alcanzar a la exploración.

—Falta poco, falta poco —le dice el mayaricero y le pasa un cigarrillo encendido que le tiembla a Esteban en la mano por el engarrotamiento de los músculos.

—Allá, detrás de aquellas lomas —agrega el de Mayari—. Fíjate que casi se sienten los ruidos de los carros en la carretera.

El mira y apenas se dice pasos de la línea del sendero porque la luna no ha salido aún.

Oneira ha ordenado que el pelotón numere en voz alta sobre la marcha para estar seguro de

que no haya quedado nadie extraviado. En la oscuridad las ramas golpean el rostro y los yerbales se anulan a las botas y las corrientes de agua no se distinguen hasta que se cae dentro de ellas, y los ruidos más cercanos se escuchan como viniesen de lejos, incluso el jadeo de la propia respiración.

¿Cómo llegar hasta las lomas, hasta más allá de las lomas que nadie ve, por donde dice el mayaricero que cruza la carretera?

Esteban busca sujetarse al recuerdo para soportar la marcha, para aliviar el cansancio que quiere paralizarle las piernas, y separarse del dolor de la espalda doblada por el peso de los cargadores.

Esteban piensa en el campamento y en el hueco abierto en el maizal bajo la cobertura de nylon, o más lejos aun, en la tranquila y limpia mañana de domingo paseando con los hijos por un parque florecido, o en Entramadas encendida por los anuncios luminosos, o en la lancha partiendo del muelle Romero hacia el Cayo, o la cerveza con los amigos en la plaza Aguilera con el Benny cantando en el traganickel, o el juego decisivo de la serie, o la pelea de Correa, o la mujer que espera, allá, a seis horas de diferencia, en pleno atardecer.

—Como potro americano —dice el mayaricero y Esteban comprende que algo debe de haber dicho sin darse cuenta.

Los tallos de las yerbas, endurecidos por el frío, cortan como navajas. A gatas sube la zanja ancha que lo separa al fin del borde asfaltado de la carretera. Oneira lo ayuda a ponerse de pie.

—La gente de allí mataron a ochenta y cogieron a un coronel —le dice y él sólo contesta —Está bien—, antes de echarse en el piso del camión, entre los angolanos, mientras otros bajan a beber hasta el río.

Los carros cruzan el puente sin lastandas hundido en el centro, saltan sobre los agujeros abiertos por las granadas en el camino, gritan los choferes a los tanquistas que han enmascarado tan bien sus equipos que casi chocan con ellos, dejan a Veloso con los prisioneros en el Estado Mayor, entran por el maizal hasta la pequeña fogata donde leido calienta un poco de arroz con pescado. Kiluanje dice que le presten algo a los ganguelos para que duerman y Lucio trae espas novietas y quiere llevarlos a su agujero y al del cable pero los hombres prefieren dormir, abrazados a sus arcs, al rescaldo del fuego. Poco a poco los soldados se envuelven en sus mantas, dejando el fusil apoyado en el extremo del poste que mira hacia la selva. En el punto más cercano al camino de Cangamba alguien hace guardia. Será relevado cada dos horas.

Capítulo IV

Capítulo IV

No todos los pozos de tirador, aun cuando sean de una misma clase, son iguales. En los campamentos que se levantan para pasar una noche y seguir marcha al otro día, casi siempre los agujeros son sólo de rodilla y si la tierra es muy tréncosa los soldados se conforman con profundizar hasta la altura de tendido. Casi siempre, como las palas son pocas y la noche ha llegado rápido, Isidro informa a Aroche que no se ha podido ahondar hasta donde se quería. —En definitiva dentro de unas horas más nos vamos, jefe.

Pero si la fortificación es en la selva, en una persecución, en un asedio, o en una emboscada sobre un cruce de caminos, o en la pieca que conduce a una aguada, o simplemente en un punto donde se va a permanecer durante varios días, Aroche pasa personalmente inspección y los pozos hay que llevarlos hasta la altura de pie y hay que unirlos por las zanjas de comunicación.

Las zanjas se hacen en forma de zig-zag, con los agujeros en los puntos de intersección de los tramos de trincheras, uno delante y otro detrás en forma sucesiva: el jefe de escuadra clava en

el talud delantero de cada pozo dos pequeñas estacas marcando el máximo sector de fuego del soldado que lo ocupe.

Después de varios meses de campaña se puede decir a quién pertenece cada pozo sin haber visto al compañero que lo construyó. Porque el gallego no le da un milímetro más de la profundidad exigida y su hueco se está constantemente derrumbando por las paredes; y Perdomo lo hace tan profundo que luego cala en la pared formando escalones; y Wilson abre espacios a los costados para guardar las cajas de municiones de su ametralladora; y Acosta levanta siempre, en la parte de atrás, un pequeño asiento por si el enemigo se tarda en volver; y Hodelín, luego de hecho lo cubre totalmente de arbustos que siempre alrededor.

A Acosta no le gusta nunca hacer trincheras de comunicación porque le restan privacidad a su agujero y siempre quiere cavarlo más hacia delante, o a la izquierda o a la derecha, de donde el jefe de escuadra le señala. —Para aprovechar la sombra de ese árbol, compay—. Jamás termina un pozo que haya comenzado otro.

Con los rotejos para dormir, cuando permiten hacerlo fuera de las fortificaciones, pasa igual. Marzáns siempre duerme en hamaca, con el nylon cubriéndulo en forma de cobijete y dos cabos de cuerda colgando de cada extremo para que el agua, si llueve, ruede al suelo; algunos amarran los capotes y nylons entre sí y levantan

tiendas para varios. Acosta no; Acosta corta ramas de un mismo tamaño y construye con ellas una cama en forma de parrilla, a medio metro del suelo, que le sirve también de banco y de mesa; y siempre encuentra madera o barriles viejos para abrir a lo ancho, o planchas de zinc con las que levanta en pocas horas una verdadera casa. Luego se para a distancia a contemplarla.

Con las chapillas de identificación sucede lo mismo. Tejen curricanes o hilos de nylons para colgarse del cuello; le recortan los bordes dándole forma ovalada, o semejando pétalos hasta parecer flor, o afinándola hacia abajo a manera de triángulo. Wilson ha hecho con ella un corazón y ha escrito por detrás, con la punta de la bayoneta, un nombre de mujer. En esta te fijaste después de haberla visto muchas veces sin que te llamara la atención. Habían ido juntos a la escuela hasta el sexto grado, cuando para subir a clases tenían que esperar en filas en el patio por la entrada de los alumnos de primaria y el aula ya estaba en el segundo piso, en la esquina de la derecha. Luego la dejaste de ver porque se fue con unos tíos para Guantánamo. Si te hubieran preguntado por ella probablemente la hubieras confundido con cualquiera de las muchachitas flacuchas que habían dejado de asistir al colegio y no hubieras podido precisar en cuál de los pupitres se sentaba.

Tu recuerdo comienza de cuando regresó, con las dos rayas del segundo año de bachillerato

alrededor del borde inferior de la falda marrón del uniforme, de la tarde en que el cordobés, que le decían así por los pleitos a navaja en el ballar del Cárdenas, te dijo que te quedarás detrás en la escuela para que le vieras los trancos de muslos que tenía.

Estela está de espaldas intentando descifrar en la pizarra el sistema de ecuaciones dobles que le han puesto. El profesor dice: —Por ese camino no avanza más; a ver usted, Marzans—, y tú te levantas y tomas de la mano cubierta de polvillo blanco de Estela la tiza. Ella se acude a la falda: la blusa tiene una mancha de tinta en el bolsillo y está mojada de sudor en las axilas.

A través de los gruesos cristales azules junto a las persianas entra fuerte el sol del mediodía.

¿Qué año era aquel? Recuerdas que fue un año de elecciones porque la imagen leve de Estela te llega junto a las voces metálicas de los alto-parlantes en el parque y los carros anunciadores y los camiones tragando gente del campo, con emblemas de corobas y ruedas dentadas, y las calles llenas de pasquines de todos los tamaños, incluso de aquellos tan pequeños que se lanzaban como volantes y que los niños recogían para exhibirlos como si fuesen folios de episodios ilustrados.

Debió haber sido ese año. Bastante antes del golpe, cuando pararon el juego de pelota para decir que Batista se había metido en Columbia y tú

te preguntaste qué cabrona importancia podía tener aquello si a ti te tocaba batear. Fue antes de eso, porque en aquel momento ya ella estaba allí, mirándote jugar.

El año en que la Raquel se metió a puta y vino al cordobés diciendo que la había encontrado por la Chumba en Holguín. El mismo año en que apareció ahorcado el boticario Bonilla.

La llevas por la tarde al parque frente al cine, después de terminada la sesión de deportes.

—Vas a seguir estudiando después en La Habana o en Santiago? —te pregunta.

—En La Habana o en Santiago.

—¿No será mejor en La Habana? Allá ya tengo familia; pero si tú quieres...

La campana de la iglesia da los tres cuartos de hora.

—Debe ser muy duro ser cura ¿eh? —te dice y tu no sabes qué contestarle, desconcertada por algo de picareasco que crees haberle sentido. En el cine, el cuerpo oloroso a sudor muy junto al tuyo, apenas dejas que tus dedos le acaricien el dorso de la mano, y eso que ya sabes de mujeres porque has estado más de una vez con el Cordobés y con el rubio en la casa de la que ha abierto negocio por el camino de Torrenteras. Pero te detiene saber que pueda hacer lo que quieras, que ella espera que tú le enseñes algo que ya conoce sin haberlo aprendido nunca. Es

tela inclina la cabeza y sienten su pelo húmedo junto a tu cara.

Ahora, por entre el gentío de enfermos, atraviesa una mujer renqueante con una criatura amarrada a la espalda. La cabeza del niño, desde lejos, parece un tumor. Por el extremo de la aldea continúan llegando familias enteras de los bosques.

—Yo no le aconsejaría eso —dice Marzans.

Al fondo, en la nave lateral aneja a la iglesia abandonada, que debió de haber sido antes de la guerra residencia de religiosos, los soldados aprovechan la mañana naciente, que se presenta como de descanso, para limpiar las armas y secar la ropa mojada de muchos días de marcha bajo la lluvia. En aquella nave había pasado la noche anterior, en el espacio que le dejó el gallego sobre la larga mesa arrinconada, luego de devorar un poco de trunchos de pescado enlatado con galletas viejas cedidos por Aroche, que abrió los ojos azorados de verlo allí, cuando lo hacían organizando las tropas de reserva de las FAPLA en Luso.

—El Mayor llegó a tiempo —le explicó Marzans riendo— con la misma tarea que yo. Y allí mismo pedi reintegrarme a la columna. —Aroche sigue mirándolo azorado—: ¿Dieron el mismo trabajo a dos gentes distintas? ¿Oíste eso, chino? Hasta aquí pasan esas cosas.

—Y eché para acá; no fuera a ser que en una aclaración me dejaran a mí en definitiva. Tengo que presentarme al jefe de la compañía de ustedes. Veloso se llama, ¿no?

—Buena gente.

—¿Qué va a hacer aquí, teniente?

—No sé; a lo mejor de jefe de pelotón; o de escuadra. Da igual.

—Ojalá —dijo Aroche.

—No; no se lo aconsejaría —repitió después de observar de nuevo los trazos que el capitán Veloso había hecho con la bayoneta en la tierra arenosa.

—Puede dar resultado —dijo el capitán—; uno de los principios de la defensa es que debe ser activa.

—Precisamente; nosotros no estamos a la defensiva.

—En esta situación táctica concreta, sí; o por lo menos es una de las formas posibles de verla.

El capitán es de rostro apacible, como de treinta años, de maneras afables, tranquilas, algo grueso. Está cuidadosamente afeitado, menos en los alrededores de una gruesa verruga hacia el centro del párpado izquierdo y visto con pulcritud, pese al fango y la lluvia, contrastando con la generalidad de la tropa. Están sentados sobre un montón de leños junto al BTR de la jefatura de

la compañía el cual Octavio comienza a quitar la lona encerrada, tendida a guisa de techo cubriendo la parte trasera del blindado; el agua empapada en el centro del encerrado, cae por el costado opuesto a aquel donde los hombres permanecen. Otro oficial, bajito y muy corpulento, más joven que Veloso, llega hasta a ellos.

—Mira, teniente, el también teniente Oneira, del que le venía hablando. Oneira, el teniente Marzán, que lo envían para esta compañía... Es reservista.

—¿Primer teniente?

—Sí —contesta el capitán—; igual que él —agrega dirigiéndose a Marzán y refiriéndose a Oneira. Durante la campaña está prohibido que los oficiales usen sus grados.

—Mucho gusto —dice Marzán y le tiende la mano— hasta de muchos meses, ¿eh?

La barba de Oneira es muy negra y le cubre casi totalmente el rostro hasta la mitad del cuello.

—De mes y medio adentro del monte nada más.

—La compañía ha tenido que batirse seguido en las operaciones sobre Camero. No se extrañe de que, vaya, no —cumpla con el porte en todo; ~~delante, primero, con cosas que hay que...~~

—No, no, si eso se entiende bien. Los del pelotón mío también empiezan ya.

—¿Su pelotón?

—Digo, el pelotón de cubanos que estaba conmigo en la misma unidad con los angolanos. Ahora está con usted.

—Ah, el de Aroche.

—¿Cuál?

—El de la gente de Santiago, Oneira, que nos lo dieron a la salida de Luca.

—No se han batido todavía.

—Conmigo sí; y bastante bien.

—Con nosotros no —dice Oneira.

—Buena, ya lo hará, ya lo hará. Así que usted estuvo en una unidad mixta, ¿eh, Marzán?

—Con angolanos y katangueses; además el pelotón era de muchachos de Santiago.

—Debe haber sido del carajo eso —dice Oneira.

—¿Por qué?

—Por los angolanos y los katangueses. No hablan lo mismo. ¿no?

—Los katangueses hablan un francés que yo no lo he oído a ninguno de los haitianos que he conocido en mi vida. Y he conocido bastantes de Monte Rus al Filé y a Báguanos.

—De Báguanos hay gente en la compañía; unos cuantos.

—¿Sí?

—¿Y cómo se entendían?

—Madruga. El jefe angolano que traducía. Habla bastante bien el español.

—Los katangueses no sé; dicen que comen gente; los angolanos...

—Son buenos —dice Marziano—; como todo el mundo. El que tiene experiencia mejor, y el que no la tiene no tanto. Igual que nosotros.

—Hay gente que ha sonado el cobre —dice Veloso.

—Con años y años en el medio de la selva —agrega Marziano.

—Ya esto que no podemos estar mirándonos como una cosa distinta.

—Claro —dice Onçira—. A un final a los que hay que echarles es a la UNITA, y al FNLA.

—Y a los surafricanos —dice Veloso.

—Pero hay gente de esa, de esa misma que vuelve de la mata ahora, que antes andaba con la UNITA o con el FNLA.

—Es normal —dice Marziano.

—¿Normal?

—Cuando la guerra de los Diez Años había tantos mambises como guerrilleros.

—No, no, no; qué va.

—Bueno, búscate cualquier libro.

—El papel aguanta todo lo que le pongan.

—¿Tú vas a condenar a todo el que se metió a caquita cuando Batista, así como así?

—Es otro asunto.

—Cada cosa hay que verla en su momento. Muchos de esos infelices estaban obligados y otros engañados. Y a lo mejor muchos ni entienden lo que está pasando. Todo eso hay.

—Imagínense —dice Veloso—; en muchos quilómetros de zona va y no diferencian entre nosotros y los portugueses. Son blancos que pasan: la cosa es el funche, la comida de ahora mismo. El trabajo es hacerles ver la diferencia.

—Eso es.

—Claro —dice Onçira.

La dotación del T-34 recoge la lona bajo la cual ha dormido la tropa hisoña, recién llegada de la zona. Guillermo, el jefe del tanque, con la voz aguda, chillona, escupiéndole por las encías sin dientes cada vez que habla, camina y gesticula entre ellos, como un actor frente a su público.

—Qué tanto apuro por pelear —dice haciendo muecas—; a la guerra viene uno y no sabe si va a pelear o no. Si se pelea, bien; y si no se pelea, igual. Total, de todas maneras vamos a contar bastantes mentiras cuando lleguemos allá.

La gente se ríe; Guillermo está contento.

—Al teniente no le gusta el plan —dice Veloso.

—¿No?

—No me parece prudente...

—¿Prudente? ¿Cómo va a haber algo prudente en una guerra?

—El quiere decir oportuna, bueno —aclara el capitán.

—A lo mejor es que no conoce las características de aquí suficientemente bien todavía. ¿Que tiempo lleva?

—Treinta y cinco o cuarenta días.

—Ya usted ve —dice Oneira.

—No, pero ha estado en acciones combativas.

—¿Violentas?

—Anduvo por Loma Cassai.

—¿Por Loma Cassai?

A Marzáns esta conversación en la cual él se ha convertido en centro le resulta molesta, cargante. Enciende un cigarrillo y busca con la mirada un asidero, algo que le ayude a darle otro giro. Arriba se acerca como a comunicar algo y se queda parado junto al extremo posterior del BTR en espera de que lo autoricen a acercarse. El capitán lo mira pero no le dice nada.

—Así que estuvo en la de Loma Cassai; ¿cómo qué?

—Jefe de la operación —contesta Marzáns; Oneira ha levantado la cabeza y lo ha mirado fijo un instante.

—¿Y a usted que hizo lo de Loma Cassai no le gusta el plan?

—No sé qué tenga que ver.

—Pudo haber hecho cuatrocientos o quinientos muertos al enemigo ahí, ¿eh? Si asalta la loma.

—Si me los hubieran hecho a mí; ellos tenían artillería y eso no se sabía.

—¿Artillería dos o tres morteros de 60 y unas cuantos 75? Ah, usted no ha oído los 140...

—No, no los he oído.

—Los maquintosh; eso sí es artillería; yo los vi en el sur. Cuando corrió el que no se esperaba y aguantó el que tampoco se esperaba. Oneira coge un cigarrillo de la cajetilla que Marzáns tiene en la mano.

—Entonces quedamos en que cualquiera corre —dice Marzáns.

—No, ya no —dice Oneira.

—Yo tampoco —contesta Marzáns. El capitán no habla y vuelve a trazar, con la punta de la bayoneta, signos en el suelo.

—Con casi un regimiento como el que usted tenía, si asalta acaba. Esa artillería no hace tres descargas.

— A mí las muertes que me importan no son las del enemigo sino las mías.

— Esa es una doctrina militar que...

— La táctica que he sabido siempre.

— No da buenos resultados todas las veces.

— Procure rodearlas para cumplir con los tangentes; no dio tiempo a restablecer; de todas maneras dejaron al campo treinta y seis; y los prisioneros.

— Casi siempre para eso.

— Si la envolvente no hubiera cedido por allí...

— Yo voy al asalto.

— El combate no estaba maduro.

— ¿Maduro?

Ahora es Marzani quien lo mira. ¿Cómo explicarle aquello que él nunca ha visto escrito?

— Sí... el pulso del combate... no había cuajado aún.

— Eso es para la cátedra de táctica en la escuela que abrimos a abuelo en Saurimo — me Oneira.

El capitán mira a Marzani esperando, casi pidiéndole una definición más justa, más certera.

— No sé; yo lo siento así.

— Pudiera ser — susurra el capitán y vuelve a sus trances.

— Además — dice Marzani —, yo asalté en el puente.

— Ese fue un salto con asco.

— El que se podía dar; el que convenía dar.

— No se me ofenda, no se me ofenda, teniente, que ya lo he dicho sin intención.

— No, no, no; yo lo sé. No se preocupe.

— Pero lo importante en la guerra es la sorpresa, lo inesperado. El golpe. La guerra es una serie de golpes. Como el boxeo.

— Eso es verdad; pero la guerra también establece su propia normalidad; y dentro de ella los soldados viven.

— El valor del boxeador está en los golpes que da.

— O en el tiempo que se mantiene sobre la lona. Lo que importa es lo de todos los días.

— En otra parte quizás; aquí no.

— Yo pienso que en todas partes; en las diez de últimas el que decide es el soldado; y el mejor soldado es el que más rápido aprende a vivir en la guerra.

— Un soldado se hace en semanas; un buen oficial necesita años; como quien dice toda la vida — Oneira se ha puesto de pie y se moja las manos en los bordes metálicos del BTR. Después se las seca en la barba. — Desde las matemáticas

cas que es lo más teórico hasta el tiro que es lo más práctico; tiene que saberlo todo.

—El tiro es como un ejercicio —dice Veloso—, un requisito; como la buena salud o la resistencia física. Lo más práctico es la táctica. ¿No cree usted?

—Yo creo que lo más práctico es el soldado —responde Marzáns.

—¿Y lo más teórico?

—El soldado también.

Las otras dos se ríen pero él ha hablado en serio. Aroche deja caer el cuerpo sobre la otra pierna y sigue esperando.

—Lo importante es volver a Cuba sin perder el revuello, ¿verdad, Marzáns? —dice conciliador el capitán y a él le parece que es la primera vez que lo llama solamente por el apellido.

—Claro, claro.

—Tenes algo que contarles a los nietos; y a los hijos primero, que los míos son chiquitos todavía.

—Yo pienso llegar con la barba por aquí —dice Oveira y se toca el cintillo—; no me van a conocer, tú verás.

—¿Tú crees que te dé tiempo?

—Yo no creo que me hagan la sucieza de no tenernos por lo menos un año.

—Lo que hace falta es que se acuerdito de aquí —dice Veloso.

—¿En el pellejo? Mire, compay, si una bala nada más me roza... es que le meto mecha para que la cicatriz se vea mejor, mira como es la cosa.

Ahora Marzáns también se ríe. Coge un montón de piedrecitas y comienza a tirarlas, una a una, contra una araña gruesa, velluda, que se mueve bajo las ruedas delanteras del carro. No acierta.

—Eso es lo que nos queda a los que no estuvimos en la guerra de allá —agrega Oveira.

—Qué tanto cuento con las minas ni las minas —dice Guillermo burlándose de uno de los recién llegados que, para sentarse, ha esperado que un compañero se levante del lugar que ocupaba en el suelo—. Yo soy militar, ¿no? Pues no puedo andar pensando en minas ni en la madre de los tomates. ¿Tú eres militar? Pues no puedes estar en eso. Ahora mismo si tú vienes con cuidado, pero con cuidado (y camina en las puntas de los pies y acciona con las yemas de los dedos) y ves una florecita doblada. ¿Tú la doblaste? ¿No? Pues no la endereces. Sigues de largo, pero con cuidado. Te encuentras con un cablecito o un pedacito de madera. ¿Tú no lo pusiste? ¿No? Pues no lo toques. Porque tú eres militar y estás en guerra; y las minas son para ponerlas en la guerra; aquí están bien. Malo es que estuvi-

ran en el parque Céspedes o en el techo de Cam
Granda y te fueran a explotar cuando tú estuvie-
ras apretadito huyendo.

Los soldados se ríen y dan manotazos en el suelo,
desahogados de la tensión.

—Si no salimos pronto vamos a tener que hacer
algún reconocimiento, o algo. Para que la gente
que acaba de llegar entre en calor.

—Las mías no —comienza a contestar Marzán.

—No; yo digo esos que llegaron hace tres días;
los muchachos jóvenes esos.

—Ya vienen entrenados —dice Veloso.

—Así y todo. Si se les deja descansar se enfrian.
Hay que tenerlos en movimiento constante. Que
abran defensas, que limpien. Si vamos a estar
mucho tiempo aquí, arreglar los albergues, ab-
nour las piedras en el parqueo, pintarlas. En ac-
tividad siempre.

—Sí —dice el capitán—; a veces mucho tiem-
po libre es malo. Siempre se termina pensando
en el regreso, en la familia que se dejó allá.

—No sólo por eso; que esta juventud de ahora
hay que tenerla al tanto; siempre está entrete-
nida.

—¿Qué edad usted tiene, teniente? y perdono.

—Veinticuatro.

Marzán aspeca con la vista el grupo donde ha-
bla Guillermo. —No les lleva usted mucho a
ellos.

—Pero ya he tenido otra vida.

—Ellos están aquí lo mismo.

—Así y todo.

—Esoo muchachos quieren pelear —dice Velo-
so y se pone de pie.

Marzán se pone también de pie, caminan hacia
el RTR.

—Pues qué tanto apuro ni apuro; ya se peleará
si hace falta. ¿A que Yayo Marzán no tiene
apuro? Ah, porque a él le han picado cerca mu-
chas veces. El combate es feo. Si viene, bien; y
si no viene, mejor. Total, Vayan, vayan por el
tanque, por mi casa. A lo mejor me queda un
pequito de café.

Los muchachos se levantan y acompañan a Gui-
llermo.

—Buena, teniente, las instrucciones que me di-
eron del mando fueran ponerlo de segundo mio;
como segundo jefe de la compañía.

—Las que yo tengo son ponerme a sus órdenes.

—De cualquier manera el sustituto que yo ten-
go designado, para el caso de que yo no pueda
continuar al frente de la compañía, es el tenien-
te Onaira.

—Perfectamente —dice Marzani y le palmea afectuoso el hombro a Ozeira.

—En decisión se mantiene; no hay razón para cambiarla. ¿Se entiende?

—No hay lío. Eso no tiene importancia. Y además no va a hacer falta usar esa decisión. Usted verá.

—Ojalá.

Los tres se ríen. —¿De verdad que no le gusta a usted el plan? —pregunta Ozeira.

—No, no me gusta. Es arriesgarse demasiado para averiguar una cosa que ya se sabe.

—¿Qué cosa?

—Lo que va a hacer el enemigo. Entorpecer el avance, ponernos un precio mientras va retrocediendo; volando, tiroteando.

—De posiciones a maniobras.

—Me parece que no. De posiciones a movimiento sin pasar por maniobras.

—¿Y a qué usted cree que puede deberse este movimiento nuestro hacia el altiplano, dejando a los demás avanzar solo desde Lazo hacia el sureste?

—A que vamos a hacer un rodeo limpiando todo el este, y reunirnos de nuevo por el Cangambá. O simplemente limpiar en variascientos de kilómetros para evitar que nos hostiguen dema-

ando a retaguardia según se avanza. Una de esas dos cosas; pero mejor creo la segunda.

—Yo pienso que vamos a ir recto hasta empatar en Silva Porto para poner a funcionar el ferrocarril.

—Puedes ser. Pero yo creo que todavía es muy pronto. No tiene sentido ahora.

—Vamos a esperar.

—Lo que sí parece cierto es que en Gago Coutinho se va a dar una batalla seria —dice Veloso.

—La más importante de Angola —agrega Ozeira.

—Pudiera ser, pudiera ser.

—De todas maneras yo quisiera proponer el plan al mando superior —dice Ozeira.

—No sirve; mucho riesgo para no obtener nada.

—En la guerra el riesgo es el pan de todos los días.

—¿Qué tú crees? —le pregunta Veloso a Arocha.

—Si alguien tiene que morir, se muere. Pero a lo único que yo aspiro es a devolver vivo a todo el que salió conmigo de Santiago.

—Está bueno eso —dice el capitán.

—Correcto —dice Ozeira.

Marzáns borra con la bola el dibujo en el suelo arenoso.

—Cualquiera puede darse cuenta de lo que estuvimos hablando —dice.

Isidro, el jefe de la tercera escuadra, va marcando los puntos para cavar los pozos de tirada. Como están hacia el extremo de la defensa circular, el trazado de las fortificaciones forma como una U inclinada hacia el terraplén.

—Pozos de pie y con zanjas de comunicación —dice Isidro.

Los hombres están molestos porque hace menos de tres horas, luego de fortificarse, se dio orden de avanzar varios kilómetros más.

—Ha habido días hasta de cuatro agujeros —dice Acosta: este parece uno.

—En el Estado Mayor ya están abriendo los pozos —dice el chino.

—¿Y qué?

Acosta, luego de terminar de hablar, sigue preguntando con gestos, con la cara torcida y las palmas de las manos hacia arriba y adelante, algo separado del resto del cuerpo.

—No vale la pena hacer la trincheras.

—Eso quiere decir que nos vamos a quedar por lo menos hasta mañana —agrega el chino.

—Acorche mandé que se hicieran las zanjas.

Ante de empezar a cavar, los hombres buscan los lugares más cerca de los árboles próximos y pozos para colgar las hamacas, aunque para ello tengan que variar en algo el trazado.

—Diren que van a obligar a dormir en los pozos —dice Lucio.

—Esa es la orden que siempre ha habido.

—Porque han descubierto un golpe de mano contra el Estado Mayor —dice Esteban.

Como no encuentra árboles apropiados, Acosta quiere amarrar la hamaca fuera del área defendida pero Isidro se lo impide. Entonces comienza a cavar su hueco casi frenéticamente.

—Voy a dormir en el suelo —dice resuñando, como el gallego. El gallego es el quinto tirador y siempre se acuesta en la tierra porque dice que hay más calor y que las tales serpientes no existen porque no ha visto ninguna.

Cuando están las ramazones para enmascarar el hendidado descubren un panal en lo alto de un árbol parecido al cupey. —En este mes las abejas no tienen miel porque tienen pichones. Y si tienen miel bincha y es amarga porque los pichones se han muerto en ella —dice Perdomo.

Hadelin pela un gajo largo y delgado y comienza a trepar el tronco con él, para tumbar el panal.

—Como son abejas no me pican; si fueran avis-
pas sí —dice.

Del otro lado de la carretera, donde se instaló
el Estado Mayor. Inclán, el comandante alto y
gordo, jefe del batallón, husmea en los cacho-
ros sucios de la cocina. Después va hacia don-
de están los pelotones de angolanos cazando la-
camarones de mata, los gruesos guamos verdes,
en que luego frien con poca manteca.

Lucio ha ido con David, el muchacho angolan-
aprendiz de artillero de 75, hasta donde comien-
za la charra que conduce al Lavei, y abre, arran-
cando los plántones de guinea, un agujero an-
cho que se llena enseguida de agua por el man-
to subterráneo. Mientras llenan los envases en
que cocinarán una rápida comida improvisada,
David le explica cómo se hacen los panales:

—Se coge la corteza de aquel árbol para hacer
el lugar en que aquellos bichos harán la riqueza.

Hodelin golpea el panal y tiene que lanzarse
por el tronco para huir de los insectos; los otros
se alejan corriendo hasta que Wilson regresa
con un montón de sacos de yute que arden pro-
duciendo mucho humo. Hodelin se aprieta los
agujonazos de las manos y busca a Isidro para
que le saque la ponzoña de la cabeza.

—Son avispas —dice—, pero que dan miel.

Exprimen los panales y hacen con agua un re-
fresco del que bebe toda la escuadra y aún que-
da para la noche si no viene la comida.

—Son dulces —dice Perdomo—; entonces no
están en abril.

—Veintiocho de abril, compay, hoy es veintio-
cho de abril —dice Wilson.

—No puede ser, si no, no sería dulce.

—Ahí están los periódicos que repartieron.

—Ese es el día que hace en Cuba; no sabemos
el que pueda estar haciendo aquí.

—Es verdad —dice Hodelin.

De la otra escuadra vienen ya con una botella
vacía a buscar miel.

El flaco coge la bandera que se iba a llevar al
frente de la manifestación, se envuelve con ella
y dice que los que quieran ir con él que vayan,
que para algo han venido desde tan lejos. Co-
mienza a descender hacia la calle que circunda
la plaza donde la policía cierra el cerco; des-
pués del flaco van veinticinco, treinta, sesenta cin-
cuenta, cuando comienzan a cantar el himno
nacional ya junto a los esbirros que se entrocán
en las manos las asas de cuero de los toletes. El
soldado da dos pasos atrás y lanza contra el
pantabrino de la perseguidora el ladrillo que lle-
vaba envuelto en un periódico; un policía se le
abalanza y él saca un pedazo de cabilla corru-
gada de entre el pantalón y la pierna y lo gol-
pea en el vientre; el guardia se dobla hacia ade-
lante como si hiciera una reverencia. A toletan-

rompen la formación y cuando los tiros comiezan el rubio prende el coctel molotov y lo rompe contra la microonda que coge casaca encendida. En distintos grupos intentan escapar de la persecución, corriendo por calles diferentes. El cordobés se monta en un ómnibus, saca al chofer del asiento, atraviesa el carro en la calle para impedir el tránsito y arroja después la llave del motor en una alcantarilla. Al flaco, en el suelo, varios policías lo golpean sucesivamente.

De noche el hadel les abre la puerta y tú sales con Estela al segundo piso; ella te ayuda a colarte por el ventanuco y tú abres el cuarto de la reproducción ligera. Juntos buscan a tientas el conmutador de la luz y luego echan a andar el mimeógrafo que el viejo jubilado te ha enseñado a manipular días antes y Estela coloca, tensándolo con las dos manos sobre el cilindro metálico, el stencil que ella misma ha mecanografiado copiando noticias de la Carta Semanal y de Revolución y otras cosas que ustedes han redactado —tú y Estela y el cordobés y el flaco y el rubio— porque aún no tienen contacto con organización alguna y no pueden esperar por él para comenzar a luchar contra Batista.

Manipulas a mano el mimeógrafo y te quitas la camisa porque tirar docientos ejemplares de cada hoja es un esfuerzo que te hace sudar. Estela riega una y otra vez con una brocha la tinta sobre el cilindro, hasta que el papel se acaba y ustedes hacen varios paquetes con cada tipo

de proclama. Entonces, después de dejarlos en las distintas aulas en que al otro día serán recogidas, tú le dices de ir a la azotea antes de salir y ella se agarra de tu mano para no tropezar en la oscuridad de la escalera.

Desde allí arriba la avenida sobre el río sin agua es una franja recta que se va estrechando hasta llegar cerca del ayuntamiento; el parque de enfrente está desierto y el campo de deportes, al fondo, es un inmenso charco negro.

Allí la desnudas y tienes el sobrealto de lo que se toma por primera vez, de lo germinal, de la iniciación. Aún hoy, casi a veinte años, lo reconstruyes en la memoria y no hay tanto como deslumbramiento, como asombro frente a lo que aparece en el relumbrón de su totalidad, tal cual el mismo recuerdo ahora.

Los yerbales por los que avanzan son tan altos que aun al paso de la tropa no se abren del todo en la parte superior. Al salir al descampado, Hodelin, desde la vanguardia, hace señas de que puede cruzar la primera escuadra.

1000

Capítulo V

Capítulo V

110000

—Alumbreme aquí.

Se agacha entre los matorros y Madariaga le enciende, casi pegada al mapa en el suelo, la linterna de campaña. Aroche y Hodelin se acuelilan junto a él. Los otros hombres aprovechan la parada para descansar.

De nuevo el enjambre de venitas azules, las curvas de nivel, las manchas oscuras de los mismos bosques, el trazado recto de la carretera, el recorrido sinuoso del Lungebugen.

—Debemos estar por aquí —dice Hodelin y señala un punto apretando el mapa contra la tierra con el índice.

—¿Tan lejos? —pregunta Aroche.

—Fíjate aquí: de aquí salimos; recorrimos todo esto y aquí debe ser donde paramos por primera vez; después torcimos hacia acá; debemos estar aquí entonces.

En vez de mirar el mapa, Aroche le mira la cara; confía más en su intuición como explorador que en la lectura que pueda hacer del plano.

—Entonces nos hemos estado internado en la selva.

—Hasta hace un rato sí. Ahora estamos saliendo, pero estamos muy adentro.

Marzáns alisa el grueso papel aplastando el mapa leve que lo abulta desde abajo; mueve la linterna hacia arriba.

—Ya estamos saliendo —repite.

Aroche se inclina más junto a él: —Si nos equivocamos un poco podemos estar andando paralelo a la carretera. Fijese cómo aquí se inclina también hacia el norte. Si es así vamos a andar diez años por estos ríos.

—Hasta salir al mar de más allá —dice Hodelin y sonríe.

—Entonces estamos perdidos, ¿no? —pregunta Madariaga.

Los tres hombres levantan las cabezas para mirar al jovenito lanzarohetes.

—Caño —dice Aroche.

—¿Ahora es que te das cuenta? —pregunta Hodelin.

—Buena, señores, yo no sabía.

—Nada —dice Marzáns—, en este rumbo salimos bien. —Consulta la brújula que lleva en la muñeca junto al reloj—. Salimos bien, lo que no sé en qué tiempo. —Con la punta de la bota

levanta ligeramente uno de los extremos del mapa. —En medio de la selva cualquiera se equivoca tirando la azimut.

—Un riecito de estos que luego se haya secado —dice Hodelin— y se cambia todo.

—No ya eso —dice Aroche—, una pieza donde haya salido la yerba como hemos encontrado muchas veces; una loma que esté señalada ahí y no aparezca de verdad, o que exista y no la haya dibujado, cualquier cosa.

—Estos mapas tienen un montón de años.

—Buena, pero eran del ejército portugués; son los que hay.

—Si vamos bien salimos mañana a la carretera, ¿no?

Hodelin hace un gesto como si dudara. —Pueda ser.

—No, no. Antes —dice Marzáns.

—Teniente, fijese que debemos de estar aquí bien profundo.

—Yo creo que no tanto, guajiro; desde hace rato estamos derivando hacia la izquierda. No puede ser que estemos tan lejos.

—Vamos a tocar madera.

—Es que el camino que llevábamos por el día y la carretera iban separándose; como haciendo una cuña.

—Así y todo. Nosotros hemos hecho así, como un semicírculo; primero nos alejamos y después comenzamos a acercarnos.

—Ya le digo, ojalá sea así.

—Lo que está claro es que la carretera está al norte; más allá o más acá, si le damos para el norte damos con ella. ¿no?

—Claro.

—Seguro.

—Vamos echando entonces. Hodelin, a cincuenta metros nada más. Cada diez minutos silba; yo voy a ir alante, si no escuchas que te responde te paras. No te vayas a perder.

—¿Perderme yo?

—¿Pero no dicen que todos estamos perdidos?

—pregunta Madariaga.

—A quedarse desligado quiere decir —explora Aroche.

—A la distancia en que cada hombre vea al que va delante.

—Como veníamos.

—Bien.

Dobla el mapa y lo mete en la cartera que le cuelga a un costado. Madariaga apaga la linterna.

—Dándole.

Hodelin se escurre con el chino por entre la mangüeta como dos pequeños, insignificantes, animalitos nocturnos. La fila se va organizando, tropesando los soldados por la oscuridad de la noche en medio del bosque.

—Wilson —dice Perdomo—, no te apartes de atrás.

—¿Por qué?

—Por cualquier cosa.

El techo del monte es alto y de ramajes entrelazados; hace calor, mucho calor, porque el viento apenas se mueve por entre la vegetación. Cuando la fila comienza a andar, golpeándose los hombres con los arbustos y las ramas más bajas, algunos soldados, de vez en cuando y como al descuido, llevan hacia adelante el brazo izquierdo —con la mano derecha aprietan la manilla del AKA— para tocar la espalda del compañero delantero.

Al amanecer habían salido de allí de donde la carretera hacia el Gago formaba un ángulo recto con el camino a Cangamba. Por el centro del ángulo partieron para explorar quince kilómetros en línea recta y luego hacia la carretera. La azimut les había indicado entonces que no podrían estar a más de diez kilómetros de ellas. Pero el trazado en el mapa no siempre puede seguirse caminando. Claro, aquella había sido la orden y si se hubieran atenido solamente a ella hace rato estuvieran en el campamen-

to y hubiesen comido y le habría pedido al dios que le inyectara con durazgino para el *terro dalm de calaza* aquel, como dos agujetas clavadas detrás de los globos de los ojos. Pero cuando todos decían haber caminado ya quinientos kilómetros, aparecieron, en el cruce del otro vuelo donde llenaron de nuevo las castimpeñas las sendas claras, limpias, de pinadas recientes, de muchos pira con botas. El radiista no logró comunicar para informar al mando y él, Yoto Marzano, no iba a volver atrás dejando la cana al alcance de la mano. Entonces tumbaron dos o tres colmenas y comieron de los panales maduros y siguieron adelante.

—¿No serán colmeneras los que pasaron por aquí? —preguntó Iaidro.

—¿Con botas, entropay?

—Ah, no, Verdad.

Y ahí fue donde se desviaron; pero él sabía que no estaban desviando y lo hacía a conciencia, conociendo lo que iba a buscar. Ya trazaría luego las correcciones a la *azimut* original. Ahora se daba cuenta —aquella dificultad para leer los mapas de un solo vistazo como leía el terreno!— de que por cada metro que paso a paso se iban alejando, la carretera se separaba de ellas, al internarse en sentido opuesto, decenas de kilómetros.

Por la multitud de insectos revoloteando encima supieron que aquella que de lejos parecía

algo de grabos era en realidad sepulcro y de mucha gente; y no muy viejo. Aroche escarba con la bayoneta hasta encontrar una tierra húmeda y maloliente; Iaidro hunde una rama larga en las y la zaranda un poco; cuando la extrajo salió un vaho espeso, como un humo grisáceo y pesado, y la vara gotaba.

—¿Cede? —preguntó Wilson.

—¿No estás viendo? —dijo el gordo empezando a amarrarse un pañuelo a la cara.

Por el centro no tuvieron que cavar mucho; enseguida apareció una espalda abombada por la pudrición; apenas sta la parte posterior junto al cuello, abierta al centro por una herida larga donde se posaron enseguida los moscones.

—Mejor es no abrir más —dijo el gordo y se apartó porque le empezaron las arqueadas.

—Sí —contestó Marzano.

—¿Sin contar cuántos pueden estar ahí?

—Eso no se cuenta; se calcula nada más. Más de quince, ¿no?

—Más de quince.

—Quince o veinte.

—Vuelvan a tapar.

No le echaron la misma tierra sino que buscaron algo más allá, arrancando plañones enteros de guinea, con los que cubrieron el hueco

abierto. Aroche luego entrecruzó sobre el túnel
los unos cuantos palos.

—¿Dios día? —preguntó Aroche.

Marzáns torció la boca como dudando. —Más
o menos.

—A lo mejor no podemos alejarlos.

—La fiesta después que come se echa a dormir.

A Madariaga le sobresale de la mochila de embates
el cañón del M-1 ocupado hace poco al enemigo.

—¿Quiénes podrán ser?

—Prisioneros.

—¿Sí? ¿Y por qué los enterraron entonces?
Siempre los dejan tirados.

Marzáns lo miró como inseguro de que el mu-
chacho no hubiese comprendido realmente.

—Los entierran porque segura se han quedado
por aquí cerca; para no tropezar con los muertos
todas las veces que van a buscar agua, o comida,
o cualquier cosa.

—Ah, entonces...

—Ahorita topamos.

—¿Le avisa a la exploración?

—Ya ellos lo saben; pero si quieres adelántate
y recuérdaselo. —El muchacho salió corriendo,

saltando por encima de la mazaña de bejuco
con una facilidad que hizo a Marzáns, admira-
da, seguirlo con la vista.

El trillo de la derecha, que los desvió un poco
más los condujo hasta la hondonada profunda,
como un cráter, de laderas verticales cubiertas
de vegetación, en cuyo fondo se levantaba un
pequeño platónal.

La exploración estaba de pie mirando hacia
abajo. —Ahí están —dijo Hodelin.

Marzáns buscó con la vista el suelo de los alre-
dedores y no encontró nada; luego los repeschos
de los agujeros. —Fíjese, teniente, cómo allí,
donde los árboles se escalonan, apenas hay hier-
bas.

Marzáns miró con los anteojos y era verdad.

—Debe haber otros pasos por todo esto.

—Seguro; pero ahora están abajo.

—¿Cómo lo saben?

—No sé. Y ellos saben que nosotros estamos
aquí.

Marzáns se volvió rápido y ordenó que las es-
taciones perdesen contacto, apuntando contra las la-
deras se desplegaron alrededor del cráter pero
sin perder contacto, apuntando contra las la-
deras; casi la mitad de la hondonada se quedó
sin cubrir, la parte sobre cuyos bordes se encuen-
traban ellos. Se tendió junto a Hodelin en el
inicio del derricadero, activó una granada, la

desanilló y la lanzó al fondo; esperó que cayera y tiró la segunda; Hodelín hizo lo mismo y el chino desde un poco más allá. Nadie respondió.

—Se hacen los muertos —dijo Hodelín.

—Pero en el fondo no hay nadie.

—No, en el platónal no, pero en los costados.

Buscaban con los anteojos una fisura, un clavo en la manigua; ¿Zarciales con flores marchitas con tanta agua? Marzáns le hizo señas a Madariaga.

—Si tiras con el lanzacohetes ¿puedes ponerlo por allí, donde seguro hay una abertura? Mira con los anteojos.

—Ya si puedo.

—Y la onda de reculada no nos da?

—No; choca con la pared de aquí, de abajo de donde estamos; y vuelve a chocar allí enfrente. Hasta que se acaba.

—Fíjate bien: deben ser cuevas; la cosa es procurar que el cohete entre.

El primero explotó contra las rocas pero el segundo se metió por donde tapaba la zarza. Entonces el enemigo comenzó a salir, disparando a tontas y a locas; desde arriba hacían blanco rítmicamente, sin prisa. Los cuerpos caían, apenas sin tropezar, hacia el fondo.

—Como si fuera una mata cundía de mamoncillos —dijo el gordo entusiasmado.

—Buena fortaleza, ¿eh Yayo? La pensaron bien.

—Pero ha terminado en una buena trampa; en una ratonera como no la había visto en mi vida.

Marzáns buscaba con los prismáticos hasta encontrar lo que pudieran ser las bocas de las cuevas; comprobada luego con ráfagas explosivas, y Madariaga y Zaldivar, el otro cohetero, disparaban entonces; las escuadras esperaban hasta que saliera el enemigo.

En hora y media le dieron la vuelta al cráter.

—¿Habrá más? No parece que fueran cuevas profundas; más bien entradas solamente.

—Ya no quedan cohetes.

—¿Bajo, teniente?

—¿A qué?

—A ver si queda alguno.

—Si queda uno te tuniba como francotirador; a ti y a unos cuantos antes de que podamos llegar a ellos.

—Pero es que... ¿si queda lo vamos a dejar?

—El que quede no nos interesa; no es un enemigo organizado. La cosa no es exterminar sino romper, partíles lo que puedan ser todavía un-

dades; como esa que estaba allí abajo. El que quede ahí lo que está es loco por entregarse, no se preocupen. No se va a sacrificar nadie por una cosa sin importancia.

Ha hablado como molesto, incómodo por tener que explicar como crea él que es la guerra. Desahucha el envase mojado de la cantimplora y la saca con dificultad. Wilson entiende la mano para que se la pase.

—¿Orbenta? —pregunta Mazzina.

—¿Cuántos? ¡No, hombre, de cien no bajan; no bajan! —dice Wilson. Mazzina mira a Hodelin que asiente con la cabeza y a Aroche que mira de pie desde el borde.

—Cien; seguro. Mira desde aquí.

Al pie de los declives hay montones de cadáveres y muchos colgarrón de los salientes rocosos y de los troncos de los árboles. Vuelve a pegar los ojos a los prismáticos y cuenta los montones: —Quince —dice.

—Mira hacia allí; han tumbado al caer las matas de plátano.

—La prete que va a haber de aquí a mañana.

—Esta debe ser la gente que arrojó en Cozombó. Y los de la fosa que encontramos, los prisioneros que trajeron cargando la comida.

—Eso es.

—Estaban bien seguros de que no los iban a descubrir —dice Perdama. Zaldivar se recha a reír. —Pero no sabían que aquí andaba Yayo Marzina —dice en jarana.

—Vamos dándole ya, ¿eh? que nos hemos atravesado como en seis horas. Ya debíamos estar en la carretera hace rato.

—Y ya está atardeciendo —dice Aroche.

Entonces fue cuando Madariaga dijo: —A lo mejor nos perdemos, si nos coge la noche—, sin darse cuenta, y lo olvidó enseguida.

Ahora, caminando a la cabeza de la fila, escucha el silbido ascendente de Hodelin y él le contesta con otro más agudo pero más corto.

El escotar en las entrepiernas la crece, allí donde creía tener el pallejo cortado, y los dolores de cabeza son más fuertes, tanto que cree vez, en realidad está viendo, un rosario de pequeñas estrellas luminosas al alcance de la mano, como los fuegos artificiales a las doce de la noche del treinta y uno en Santiago.

De pronto el trillo se abre a un claro breve y puede verse el cielo sin nubes. En lo alto crea distinguir la Cruz del Sur. «Eso debe ser», se dice y la observa bien antes de consultar la brújula. Una pequeña esfera luminosa cruza la constelación y él no sabe si es un sputnik o una ilusión de su vista cansada. Vuelve a escuchar el silbido de Hodelin y se da cuenta entonces de que toda la fila se ha detenido tras él.

El estado mayor del frente se acaba de instalar en los barracones de una antigua base portuguesa, al pie del puente que acaban de reconstruir en un cerrado meandro del Luena. Los talleres de mecánica, bajo varias ceibas grandes al frente, trabajan de día y de noche en la reparación de la técnica que ha llegado maltrada de las marchas hacia el altiplano. En unos días, cuando se levanten los puentes sobre el Luio y el Lutembo, o cuando lleguen de Luanda los pontones flotantes que muchos dudan sean capaces de soportar la fuerte corriente de los ríos, se acercarán a la columna de Inclán para el último asalto sobre las posiciones de la contrarrevolución y el avance final hasta la frontera.

El jefe del frente observa la carta 1:50 000 de la zona: — Puede tardar uno o dos días en llegar. Si tomó en la dirección que tú me indicas

— La misión era de exploración; como de seguridad al puesto de mando — dice Veloso.

— Debe haber visto algo.

— La región es de actividad; de mucha actividad del enemigo.

— Por eso mismo; debe haber visto algo. ¿Qué fuerza llevaba?

— Un pelotón.

— ¿Nada más?

— Nada más. Ya le digo que era para una exploración.

— Mira; despliega el resto de la compañía por todos esos kilómetros de carretera y procura contactar por radio. Si no sale esta noche empezaremos a buscarlo mañana con la avioneta.

— No acompañaré por la noche, ¿no?

— Yo creo que no; digo, si yo fuera él no lo haría.

Desde el jeep Veloso y Oneira van situando los hombres que vienen en dos camiones. Oneira conduce mirando por la ventanilla hacia la bocanada oscuridad de la izquierda; embragando de golpe, equivocadamente las velocidades. En tres puntos distintos prueban y nadie contesta a los llamados por radio. Luego doblan en U para probar de nuevo en dirección contraria. Los camiones tienen que meterse de retroceso sobre las maniguazas de las cunetas.

— A Yayo le indicaron en un mapa y va a parar a Cunene — dice uno de los hombres del primer pelotón.

— Si le hubieran dicho camina hasta la ceiba que está por allá y gira después hasta el arroyo de más para acá, no se pierde.

— Así mismo; es verdad. Pero él llega, ustedes venían; él sale. No le pasa nada.

— ¿Esta no es la zona de los tipos esos que comen gente? — pregunta Oneira.

— ¿De antropofagia?

—Si.

—No: yo creo que eso es un cuento.

—Cuento. En los indicadores de los portugueses está.

—Pero eso es de hace treinta años.

—Buena.

Desde detrás corren la voz de que un hombre no se siente bien y que es necesario parar; silba dos veces y espera que Hodelin le conteste, entonces detiene la marcha de las tres escuadras y recorre la fila rápido hacia la retaguardia.

—¿Qué pasa?

—Freddone, teniente, pero tengo que descansar; cinco minutos; cinco minutos nada más —dice el gordo.

—¿Pero qué te pasa? si te paras es peor.

—Toque aquí —le lleva la mano sobre el pecho y siente los latidos del corazón como si fuese un pistón moviéndose de arriba a abajo.

—¡Pero qué es eso! —le pega el nido y escucha el regurgitar de la sangre por las arterias.

—¿No tienes nada? —le pregunta al sanitario.

—Nada; para eso nada —responde nervioso, preocupado—. Es demasiado esfuerzo para un cuerpo tan grande. El corazón de un hombre es de este tamaño —agrega y encaña el puño cerrado.

—No estoy cansado, teniente, no estoy cansado. Lo que me hace falta es parar un momento. Ni me voy a montar, fijese. Nada más recostarme al palo este; y que no me pidan más el fusil, teniente, que no se lo voy a dar.

El radiista trepa por un árbol pero baja sin lograr comunicación.

—Las nubes están corriendo como diablos; parece que va a empezar a llover.

El gordo está parado sobre un hormiguero pero prefiere el economo de las picadas a moverse ahora. Hodelin regresa. —¿Vamos a acampar aquí?

—No, solo un momento para que descanse la gente —dice Marzins. Alguien pide permiso para fumar y le responde que puede; la pequeña llanita del fósforo ilumina mucho más la selva de lo que podía esperarse y el soldado la cubre rosegada con las manos. Al tacto los hombres buscan por el suelo pequeñas bellotas de masa fibrosa para masticar algo. Hacia la izquierda Isidro da un respingo porque ha tropezado con un cuerpo; Marzins enciende la linterna de campaña y lo primero que ve son los ojos sin párpados del cadáver, tremendamente abiertos, los globos inflamados sobresaliéndole de las cuencas, a punto de tambalar por el pellejo empalmado del rostro pegado a la osamenta, y el cuello abierto de donde fluye lento un líquido pastoso.

—Demasiados muertos para un solo día —dice Marzins—; ¿podemos seguir?

—Ya estoy bien, teniente —dice el gordo estrechando las piernas para sacudirse las botas.

Cuando la fila se pone en movimiento, a ambos lados en la maleza se escuchan ruidos como de animales huyendo.

—Seguimos, seguimos.

—¿Faltará mucho? —pregunta Aroche.

—Yo creo que no; pero cualquiera sabe.

¿Cuántas formas habrá de podrirse? Quizás no haya un patrón único, un comportamiento uniforme para la descomposición; posiblemente cada cual se pudra de un modo distinto, como las huellas de los dedos o las trazas al escribir. ¿No comenzará uno a podrirse incluso antes de haber muerto? El escamoso en las entrepiernas es un tizón encendido y la punta de las agujas detrás de los ojos se unen en el fondo del cerebro, en un fondo que cree poder tocar, apretarlo en el puño o entre las manos. —Que el gordo no se quede atrás —le dice a Madariaga y el muchacho se detiene esperando el final de la fila.

La oscuridad de la selva envuelve a cada hombre en su propia soledad, aunque toque la espalda del que va delante al levantar la mano, o sienta los pasos del que le sigue trastabillando entre los helechos. «Ya deben estar buscándonos, piensa y le mortifica la idea. Madariaga regresa adelantándose al andar de la pequeña columna.

—Va bien.

—¿Tú no estás cansado?

—Yo no; que va.

—Apúdalalo, anda.

—No quiere.

—Quédate con él de todas formas.

Oncera ha disparado la pistola pero en un ángulo tan cerrado que la bengala estalla apenas sobre las copas de los árboles. Veloso se sube al techo de la cabina del camión y dispara tres veces seguidas iluminando bien alto con el centelleo de las luces de colores. —A esa altura deben ver —dice.

Avanzan cuatro kilómetros y repite la operación. El radiista ha escuchado las señales pero las pierde con la marcha del camión. —En los dos kilómetros anteriores; más o menos —dice. Regresan despacio intentando precisar mejor. —Aquí —dice y le pasa los auriculares al capitán—. Son ellos.

El camión tiene que frenar de súbito para no chocar contra el jeep que ha parado sin avisar. Los hombres se caen unos sobre otros.

—Yayo, mira hacia el norte. Hacia el norte. Voy a lanzar bengalas. Dime si las ves.

Desde la cabina dispara; de nuevo el centelleo en la alta cien o doscientos metros selva adentro.

—¿No ves? Manda a subir a alguien en un árbol: en diez minutos vuelvo a lanzar bengalas. Dime si las ves a la izquierda o a la derecha.

Madariaga sube y espera arriba. —No veo nada —dice al bajar—, siempre hay árboles más grandes tapando.

—Tira tú, Yaya, con trazadoras —grita Veloso en la carretera.

—Pueden detetarme, Veloso, por el ruido de los disparos —contesta Marzáns en el bosque.

—Cada diez minutos voy a lanzar bengalas; mantente en comunicación. Cuando las veas avisa en qué dirección.

—Déjeme solo, déjeme sola —dice el gordo—, yo llego, yo llego. Si me ayudan es peor.

Adelanta a los hombres, que le van haciendo espacio, hasta colocarse detrás de Marzáns que siente el resoplido de su respiración. A retaguardia suena una ráfaga larga y los soldados se abren en defensa; el gordo se deja caer en el mismo sitio en que estaba, pone el fusil apuntando en la dirección en que marchaba y cierra los ojos sintiendo el frío del sudor por los párpados. Cuando Marzáns llega, Arcoche está junto al hombre que ha disparado.

—Fue algo que vi en la oscuridad —dice—; que sentí en la manigua.

—¿Que oíste?

—Que sentí.

Arcoche le quita el fusil, le saca el cargador y luego le acciona haciendo saltar el cartucho. Le devuelve el arma sin balas. —No le pongas de nuevo el cargador —le dice—. Colócate al centro de la fila.

El hombre se terea el automático a la espalda.

—No va a volver a pasar —susurra y ocupa el lugar que le han señalado.

—Voy a disparar con trazadoras —anuncia Marzáns por radio—, dime si me ven y hacia dónde.

Dispara tres ráfagas hasta agotar un cargador completo. Desde la carretera vieron las pequeñas rayitas rojas, casi anaranjadas, pero no escucharon el ruido.

—¡Yaya, coño, derecho, derecho, que ya saliste! grita Queira por radio—. ¡Ya estás afuera!

—Repítela que le dé recto —le dijo Veloso.

—Dicen que estamos ahí mismo —gritó Madariaga, y fue como un espuelazo a un potro dormido. De nuevo quieren quitarle el fusil al gordo pero no se deja: —Yo llego, yo llego.

Cuando alcanzan la carretera los ayudan a subir a los camioneros. El jeep se lleva a Marzáns divertido hacia el Estado Mayor.

—Caramba, teniente, ¿qué fue lo que pasó?

Es el segundo encuentro con el jefe del frente, el comandante de las dos grúas arrugas a am-

los lados de la cara. Él comienza el parte en forma.

— Toda la gente llegó bien; tuvimos un tope con el enemigo escondido en cuevas; a ocho horas de marcha en línea recta sobre el punto a donde salimos.

— ¿Dice que regresó todo el mundo bien?

— Todo el mundo.

— ¿A ocho horas de marcha?

Marzán consulta el reloj: — Ocho horas; a buen paso.

— Entre veinticinco y treinta kilómetros — dice el comandante y se acerca al mapa—. Aquí — y marca con un punto rojo—. Más o menos.

Se mira hacia Marzán: — Cualquiera se equivoca trazando la asíntota en el monte, ¿eh?

A gatas se mete Lajo las dos aguas del nylon tenso sobre la saga amarrada a los árboles. Con los ojos cerrados coloca el automático en el suelo, cruza sobre él las manos y descansa la cabeza en ellas. Las gotas de la lluvia que comienza se rompen contra el impermeable; los pies dentro de las botas le han quedado fuera.

En la madrugada lo despiertan y ve la cara del político casi junto a la suya.

— Estabas hablando en sueños; alto.

— ¿Sí?

— Era como un nombre de mujer.

— ¿Cuál?

— No distinguí bien — prese a la oscuridad supo que el político se reía.

— No me acuerdo — dijo

Se volvió a dormir.

LIBRARY

Capítulo VI

La exploración marcha a cincuenta metros; dos hombres mirando los laterales y el frente, el tercero inclinado sobre el trillo, descubriendo una pisada aquí de pie desnudo, allá calzado, de un día de esta mañana, de hace un rato; una hoja de árbol que no crece junto al sendero; el tallo de una yerba doblado demasiado alto para haberlo hecho un animal.

—La orden es que no nos internáramos más de diez kilómetros —dice el jefe de pelotón.

El radio no establece comunicación. El radista cambia de orientación la antena, saca el aparato de la sombra de los árboles.

—Pantalla, aquí pantalla dos, adelante.

Nadie responde. Desde algún lugar la avioneta transmite los puntos de referencia a la artillería.

—Cacao, dile a Pantalla que avancé 15 kilómetros; hay huellas hacia la selva; que si sigo.

—Estoy muy alto para hablar con Pantalla.

La noche se acerca ocultando allá, casi en el horizonte, en la unión de la pradera con el monte firme, los inmensos yerbazales más altos que un hombre y donde los angolanos dicen que viven el yacaré y la onza.

—Jefe, si quiere nos adelantamos un poco.

—Quinientos metros. Y regresen.

Las cantimploras se quedan sin agua; los hombres sienten el hambre sobre el vientre y el pecho y la espalda, y el peso de los tres cargadores y la granada al costado y las 150 balas tirando hacia abajo, haciendo difícil caminar, más aun cuando la hierba se enreda en los pies o resbala como limo.

En el regreso, a mitad de camino, en el campamento abandonado del enemigo, que ha sido incendiado, se hace un alto. Los hombres se dejan caer, cruzan las piernas apoyando la cabeza en el fusil sujeto delante o recuestan los riñones a los cascotes; fuman.

Alguien habla del regreso. Después, que seguro estarán para los carnavales en Santiago, que se verán en Trocha. Acosta, alto y hueaudo, de quijada pronunciada, dice que se va a llevar un envase de munición de cañón para llenarlo de cerveza.

—De canhao —dice el sanitario, que todo lo quiere traducir al portugués.

Lino, el jefe de pelotón en esta explotación, alto, lampiño, de pelo recto, no habla. Probablemente piensa en Velasco y que ya se debe preparar la tierra para la siembra de frijol en primavera.

—Vamos, muchachos.

El regreso es alegre, jovial, pese a que la oscuridad ya borra la silueta de Luvei, la aldea que todavía no se ha ocupado, allá en la pendiente casi junto al puente donde los ingenieros trabajan pese a las minas.

—Nos vemos en la Trocha.

—Con el envase de canhao.

A la llegada el telegrafista habla del discurso de Fidel en Conakry, escuchado por el radio de onda corta. —Si Suráfrica no se va de Cune. Namibia se convertirá en campo de batalla, dicen que dijo.

—A darle palos al burro hasta que se le pele el lomo —grita Acosta.

Lino descuelga de la hamaca el cepillo y comienza a limpiar el fusil. En un pom de tirador Esteban prende una pequeña fogata para hacer café; alrededor hablan de aviones, de tanques, de la cadencia de tiro de las automáticas. De la carretera llega el ruido de los camiones y los blindados que comienzan a formar la columna. Mañana seguirán viaje.

A la tercera escuadra la han situado en el extremo de la avanzada, a cuatrocientos metros de la carretera en línea recta dentro de la selva. Cuando la noche comenzaba a cerrarse bajo la lluvia, Acosta y Wilson trajeron, atravesando la manigua espinosa, los dos calderos con la comida que llegó al campamento improvisado aumentada por el agua. Los hombres han procurado no dispersarse mucho por los aislados que están del resto de la tropa —con el ruido de la tormenta no podría oírse muy lejos un disparo de fusil— pero también hubiese sido peligroso reunirse más cerca que la separación de seis metros que han mantenido. Tampoco se han fortificado en regla sino solamente han cavado cuatro agujeros de rodilla en un arco cóncavo hacia el monte. Por todo eso te has querido quedar con ellos. El agua corre en torrentes por el suelo y penetra los capotes e incluso los nylons. Los que duermen en las hamacas y los que han preferido acostarse en la tierra, no pueden escapar de ella y se ovillan haciéndose más pequeños, buscando el calor de sus propios cuerpos. El soldado de posta apenas puede ver entre los árboles y el maniguazo que lo envuelve a cada golpe del viento; la lluvia produce ruido como de gentes que se acercan o se preparan a saltar desde los ramajes y los truenos pueden ser disparos hechos desde la oscuridad del bosque; el agua, descendiendo del casco como de un alero, ennegrece, y el fusil hay que mantenerlo apuntando al suelo, bajo el nylon y pegado al

cuerpo, para evitar el riesgo de que, de mojarse no funcione.

En el automóvil la pizarra está encendida con luces rojas y amarillas y hay una Santa Bárbara colgando del espejo retrovisor al centro del parabrisas. El chofer silba una canción a un ritmo más lento del que le es propio y mira repetidamente por la ventanilla. Después de la curva, a media distancia hacia la playa, detiene el carro y apaga los faros de largo alcance dejando encendidos solamente los indicadores; luego entra dando marcha atrás, en la guardarraya.

—Es aquí —dice el chofer.

Tú te bajas y ajustas el 38 cañón corto entre el pantalón y la camisa y te revisa los bolsillos para comprobar que no has perdido las veinte cápsulas y la fosforera de gasolina. El chofer te alcanza un paquete por la portezuela. —Dale esto al jefe —dice—, que no se te vaya a perder.

Luego arranca otra vez y toma la carretera camino del pueblo. Te acercas a la figura que ha estado de pie observándolo todo y que te da una escapeta diciéndote que te la manda el moro; después lo sigues.

Si Estela te viera ahora, Marrans. Pero ya hace rato que la muerte dejó de forzarle la sonrisa bajo la tierra. Abierta la carne en canal por los rockets y los dos panes de ametralladora que el avión dio sobre su cuerpo —dos panes especial-

mente para ella, Marzáns.—, cuando venia desde el San Germán con los mensajes de las otras dos columnas para la operación combinada. La rogiaron en lo más limpio del potrero, donde no habia resguardo alguno. Dicen que cuando vio girar el avión se quedó de pie, sin tenderse siquiera, mirándolo como si con los ojos pudiera derribarlo. Rota la carne por donde salieron los huesos astillados. Despedazado el cuerpo aquel que tan bien conocías, Marzáns, que todavía sientes en el hueco de tus manos y la tersura de su piel en las yemas de tus dedos.

Antes se habian ido, por caminos parecidos, el cordovés y el rubio y el flaco, y entonces, cuando todo aquello terminaba en el triunfo, pensaste que ya no habia lugar para ti sobre la tierra, ni siquiera en aquella que pudiese estar en el fin del mundo.

Acosta se levanta de su cama de cujes y avanza encorvado a relevar al gallego. Lucio, entre los matajos de la derecha, tose varias veces.

—La cosa no es de molestias; te puede joder mucho molestar a los demás, es un asunto tuyo. En la guerra todo son molestias; si caminas o andas en el BTR; si duermes en la hamaca o en el suelo; si te bañas en un río donde te puede comer un cocodrilo, o no juegas agua en veinte días; el almuerzo una vez bajo el sol y otra bajo la lluvia. Todo es molestia. Desde que salimos de la casa ya nos estamos molestando.

—Molestar por causa mia quiero decir —masculla Marzáns.

—Esa no es la cosa, no —sigue hablando Oneira—. El problema no es de si se molesta o no. El problema es de acertar, de no fallar. Ese es el problema, o uno de los problemas.

—En el monte una pendiente te cambia la actitud. No pensé que la desviación con la carretera fuese tanta; el grado de inclinación quiero decir.

—Hay que pensarlo todo —dice Veloso.

—Bueno, no lo pensé. Para mí la cosa era darle duro al enemigo; que lo vea.

—¿Esa fue la orden? —pregunta Oneira.

—¿Cuál?

—¿Darle al enemigo?

—¿Hay que ordenar batir al enemigo si uno se topa con él?

—¿Te diste en la cara con él?

—Como si fuera, Oneira, como si fuera. Vi las huellas en el arenal de un arroyo. Hasta se hubiera podido decir si iba un cojo.

—No es lo mismo.

—Yo creo que sí. Si tú hubieras visto las huellas pensarías igual.

—Mira, Marzáns —dice Veloso—, no es que te estemos cayendo arriba; en definitiva lo pa-

rado pasó. Pero yo creo que Oneira puede tener razón en algo; la misión tuya era de reconocimiento, casi de rutina, como una seguridad para el Estado Mayor y la logística. Lo que siempre se hace y tú lo sabes. Tú no tenías fuerzas, ni en hombres ni en armamentos, para enfrentar una situación como, vaya, la que encontraste; claro, tuviste suerte...

—Podiera ser, pudiera ser; pero era un terreno donde no me podían emboscar.

—Pero un pelotón solo...

—Íbamos con precauciones...

—Tú mismo has hablado de que la vida del soldado es lo más importante, ¿no es así?

—Sí, es verdad.

—Y que los muertos que hay que contar son los que le hagan a uno, ¿no?

—También.

—Entonces.

—Mire, capitán, yo me sentía muy seguro; sabía que no había riesgos mayores.

—¿Una coronada? —pregunta Oneira con sorna.

—Iban como a la desbandada; sin organización. Eso se veía en las pisadas; y el montón de muertos... Era un enemigo en plan de robar y matar; no de combatir. Fíjense que no tenían ni postas.

—Eso se supo después.

—Y sí. La vida del soldado es lo principal. Yo pienso así.

—Y nadie piensa en contrario —dice Veloso—, pero los resultados buenos no deben cegar para analizar si una cosa estuvo bien hecha o no.

—Eso no lo discuto —dice Marzán.

—Lo principal es cumplir la orden —dice Oneira—. A como sea.

—¿Y si ves la oportunidad de batir al enemigo?

—Cumpla la orden, vuelvo y pido autorización; después regreso si me la dan.

—¿Y si ya voló?

—No es asunto mío; yo cumplí.

—¿Con la orden?

—Con la orden.

—Pero, ¿y con la razón de estar aquí, que es acabar con la contrarrevolución?

—Eso es otro asunto. Los superiores saben. Con la contrarrevolución acabamos siempre, y cumpliendo las órdenes que se den. Eso es así.

—No tan cerrado, Oneira, no tan cerrado. Yo sé lo que me refiero es a que era una unidad muy débil. ¿Y si no hubieran estado como estaban? ¿Y si hubieran tenido disposición combativa adecuada? ¿Y si se mantienen hostigándote duran-

te toda la noche? No hubiera llegado uno solo a la casertera.

—Puede vérmela fea. Pero es que la azimut... No sabía que me había desviado tanto.

—Entonces Oneira tiene razón.

—No en eso de que uno tenga que cumplir exactamente con el papelito que le hayan dado antes; no en eso; un hombre puede más que eso.

—Puede ser, puede ser. En general puede ser, pero en este caso concreto...

—Una orden es una orden. Y un hombre si es revolucionario lo que hace es cumplirla. Ese es su papel, y no papelito. El del jefe será otro; y más para arriba tendrán el suyo.

—Por ese camino se limita la iniciativa para hacer las cosas y...

—Bueno, está bien...

—...la responsabilidad con lo que se hace. ¿Por qué ustedes pueden estar discutiendo conmigo? Porque como yo veo el asunto puedo actuar con mi cabeza. Y después yo soy el responsable. Si acierto o si fallo yo soy el responsable; por eso es que pueden estar discutiendo conmigo.

—Conversando.

—Bueno.

—¿Y si por irte por encima matan a algunos?

—Ya dije de eso, ya dije. Me sentía seguro.

—En el Camai te pudiste meter debajo de nuestra propia artillería.

—¿Sí, Oneira? ¿Cuando yo había dado los parámetros? ¿Y pegado al puente donde si lo cañonean lo hubieran volado, que era lo que se quería evitar? No me hagas reír. Mira, compañeros, ya te digo...

—Te ibas fuera de la orden; te pudieron...

—...el problema no es no correr riesgos, sino pensar bien, saber hasta dónde pueden llegar.

—...hacer un papelón, ¿sabes?

—A lo mejor. Pero la cabeza uno la tiene para algo.

—Para cumplimentar lo que se manda. No para estar inventando. Muchos inventores fastidian la com. Eso es lo que yo siempre digo de la agricultura —dice Oneira.

—¿De qué tu hablas, chico? ¿Qué es eso de la agricultura? ¿De aquí, de Angola?

—Marzáns siempre supo que estaban ahí —dice Modellín.

Los hombres de la otra compañía lo rodean sentados al borde de la cuneta. Quieren saber los detalles del combate, de la pérdida en la selva, de cómo pudieron salir.

—Él siempre supo que estaban por ahí; y a lo mejor que estaban allí mismo. Si, de ver el mapa nada más ya él sabía que estaban allí mismo.

en el agujero aquel. Por eso cuando yo le dije de las pisadas, él dijo está bien y torció a la derecha. Porque ya él sabía, desde que salimos de aquí ya él sabía.

Por el camino iridiscente por la luz del sol en su renit el gordo se acerca hacia el grupo.

Veloso pone la lata de leche condensada en el suelo y saca la bayoneta; —Si, qué tiene que ver eso —dice.

—Es lo mismo, lo mismo. Todo el problema de la agricultura es que no se cumplen las órdenes, que cada cual quiere hacer lo que le da la gana. Si se organizara igual que el ejército, que lo que hay que hacer viene de arriba, pero bien especificado, ¿eh?, y el informe de lo hecho desde abajo... miren, compañero-, ustedes verían.

—¿De Cuba tú hablas? —dice Veloso.

—No es lo mismo, no es lo mismo. Eso ya lo conozco bien. No es lo mismo más nunca en la vida. Un ejército se prueba en la guerra pero la producción se prueba todos los días. Como si estuviera siempre en guerra; no es lo mismo.

—Que hay mucha gente que está en la inventadera. Marzáns, en la inventadera.

—Ya te quisiera ver de administrador de un plan, donde además de la producción tienes que sacar un tractor para llevar un muchacho al médico a una mujer pariendo, o coger madera de una vaquería para arreglar una escuela, o enyun-

ir una carreta para buscar un sarcófago para un guajiro que se murió. Todo te cae arriba. Toda.

—Eso es verdad también —dice Veloso.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Olvidarte de todo eso? No, no puedes olvidarte. Las cosas no son siempre como se piensan.

Oceira se ha puesto a hurgar con la punta de la bayoneta en una figura de madera que representa a una negra desnuda con las manos crucadas sobre la cabeza.

—¿Qué es eso? —le pregunta Veloso.

—La encontré por allá atrás en una cubata.

—Está bonita —dice Marzáns.

—Es un recuerdo.

—Eso está prohibido llevárselo —dice Veloso.

—¿Cómo?

—Las obras de arte. Hay que dejarlas. Además, la puedes romper con la bayoneta.

—Pero si le estoy quitando el fango nada más.

—¿Cómo es eso, Modelín? ¿Cómo tú dices que él sabía? —pregunta uno de los muchachos.

—El montón de muertos estaba así, como en una lomita. Como la que se hace cuando se llena el agujero de yerba y miel para el ganado. Ahí estaban. Entonces nosotros les quitamos la tierra,

un poquito de tierra nada más que tenían. Y acabamos los muertos que ya estaban reventados; cundidos de gusanos. No había auras porque en este país no hay auras y si las hay yo no las he visto. Y las fieras no se los estaban comiendo porque las fieras no comen carne podrida; nada más carne cruda pero fresca. En el montón de muertos Marzáns supo que andaba por ahí Chitangua, que sólo opera de noche. El que dice los angulanos que es un cagueiro y que una vez le vacieron un peine de AKA y no se murió. Se come el higado de las gentes; sólo el higado. Yayo supo que andaba por allí por los boquetes en el lado derecho de los muertos.

—¿Cuántos fueron?

—¿Qué cosa, Oneira? —dice Veloso.

—Los muertos.

—Cien —dice Marzáns.

—¿Cuántos?

—Cien.

—¿Un una con dos cerros?

—Exacto.

—¿Por qué no, Oneira?

—Compañera, cien es una batalla en regla.

—Buena, batalla no fue. Pero un buen combate sí.

—¿Los contaste?

—¿Contarlos? Si estaban en el fondo de un agujero que había que llegar con sogas.

—Ah no, así no vale. Cualquiera mata así. La cosa es bajar y contarlos.

—¿Y si hay un francotirador? No vale la pena. Los muertos estaban ahí; cuéntense o no se cuenten. Por los anteojos reconocimos; Aroche y el explorador y el político y yo, y otros nombres, cien les digo; cuando menos.

—Como en el asalto no pudieron rodear, aquí dicen que mataron a cien; a anotarse el punto.

—¿Qué punto de qué? —dice Veloso—. ¿Para qué la mentira?

—La gente siempre exagera lo que hace.

—Yo no soy la gente.

—En forma natural se exagera, quiero decir. Sin darme cuenta uno.

Veloso abre dos agujeros en la lata de leche condensada; se prende ávida de uno de ellos.

—La cosa fue así —dice Marzáns y dibuja un círculo en el suelo para contar el combate.

El gordo se sienta al final de la fila y pide un cigarro.

—Nos subimos a las matas —dice Hodelin—, unas matas largas y flacas, finisimas, que yo no había visto antes, como de madera de casuarina por lo flexible. Nos encaramamos en los pim-

pollitos y Madariaga y Zaldivar colaban los cobertores dentro de las cuevas. Qué puntería, con padre, por la misma entrada. Y entonces salían los unitas como cuando se le echa alcohol a un cucarachero. Aquello no tenía nombre, no tenía nombre.

—Por eso digo que eran cien. Había más de veinte montones de muertos. Oigan, compañeros, tapaban las matas de plátanos. Los hombres tendidos en el suelo junto al horde no paraban de tirar. Yo tenía miedo de que se acabaran las municiones.

—De todas maneras se debió haber mandado a alguien a comprobar. Y limpiar las cuevas después. Quién sabe lo que pudiera haber.

—Debe haber habido un peje gordo ahí —dice Veloso.

—Más a mi favor. Esa operación no se terminó. Ahí había que haber bajado.

—¿Habrá escapado alguien?

—Es posible —dice Marzáns—, no se sabe cómo son esas cuevas por dentro. Alguna galería, otro piso. Alguien que no se murió pudo haberse ido después de que nos fuimos nosotros.

—Había que haber bajado, haber bajado. Proteger a la gente pero haber bajado.

—Yo creo que tú pides mucho —dice Veloso—, el objetivo se había cumplido.

—Sí, sobrecumplido —dice Oneira riendo.

—Por lo menos era uno a uno; no va.

—¿Cómo uno a uno?

—Por cada muerto de ellos uno de nosotros; no va.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunta Oneira.

—Era convertir un éxito limpio en uno discutible. Uno a uno.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Yo firmé el parte —dice Veloso—; creo que el cálculo está bien hecho.

—De la misma manera que no mandé al asalto en loma Cassai porque no había falta, no mandé a nadie abajo. Nada de eso. No va.

—Pero conté-tame, compañero: ¿Cómo puedes saberlo?

—Mita. Oneira, eso es como una ruleta rusa. Cuando se va a un combate se sabe que se condena a algunos. A veces hasta se puede decir el número. A veces no; casi siempre sí. Y puedes estar seguro, después de unas cuantas veces casi no te equivocas. Lo que nunca sabemos es quiénes van a ser, si el que está adelante o atrás, a un lado tuyo o a otro. Nunca se sabe. Pero algunos van a ser y se puede calcular antes de que pase. Lo único es que nunca se sabe quiénes.

—Así mismo es —dice Veloso—, pero a pesar de eso hay que ir.

—Claro, hay que ir —dice Oneira—. Ese es el papel del jefe.

—Eso de trágico tiene la guerra —dice Veloso—, que uno sabe que siempre algunos compañeros van a caer.

—Claro; y hasta el número.

—Y es duro hablarles a los compañeros y mirar las filas y saber que algunas de esas caras no las vas a volver a ver.

—Como una ruleta rusa.

—Por eso el oficial se prepara —dice Oneira—, porque tiene que ser más fuerte que la muerte; más fuerte que el miedo a la muerte de sus soldados, y si hace falta, que el soldado le tenga más miedo a él que a la muerte misma —dice Oneira.

—Yo no puedo ser así —dice Marzáns—, y tú tampoco, Oneira.

—Eso es hablar por hablar —dice Veloso.

—Si es necesario, fíjense bien. He dicho si es necesario solamente. El buen oficial, claro.

—Ya te digo que es como una ruleta. El buen jefe sabe cuántos pueden morir. Y a veces hasta quiénes son los más probables. Pero eso cuando ya ha pasado mucha tiempo con ellos. El mejor oficial es el que condena el menor número de sus hombres cumpliendo el objetivo. La seguri-

dad del soldado es su jefe. Esa es parte de su función.

—Pero cumpliendo el objetivo —dice Oneira.

—Claro, cumpliendo el objetivo.

—Si no cumple el objetivo no ha hecho nada —dice Veloso.

Le pasa la lata de leche a Marzáns, que bebe y el líquido dulce y espeso lo hace toser varias veces. Oneira le golpea la espalda con la palma abierta, riendo, y le alcanza la cantimplora.

—Se fue contra natura —dice Marzáns y la voz es un cómico hilillo quebradizo. Los tres se ríen. Oneira chupa largo de unos de los agujeros.

—Marzáns esperó la noche para estar seguro de que se había matado a Chitanqua —dice Hodelin—. Él no se perdió nada, sino que se hizo el perdido para esperar la noche. Para estar seguro de que le había sacado las tripas al coguero. Si no aparecía esa noche es que estaba muerto; y no apareció.

—Al enemigo hay que exterminarlo; partirlo una vez y caerle detrás. No dejarlo levantar cabeza. Hasta que se haga tierra. Esa es la única verdad.

—Hay que vencerlo —dice Veloso—; que se parezca pero es otra cosa.

—Exterminarlo. Es la única verdad de la guerra.

—Las verdades nunca son únicas, Oneira. —dice Marzáns.

—¿Que no? ¿Y la Revolución y el socialismo?

—Esa es otra cosa; esa es una cuestión de principios.

—En qué quedamos.

—Una cosa son los propósitos y otra la manera de realizarlos. Lo que te sirve para ganar un combate puede no servirte para ganar la guerra entera.

—Claro.

—Visto así.

Oneira saca una foto en la cual él, cargando un niño, abraza a una mujer embarazada.

—¿Tu familia? —pregunta Marzáns.

—Sí —contesta Veloso y le quita la foto a Oneira—. Salió bien Migdalia aquí. ¿eh?

—Luce bien.

—La mala es la que tiene al lado.

—Tráe mellizas. Debe estar al parir. Le mande a decir que si le hice dos hijas cuando me fui, cuando regrese le voy a hacer tres.

Vuelven a reír y se beben el resto de la leche condensada. El político de la compañía llega de paisa. —Se presentaron dos unitas medio muertas de hambre y de paludismo. Estaban en el

huevo ese que atacó Marzáns. No saben contar pero dicen que allí había el doble de los soldados que ven en el Estado Mayor. Dicen que sufieron porque la hediondez los asfixiaba. Figúrense.

—Ya ustedes ven.

—Que había un teniente coronel dicen.

—Podiera tener información valiosa —dice Oneira y lanza la lata.

—Coño, me hubiera dejado abrirla —dice el político.

—No le quedaba nada.

—Uno de los grandes combates de esta guerra —dice Hodelin—: Yayo Marzáns lo sabía todo desde un comienzo. Uno de los grandes combates, si señor. ¿No es verdad, pardo?

—Así mismo es.

Cuando el BTR de Marzáns pasa y le indica la posición a ocupar en el monte, Aroche se baja del blindado a su mando y pide, dirigiéndose a las dos escuadras que ocupan la parte trasera del carro, dos hombres para que lo acompañen en la exploración. Isidro dice: —Vamos, hijense dos— sin precisar nombres. Los soldados vacilan, disimulando bajo la lluvia, sin ganas de saltar los capotes y recibir el frío del agua directamente sobre los uniformes ya húmedos. Además en la noche anterior les han informado

de las 150 minas encontradas en el puente recién reconstruido y el angulano muerto desengrado por la explosión de una de ellas y el cubano mutilado de ambas piernas.

—¡Vamos, coño —dice Wilson y se lanza por la borda metálica—; nadie se muere la víspera!

Luego otros tres se bajan por encima del borde resbaladizo de la pared del blindado.

—Ahora sobran —dice Isidro.

Aroche sonríe ocultándole ya los yerbales. Wilson hace señas con ambas manos al chofer dirigiendo la entrada del vehículo en los matorrales; con la defensa derriba los primeros arbustos. Desde las cuatro de la mañana vienen avanzando; ahora, mientras cinco hombres se quedan cavando las fortificaciones, 26 inician a pie la exploración de seguridad del Estado Mayor de la columna.

La operación se lleva a cabo con limpieza, con precisión. —Como para que la estudien en las escuelas —dice Esteban.

Se penetra en profundidad, marchando en columna, guardando la separación establecida entre hombres. En cada claro pasa primero la vanguardia, luego, cuando ésta hace señas, atraviesa una escuadra que se posiciona, después el resto. La exploración siempre a una misma distancia, convenidas las aviones para anunciar la proximidad del enemigo; comprobando el radio cada cierto tiempo, un mismo paso cómodo, sin

permitir que nadie se agote, y sin necesitar de descansos largos o frecuentes.

Lucio se da cuenta que Aroche está poniendo todo lo que sabe y aún más, todo lo que es, en esta primera operación que le permiten mandar. Se da cuenta y sonríe mientras espera el aviso para cruzar el prado amarillento. Aquel árbol alto y copado, parece una guásima de su tierra entre los otros árboles quemados, testimonio de una fase anterior de la guerra. Hacia la izquierda los dos agujeros, el de entrada y el de salida, de la guarida de un animal que nadie conoce.

A todo lo largo del camino en profundidad, Aroche ha ido fijando los lugares posibles en que el enemigo puede estar escondido o emboscado, pero sin manifestar haber reparado en ello. Al final, cuando las determinaciones tácticas de las fuerzas que lleva no le permiten internarse más, vuelve sobre sus pasos, iniciando el regreso, desplegado en abanico, abarcando el máximo de abertura con el pelotón, que bate desde atrás, para no ahuyentar hacia el monte al enemigo oculto y disperso. Luego sorprenden la siembra en la tierra sedimentada de la cantera abandonada y hacen los primeros prisioneros, allí, donde menos tupida parecía la selva.

Todo ha resultado como algo perfectamente normal, sin contratiempos. Los soldados del otro pelotón, prestados para esta acción combativa, preguntan por el jefe.

—¿Es permanente?

—No —dice Lucía—, obrero de la Renté en Santiago.

De regreso se oye la explosión de una mina y alguien cree haber oído un grito. Por la noche recalientan la comida al resaca de los tisanas en el fondo de la trinchera. La luna sale enorme como arrancada de la tierra; un disco enorme que duele al mirarse de frente. Parece brotar de los árboles. Los soldados creen que se ha incendiado Lutembo, el pueblo aún no tomado, y saltan a la carretera.

Capítulo VII

LIBRARY

Cuando las últimas ramas enmarañadas sobre el camino, rozando el techo de la caseta del blindado, quedaron atrás, los veinte hombres volvieron a acomodarse lo mejor que pudieron en los dos asientos laterales, uno frente al otro, algunos sentados, los más de pie apoyados en las mochilas junto a las planchas de acero, cada escuadra vigilando en direcciones distintas hacia el monte. La antena de radio del BTR seguía oscilando al tropezar con los árboles de ramajes más bajos.

Lucio, con la camisa portuguesa pintarrajeada, se ajustó la correa del casco al mentón, espero que el blindado saliera de la curva en pendiente y aunque el carro aceleraba para evitar que los cinco pares de gomas quedaran aprisionados por el terreno arenoso, saltó, apoyándose en el cañón del AKA, hasta quedar sentado sobre la rueda de repuesto stornillada a la portezuela trasera de salida.

Aquello estaba prohibido. Desde esa posición las paredes del BTR no le brindaban protección alguna, podía ser fácil blanco desde lejos, no te-

nia la estabilidad mínima para disparar bien, pero eran ya once horas de viaje por medio de la selva, apilado con los compañeros que se turnaban para observar sentados por las troneras, pesando bastante el equipo de campaña y el uniforme a punto de encenderse bajo el sol constante de todo el día. Lucio balanceó las piernas en el aire tocando con las puntas de las botas el suelo de metal y miró el camino que se ocultaba primero entre el follaje, apareciendo después, más allá, en una cuesta no muy empinada donde se veía algo brillante, probablemente restos de vehículos abandonados. El aire caliente le secaba el sudor de la cara y el cuello; se desabotonó la camisa y se pasó la mano sucia de grasa por el pecho. El cabo de la escuadra, parado junto a la cabina, le señaló con la cabeza a Aroche, el jefe de pelotón, sentado al lado del chofer, con el gorro de cuadro negro de comunicación puesto, procurando no perder de vista, a través de la pequeña hendidura de la escotilla, el blindado del jefe de la compañía que marchaba delante, cosa de cien metros. Lucio simuló que no había advertido la señal.

Wilson abrió con la punta de la bayoneta la última lata de pescado en aceite que fue pasando de mano en mano. Cuando llegó a Lucio apenas quedaban unas hilachas de carne en un fondo de líquido viscoso; se lo bebió todo de un trago.

Algo han comunicado por radio y el jefe de pelotón, hablando con el chofer, mira hacia atrás,

ve a Lucio pero no le dice nada. Después del amanecer, cuando chocaron con el enemigo donde nadie suponía que estuviese, poco antes de entrar en las cubetas abandonadas por donde la exploración había pasado, tuvo que quitarle la 7.5 porque disparaba por encima de los combatientes sin esperar que hubiesen terminado de lanzarse del blindado.

En realidad se la quitó después, luego de tomar el poblado, cuando los de la primera escuadra ingresaban con los prisioneros y el jefe de compañía mandaba que no les hicieran preguntas, que los pasaran a retaguardia, pues el interrogatorio era cosa de la contrainteligencia o la información.

Entonces, mientras con las palas de campaña abrían camino en la zaralla para sacar el BTR casi clavado de costado en el pequeño barranco, le había dicho que ya no era más señalista sino sólo fusilero.

Muy a la derecha se escuchan las explosiones.

—Esa no es nuestra artillería —dice Bento, el guía angolano. Los hombres levantan la cabeza por encima del borde de la caraca para escuchar mejor. Lucio reconoce el estallido de los morteros de 60 mm, los mismos que abrieron fuego sobre ellos al inicio del combate con mañana, cuando él comenzó a disparar con la ametralladora emplazada en el lateral izquierdo, hacia arriba, hacia un montón de pequeñas figuras

casi en la punta de la loma, que supuso eran los abastecedores de las piezas enemigas.

—Van embora —dice Perdomo, el mulato como de 45 años, veterano de Girón y el Escambray que no se quita nunca los seis cargadores de la RPK, ni siquiera ahora, doblado por los cólicos.

—En la misma dirección de nosotros —agrega alguien.

Los sonidos se escuchan espaciados, cada quince o veinte minutos, quizás más. Mucho más distantes también.

—Por mucho que el aura vuela siempre el pitirre le pica el... —Wilson deja la frase en suspenso y ríe, como siempre hace aunque llueva y no haya comida.

—Por allá los cogerá la columna de Rojas, —añade señalando un horizonte impreciso, sin referencia posible en una selva interminable, siempre igual.

Desde Cangumbe vienen ascendiendo en una inclinación sostenida pero leve, casi inadvertible. Ahora están por encima de los mil quinientos metros de altura, a punto de alcanzar el gran altiplano central, la tierra de los umbundos.

El de ellos es el segundo carro de la columna que avanza paralelo al ferrocarril donde se transporta la técnica más pesada; delante, procurando mantenerse a dos kilómetros, sólo marchan los

dos T-34 de la extrema descubierta con dos escuadras de infantería encima cada uno.

A ratos el avance se detiene. La exploración descubre algo que la obliga a un reconocimiento lateral, o hay una encrucijada de caminos, o huellas recientes de vehículos, o la evidencia de un campo minado, o una senda que marcaba en el mapa ya no existe, borrada por la vegetación.

A media tarde el BTR pierde velocidad, se le apaga el motor, el chofer vuelve a encenderlo, con la compresión, aprovechando el impulso; se apaga otra vez y se para poco a poco bloqueando el camino. La vanguardia sigue avanzando y el blindado delantero también, pero el resto de la caravana se detiene. Entonces el jefe de pelotón comunica en clave al de compañía y el de compañía al de batallón. De algún punto allí atrás llega la orden: —Espere el móvil que viene al final.

Para seguir camino los primeros carros derriban algunos árboles junto al BTR. Por allí atraviesan después los morteros 120, los cañones 75 montados sobre los ZIL y los 76 arrastrados, y los tanques que forman el centro mismo de la columna, el jeep del jefe con el parabrisas roto por los disparos de la última emboscada y los transportes con tropas haciendo la señal de la victoria o levantando el puño, antes de la ambulancia, los camiones de servicio y los lanzacohetes múltiples de cuarenta bocas. Al final de nuevo los T-34 y la infantería motorizada de la retaguardia, cuando ya la primera escuadra ha

formado la defensa circular, desde la carretera hasta cincuenta metros dentro del bosque, por el lado derecho, y la segunda, por el izquierdo.

Wilson es el primero en divisar el carro con el resto de la gente de Santiago y antes de que llegue comienza a gritarles y a hacerles señas para que le tiren algo de comer. Sobre la marcha, sin detenerse, le lanzan latas de leche, y paquetes de caramelos; algunos, para recogerlos, se separan de sus posiciones y Arocho desde debajo del capó, trasteando el motor, maldice y golpea con el puño cerrado sobre el guardafango: —¿Habrás visto gente así alguna vez?

Alguien ha cogido una lata de jalea de fresas y va uno por uno repartiéndola en cucharadas.

El radio ya no comunica pero aún recibe. —No se preocupen, les falta poco.

Un pitazo largo del tren es lo último que se escucha, borroso, como muy lejano. Entonces el silencio de la selva es tanto que calla a los hombres. Luego comienza a llover, primero leve y después torrencialmente, pero siempre en gotas finísimas que penetran enseguida la ropa. Por turnos van a buscar los nylons o las capas; en el blindado las mochilas se empapan, al final no quedará nada seco. Los hombres se agachan, se apoyan en los árboles, se cubren con hojas, queriendo ahuyentar el frío de la altura y el agua sobre la piel cuarteada por tantas horas al sol.

—¿Quién dijo que había taller? —pregunta Arocho sin dirigirse a nadie.

—Esto es pasarse la noche aquí —dice Perdomo, achicados los ojos por las fiebres de las diarreas.

Algún apagado ruido de motor se cuele por entre la espesura.

—Jefe, allá alante parece que hay un camino, si usted quiere yo voy —dice Lucio desde la línea de defensa.

El chofer manobra con la palanca para el arranque intentando activar el sistema de encendido, primero con la mano derecha, después con la izquierda, al final con ambas.

—Puede haber un entronque y parte de la columna estar pasando por allá —dice el cabo de la primera.

—Llégate hasta la curva con otro más.

Antes de que el cabo indique ya Lucio sale al camino: —Yo voy también —dice Perdomo— a ver si el frío se me quita andando.

El camino es un fangal en que se hunden hasta los tohillos aunque avanzan sobre las huellas estriadas de las ruedas de los vehículos.

Perdomo habla de la casa, allá en Songo por el camino de la Prueba.

—Cuando regresemos mata el macho que estoy echando.

Antes de llegar a la curva les hacen señas de que regresen porque el ruido de motor se acerca. —Vayan un sábado por la tarde.

El taller móvil se para delante y el jeep de escolta detrás.

—Que no nos coja la noche, ¿eh? —dice un mecánico gordo, con el portacargador de tirantes sobre el overol. Otros dos conectan el cable para cargar la batería, revisan las bujías y el carburador. —Esto es el sexto que arreglamos hoy —dice uno. Bien adelante suenan ráfagas y disparos dispersos. Después varias explosiones seguidas. El gordo silba entre dientes.

—Ya empezó la cosa.

—Esa es la artillería de nosotros —dice Bento.

Cuando se montan van más apretados por las capas y la ropa mojada; la lluvia golpea aún sobre los cascos y se engarratan las manos sosteniendo los fusiles o sujetas del borde metálico del blindado.

—Cuando lleguen llévenme el carro otra vez —dice el mecánico—, mañana no se puede quedar nadie retrasado.

Al llegar a Chicala, un pequeño poblado de casas de barro y paja dispersas entre las puntas de maíz y yuca, ya los soldados que viajan en el tren, aprovechando que el aguacero amaina, encienden fuego en los mismos vagones, sobre gruesas capas de tierra, para cocinar. Los morteros se han emplazado poco antes de las primeras viviendas y los BM dentro de la aldea misma, algo detrás del puesto médico.

La tercera compañía hace de seguridad combativa y ya abre las fortificaciones; el resto de la infantería se disloca alrededor pero a cierta distancia del Estado Mayor. La iglesia, una nave alargada de puntal alto, es la única construcción de ladrillos de la zanzala. Dentro, entre los ventanales rotos de cristales amarillos por donde penetra la claridad mortecina de un atardecer opacado por el racimbo de verano, las imágenes de dos santos, hombre y mujer, tallados en madera. Delante el pulpito, los reclinatorios, una pequeña palma ornamental. En el suelo una página de revista anunciando un producto portugués con una fotografía de mujer en ropa interior, una lata de cacao vacía, un mechón apagado que aún humea.

Los soldados se tiran del BTR y van con los angolanos a sacar mandioca unos, a echar gasolina sobre la leña mojada otros. Hasta que cierre la noche no tendrán guardia.

A la llegada han tiroteado los carros de suministros y el pelotón de seguridad peina las yerbas altas al fondo de la iglesia.

—Jefe, ¿quién va a manejar la ametralladora ahora? —pregunta Lucio.

—Enséñale al chino.

La gente de los 82 le han dado a Perdomo, a punto de desmayarse ya, un poco de caldo de maíz y ajíes picantes, que bebe detrás de la puerta desgonzada de la iglesia huyéndole al re-

lente. Lucio le explica al chino los distintos lugares de emplazamiento de la 7,5; encima de la cabina si el tiro es hacia adelante; en los goznes de los costados si es hacia alguno de los flancos, en el saliente de la portezuela trasera si cubren la retaguardia.

Después desmonta el arma y se sienta en la tierra junto al carro para indicarle el desarme. Primero despacio, aclarándole la función de cada pieza, dejando que el chino se compeñete con ellas por el tacto, que pueda llegar a identificarlas a tientas; después más rápido, una y otra vez, para aproximarse a los treinta segundos en que debe el chino desarmar y armar la ametralladora. Cuando lo consiga tendrá que hacerlo a ciegos, con los ojos tapados, pero ya eso no podrá ser hoy.

Del yucal regresan apenas con el tercio de una mochila lleno y, además, la mandioca es amarga. Hace más de 24 horas que no comen y los caramelos ya no saben dulces en la boca. Sin anuncio los BM disparan a menos de treinta metros y los hombres corren a las posiciones impulsados por el tremendo estampido, como de leña rajada, y las llamaradas rojizas por encima de los techos de las chozas. Luego, al darse cuenta, se ríen los unos de los otros. Sólo Lucio y el chino no se han movido y apenas levantan la vista.

Las compañías de Holguin y Mayarí llegan con mucho ruido porque han tropezado con el enemigo como a 45 kilómetros, y traen un herido

con un balazo en el muslo que alguien dice que le cogió la femoral porque el sanitario no le ha dejado de presionar todo el tiempo más arriba de la ingle para controlarle la hemorragia.

Se lo llevarán para Luso tan pronto saquen el carrito de línea de la exploración del tren de delante de la locomotora y lo lleven, cargado, hasta detrás del último vagón, pues en el poblado no hay ramal auxiliar.

Lucio corta ramas con bastantes hojas, ayudado por el chofer y el chino, para enmascarar el blindado. Esa también es una obligación del sanitario. Se oyen disparos hacia la pendiente del río donde han ido a posesionarse los katangueses. El enlace viene de prisa: —El pintorreteado que emplaza hacia allá —dice.

—Ya Lucio no está con la ametralladora —contesta Aroche.

—Buena, el que sea.

Los que acaban de llegar hablan con los de Santiago de Mayabe y la playa de Santa Lucía, y el Morro y la cerveza en la Iris.

—¿No conociste al maestro de quinto grado del centro escolar? —le pregunta Perdomo a un rubio de Cueta que llegó en diciembre. —El viejo Perdomo, cómo no. Me dio clases a mí.

—Mi papá —agrega Perdomo—; murió antes de yo venir; como una semana.

El rubio abre los ojos y separa las manos sorprendido, los demás bajan la voz.

De nuevo empieza a lloviznar y tapan el fuego donde cocinan con unas planchas de zinc. El chino se ha quedado en el blindado junto a la ametralladora como si la orden fuese que no se separara de ella.

—Ya sabe —dice Lucio al jefe de pelotón. Veloso, el de compañía, llega entonces con el abrigo abotonado hasta arriba.

—Aroche, dos hombres que vayan con el herido hasta Luso.

Ya han terminado de colocar el pequeño carro de línea. Además irán el sanitario y el conductor angolano; 120 kilómetros, a punto de caer la noche, por la vía dañada. ¿Y si el enemigo está emboscado?

—¿Capitán, dos nada más?

—No esben más.

—El camino ese...

—¿Lo vamos a dejar morir?

Veloso lo ha dicho, contra su costumbre, levantando la voz, y Aroche comprende que también está preocupado.

—El helicóptero no puede venir con este tiempo —agrega.

—De la tercera escuadra, dos, rápido —manda Aroche.

Wilson busca a tientas las botas por el suelo cafangado y luego le cuesta trabajo ponérselas por lo mojadas. —Voy enseguida, voy enseguida.

Lucio se acerca con el jazo de la cantimplora en la mano: —Jefe, ya el chino sabe, déjeme ir.

Aroche se encoge de hombros y Lucio corre a alcanzar a Wilson. —Chino, no te olvides, no la uses con el alza tres —grita. Al paso coge un poco del caldo de carne rusa y yuca que está al hervir.

Atuera, Sangre de Pueblo, el comandante angolano, escudriña el inmenso bosque, extendiéndose hasta la Tierra del Fin del Mundo, que todavía falta por recorrer. Unos soldados angolanos, descalzos, le ofrecen maíz asado en la fogata.

La primera tropa llegó a pie hasta la bodega de Ramirez en las afueras del pueblo, donde comenzaban a hacerse más próximas las viviendas. Después la gente del movimiento dentro de la ciudad trajeron omnibuses y varios camiones y en ellos entraron hasta ocupar el palacio de justicia, el ayuntamiento donde estaba la estación de policía, y la oficina de la compañía junto al cuartel de la rural ampliado por la llegada de un batallón táctico del regimiento. La policía se desarmó sin problemas y el comandante llegó desde Santa Lucía y requisó todas las armas largas del ejército dejándoles solamente las pistolas a los oficiales como se había orientado. En el apostadero naval, cerca del ingenio, fue necesario hacer unos cuantos disparos más.

... y ventanas de las casas estaban abiertas de par en par y las personas entraban y salían de ellas sin pedir permiso. En muchos lugares sacaron los radios a las aceras sintonizándolos a todo volumen para escuchar la alocución de Fidel desde Palma Soriano que las estaciones retransmitían una y otra vez. Muchas familias cocinaban en anafres colocados en los portales y ofrecían comida a los rebeldes que llegaban.

El día que cayó Batista fue el día más largo de tu vida. Ahora no recuerdas si lo dijiste a alguien con esas mismas palabras o si las pronunciaste solamente para ti. Pero el sentimiento de tristeza era tan grande, que alcanzó esa expresión propia, marcando una referencia casi material de la cual no podrías separarte más. No puedes recordar aquella mañana y los días que siguieron sin volver a sentir el reconocimiento de toda tu insignificancia, de tu más íntima carencia de sentido. Allí, con el San Cristóbal y los siete cazadores que en varios meses habían podido reunir, en medio de la algazara del grito, de los niños que se trepaban y halaban la barba, de los ancianos que te abrazaban llorando sin conocerte. ¿Qué ibas a hacer con tus espacios vacíos, con la ausencia de premura, con tu propia libertad? ¿Con aquella añoranza de la tranquilidad de lo inorgánico? Entonces te mandaron para Santiago.

—Vélase, no nos podemos estar regalando así
—grita Suárez, el jefe de Estado Mayor, cuando

de el cuivoy comienza a ascender por la angostura del desfiladero. Tú te bajas con el primer pelotón y ocupas la defensa a ambos lados. El calor es mucho y vahadas de mosquitos se meten por la nariz al respirar. Arrancas una pequeña rama cuyas hojas se cierran al ahuyentarte con ella. Las cortezas de los troncos de los árboles alrededor, están comidas por los insectos.

Comienza a anochecer sobre Munhango, un pequeño pueblecito al este de la provincia de Bie, casi en el límite con las de Mozico y Cuando-Cubango, en el borde más interior de la inmensa meseta central.

El atardecer de marzo, al final del verano, es lento, pesado, como si al sol le costase trabajo desprenderse de esta tierra siempre igual, casi monótona, sin apenas diferencias de relieve, que no parece tener fin. En las paredes de las edificaciones, muchas de ellas de mampostería, puede leerse la marcha de la guerra: Viva Savimbi, Arrriba Holden, UNITA, FNLA, Kuacha Angola, Kuacha África, MPLA, Vivan las FAPLA, Viva Neto, Victoria certa.

Casi todas las casas del pueblo, menos las del centro, han estado ocupadas por las tropas varios días; ahora los hombres comienzan a recoger sus cosas, a descolgar las hamacas, a arreglar las mochilas. Esa es toda la orden dada, pero ya en el patio de la estación de ferrocarril.

les las tres locomotoras maniobran los carros planchas y alguien llega con la noticia de que han comenzado a montar los tanques.

No cabe dudas; después de varios días de operar en el altiplano, regresan a Luso. Tal parece que se hubiese intentado una dirección hacia el sureste, hacia Gago Coutinho, la última ciudad sin liberar, pero que los caminos hubiesen sido horrados por la selva; o que se hubiese querido dominar el altiplano, o aquel sector del altiplano, para mantener seguro un único avance desde Luso. O ambas cosas, como alternativas posibles de un plan único.

De todo ello discuten los hombres que ya conocen lo suficiente el país como para dibujar mapas aproximados del mismo en pedazos de papel y trazar con flechas direcciones de ataques imaginarios pero que se aseguran como reales con convencimiento, plazas fuertes del enemigo, columnas de apoyo que avanzan, ¿que ya deberían estar aquí, qué diablos, para acabar esto de una vez?

Los soldados que en Munhango han dormido varios días en el suelo pero bajo techo y tras la seguridad de las paredes, y bañado con agua corriente y comido caliente dos veces al día y aun paseado por las calles que comienzan nuevamente a poblarse de familias angolanas de regreso de los bosques cercanos, no dejan de mirar con cierto recelo este volver sobre el camino andado.

En todo el tiempo en Munhango no ha llegado el correo de Luso que a su vez tiene que esperar el de Luanda. Son muchos días sin noticias de Cuba para aquellos que en Luso recibieron algo, y hay muchos que todavía, desde la llegada, no han recibido nada.

Quizás por eso en las madrugadas, durante las guardias, los centinelas se acercan unos a otros, alejándose un poco de sus respectivos lugares de posta, y aun contra las ordenanzas encienden cigarrillos y conversan de que no hay nada seguro en la tierra, de que para morir basta estar vivos y de que, en un final, no hay amor como el de madre.

Quizás por eso protesten, por lo bajo, de un nuevo movimiento precipitado —cabrona guerra que nos tiene de allá para acá como una bola—, porque quién sabe, a lo mejor las cartas que están en camino se pierden y van para el sur a dar tumbos por el Cunene, o ser arrastradas en el norte por el Zaire, y quién sabe cuántas veces puede haber pasado ya eso, porque no puede ser, ya, tanto tiempo sin una letra.

Perdomo, el del centro de acopios de San Benito, ha escrito una carta y la tiene en sobre cerrado y con dirección bien clara afuera. Una carta que ha hecho despacio y apartado de todos, como a escondidas, durante varios días, y que pondrá en correos si en la próxima entrega continúa sin recibir nada.

Sucede entonces que el moro viene desde el puesto de mando, sobresaliéndole la barriga por entre el overol abierto, metiéndose con toda la gente que encuentra a su paso, el AKA terciado a la espalda, las botas con los cordones sueltos porque apenas le caben en ellas los pies, en la mano derecha una pequeña caja de cartón, sobre la cual se posan las miradas de todos los hombres de la compañía, porque el moro viene para la compañía, aunque antes está la de los BM y los talleres y los servicios, pero esa caja viene, tiene que venir, para la compañía, y como la lleva de descuidada el muy cabrón que cualquier cosa se puede caer y después no va haber quien encuentre un pedazo de papel en el fango.

Y el moro se entretiene, ya a la puerta del mando de la compañía, con los artilleros de 75 de Holguin que preguntan por la pieza de la cerrea que pidieron a Luso. Los hombres lo apuran y él con la mano que esperan, y vuelven a apurarlo y la compañía casi completa sin formación alguna espera, y Veloso y Oneira y el propio Marzáns aunque disimulan con la 75 que habrá de quedarse con la guarnición de angolanos, y el moro, jodiendo, que no sean mal educados, que esperan, hasta que Octavio, que estaba bañándose en las casas del fondo viene a todo correr gritando: —Dame la mía, dame la mía, porque ahí tiene que venir una para mí.

El sopón de frijoles en la fogata se quema y nadie lo atiende; la oscuridad que avanza es

ahora grisacea como si el aire se hubiera empuñado: Marzáns enciende en el saliente de la casa que sirve de puesto de mando y almacén al mismo tiempo, un farol de presión de aire.

—A ver, muchachos, a ver; regalos directos de Cuba, acabados de llegar. No se me amontonen, caballeros, que no me gusta la apretazón, tanta gente junta hincha, caballeros. Hay para todos: el que no tenga carta segura le mandan recuerdos; yo se los doy. Aquí está el primero, 16, el tom, pero no quiere decir nada, nada; 616; quinientos mil seiscientos dieciséis, Braulio Dominguez; te pusiste las botas, pichón, de Amelia Juan de Sorribes.

—¡Sigue a la otra, moro! —gritan algunos y el cono se impacienta y lo rodea más estrechamente, pero él se tarda y cada sobre lo levanta hasta la altura de sus ojos para leer a la poca luz que aún queda, y sigue con su juego porque sabe, el mejor que nadie sabe, que aquello ayuda a hajar a tierra, a disminuir la pesadumbre de los que no van a recibir nada.

—El 19, la lombriz; así le decían a un tío mío que era tremendo sinvergüenza; en Turajo. 519; 16 519. Francisco López, de... toma, dale que no puedo leer.

—El 17. San Lázaro, al diablo, babalu ayé. 15 417. Arriba, negrito; y de lejos, de Santa Úrsula.

—De Chicharrones —grita alguien y se rie—. Francisco, mira a ver si en tu sobre viene algo

para mí —agrega la misma voz ahora impaciente.

—Este sí es bueno; a ver, la piedra fina. ¿cuál es?

—El 25 —dice alguien en la oscuridad.

—11 425 —Veloso ha abandonado el ensamblaje de la ametralladora pesada.

—Para usted, capitán —le dice el moro. La carta camina, de mano en mano, por encima del cerco de hombres.

—Gracias —dice Veloso pero Marzáns cree oír: «Al fin.»

—¡Paloma! ¡El 24! Buen augurio; la paloma regresamos pronto, seguro. 324, 15 324, Roberto Gutiérrez. Tiene una nota atrás que dice «para el más comelón».

El hombre riendo hace por quitarle el sobre.

—Espérate —dice el moro—, de Anelis Bermúdez, Pío Rosado y...

—Oye, chico, mi mujer me dice que Conchita te echó una carta también.

—Cono, debe venir ahí.

—37, hrujería. 14 337, lindo número; el de Jobabo, Hodelin.

Madruga llega con las escuadras de angolanos. Marzáns comienza a indicarle las defensas que deban ocupar, la línea de trincheras más exteriores cavadas casi junto a donde comienza el

pastizal, los puntos de vigilancia junto a las tablas casi destruidas de un cementerio inundado de mangüa. Veloso deja de leer y comienza a armarles la 7,5 que debe entregarles, indicándoles el sector de tiro que puede cubrir. Luego empiezan a contar el parque con que se quedarán.

—Yo también regreso —dice Madruga—, es al camarada a quien debemos entregar, y presenta a un oficial joven con gorra de orejeras.

—Ah, está bien, mucho gusto —y le estrecha la mano en las tres posiciones angolanas.

Marzáns y Oneira cargan juntas los sacos de carne enlatada para las FAPLA.

—Aquí tienen como para un mes —dice Oneira. El oficial joven asiente con la cabeza y sigue contando las cajas de municiones.

—Cono, que apenas veo; no se me junten tanto; no me quiten el aire, que me ahoga. El treinta y... uno. El venao. Y está bien puesto porque caire como un venao. Quince... y treinta y uno al final; con un... cuatro en el centro. El viejo Wilson.

Wilson se acerca despacio disimulando la afectación.

—Vamos a ver de cuál de mis mujeres —dice se arrón.

—Eso es fáct!, leo el retuyente que dice...

—No vayas a hacer eso, compadre —dice Wilson y hace como si fuera un niño suplicando.

—Ah, está bien así.

—¿Ya se acabaron?

—No, qué va. Pero esta sí es difícil de cantar. El 34, el mono.

—La mía, coño —grita el chino, y empuja abriéndose paso.

—¿Y eso, muchacho? —pregunta el moro—. A ver, enséñame la chapilla.

—Mira, 15 034 —y se abre la camisa enseñando el pequeño pedazo de metal.

—Está bien, toma —hace por darle la carta pero luego la retiene.

—¿Cómo supiste si yo no canté el número?

—No sé; supe.

—Suficientes razones; toma. La próxima, a ver, a ver, ésta, no, mejor esta otra. Dice aquí, así que, ah sí, la anguila, la anguila; vamos a ver, la anguila.

—¿El 83?

—Nada de eso...

—Si es por anguila dásela también al chino que se cuele siempre a comer y nunca está para la guardia.

—El 96, caballeros, parece mentira, que no se diga; esto también es cultura. 14 196, Ricardo

Estévez. Toma, que ya estás haciendo pucheros.

—75, los perros de San Lázaro, 14 475, Alfonso Domínguez, el cohetero.

—Gracias, gracias, moro.

—No hay de qué, para servirte.

—El chama cogió promedio de 93 en los exámenes —grita uno de los que lee sin dirigirse a nadie en particular—. Ya está en segundo año de secundaria —agrega.

—Lalin, el viejo se partió un pie.

—Coño, no me digas.

—Pero ya está bien.

—Pero cómo fue eso.

—No, no, no, pero no tiene problemas; por poco se rompe pero ya no tiene problemas. Se cayó de la estiba en los muelles.

—Ya está muy viejo para ese trabajo.

—Eso le digo yo; pero imagínate...

Los hombres leen bajo el farol, se empujan, se aprietan, se juntan leyendo como si fueran una sola persona y una sola carta; la luz de petróleo lleva sus sombras sobre el muro, agigantándolas hasta alcanzar casi el alero de los techos; las sombras leyendo una y otra vez las mismas líneas como si no comprendiesen su significado.

como si quisieran ver tras las letras la mano que las trazó.

—Aquí hay un lío; no me acuerdo bien, padre o sangrejo.

—Lo que sea.

—Da igual.

—No chico, padre, 13 655, Tomás Sardo, el más veterano aquí.

El radista se levanta del zanjón junto a la cuneta y toma el sobre. —Lo primero en cuatro meses —susurra.

—Oye eso —gritan desde el farol—, mi hermana parió un varón y le pusieron como yo.

—Ya la vieja pudo tirar la placa de la casa —dice otro.

Wilson se ríe y golpea el suelo con los pies:

—Me pusieron a enfriar una caja de cervezas desde ahora.

—Buena, lo que le faltaba al santo, las muletas, el 27; 14 177, Agustín Rodríguez. Aquí está.

No muy lejos suena una ráfaga corta y luego varios disparos aislados. —Coño, a empezar ahora...

—Esa no es nada.

Las locomotoras siguen pitando, alineando los carros junto a la estación. Las primeras unidades comienzan a marchar hacia allá.

—El 69.

Todos los hombres se ríen.

—Ah, ese sí lo saben, ¿no? Pues el 69, Cabeza arriba y cabeza abajo, 14 869, Antonio Vázquez.

—¡Antonicoooo! —gritan porque está ayudando a desarmar una tienda de campaña construida con varias capas.

—Buena a ver, alúmbrenme aquí, alúmbrenme para terminar rápido. —Wilson se pone a su lado con una linterna. —A ver si hay algo más para mí —dice.

—Vamos a darle rápido, que tengo que ir a la tercera.

—El niño, el 73; 15 773, Roberto Benítez.

—Aquí.

—Doble gato, o gato grande, no me acuerdo, 16 344, Augusto Sardo.

—Ese soy yo.

—Cero seis, jicotea o caracol, da lo mismo, 14 306, Arquimides Garbey.

Madruza observa sonriendo al grupo de cubanos alrededor del moro. —Buena memoria, ¿eh? —le dice Veloso a Marzán.

—Sí.

Ya los letreros en las paredes no pueden leer.
La primera posta angolana comienza a hacer
guardia junto a las tapias.

—29, 32 y 27. Los últimos: Gonzalo, Benito
y Kindelan.

Algunos de los hombres que no han recibido
quieren revisar las cartas que quedan.

—Esas son de la tercera, compañeros; estoy apa-
rada. Bueno, mírenlas, pero que no se vaya a
perder ninguna. Los que tengan para enviar me
las pueden dar ahora si quieren.

Perdono, el de San Benito, da varias chupadas
al rabo de tabaco y lo lanza a la cuneta; luego
saca la carta para enviar que llevaba en el bol-
sillo y la rompe. Se acerca al farol y comienza
a hacer otra que quizá no termine en una se-
mana.

Oneira coloca el último saco. —¿No recibiste?

—No —contesta Marzán.

—Yo tampoco —camina hacia la oscuridad
donde Hodelin canta algo—. ¿Es muy difícil to-
car guitarra?

—No, teniente.

—Deja ver —Oneira comienza a rasguear las
cuerdas que producen sonidos variados, sin me-
lódia alguna.

—Nunca aprenderás —dice y se la devuelve al
muecharcho; después va hasta el camino.

—Bueno, será otro día —dice Octavia y termina
de vestirse. Enciende entonces los indicadores
del BTR.

El muro se acerca a Marzán. —¿Qué? —le pre-
gunta.

—Nada.

—¿No recibiste?

—¿Tú no lo sabes?

—Es que estás muy viejón.

—A lo mejor —y le da un golpecito en el vien-
tre abultado.

—Deja ver el número, 84. Extraño que no ha-
yas recibido porque es un número bonito.

—No fastidies.

Las dos se ríen.

—Por mi casa debe haber pasado algo —dice
el muro.

—¿No te llegó nada?

—Debe haberle pasado algo a la mujer y no me
lo quieren decir. Por eso no me escriben.

—A lo mejor no...

—Ese fibroma...

Madruga le habla casi al oído a Veloso. —Esos camaradas no tienen esa angustia —dice señalando a los angolanos—. No tienen a nadie que les escriba.

—¿Nadie?

—A algunos les han matado hasta 29 familiares: desde las carnicerías de marzo del 61 en ligé. En medio de las calles mataban a los negros como perros. Fijese usted, camarada, que de lo que vi entonces tengo todavía problemas. No puedo comer ningún tipo de carne. La vomito.

Oneira llega ajustándose el plegable. —Operaciones avisa que nos toca a nosotros —dice a Veloso.

—A formar —grita el capitán—, con todo el equipo.

Los hombres corren terminando de cargar sus cosas.

—Aquí el segundo pelotón, segunda pelotón —repite Aroche.

En la estación del ferrocarril de Munhango los saplas registran a hombres jóvenes, civiles, fuertes, con pelados cuadrados, aún marciales, descalzos.

—Son marcas de botas —le dice un soldado a uno de ellos, señalándole las llagas en los tobillos, y lo amenaza con pegarle.

—Es sarna —contesta el otro retrocediendo.

El capitán de la UNITA que se ha presentado está bajo vigilancia dentro de la pequeña oficina del paradero, donde un empleado portugués viejo no sabe qué hacer.

La mujer del capitán enemigo, sentada afuera, espera. Es joven, atractiva, y los soldados la miran sin disimular y le sonríen y ella les contesta entre picara y esperanzada.

Junto al andén se carga el tren militar. Hay dificultades para montar los BTR y sobre todo los T-34. En el cielo amenaza lluvia. Los soldados se acomodan como pueden sobre el piso de los vagones descubiertos, entre los rastos; no llegarán seras a Luao.

El pueblo va renaciendo poco a poco a la normalidad. Algunos grupos de muchachas dan ciertos paseos por las calles, luego de regresar de la selva, buscando entre los despojos de la aldea aquello que pueda servir a sus padres o hermanos más pequeños. En ocasiones los saplas se les acercan y comienzan entonces a conversar.

Octavio no logra subir el BTR al vagón-plataforma, en el pequeño espacio que queda luego de haberse montado los otros blindados cuyos choferes, desde arriba, se burlan.

—Te vas a tener que ir solo por ese camino del coño de su madre.

—Y me voy, chico, me voy.

—No es tan bravo el...

—Jefe, ¿usted me autoriza a darle ahora mismo para Luis por el terraplén?

—El convoy entero va en el tren, Octavio, ¿cómo te vas a ir solo?

—Yo me voy solo, capitán, no me hace falta ningún comejiña de estos...

—Bueno, Octavio, vamos a ver: a lo mejor no hace falta que te vayas solo.

Manda a una escuadra a sacar tablones de la cerra; los ponen por sobre el borde del vagón formando un plano inclinado no muy seguro y Octavio, luego de hacer retroceder el BTR y multiplicarlo, comienza a subir por ellos. Los tablones se doblan y parecen romperse; Octavio da un acelerón y los faros alumbran el techo bajo de nubes antes de que el inmenso catapechón caiga golpeando con las ruedas delanteras el piso de metal de la plataforma.

Los tablones se levantan y salen disparados hacia los lados, cuando Octavio gira en un segundo evitando tropezar con los otros equipos, deteniendo el suyo a unos centímetros de la horanda delantera del vagón.

—El comandante Yacaré —dice alguien.

—¡Aprisa, corriendo los vagones; calceen los tanques! —grita Veloso.

Octavio lanza la colilla, se baja del BTR y se tiza al andén. Por entre el abajeo de gentes en

la estación mira las luces del pueblo que comienzan a encenderse. Han arreglado ya la planta eléctrica.

Durante bastante tiempo luego de la caída de la dictadura Santiago de Cuba fue el pulso del país. Todo lo que ocurría en la isla tenía su inicio o su resonancia final en la ciudad. El creciente proceso de radicalización se anunciaba en las confrontaciones y cambios que muchas veces de manera espontánea ocurrían dentro de ella. Las gentes vivían en las calles, en las asambleas de reconstrucción de sindicatos, en las manifestaciones de apoyo a los ajusticiamientos de criminales o a las medidas nacionales que se dictaban, en la formación de organizaciones estudiantiles, en la ocupación de centros económicos nacionalizados, en los primeros ejercicios de milicias armadas.

Aquella vertiginosa actividad acentuó un rasgo específico de Santiago como de algo en permanente provisionalidad, como suspendido en el aire. Aquella ingrátida sensación de transitoriedad, aquella forma de vivir al día, se agarró enseguida. ¿Que estás marcado por la muerte? Pero si la muerte no es para verla a distancia; si está dentro de ti y dentro de todos donde que se nace, y crece con uno y con uno se emborracha y duerme. A la muerte no se le espera, siempre nos acompaña. Hay que enseñarla también a que ría.

En ese aliento te refugiaste, te sumergiste, lavado por tus compañeros del Moncada mientras el Moncada no se convirtió en escuela. Todo el mundo hacia de todo, desde intervenir latidos y participar en la persecución de los primeros desembarcos contrarrevolucionarios hasta alfabetizar, y volviste a llenar tu tiempo pero con aquel sentido de relatividad, de finitud, del cual no podrías desprenderte ya.

A Clara la conociste en una de las grandes concentraciones en la Alameda, cuando la movilización de respaldo a la Segunda Declaración de La Habana, o quizás algo después. Estaba dentro de un grupo de muchachos bulliciosos vestidos con el uniforme blanco y azul del instituto. Casi diste un salto porque creíste ver —;porqué viste en realidad!— a Estela en aquella muchachita descuidada y delgaducha. A una Estela de muchos años antes de su muerte. Después, cuando la observaste con más cuidado, comprendiste que no había en realidad ningún parecido.

Los muchachos se dieron cuenta de que tú los mirabas y se te acercaron sin afectación alguna. —Usted no es de aquí, ¿no? —te preguntó ella.

—Buena, desde que se acabó la guerra estoy aquí, ¿por qué?

—No, por nada. Como está tan callado y aquí todo el mundo grita.

Te reíste y ella también.

La última guardia es la de Lucio que no ha dejado de toser en toda la noche. Le dice a Isidra que deje, que tú mismo lo vas a llamar, que ya está levantado.

—Pero, teniente, ¿usted no ha dormido?

—Sí, un rato.

Vas con Lucio hasta el lugar de posta quince metros delante del soldado más avanzado. Aún la lluvia es copiosa. Wilson, acuelillado, toma puñados de tierra arenosa y residuos de vegetación y les acerca la mano que brilla como un diamante por la fosforescencia. —Es extraño ¿eh? —dice.

LIBRARY
OF MIA

Capítulo VIII

El puente, de más de cincuenta metros de larga, está hundido en el centro. La carga de explosivos, colocada solamente en los pilotes centrales, convirtió la gruesa estructura de acero en dos planos inclinados cuyos extremos convergen, allá abajo, dentro de las aguas del Lungehungo.

—Aquí si los ingenieros van a tener que trabajar duro.

—Siempre lo hacen; esta es la guerra de ellos.

—Pero aquí van a tener que trabajar más. Lo primero es terminar de volarlo y después hacerlo nuevo.

A trechos, dentro del agua, se levantan grandes rocas lisas como porcelana, sin ofrecer asideros posibles, por entre las cuales se arremolina una corriente tumultuosa, imponente, que salta como un surtidor al chocar con los hierros retorcidos del puente volado. En el lado opuesto, a la derecha, casi junto a la orilla, hay un bulldozer volcado. —Está ahí desde la ofensiva anterior —dice Madruga.

Amanece con una luz débil que apenas penetra el pesada neblinazo que se levanta desde el río. La compañía completa se ha ido arrimando al borde del heril y los hombres se abrochan hasta los últimos botones los abrigo. —Cuando hay neblina va a hacer mal duro después —dice Hodelin, pero ahora nadie quisiera tener que sacar las manos de los bolsillos y menos meterse en el agua aquella allá abajo, que no forma un remolino sino muchos remolinos que pese a la poca luz se pueden contar y que suenan peor que las olas del Atlántico. Nada mejor que el capitán dejara eso para más tarde, y diera orden de regresar para poder acostarse de nuevo bajo los nylon, sobre la hierba que muchas noches han amoldado los cuerpos, volviéndola agradable, cómoda, casi mollida.

Peru Veloso está hablando con el pino, del grupo de los recién llegados, y el pino baja por la carretera hasta el arranque del puente amarrando allí el extremo de una soga y baja con ella por el primer plano inclinado hasta llegar junto al agua.

—Hay como dos brazas, capitán —grita desde abajo.

Hodelin desciende también, con una rama gruesa que colocan uniendo los dos extremos hundidos del puente, a ras de la corriente. El pino pasa primero haciendo equilibrio sobre ella; después cruza Hodelin.

Por el segundo plano inclinado suben a gatas, afincando las botas en los travesaños del puente que les sirven ahora como escalera, amarran el otro extremo de la soga y los hombres sujetos a ella comienzan a cruzar. Hodelin, ya del otro lado, se encarama a saltos en uno de los peñascos a observar una flor grande de color gris claro que crece en su cima; la voltea sin arrancarla y cae un leve chorro de agua.

—Esta parte se parece al cruce del Queve, allá por Gabela, cuando fuimos después de Quivala a tomar Novo Redondo —dice Oneira. Veloso da la orden de rellenar las cantimploras pero muy pocos lo hacen; casi todos las tienen ocupadas con café claro o con el chocolate sobrasite que repartieron antes de salir.

—Igualito, igualito —dice Oneira—; del otro lado sorprendimos a los surafricanos durmiendo en el suelo sin fortificaciones. Confusos en que no íbamos a pasar por su artillería y por el puente derribado. Del campajón seguimos largo por Novo Redondo. Dejaron embarrada a la UNITA. Atrás entramos nosotros. El FNLA estaba en el fondo y salió huyendo sin veros. Eso fue allá en el sur, cerca de la costa.

—En diciembre —dice Madruga.

—Más o menos. Y como a esta hora. No, un poco más temprano.

Cuando la columna se organiza ya el sol está alto y hay que abrirse los abrigo. Hodelin y el

LIBRERÍA
PUEBLO
LIBRE

pinco y dos más abren la marcha; después Marzans y el pelotón de Aroche, después el de Veloso, al final Oneira con el suyo. La carretera es una larga cinta plateada a esa hora de la mañana partiendo en dos la inacabable llanura del este angolano. Los surafricanos ya han cruzado el Cunene refugiándose en Namibia; desde Nueva Lishna el ejército revolucionario ha ido recuperando el territorio invadido con más rapidez, con mucha más rapidez, que cuando lo perdió durante la retirada meses atrás. Sólo en el este, desde el saliente del Zambeze hasta las tembladeras del Cuito, la contrarrevolución sigue resistiendo.

A media mañana, cuando ya se veían los techos de zinc de las barracas en las afueras de la ciudad, ya todo el mundo había guardado los abrigo en las mochilas y muchos se abrían la camisa porque el sol picaba fuerte.

El pelotón de Marzans se desplegó y fue ocupando los primeros edificios en cortas carreras, usando las protecciones del terreno, precisando por escuadra cada nuevo salto, como un ejercicio combatiivo, sin encontrar resistencia. Luego la compañía se fragmentó por entre la ciudad abandonada batiendo los pocos francotiradores que comenzaban a hostigar en la zona comercial. Oneira logró hacer un prisionero que respondió sin esfuerzos a las preguntas de Madruga. El enemigo había cuatros horas que había abandonado el pueblo. Veloso mandó a parar el registro; ya eso lo harían las otras unidades que

venían a retaguardia; ellos tenían que alcanzar la mayor profundidad posible en ese día.

La vegetación baja, poco frondosa, no resguardaba de la llamarada del sol al mediodía. Los hombres se quitan los cascos sobre los cuales no se puede poner la mano porque quema el acero.

— Parece que se derriten las botas — dice alguien porque al caminar las suelas se pegan en el asfalto gelatinoso. Sin que nadie lo ordene salen de la carretera buscando el menor calor de las cunetas, de los trillos laterales enveredados, pero a veces tienen que regresar por las pequeñas elevaciones que aparecen a uno y otro lado.

Las cantimploras de Veloso, de Oneira y de Marzans pasau de mano en mano y se agotan enseguida. A Wilson, que no ha alcanzado, Madruga le pasa lo que quedaba en la suya. En el asalto a la ciudad, ahora se dan cuenta, nadie se acordó de proveerse de agua.

Muy hacia adelante Hodelin y el pinco son dos pequeños figurillas irreales dentro de la reverberación de la carretera y los maniguanos a un lado y otro.

— Miren cómo están los diablitos — dice Madruga señalando los espectros en el aire caldeado junto a la tierra.

— Como en el corte de caña.

— Pero sin ninguna sombra — dice Perdomo — parece que el aire se estuviera quemando — agruga y en realidad, aunque la marcha es lenta,

...dificultad para respirar aun cuando lo intenten con la boca abierta.

—Ya esta tierra es distinta —dice Madruga— es como si el desierto avanzara desde el sur.

—¿Desde el sur?

—Sí, desde el sur.

El prisionero se queja en portugués. Veloso ordena que le liberen los brazos que lleva atados a la espalda. Con aquel calor no podría correr mucho y la visibilidad alcanza más de un kilómetro a la redonda.

El hombre se abanica con las dos manos, pide agua pero solo hay el café claro que lleva lidro, del cual bebe dos tragos largos que vomita enseguida.

Algunos soldados se han quitado las camisas echándose las luego por encima de las cabezas; los cascos cuelgan de las amarras de las mochilas o de los portacargadores. Los automáticos sudan la grasa que nadie suponía que podía existir luego de tantos disparos. Formental se moja la mano en ella y se la pasa luego por el pelo.

Madariaga le pide a Zaldívar la contemplora.

—Es chocolate —la dice el muchacho haciendo una mueca.

—Deja ver —se enjuaga dos veces la boca y escupe líquido dulce.

—Por lo menos para quitarse el sabor a agrio —dice.

—¿Qué tiempo tendremos que caminar?

—Por lo menos hasta que nos encuentren —dice Marzán.

—¿Y no hay agua en el camino?

—Cualquiera sabe.

—Pero en los mapas, jefe...

—Los mapas, los mapas —dice Marzán con desgarro.

—Ya uno tiene tanta sed que no siente el hambre —dice Wilson y todos recuerdan entonces que desde hace varias horas no comen, pero nadie hace por sacar las provisiones de campaña.

—Ya se acaba la temporada de lluvias —dice Madruga—; dentro de poco empatarán las polvaredas, la yerba se morirá y se podrá ver dentro de la selva metros y metros. Entonces empiezan a salir las fieras.

El chino descubre a poca distancia, a un lado, una iguana gigantesca. De un tiro de la pistola Queira la mató.

—Está duro el calor este, ¿eh jefe? —dice Madariaga pero Marzán no le contesta incómodo con lo ocioso de la observación.

—¿Un descanso, capitán?

—Si nos paramos no hay quien se levante —dice Veloso.

—¡Brinca ahora, Perdomo, anda, como hiciste en Luso! ¡Anda, brinca ahora, que esto si no es broma! —grita Wilson riendo.

—Hay que tener ganas —dice Perdomo en voz baja.

—Teniente, este sol no nos conviene a los negros —bromea el sanitario y Marzán tiene que tratarse de todas maneras.

—¡Nos vamos a derretir como jalea de guayaba!

Acosta, el último en la fila del primer pelotón, se tira hacia Veloso pocos metros detrás.

—¡Qué buena calor, capitán! Si empezara a llover, ¿eh? —le dice abriendo muchos los ojos.

Hudelin y el pino, muy delante, cortan pequeñas ramas y, entretrejiéndolas, se cubren con ellas las cabezas; Isidro y Perdomo hacen lo mismo y luego el resto de la columna. Aroche es el único que lleva el casco y la camisa abotonada; desde la salida de la ciudad abandonada no ha pronunciado palabra.

Llegan junto a un bloque de concreto con el número 158 pintado por delante; por los cuatro lados tiene agujeros de hala. Perdomo apoya en él el pie derecho y desacordona la bota para arreglarse la gruesa media verde olivo.

—¿158 kilómetros de dónde? —pregunta Marzán.

—De Luso.

—Si se cuenta de allá.

—O de Texeira, no se.

El prisionero está de pie con las piernas separadas, la cabeza proyectada hacia adelante, los ojos mirando el bosque ralo extendiéndose hasta el horizonte; empieza a hablar en portugués y luego lo hace en un dialecto que los cubanos no entienden. Madruga le habla pero el prisionero parece no escucharlo. —Ha hablado en quicoo y en quicongo —dice Madruga—, pero ahora no está diciendo nada.

—Cómo no. ¿Y eso que habla? ¿Qué dice?

—No dice nada, camarada.

—Pero si está hablando. ¿No será que no conoces esa lengua?

—No son palabras, camarada, quiero decir. Son sonidos pero no son palabras. No dice nada.

Siguen caminando. La reverberación se ha hecho mucho más violenta y las figuras del aire enrarecido salen no solo de la carretera, sino de lo más lejos del monte que alcanza la vista, y de sus propios pies, y de sus mismas cabezas, y aun de más alto; es como si estuviesen en medio de grandes desprendimientos de gases. El sudor cae desde el pelo y no hay forma de evitar que entre en los ojos o en la boca abierta donde se siente el aire que entra más caliente aun que aquél que sale.

El prisionero vuelve a hablar y comienza a jadear como un perro, con la lengua afuera y fuertes contracciones del vientre. —¡Aguánten-

lo! —grita Marzáns, pero el hombre cae de espaldas sobre el pavimento encendido; hacen por levantarlo pero en medio de las convulsiones parece que estuviera claveteando al suelo. Entre Wilson y Aroche lo arrastran hasta la tierra de la cuneta.

El hombre arquea todo el cuerpo apoyándolo solamente en los talones y la nuca; se tumba de lado y araña el suelo, temblándole la piel y sin dejar de jadear. Sólo los ojos se le abren y cierran una y otra vez, muy lentamente, como si fueran algo distinto del resto del cuerpo.

—Cuidado no se truce la lengua —dice Perdomo.

El sanitario se agacha junto a él, le toma el pulso, le palpa el pecho del lado del corazón, pero se ve a las claras que no sabe qué hacer.

—Epilepsia —dice Veloso.

Marzáns niega con la cabeza: —Se está muriendo de sed.

—¿Y nosotros sin agua, coño!

—Ni con todos los afluentes del Zambeze se salva. Ya debe tener la sangre hecha coágulos.

Isidro y Wilson lo abanicán con las gorras; otros se han alejado y vuelven con ramas para hacerle sombra. Oneira le abre la camisa guarabanda y le suelta el pantalón. El prisionero se ha quedado tranquilo con la cara ladada junto al suelo, los ojos aún abiertos. De la boca le fluye una babasa sanguinolenta con pedazos de tejido oscuro.

—Está vomitando el hígado —dice Perdomo.

El sanitario se levanta: —Ya se murió —dice.

Marzáns enciende varias veces la fosforera hasta que las ropas puedan prenderse. —Con lo seco que está va a quemar rápido —dice Lucio.

Los hombres se apartan. Veloso da la orden de continuar la marcha y todos avanzan en silencio, consternados. Alguien hace por escupir pero no logra expulsar saliva.

—Es la más duro que he visto en mi vida —dice Aroche—, vez a un hombre morir así.

—Deshidratado —dice el sanitario.

—Ojalá haya pronto agua —dice Marzáns en voz tan baja que Aroche no supo si se lo había escuchado o si lo había pensado él. Los hombres se pasan una y otra vez la lengua por los labios agrietados. Durante un buen rato, quizás media hora, sólo se escuchan las pisadas en la hierba junto al asfalto, el chocar de las culatas de los fusiles con las bayonetas o las cantimploras vacías, el ruido sordo de las respiraciones.

—Debe ser cerca de la una —dice Perdomo—, ya el sol está en mitad del cielo.

El chimo se para un momento y luego vuelve a andar; un rato después hace lo mismo. —Me parece haber visto que vuelan pájaros —le dice a Aroche en voz baja.

—¿Dónde?

—Arriba; a los dos lados.

Sin detenerse, Aroche busca con la vista. —No hay nada —dice.

—Si los buscas así no los ves —dice el chino—. Miralos con el rabu del ojo.

Durante un rato caminan sin hablar. —Es la misma luz que le hace a uno ver esas manchas.

—¿Pero no las veo?

—Las ves porque están en tus ojos. Afuera no están.

Hodelin y el pino desaparecen en una curva de la carretera, tras una pequeña colina partida en dos por el trazado del camino. La colina parecía estar allí, al alcance de la mano, pero tardan más de veinte minutos en llegar a ella. La carretera es entonces una larga línea metálica que se extiende con una ligera inclinación descendente donde la luz hace el efecto de multitud de animalitos iridiscentes en constante movimiento. Desde allí hasta el horizonte, en toda la despejada amplitud que alcanza la vista, no se ve ni a Hodelin ni al pino.

Algunos kilómetros hacia adelante, del lado izquierdo, hay varios carros abandonados.

—Son tres camiones —dice Wilson.

Indro se pone la mano a modo de visera sobre la frente: Tres camiones y un jeep.

—Ya no veo el jeep.

—Te digo que tres camiones y un jeep.

Cuando llegan son dos camiones semivolcados en la cuneta y un carro de combate con las ruedas hacia arriba y la cabina enterrada en la tierra. Marzans se detiene con su pelotón un momento. —A ese una mina lo viró cabeza abajo; esos deben haberse fundido.

Continúan. El chino le da al pasar una patada a la goma delantera de uno de los vehículos.

Veloso no deja que sus hombres se detengan.

—Si tan siquiera un carro pudiera caminar. ¿eh, capitán? —dice el radista.

—Sí, pero no pueden.

—Para que llevase nada más que las mochilas y el radio.

—Pero no pueden; ¿no ves que no pueden?

—Claro que no pueden; es un decir.

Oneira deja que los otros dos pelotones avancen. —Ahi debe haber agua —dice y agujerea con la bayoneta el radiador del primer camión; en el casco recoge el liquido pardo, casi rojizo, lleno de herrumbre, que cae en pequeños chorros. Dos o tres soldados hacen lo mismo con el otro vehículo. Oneira silba largo y hace señas a Marzans y a Veloso. Por un momento los hombres rompen la formación regresando a la carretera.

—Medio jarro por escuadra. Cada jefe con un jarro para repartirlo por la escuadra.

El agua caliente, con pequeñas virutas de hierro, apenas sirve para que comience a arder la garganta. Marmán se echa en la mano las gotas que le toraron a él; se late la palma.

El terreno minado obliga a caminar por la carretera, procurando pisar donde antes lo ha hecho el compañero que va delante. Marmán, a la cabeza de la larga fila, bordea las manchas de grasa que encuentra en el asfalto, las hendiduras, los objetos que van apareciendo. Oveira, al final, de trecho en trecho, hace explotar a tiro algunas minas para que sea más clara la advertencia a las unidades que vengan detrás.

La distancia entre los hombres aumenta al procurar cada cual alejarse del precedente para evitar en algo el calor.

—¿Cuánto puede faltar? —pregunta alguien pero nadie le contesta. Avanzan como si cada uno estuviese metido en su propio tubo ahumado de laboratorio desde cuya interior mirase a los demás, a la planicie cada vez más despojada, más mustia, al fuego que baja del cielo y bota de la tierra y del mismo aire a los costados. Todo se va viendo chato, liso, como si dejaran las cosas de existir en profundidad; las correas del fusil se hacen parte de la carne de las manos y de los hombros; los sonidos se disuelven en la fantasmagoría de la reverberación como si las minas que Oveira hace estallar allí atrás no fueran sino parte del erupir de la tierra calcinada; la hora ha perdido el sentido de

su propio sabor y solo siente el gusto del aire que entra o sale. El pensamiento es lento, pesado, como el movimiento de grandes rocas que se distanciarían en la caída chocando unas con otras. La luz, en sí misma, lo enturbia todo, lo nubla todo, lo reduce todo a sus raíces primarias. La llamarada inabarcable de la luz se hace oscuridad, una oscuridad que exige, que pesa demasiado, que disminuye el tamaño de todo lo que existe, al tiempo que el aire se expande inflamado más allá de los límites del planeta.

Marmán está en los finales de su resistencia. Sabe que si se para se detendría toda la columna, que si él se da por vencido muchos de los que le siguen harán lo mismo. Si al menos pudiera, al cerrar los ojos, escapar un momento de aquella claridad!

En el cielo no hay una nube. Poco a poco va acercando el foco de su vista al sol, como si quisiera con ello imponerse a su propio agotamiento, pero tiene que volver la cabeza por el fuerte aguijonazo de la luz en la retina.

Hodelin y el pino están agachados junto a la carretera esperándolos. —Allí, en aquel quimbo —añalan—. Parece que están fortificados.

—Vamos a combatir —le dice Marmán a Aroche y la voz corre en un segundo por toda la fila.

—De arriba abajo, muchachos, a liquidar esto rápido —grita Veloso. A saltos saltan las cano-

las minadas y se despliegan por la llanura improvisando fortificaciones a toda carrera.

—Seguro que allí hay agua —dice Wilson.

Las ametralladoras del enemigo barren la carretera y trozan los jorrazales a poca altura. La compañía completa contesta casi al unísono en una descarga que parece no terminar nunca.

Veloso sostiene el centro; Oneira y Marzán con sus pelotones comienzan a flaquear. Las camisas arden con los disparos y los dos pelotones se lanzan a la carrera por entre el fuego. La escuadra que conduce Aroche lanza una tras otra las nueve granadas que llevaba. Madariaga va a disparar con el lanzacohetes pero Marzán lo detiene: —No hace falta ahora; quizás más tarde.

El quimbo incendiado no produce sombra por la luz cenital del mediodía.

—Mejor seguimos —dice Veloso.

—No hay agua —dice Oneira.

—No, no hay —agrega Wilson.

Poco a poco la fila vuelve a formarse; alguien dispara tres o cuatro cartuchos que le quedaban en el cargador para poner otro nuevo.

—Seguimos —repite Veloso.

—¡Seguimos! —grita Madariaga a los que aún no se han reunido y todo el mundo parece asom-

brrse de que al muchacho le quedan tantas fuerzas.

—Hasta la zanzala que se ve allí abajo.

—¡Hasta la zanzala que se ve allí abajo! —vuelve a gritar Madariaga.

A la zanzala llegan ya atardeciendo, cuando al fin parece que el día termina. Allí no hay nadie salvo una negra alta y musculosa dando pirlón en una piedra grande ahuecada, con una criatura atada a la espalda con varias vueltas de un paño gris, que los mira al soslayo, sin concederles importancia y sin detener su trabajo.

—¿Tienes tu marido con ellos? —le pregunta Madruga en portugués—. Nosotros no somos como ellos —agrega. Se lo repite varias veces en diferentes lenguas pero la mujer no contesta.

—No hay agua aquí tampoco —dice Wilson.

—¿No tienes agua? —pregunta Madruga. La mujer se agacha y recoge el grano triturado con las dos manos, cargándolo luego en un pliegue amplio que hace en la falda. La cabeza de la criatura dormida se balancea de un lado al otro. La mujer se va buscando el monte.

Tan pronto anochece los hombres se echan por el suelo de las dos cobijas; cada pelotón mantiene dos postas; cada hombre hará una hora de guardia.

A muchos los cólicos de la sed no los dejan dormir. En el cielo limpio Marzán vuelve a ver la Cruz del Sur y piensa que en aquel pedruz-

de noche hay menos estrellas que las que él veía en su tierra. A tientas camina entre los soldados dormidos y se acuesta en el jergón de paja que Aroche le ha reservado: el único que hay en la casucha. Por la madrugada hace frío y los hombres se quejan en sueños. Oneira sin despertar dice algo y toma varias voces. La negra regresa del monte y salta por sobre los hombres; zarandea a Marzáns por el hombro.

—Está bien, está bien —le dice él y se acuesta al pie del camastro haciendo espacio entre el chino y Perdomo. La negra se zafa el paño y coloca al niño a su lado. La criatura lloriquea. Marzáns, medio dormido, le acaricia varias veces la cabeza.

Reunes el convoy de movilizados recién llegado de Miranda en la carretera de Siboney entre el zoológico y la loma de San Juan. Son muchachos serios, fuertes, hechos al campo, al corte de caña, que aún no están muy prácticos en la vida militar. Debían ir un poco más allá, a reforzar las defensas serranas hacia Manzanillo, pero en el Estado Mayor acordieron a que los llevaras hacia la división de la que eres jefe de operaciones que cubre el primer escalón sobre la costa entre Aguadores y Playa del Este, casi en los límites con la base naval yanqui.

En el stadium Maceo están concentrándose todos los hombres cuyas unidades han partido antes de que pudiesen ellos contactar o que son de

otros pueblos o lugares; con ellos formarán compañías y pelotones para reforzar los puntos de defensa más cercanos al perímetro urbano. En el lomerío de Marianaje las unidades de la milicia universitaria improvisan ejercicios, para ocupar el tiempo, porque aún no les han indicado los sectores a ocupar por ellos y muchos comienzan a temer que dejen a los estudiantes en lugar seguro por aquello de que el país puede necesitarlos más tarde.

Las mujeres desde temprano están presentándose en las fábricas para ocupar los puestos que han dejado los hombres movilizados. Por todas partes se escuchan marchas patrióticas, a través de los radios y los altoparlantes colocados en las calles y plazas, y la gente habla de que esta es la crisis más grave desde que terminó la Segunda Guerra Mundial y que nadie quite que mañana mismo comience la tercera.

Cuando te montas en el jeep con Arquimides, encabezando la caravana con el batallón que vas a poseionar en las montañas de Firmeza en las estribaciones norteñas de la Gran Piedra, piensas que para tener revoloteando encima la bomba atómica, la gente está bastante tranquila.

Después de reunirte con los mineros que están abriendo los túneles para los refugios antiséreson, vas hacia Daiquiri porque el vigía informa sobre la presencia cercana de un barco. Accionas la manivela del teléfono de campaña y la dices que con el brazo extendido y el pulgar recto ha-

cia arriba calcule la distancia aproximada a que se encuentra. Después le dice al jefe de batallón que tenga preparada la batería.

Te aferraste a Clara con toda la prisa de la resurrección, gozando al vaciar toda tu experiencia en un cuerpo joven, tan joven como no lo fuiste tú nunca, inexperto, torpe aún. Ella te dejaba hacer, no tanto inmovilizada por el temor a la curiosidad como por una actitud casi litúrgica hacia ti, de un amor grande de animalito indefenso. Hasta que se reconoció ella misma y comenzó a dársele con una fuerza que nunca había sospechado poder. Entonces pudiste alcanzar la consumación sin el cucojimiento íntimo, lamentable, que sentías desde mucho tiempo atrás.

Acosta ha logrado hacer candela debajo de una plancha de zinc inclinada. El agua en el protector de la cantimplora comienza a hervir y Wilson le echa hojas de limón y el resto de un castucho con azúcar prieta. Por ahora ese será el desayuno. No se sabe si ese día continuarán marcha.

De noche, a ambos lados del camino que conduce a Semi, los hombres, en varios grupos, conversan. A la derecha la tercera escuadra acampa bajo el gran cubierto del T-34; frente a ellos, cruzando el terraplén, las otras dos escuadras y la dotación del cañón de 75 milímetros un poco cubiertas por la ancha arboleda de-

tras de la cual se encuentra la carretera que lleva a Lutembo, donde ha acampado el resto de la compañía y el pelotón de tanques. Al chino le ha dado por construir casas de campaña cada vez más grandes y para ello ha recolectado esquisos soviéticos y portugueses en distintos lugares y los ha juntado con el nylon y la capa de Archo; la casa que han levantado es una verdadera carpita y dentro de ella se puede estar de pie.

Ahora el chino termina de cocinar en la pequeña hoguera encendida dentro de un agujero, el té de limón y lo reparte en el vaso de la cantimplora entre el grupo de Lucio, junto al tanque, y el de Conejo, junto al 75 milímetros.

Conejo no es apodo sino nombre; Israel Conejo, de Buenaventura, entre Tunas y Holguín. Es el jefe de la pieza y con él hay dos artilleros cubanos más y cinco aprendices angolanos, Alberto, Manuel, Salvador, Sabina y Mañico, que no sabe cómo vengar a su familia asesinada cuando la pérdida de Luro y constantemente recibe informes, nadie sabe por dónde, de que los criminales andan escondidos cerca.

Después de varios meses de andar juntos ya casi todo el pelotón sabe manipular el cañón y los angolanos han hecho sus primeros disparos en el cruce del Luro. Cada vez que ordenan marchar a pie Conejo maldice en voz alta y los demás artilleros hablan de cambiar de arma porque del cañón hay que tirar con una soga mientras otros empujan por detrás y ya en la ocupa-

ción de Luangrico, con los caminos como lodazales en los que las ruedas se enterraban hasta la mitad. Aroche tuvo que hacer más lento el avance del pelotón para que todos los hombres ayudasen con la pieza; entonces en vez de una soga tiraron de tres.

A Conejo la mujer le ha escrito y parece que las cosas no andan bien.

—Nada más la dejé saltándole la cobija —dice—, y todavía no la han hecho. Los cuñados que tengo, que son unos cabrones. El guano lo dejé conseguido con la granja; nada más que era recogerlo y traerlo. El cuñado mayor tiene un camión, y no lo ha hecho. Cuando yo lo digo. No le alcanza el tiempo para tomarse el ron. Con la plata que gana.

—Salí entonces y la llevé a ella hasta la Iria —cuenta Lucio algo más allá—, por toda Aguilera. Suerte que no había cola y subí enseguida. Pero allí cobran trago a trago y no hay bolsillo que lo aguante y el mío menos. Entonces le dije de rogar freco y comencé a bajar con ella por la central.

—Y esa es lo que me dice la mujer, que falta por saber si le han atendido la harriga y si le han dado vueltas a los animales. A lo mejor se los han comido. Los muy cabrones.

—¿Qué voy hacer, vieju? Yo no tengo carro para ir a San Pedro, o al Seis, o a cualquier otro lado; las Lajas oestrado, los hoteles no te alqui-

lan, pues le dije «dónde tu viven, mijas y la dejé en la puerta de su casa; así, sin casi hacerle nada.

—Suerte que tengo los muchachos becados. E el tecnologico de Macco. Los dos juntos. Cerca de Buenaventura. Eso es un alivio para la mujer. Ojalá hayan sacado buenas notas. Si; seguro las han sacado.

El chino ha calentado el chocolate y los garlancos del reenganche que el camión de suministros repartió por la tarde. Aroche hace señas a la gente y Lucio en dos zancadas baja la pequeña cuesta del terrapién.

—Yo no tengo hambre ahora; déjame lo para después —le dice Acosta.

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

Capítulo IX

XI olutiqo?

Extiende el brazo con la mano abierta en forma tal que sobre la palma se proyecte la sombra del dedo anular, para conocer por ella la altura del sol. Así lo aprendió a hacer allá, en la Zambia.

¿Cuántas veces ha cruzado Noé la frontera, aquel límite que es apenas una línea casi regular, una diferencia de color en el mapa, que nadie sabe señalar exactamente — ¡esta es! — sobre el terreno? ¡Ah, la Zambia, la Zambia! — Desde que era una crianza voy y vengo de ella, camarada.

La búsqueda de la seguridad del centro del mundo, de la equidistancia entre los dos océanos, de la protección de las selvas hacia el levante y hacia el poniente del sol, del despeñadero del gran río antes de enrumbar hacia el mar opuesto.

— Allí mismo es, camarada; luego de aquella subida; donde crece el árbol aquel que llaman imbondeim.

Noé conduce ahora un Mercedes Benz que el enemigo en su huida, al tener que abandonar la carretera con la caída del Gago, no ha podido

llevarse; y está contento además por el revolver Smith and Wesson calibre 38 que Madruga le ha regalado. En esta guerra, como en todas aquellas donde intervienen ejércitos numerosos, las armas largas en toda su diversidad, fusiles automáticos, subametralladoras, modelos soviéticos, portugueses, belgas, ingleses, chinos, norteamericanos, pueden encontrarse casi con tantear el suelo solamente; pero las cortas no; el poseerlas constituye una señal de distinción, como un grado o una jerarquía importante.

Noé tiene que hacer esfuerzos para no mostrar constantemente el revólver, contraviniendo las ordenanzas, pero no puede evitar contemplarlo a solas, quitarle las cápsulas, limpiarlo, apuntar acaso a la copa más alta de algún árbol, volverlo a cargar.

Frena la carinha rojo-pálido frente al hospital improvisado y toca el claxon, que suena en tonalidades diferentes, hasta que Olirio le saludó con las dos manos entrecruzadas sobre la cabeza, acomodándose al portal de alero de zinc enfundado en su traje guarabeado del ejército portugués. Arranca de nuevo y Formental le corre detrás hasta abordarlo, abriendo de un tirón una de las portezuelas delanteras, cuando comienza a cobrar velocidad. Entonces se pierden rumbo al Lutembo donde ha acampado la primera compañía de cubanos. Antes de hora y media habrán regresado.

Gago Countinho es la última población de importancia del sureste angolano; a menos de sesenta kilómetros con la frontera de la antigua Rodesia del Norte, muy al sur del saliente del Zambeze, el único pedazo de territorio angolano atravesado por el gran río, donde los descendientes de la monarquía quicua han luchado junto a la revolución contra el colonialismo durante muchos años.

La caravana se organiza sin prisas, dejando los jefes, contra la costumbre, que el sol ascienda para iniciar la marcha. Todos saben que la ofensiva está terminando; —La ofensiva sí, pero no la guerra —dice Oneira—, ahora comienza una guerra diferente; más difícil, mucho más difícil.

Pero llegar al término de algo es siempre ranón de alegría, aun cuando de inmediato se tenga que comenzar de nuevo. Y la gente está contenta. En el Gago el enemigo se ha fragmentado, internándose en el monte, buscando a pie la zona de Cangamba, o la del Cuito, intentando alcanzar quizás la frontera con Namibia, o reagruparse en guerrillas volantes para hostigar las poblaciones del sur del altiplano o las carreteras hacia Serpa Pinto, Silva Porto, Nueva Lisboa, o el ferrocarril transangolano que da salida al cobre de Zambia y de Zaire por el puerto de Lobito cerca de Benguela. Allí, en Gago Countinho, ha terminado el precio impuesto al avance revolucionario por la carretera que une

a Luanda con los confines del país, los puentes volados, las emboscadas.

Sobre las diez de la mañana la caravana se pone en movimiento: los BTR de Marzáns y Veloso, los ZIL de la segunda compañía, el BTR del jefe del Estado Mayor del frente, el taller móvil, el blindado de Oneira. En nueve horas llegarán a Ninda, el término de la carretera, el último punto fortificado de la antigua dominación portuguesa en manos de la contrarrevolución. A pocas decenas de kilómetros de la frontera.

Si Noé se escurre por el monte no tardaría tres horas en llegar junto al primer soba del otro lado. Le preguntarían entonces por Livanga o por Paiva, o por cualquier otro de los que hace mucho tiempo hicieron camino hacia el interior del país y él les contestará que unos andan por el sur y otros por el norte, y que aquel muchacho que tanto hacía reír con sus representaciones, está enterrado en las tierras bajas de Malange al pie de una palmera.

El dembo llorará un rato, sin levantar mucho los quejidos, y cuando lleguen otros hombres de la aldea mandará a su mujer más vieja a que vuelva a traer funche de mandioca y pesa seca para Noé que viene cansado y hambriento de tanto caminar. Entonces todos le pedirán que narre otra vez cómo murió Hiji Ya Henda, el León del recuerdo, de la nostalgia, de la añoranza de todos los tiempos, y Noé repetirá en quila

co y en umbundo el relato que todos conocen, incluso los niños aún por nacer en el momento de la caída del héroe, y que se repite de boca en boca como los cuentos del yacaré y la historia del primer Kiluanje, allá, tan atrás que nadie se atreve a asegurar haberlo conocido.

—¿Ha andado Noé toda la noche?

—Ha andado.

—¿Tuvo que cruzar las aguas del Zambeze?

—Tuvo que hacerlo; entrar en el país por más abajo hubiera hecho muy largo el viaje y trae cosas de importancia que resolver.

—¿Tiene Noé que seguir camino enseguida?

—Cuanto antes.

¡Aun sin saludar a Iumba, la hermana de la madre que ya perdió la luz de los ojos y en la oscuridad espera la noche definitiva!

Por los quimbos va saludando el muchacho a los parientes de una gran familia, que se extiende a ambos lados de la frontera, y en la que se han mezclado gentes del altiplano y de la Lunda.

—Ése es Noé, que viene de Angola —los dicen las madres a las muchachas más jóvenes que están en la edad de recibir ofertas de alambamiento.

—Dentro de unos días vuelve para allá —dicen los hombres.

En los campamentos de apoyo del MPLA, donde se curan los heridos y se preparan en secre-

to los grupos que van a partir para reforzar la guerra en el interior. Noé da los informes, resuelve las encomiendas.

—¿Cuántas veces ha cruzado la frontera?

—Once, camarada.

—¿Sin dificultades?

—La gente del pueblo siempre me ayuda.

—¿Podiera acaso cumplir una misión más allá, después incluso de los grandes lagos, junto a la orilla del otro mar?

Las armas que subrepticamente sacan de Dar es Salam las van trasladando de un país a otro, de una aldea a otra, de mano en mano; disuelto el alijo entre poblaciones enteras que guardan el secreto, va avanzando poco a poco, durante meses, hasta reunirse sin que se pierda un fusil en la frontera con Angola.

—Entonces lo montamos en burros, camarada, y yo los tuve que concientizar para que no hicieran ruido y los tugas no nos descubrieran.

—Eso fue en el 72 —dice Madruga—, cuando el presidente ordenó la incorporación de todo el mundo al territorio liberado. Cuando empezó desde el Zambeze nuestra marcha hacia el Atlántico, camarada; que ustedes nos ayudaron a terminar.

Si a Noé le sorprende la tarde en medio del monte, puede encontrarse con el día en que

apresaron a João. Cuando la gran ofensiva portuguesa sobre el este usando aviación y defoliantes, antes incluso de la muerte de Henda, coincidiendo con la temporada de seca. No quedó un quimbo, ni una zanzala, ni un sembrado de mandioca o de plátanos, ni un animal entre el Chelamago y el Luanginga. Los destacamentos guerrilleros eran localizados y batidos, presionándose sobre ellos para obligarlos a cruzar la frontera. Los pioneros, los niños combatientes, iban quedando en los distintos lugares como escuchas, como mensajeros o cuidando el escondite de algún berido o de armas y municiones.

—Los tugas llegaron en helicópteros; João y yo nos batimos hasta que empezó a caer la noche.

—Lo llevaron al Gago; de allí de donde mismo han partido ustedes.

—Nos separamos en el monte para buscar más rápido al destacamento, pero a él lo cogieron.

—El tuga lo interrogó en la enfermería.

—Después se supo que le habían inyectado alcohol. Pero nunca se conoció qué hicieron con el cadáver.

El helicóptero se paró sobre el claro donde estuvo un quimbo. ¿Sería aquel donde el abuelo le enseñó a usar el machaco?

De pronto los árboles sin flores y los troncos quemados de las cubatas y aun la tierra enne-

grecida, volaron hacia él. Abrió los brazos para abrazarla. Así fue Noé.

—Nunca se supo adónde lo llevaron después del Gago.

Desde arriba parecía el lugar donde comenzaron a crecer juntos, Noé. Pero desde arriba todos los lugares se parecen.

—Pueden haberlo lanzado al Lutembo, o al Latio, o llevado a Luso o a Saurimo, y desaparecido por allá.

—No se ha podido saber.

—¿Dice Noé que se hizo todo lo posible por conocer?

—Las camaradas del destacamento estuvieron semanas enteras recogiendo informes. Hasta adentro del Gago llegaron. Se supo que murió, pero no cómo ni dónde.

—¿Tiene Noé que regresar pronto?

—Cuanto antes.

—¿Cruzando de nuevo el Zambeze?

—Otro camino no sé por mi mismo.

—Alguien pudiera indicarle algún camino mejor, más abajo.

Pero, ¿no podría Noé darle él mismo a la vieja Imba, que ya apenas distingue entre el nacimiento y la muerte del sol, las noticias que trae de João?

—Eran dos estanzas, camaradas, que no llegaban a las once años —dice Madruga y hace señas a Noé para que mantenga el Mercedes rojo detrás del jeep, sin intentar pasar adelante—. Ambos eran de mi destacamento, camaradas; desde entonces Noé es mi ayudante.

Las mujeres vestidas con lienzos gruesos, con los cusles envuelven sus cuerpos desde los pies hasta la cabeza, conversan con los santos. No es el reso esperanzado de los católicos o la comunión fervorosa de los luteranos sino que conversan, discuten con las imágenes talladas en madera o labradas en plata en los días de Felipe II o durante los ochenta años posteriores de anexión de Portugal a España, contándoles los detalles de lo sucedido, poniéndolos como testigos de lo que está sucediendo o por suceder, reclamando, airados y levantando la voz, golpeando al suelo con los puños hasta hacerse sangre, el cumplimiento de los términos acordados en conversaciones anteriores. Afuera, por la risa Paulo Diaz, bajan de los musseques —da Cassanga, de Boca Vista, de Maculusso— hombres descalzos, con levitas cruzadas y sombreros chatos, a aprovechar el reflujó de la marea y recoger en el litoral fangoso mariscos y peces redondos como bolas infladas de papel.

Del barco recién atracado los inmigrantes llegados de Europa, atraídos por el alza de los precios de café, comienzan a descender.

El clérigo Antonio conversa con la mujer que ha venido de Uige no en el confesionario sino junto al altar mayor, debajo del mural, construido con piedras y losetas de colores, con que el alto clero portugués ha querido perpetuar el recuerdo de Massangano, la gran victoria de Navaia sobre el primer Kiluanje, el Ngola, en el valle del Loango.

—En la fortaleza de San Pablo y en la cárcel los presos se turnan para respirar por los ventiladores y no morir. Tan hacinados están.

—¿Será posible, padre, que el señor se haya olvidado de nosotros?

—Juntos hombres y mujeres; no tienen espacio sino para mantenerse de pie; yo los he visto.

—Del esposo de mi difunta hermana nada se ha sabido, padre. Desde que lo condujeron al sur.

—El portugués pone sobre el africano una losa como si estuviese muerto antes aun de que deje de respirar.

—¿Será posible que se haya olvidado de nosotros?

—El angolano tiene que acabar de reconocer su propia presencia en la tierra.

—¿Será posible que no sea la suprema misericordia?

—Dios ha dotado a cada hombre de libre albedrío. Y lo que hace falta es que el angolano se

conduzca con el valor que Dios le insufló con su aliento, con el mismo que él tuvo para echar de los cielos a Lucifer. Para echar nosotros de nuestra tierra a quienes nos estrangulan.

—Padre, por favor, que el niño nos oye; él conoce nuestra lengua.

El clérigo Antonio mira al jovencuelo mestizo, sentado en uno de los primeros reclinatorios del salón a oscuras.

—Arécrate, muchacho —le dice—. ¿Cómo se llama? —le pregunta a la mujer.

—Madruga, padre. Así le puso el marido de mi difunta hermana, que ya usted sabe...

—¿Qué edad tienes?

—Once, señor.

—Señor padre —le corrige la mujer.

—Ya esos son años de dos cifras; ya puedes saber. ¿No has pensado que quizás tu padre no esté ya entre los que respiran?

Aquél que huyó de la matanza de Icolo e Bengo pudo haber muerto quemado por el napalm de la aviación portuguesa durante las huelgas en las grandes plantaciones de algodón de Kas-sanje.

—¿El clérigo Antonio? Hoy sería del MPLA, camarada; seguro. Si no hubiera muerto desterrado allá en Portugal, confinado en un monas-

teria cerca de Coimbra. Después del cuatra de febrero. No se sabe dónde está su tumba.

Por la noche los negros se escurren junto a los muros, acercándose a las puertas guardadas por los centinelas.

—En Icaño o Bango mataron a treinta, y en Kassanje al cada muerto nos dice su nombre no nos alcanzaría el tiempo de una vida para escucharlos a todos.

—Hace dos meses el MPLA dio la orden de levantarse en armas contra el portugués.

—Dicen que mañana se llevan a los presos pero que jamás llegarán a Cabo Verde, sino que los van a lanzar al mar como los huques negrosos.

—En Catete nos hemos estado organizando, preparando, para asaltar las cárceles y las fortalezas.

—Ya los presos están avisados.

—¿Qué armas hay?

—Cuchinas, padre, cuchillos, garrotos. ¡Las manos, padre! ¡Si ya nosotros nacimos muertos!

A última hora apareció la mujer que estuviera en la vanguardia del asalto, la mujer que la tradición obliga a llevar siempre como madrina en cualquier ataque o acción importante. Una rapariga de catorce años que no había conocido hombre todavía. Por el ventanuco del calabozo del preso al que le toca respirar escucha los gri-

tos en quimbuudo que semejan quejidos de laceración y al poco rato los sonidos de los carros de asalto y las ráfagas de ametralladoras pesadas.

Al otro día al negro mendigo que solía dormir en la estación ferroviaria, le aplastaron el cráneo contra los pilones de la línea. Desde ese momento los negros tenían que ir caminando de pies a sus trabajos, mirando siempre al suelo delante de sus pies, sin observar siquiera de soslayo las aceras, para evitar que se formase la turba ululante de blancos fanatizados que los perseguirían hasta matarlos en medio de las calles.

—No hay quien pueda decirle, camarada, los muertos de esos días. No hay quien pueda. Azuzaron a los blancos contra los negros y la sangre estuvo corriendo meses enteros. Fosas comunes de cien metros de ancho, camarada. Y la carne se corrió hacia el norte y allí fue peor. Lo que yo vi no puedo contarlo. Ya le dije, esmatada, desde entonces, si como carne, vomito.

Entre Ucuá y Nshuangongo, en plena selva a menos de doscientos kilómetros de la capital, los que huían de las matanzas formaron el primer frente guerrillero en una zona al norte del Cuango, vecina de Dondo y las alturas de Golungu Alto, donde cuatrocientos años atrás la reina Ginga había organizado un estado capaz de enfrentarse a la dominación portuguesa. Los pocos cientos de hombres que alcanzaron a armarse tuvieron que defender a miles de familias que

vagaban por los bosques sin atreverse a volver a las poblaciones.

El gobierno portugués reclutó mercenarios negros y los lanzó junto a su ejército contra toda esa población sublevada. Las bandas del FNIA, a lo largo de la frontera con Kinshasa, hacían lo mismo.

El viejo, sentado sobre las piernas cruzadas, entre los guerrilleros harapientos, arrancaba pedazos al trozo de carne cruda, clavando en ella los dos dientes delanteros, los únicos que posee, y halándola luego con las manos.

—¿Qué sabes de afuera?

—Lo que se oye por Angola Combatiente.

—Además.

—El grupo que salió de Brazaville no llegó al río. Los zairenses los mandaron para un campamento de la fenura. Los mataron. Pero a la mujer antes la volvieron loca. Tres días la estuvieron pasando por encima.

El viejo sobrevivió a la carnicería en Catete escondido varios días entre los muertos de la fosa abierta, untándose con las secreciones de su pudriencia para coger sus olores, para ser más uno de ellos.

—Al otro grupo, el que ya había pasado en balsas el Congo, lo embosó la fenura más abajo de San Salvador. Quedó un solo hombre vivo que debe llegar en tres días.

—¿Por qué no lo acompañaste?

—Yo puedo venir por los caminos; él no. Pero ya le indiqué a quién puede ver cerca de Malisa; allá lo esperaré.

El viejo siguió viviendo en Catete, cerca del cementerio, en una casucha que apenas es un techo. Entraba y salía de Luanda, recorría las provincias hasta la frontera, cantando en quimbundo romances que improvisaba sobre las matanzas del 61, acompañándose el mismo de tambores de troncos quemados y pedazos de caña brava shuecados, viviendo de la comida brindada por los mismos que lo escuchaban y conocían la lengua. Los portugueses lo tenían por loco.

—Ya Jika cruzó por el este al altiplano. El comandante Jika.

—¿De Luanda no mandan nada?

El hombre suelta la carne a medio masticar y separa los brazos.

—En Luanda no hay nadie que pueda mandar algo, jefe.

—Por el extranjero se andaba —dios Madrugá—, huyendo Angola como un navegante a una isla donde no hallara puerto. Yo desde que salí de Tarratal, de la prisión. Después de doce años, camarada, en la cárcel estuve el tiempo en que las personas tienen familia, sus hijos. Primero en el Cubango, en el campo de San Ambrosio, donde nos obligaban a arrancar ár-

bolsa de raiz; no cortarlos, sino ahuecar alrededor hasta desprenderles la raiz, varios metros abajo. Eso sin ningún propósito; sólo por el hecho de urrancarlos, por el esfuerzo. Como dicen que hacían los franceses en la Guyana. De ahí a Tarratal, camarada, en Cabo Verde. Diez años sin recibir una carta, ni una noticia. Cuando sali deportado para Portugal salté a España y de ahí a Marruecos y luego entré en Angola. Más o menos por aquí, por donde andamos ahora. Todo esto hemos pasado; antes del 74 contra los portugueses y los fantoches, después del 74 contra los fantoches y los surafricanos. ¿De Holden dice usted, camarada? Un pelele, un criado. Ya usted sabe cómo lo vieron la última vez cerca de Carmona. Con mercenarios portugueses y brasileños retratado junto a una tanqueta. Eso es él. Pero sobre todo un criminal. Un criminal selvático, camarada, selvático, que se dice descendiente del último rey quicongo. ¿De Savimbi? Alguien que se cree enviado de Dios; habla como el salvador de los umhundos. Repite de memoria capítulos de la Biblia. Cuando habla a veces parece que cae en trance. Todo esto es más complicado que contra los portugueses. Así es todo esto. Así ha sido, mejor dicho, porque parece que está al acabarse ya, ¿no es así?

Noé vuelve de registrar con los cubanos el cuartel abandonado.

—Sí, camarada —le dice a Marzáns—; yo estuve en la Zambia. Ahí mismo. Allí se aprende a

medir el día por la altura del sol en la mano. Cuando usted quiera yo le enséño.

Ninda es un punto en el mapa de Angola porque allí los portugueses construyeron un campamento fortificado para vigilar a los ingleses de la mara de Rodésia del Norte. Luego, junto a los muros aspillados, se levantaron las cubatas de los criados de los portugueses, de los mercaderes que servían de enlace con el Gago y compraban las piezas de los cazadores que sañan de la selva de vez en cuando, de los contrabandistas que traficaban a través de la frontera.

Más tarde un misionero edificó una iglesia de buen ladrillo y tejas francesas que le facilitó la compañía de diamantes y se quedó a vivir allí, enseñando a leer con la Biblia de páginas divididas en dos columnas para el texto en portugués y en quimbundo.

Para llegar a Ninda, desde Gago Coutinho, hay que pasar el Mussuma, el Nengo, el Loece y luego de salvar el Lorti, cerca de los lagos Diloloa y Sequechia, aparece la silueta de la fortificación a menos de cinco kilómetros, en la cima de una altura de regular tamaño. En ese punto, antes de salir al descampado que significaba la pendiente en ascenso y atravesar el puente no volado sobre el profundo cañadón en el arranque mismo de la loma, la columna se detuvo.

Veloso miró con los binoculares sobre la parte izquierda de la cima, frente al pueblo, donde era monte firme sin una sola construcción. —Si hay alguien debe estar por allí —pensó Marsano.

—Buena, Oneira —dijo Veloso—, fijate lo que te voy a decir. Ahí no hay nadie, pero quien sabe; así que dale.

El blindado de Oneira se detuvo junto al puente y el propio teniente y un zapador reconstruyeron las bases; luego comenzaron a subir. Los otros carros iniciaron la marcha entonces, a quinientos metros uno de otro. Cuando los morteros de 120 del enemigo comenzaron a disparar —los primeros de ese calibre con que se encontraban en varias semanas— y las granadas explotaban en la ebana muy a la derecha de la carretera, Oneira se lanzó a través de la maleza, soclayando la entrada al pueblo, hasta encontrar una pira que por las huellas de ruedas profundamente marcadas en la tierra, lo conducirían —estaba seguro de ello— hasta las baterías que sonaban cerca.

En el patio del cuartel abandonado los soldados amontonan las armas, las cajas de municiones y las minas antitanques y antipersonales que encuentran y que serán trabajo de varios días para los técnicos en explosivos. Al fondo de una de las batracas, en una esquina en el suelo, hay un altar formado por una gruesa figura humana tallada en madera, va-

rias ramas de milla, plumas negras, pequeñas estacas clavadas con puntas aguzadas sobresaliendo y una estaca mayor, detrás de la figura, rodeada con heces humanas. Sobre todo en conjunto, clavada en la pared, la piel de un reptil se mueve por la brisa.

Madruga ha escrito una carta para unos familiares de Noé que éste sabe están cerca y al poco rato el muchacho regresa seguido de una larga fila de civiles temerosos que saludan con una leve flexión de las rodillas; al final varias mujeres con cestos y aves cargados en las caderas.

Madruga les habla, que pueden de nuevo ocupar sus casas, que ya la guerra está terminando y las FAPLA cuidarán de su pueblo. Un niño al que le falta una pierna y camina con una rama en forma de horqueta a guisa de muleta, se le acerca y Madruga se inclina porque el muchacho quiere hablarle al oído.

—Las FAPLA no guardan odios contra nadie —vuelve a decir Madruga—; no importa que hayan sido engañados por los enemigos del pueblo; si no son criminales todos pueden volver —Marsano observa al niño con cuidado y se nombra de la expresión de madures que tiene en el rostro, de una adulta que no podría ser únicamente suya, que parecía imposible cupiese dentro de los límites de aquel cuerpecito mutilado, que debía ser expresión de un envejecimiento epocal, de todo su pueblo.

Oscita regresa con varios prisioneros conduciendo un Toyota y trayendo a remolque del blinda- do un auto europeo. —Los tengo ahí los alizados: son unos cuantos y no tienen muchas ganas de combatir.

—¡Andando, andando! —grita Veloso—, que la orquesta toca hasta el final del baile.

En la vertiente oriental de la Farola, menos em- pinada que la opuesta, Arquimides reduce la ve- locidad del jeep por miedo a no poder manio- brar con seguridad en caso de desprendimientos de rocas de las paredes verticales de la montaña abierta a dinamita para la construcción de la ca- rretera. Luego, salvada la divisoria de las aguas, libera el carro y sortea con pericia las curvas del descenso hasta que la neblina junto a la costa y la polvareda del terraplén hacia lomas refractan las luces de los faros devolviéndolas sobre el jeep. Y es que apenas comienza la no- che. Cruzan a Caujerí sin entrar a San An- tonio del Sur, por el camino que ladea la mon- taña despeñada cuando el Flora no hace un año aún. Hay problemas con la producción de los campesinos en las montañas. Por supuesto que el ciclón dañó mucho las plantaciones de café y descompuso los caminos en forma tal que un año no alcanza para acondicionarlos. Pero tam- bién es verdad que el campesino ya ve la mon- taña de una manera diferente. Porque no son varias toneladas de rocas las que han descendido.

de aquí o allá, sino alturas completas que se han venido abajo, arrastrando todo lo que en- contraban a su paso, echando los bosques sobre el llano o el mar, cambiando el curso de los ríos definitivamente.

A Gusibanó llegan a tiempo de participar en la reunión de maestros voluntarios de toda la zona y te plantean los problemas que conocen de la población, los mismos que has escuchado en Ni- hujón y en Gran Tierra y que sabes que proba- blemente escucharás en la Maestra y en Naran- jo Agrio.

—Óigame, tanto tiempo sin que se abasteca de sal es un fenómeno.

—De los créditos del café olvidense; mejor sería ir discutiendo con el banco este año para condonarlos.

—Si se les cambia la tierra para el llano... Bue- no, lo de integrarse a planes se puede ver. Yo otro que sí.

En mitad de la madrugada apenas hay personas caminando por las calles de Santiago. Doblan Calvario y le dan la vuelta al parque Aguilera subiendo Reloj hasta cerca de San Basilio.

—Recógeme mañana temprano —le dices a Ar- quimides. —Será ahorita —responde él y arran- ca de nuevo el jeep.

Ahora te das cuenta de que Clara no conoce da Estela, y te dices que probablemente nunca sepa

nada, por lo menos por ti; y compruebas además que sólo desde hace bastante poco empezaste a encontrar a Clara —y únicamente a ella— en Clara y no a Estela en Clara. ¿Qué puede ser Estela para ti ahora? Una parte tuya que quedó, que se detuvo, que ya no es. ¿Habrá una sublimación de lo perdido en el recuerdo? ¿Lo construiremos una y otra vez en la medida en que dejamos de ser para ser de nuevo, ajustándolo a lo que necesitamos ver?

Lo que se detiene se perfecciona en nosotros al volver sobre sí en pliegues que nunca terminan. Estela es para ti la zona de tu propia conciliación.

Los hombres salen a la carretera por entre el neblinazo, empapados, doblados por el peso del equipo de campaña y el cansancio de una noche de mal dormir.

—Parecen aparecidos del demonio —grita Guillermo el tanquista.

La tercera escuadra se monta en el T-34; las manos engarrotadas por la humedad se hieren con los salientes metálicos del blindado cuando éste empieza a moverse, dando tirones, para ocupar su lugar en la columna. —¡Vamos, Marzáns, que hay que luchar por la vida, que la muerte está segura! —dice de nuevo Guillermo antes de desaparecer por la torreta. Lucio sigue con fiebre.

Capítulo X

En la casa menos destruida del pueblo han instalado el hospital; cerca de las camillas de campaña alineadas junto a la pared a poca altura del suelo, a la luz de varios mechones improvisados en latas de carne vacías, Rodrigo el cirujano, Olivio el cardiólogo que hace de anestesista, el rubio sanitario recién trasladado de la primera compañía y el capitán jefe de servicios juegan dominó. El ayudante del jefe de batallón, en un sofá con sólo dos patas, hojas una revista portuguesa de páginas sucias y arrugadas. En el suelo han dejado un jarro de aluminio mediado de café, donde flotan algunas pequeñas mariposas.

No muy lejos cocinan para las unidades más avanzadas que han llegado a menos de cuarenta kilómetros de la frontera con Zambia.

Formental, el instructor de boxeo de Santiago, trae en dos cubos comida caliente para los enemigos capturados que la información interroga en la vivienda de enfrente, del otro lado de la carretera.

En el aeropuerto, como a quinientos metros al fondo, terminan de sacar los restos del avión bombardeado para dejar lista la pista al amanecer.

Alguien golpea con una ficha sobre la mesa y dice que con la toma de Gago Coutinho se ha acabado la guerra.

Una camioneta llugo a toda velocidad y los dos hombres que viajan sobre sus barandas preguntan a gritos que dónde han instalado el hospital. Las fichas del juego ruedan por el piso cuando todos salen; bajan a un angolano, abierto el vientre por la metralla. —Lo traemos desde Sesai —dice el chofer—; lo sacaron desde quince kilómetros adentro de la selva. No ha dejado de perder sangre en todo el camino.

Ha puesto el candil en el ángulo izquierdo de la mesa, de manera que ilumine lo mejor posible al prisionero sentado en el banco de madera. Longa Marba regresa de organizar la vigilancia sobre los asentos y cuatro bandidos en las habitaciones a oscuras, de paredes agujereadas por el cañoneo reciente, y se sienta a su vez entre el hombre que van a interrogar y Marzáns, en el lugar donde la luz llega más débilmente.

Marzáns piensa que quizás no fuese lo mejor haber dejado para el final el interrogatorio de este prisionero después de haber trabajado, durante todo el día, con el resto de los apresados

en la incursión sobre Ninda, el último punto de la ofensiva hacia el oriente que deja definitivamente desarticulado el frente enemigo. Alguna información buscaba que le sirviera de apoyo en la confrontación a punto ahora de comenzar con quien, desde el primer momento, a simple vista, comprendió era el peje más gordo según decir del quajiro Perdono.

—¿Nombre?

—Tomas Veira da Cruz.

—¿Edad?

—38 años.

—¿Idiomas que habla?

—Portugués, francés, alemán, inglés, umbundo.

Lo ha dicho con afectación, casi con arrogancia, evitando relacionarlos de corrido, como si buscara en la memoria alguno que hubiese olvidado.

—¿Quicongo?

—Algo.

—¿Hasta qué nivel estudió?

—En Angola hasta el Liceo.

Olirto le inyecta alcohol al angolano en la vena porque a pesar de las heridas y la pérdida de sangre, está conciente. Luego, cuando comprende que se ha anestesiado, le introduce la aguja

en la subclaveral y espera hasta que la braquicardia le indique que la sonda, navegando en el torrente circulatorio, ha llegado al corazón. El sanitario entuba al herido para la orina.

Marzins escribe con trazos largos, para hacerlos visibles al prisionero pese a la opaca luz, en el dorso de planillas de iniciación de la UNITA, con el membrete formando la figura de un gallo negro, que toma de un montón deliberadamente puesto a la vista del interrogado.

—¿En el extranjero?

El prisionero parece no entender y mira a Longa Marcha buscando la traducción.

—¿Qué estudios realizó fuera de Angola?

Apoya las palmas de las manos, con los brazos estirados, en el banco, y hace como si se meciera.

—Ciencias sociales en Lausana —dice—, y en el seminario religioso de Colonia.

—¿En qué fecha?

—Del 69 al 74.

—¿Cuándo ingresó en la UNITA?

—Desde su fundación.

—¿Fue enviado por Savimbi?

De nuevo aparenta no entender, pero ahora no busca con la mirada a Longa Marcha sino le-

vanta la cabeza y vuelve con el mismo tono desafiante:

—Sí, por el presidente.

Marzins cree que es cierto, que no debió dejarlo para el final, que no debió esperar que se le acumulara el cansancio de la marcha del día anterior y de todos los días desde siete meses atrás. Con el cansancio de repetir una y otra vez las preguntas a los bandidos durante treinta y seis horas seguidas, intentando traducir lo que contestaban en portugués, en quicongo, en umbundo, en quuco, de inmediato, casi por las expresiones y los gestos, para que no se defendieran con la ventaja del idioma, para que la traducción que a veces Longa Marcha tenía que hacer, les diera el menor margen posible para pensar, intentando acosarlos con preguntas encontradas, procurando adivinar en cada caso el punto que pudiera abrir paso a la información que necesitaban, que el jefe de batallón al pedirlo prestado a Veloso había explicado muy claramente que necesitaban, a la información que sirviera a los hombres que ahora, más allá del río Cuito y del Cubango, buscaban darle el golpe final al enemigo que se retiraba batiéndose en una guerra diferente, probablemente más cruel.

—¿Dónde trabajaba antes de su salida de Angola?

—En Luanda.

—¿Qué hacía allí?

En la primera pregunta de Longa Marcha y Marzáns comprende que es oportuna.

—Celador de la Diamang.

—¿En qué consistía su trabajo?

El hombre no contesta y Longa Marcha explica como si se lo dijese al prisionero:

—Perseguir a los negros que intentaban buscar diamantes en los ríos dentro del territorio de reserva de la compañía.

Escribe lento en el papel, inclinado sobre la mesa, dejando que cada segundo pase en silencio. Luego lee una y otra vez lo que acaba de escribir.

—¿Cómo en Suráfrica?

—Nunca estuve en Africa del Sur —dice el prisionero.

—Sí, como allá —contesta Longa Marcha—. Más o menos.

La clave está en que logre vencer el cansancio y el hambre y el dolor en la nuca y sobre los ojos para imponerle su superioridad al prisionero, para que él mismo la admita como algo inevitable, frente a la cual no tiene alternativa posible.

—¿Qué cargo ocupaba en la UNITA?

—Teniente coronel.

Marzáns vuelve a preguntar rápido: —¿Desde cuándo?

—Octubre del 75.

—¿Quién lo designó?

—Savinbi.

No oculta el grado como siempre hacen los bandoleros capturados, pero no ha dicho el presidente. Marzáns se repite que no ha dicho el presidente y se dice a sí mismo que no puede dejarse llevar por las preguntas fáciles del formulario que le han entregado, que este es un peje gordo que comienza ya a salir a la superficie y que al carajo el dolor en la nuca y el hambre y ya siente de nuevo cómo los músculos de las piernas se le desengavrotan y le sube una tibieza agradable, de cazador sobre su presa.

—¿Él es el único que entrega esos grados?

—En ocasiones permite que Chwale.

—¿Qué conocimientos militares posee usted?

—Los que obtuve estudiando.

—¿En Lausana o Colonia?

—Seis meses en China.

—¿En qué fecha?

Vacila, evidentemente vacila, busca cuadros los años, los meses quizás.

—¿Entre comienzos y mediados del 73?

—Más o menos.

—Con Savimbi, ¿no?

No contesta, pero no hace falta; ahora a dejar que la fiera crea que el cerco no lo es tanto.

Formental ayuda a Rodrigo que corta, sutura y vuelve a cortar. Ovidio recoge con el jarro de aluminio, de la propia cavidad abdominal del herido, la sangre de la hemorragia, la echa en un pumo de suero colándola a través de una gasa para impedir el paso de los coágulos y va a dentro luego un bulbo de antibiótico. Después le une al tubo de la transfusión. Así una y otra vez.

—¿Cuánto le pagaba la Diamang en su trabajo?

—Veinte contos.

—¿A cuánto equivale en dólares?

—Ahora serían como seiscientos.

—Setecientos —corrige Longa Marcha.

—Todos los gastos además, ¿no?

—Sí, se incluían la comida y la casa.

—¿Usted no es natural de la Lunda?

—No, de Nueva Lisboa.

—¿Y su familia?

—También.

—¿Qué tiempo hace que no la ve?

—Cerca de tres meses.

—¿Qué tropas tuvo bajo su mando?

—Nunca tuve tropas...

—¿Siendo teniente coronel?

—Nunca combatí contra los cubanos...

—¿Cuál era entonces su responsabilidad concreta en la UNITA?

—Atender a los asesores...

Le pareció a Marzáns que iba a seguir hablando, y se queda mirándolo, como diciéndole que no hay razón para callar, pero el hombre calla.

—¿Qué tipo de atención?

—Las relaciones con el mando angolano...

—¿Y con Savimbi?

—También... a veces.

—¿Cuándo vio a Savimbi por última vez?

—Aquí mismo.

—¿Hace mucho?

—Poco antes de ustedes entrar.

—¿Dónde está Savimbi ahora?

El golpe falla; es a destiempo, anticipado, y falla, y cuando un golpe falla el contrincante se

recupera, como en el boxeo o como en cualquier juego de envite. El hombre se sonríe y no hace nada por ocultarlo, sino al contrario.

—¿Qué hacía Savimbi aquí?

—Preparar de nuevo la guerra.

—¿Y usted?

—En lo mismo.

—¿Ni siquiera en los últimos encuentros tuvo usted responsabilidad directa con la tropa?

—No, no, me mantuve en lo mismo.

—¿Asesoramiento a surafricanos?

—Sí.

Ahora si cayó y no se ha dado cuenta, no se ha dado cuenta y lo importante es que Longa Marcha lo haya entendido, haya comprendido que no se ha dado cuenta.

—¿No estuvo tampoco en los combates del Lucala?

—¿Hace unos días?

—Hace unos días en el Lucala.

—Ya estaba en el Gago. No podía estar allí.

—¿Por qué?

—Por mi ocupación.

—¿Cuál?

—Asesoramiento.

—Usted atendía a los jefes surafricanos que quedaban aquí. ¿no?

—No, no, los jefes se fueron, a los que estaban con Savimbi.

—¿Qué jefes surafricanos siguen con Savimbi?

—Ninguno, solamente la escolta.

—¿La escolta de Savimbi es blanca?

Longa Marcha ha fallado, ha preguntado con sorpresa lo que ya está contestado y el prisionero comprende que saben menos de lo que le hacen ver.

—¿Quién dice eso? —contesta, pero en umbundo, buscando la confusión de los lenguajes, la inseguridad, la imprecisión. En ese terreno Marzón no puede dejar que penetre; vuelve al formulario.

—¿Tribu a que pertenece?

—Umbundo.

—¿Región?

—Cangumbe.

Las luces de los faros de la camioneta, a través de la ventana, alumbran la operación. El sanitario dice que no siente el pulso y que la presión la tiene en cero. Rodrigo, sosteniendo las

pinzas que mantienen el vientre abierto, se yergue de sobre el herido, mira hacia afuera y respira hondo.

—¿En qué lugares estuvo desde octubre del 75?

—En la base del propio Canguimbe.

—¿Dónde más?

—Luso y luego aquí.

—¿Antes?

—Cuemba, Munhangu, Silva Porto, Bela Vista, Chicala y otros lugares del altiplano —dice buscando cansar, que la información sea tan variada que se pierda por entre los laberintos de la selva; pero ha dicho Silva Porto.

Silva Porto, Silva Porto, Silva Porto. Marzána se dice que es el primer prisionero que estuvo en Silva Porto de todos los que él ha entrevistado desde ayer. Tiene que acercarse de nuevo a Silva Porto pero por otro camino, para que la fiera misma vaya fijando, sin darse cuenta, lo que comienza a interesarle ahora: el momento en que estuvo en Silva Porto.

—¿Cuándo la ofensiva nuestra sobre el Queve, estaba usted en Novo Redondo?

—En Novo Redondo sí, en el río no por lo que ya le dije.

—¿No combatió?

—No, señor.

—¿Hasta cuándo estuvo en Novo Redondo?

—Hasta la retirada hacia Lobito.

—¿Entonces usted estuvo en la matanza de las afueras de Lobito?

—No, yo no estuve —contesta de un salto.

—¿A cuántas de las quinientas personas usted mató?

—Le digo que no maté. Soy prisionero de guerra, como eso tiene que juzgarme...

—¿Por qué mandó a separar los cadáveres en grupos de hombres y mujeres...?

—... no como un asesino. Según Ginebra yo...

—¿... y niños? ¿Cuántos niños mató?

Le dice a Longa Marcha que le repita las preguntas en umbundo pero el prisionero sólo le contesta a Marzána y en portugués. Le dice a Longa Marcha que le pregunte a cuántas personas cree haber matado, cuántos más intervinieron en el crimen, con qué armas disparaban, por qué no los enterraron como hicieron con los setecientos de Huambo, y Longa Marcha pregunta y pregunta y pregunta y el tipo agarra el borde de la mesa con las manos y la arcade y se pone de pie y dice que no, que él no estuvo en esas acciones, que era imposible, porque ya no estaba allí sino en Silva Porto.

—¿En Silva Porto?

—Me mandaron a preparar la evacuación.

—¿Lo hizo?

—Sí.

Antonio Rodríguez Oliva, de 22 años de edad, de Valle de Cujeví, Guantánamo, herido en los combates del Cuanza cuando realizaba una exploración tras las líneas enemigas, se sabe estuvo prisionero en Silva Porto. Se desconoce su suerte. Marzáns se repite uno a uno los datos buscando aquél que le permita un golpe único, definitivo.

El corazón ha quedado en fibrilosis, un leve temblor irregular como aleteo de insecto, y Oliva lo inyecta con potasio para que se detenga del todo. Luego, cuando ya ha dejado de funcionar, lo inyecta de nuevo para llevarlo a diástoles y comienza a darle masajes. Rodrigo de nuevo se inclina sobre la oscura cavidad abierta y le indica a Formental que le sujete la pinza cercana al esternón. El boxeador apaga el cigarrillo con la boca. El soldado cubano, en la camilla vecina, quemado en la cara por la llama de retroceso de un RPG-7, no se ha quejado en todo el tiempo.

—¿Cuándo terminó la evacuación?

—Poco antes de entrar ustedes.

—¿El día once?

—Creo que sí.

—¿Por la mañana?

Vacila, se echa hacia atrás mirando los papeles escritos sobre la mesa que Marzáns sabe no puede leer por la luz mortecina y sabe además que no procura leerlos tampoco, sino que alguna señal de alarma le avisa por allá adentro. Y si hay señal de alarma es porque tiene razón para alarmarse.

Longa Marcha se inclina hacia adelante:

—¿Qué hicieron con el prisionero cubano?

Longa Marcha ha descubierto el cerco, ha echado a perder toda la operación. El bandido niega en portugués, casi calmado, adueñándose de las posibilidades; Marzáns se para y abre una hoja de la ventana. Desde la noche llega claramente el olor a humedad, a vegetación fresca. No muy lejos el centinela cubano enciende un cigarrillo agachándose, ocultándolo con las manos, seguro, probablemente, de que no es visto por nadie. Marzáns se sonríe. Longa Marcha manda al bandido que se levante y le revisa la ropa después, con cuidado, al tacto, hasta descubrir una estrecha aguja de huesos oculta en la camisa; la coloca en la palma de su mano y la acerca a los ojos del otro y luego la escupe y pisotea. El prisionero se encoge, sumiendo el cuello entre los hombros, torciendo la mirada hacia el suelo.

Longa Marcha sigue haciendo preguntas en un-
hunda, sin ninguna prisa, sin levantar la voz,
descifrando sin esfuerzos los susurros con que
contesta la fieta.

—Dice que lo mataron.

Marzáns se vuelve a sentar y comienza a gol-
pear pausadamente con el bolígrafo sobre la
mesa. Comprende, en ese momento ha compren-
dido, que en realidad él ya sabía esa respuesta.

—¿Cómo?

—Él mismo le metió un cañón de G-3 en la
boca.

Deja de golpear. —Dile que cuente.

Longa Marcha escucha sin sorpresa, como un re-
lato muchas veces conocido.

—La escolta de Savimbi le dijo que lo hiciera
para reírse del miedo que seguramente sentiría
—traduce—; estaba amarrado a una silla por-
que tenía una bala en la columna y no se podía
sostener derecho.

Durante un rato Longa Marcha interroga al pri-
sionero sin traducir; después mueve la cabeza.

—No hay más nada.

—¿De qué?

—Lo mataron.

—Eso ya lo sé.

—Le rompió los dientes con la mirilla del fusil
antes de disparar.

—¿Por qué?

—Porque no le vio el terror en los ojos.

De nuevo comienza a escribir, sin desear, torpe-
mente; casi por fortalidad vuelve a preguntar:

—¿Dónde lo enterraron?

—En ningún lugar, lo dejaron allí, donde tam-
baron a otros angolanos después —contesta Lon-
ga Marcha como si ya él lo hubiera preguntado.

—¿Dónde lo tenían?

—En las celdas del segundo piso.

—Pregúntale si lo vio allí.

De nuevo, durante un momento, la conversa-
ción susurrante.

—Dice que no lo vio, sino que lo oía: todas las
noches cantaba hasta tarde.

Marzáns se pone de nuevo de pie y regresa a la
ventana. El centinela no se distingue ya entre
el follaje cercano. El bandido habla atropellán-
dose en todos los idiomas que conoce y termina
sollozando, arrodillado como tantas veces habrá
hecho en el seminario al otro lado del mundo,
rogando a Marzáns por favor que no lo deje solo
con las FAPLA. Longa Marcha se lo lleva sin
esfuerzo, indicándole apenas la puerta.

—Está orinando —dice el sanitario.

—Se salva entonces —contesta Rodrigo y termina de coser. Formental recoge los algodones empapados en sangre. La camioneta retrocede y parte de nuevo hacia Sesi. El sanitario acerca los mechones para la guardia junto al herido; la primera la hará Olirio. Marzáns cierra la ventana y fuma en silencio mirando la pequeña llanita del candil que poco a poco se apaga.

Capítulo XI

Una vez tu padre te dijo que un hombre no podía olvidar nada. Lo dijo no por mezquindades de venganza o de cobros de deudas dejadas de pagar, sino con el sentido de no perder nunca contenidos de vida, como si lo vivido y olvidado fuese algo igual a lo nunca conocido. Te dice que es cierto y que aprendiste bien la afirmación de tu padre, aunque quizás él lo dijo porque sabía que tú, sin darte cuenta, eras un hombre de ese tipo.

Quizás el tiempo tenga para ti una resonancia distinta como una constante permanencia del pasado en el presente cualquiera que sea éste: como si lo ya sucedido se integrase en lo que es en el instante mismo en que lo piensas: como si el tiempo fuese de una única dimensión.

Quizás sea eso lo que te permita abata, cuando Octavio se lanza maldiciendo del BTR atascado entre los dos farallones y Esteban detiene el suyo ladeándolo un poco para evitar que las ruedas se entierren en el lodazal y Madariaga se ofrece a intentar sacar el blindado de la tabladora, sentir con la misma nitidez al cordabés

agudándose en la madre del chivato en el billar, invitándolo a fajarse a la navaja, y al rubio poniendo la bandera del ayuntamiento a media asta en la conmemoración de la muerte de Mella y al flaco trasegando con sulfuro vivo por en medio de la ciudad. Quizá sea por eso que los ojos de Estela se le aparecen en los de Clara con la misma tranquila y sonriente ternura; como si ambas, que no se conocieron y no podrán ya conocerse, fueran lo mismo en ese tiempo único en que tú existes.

Los blindados se ponen nuevamente en marcha por el estrecho desfiladero y avanzan tan inclinados por las pendientes de las paredes que los indicadores traseros del de Octavio, mirados desde lejos, parecen estar uno encima del otro.

El tanque que marcha al frente trepa como un insecto por el camino estrecho, escarpado, y allí donde la angostura lo aprisiona fuerza el motor arrancando pedazos de las farallas u ambos lados como si horadara la montaña. Luego, durante mucho rato, la monotonía de la selva, hasta encontrar varias cajas de granadas abandonadas y trincheras cubiertas de hierba y un pedazo de línea perdida de ferrocarril.

—No hay más pueblos hacia adelante —dice Madruga—: todo eso es la Tierra del fin del mundo.

Los hombres se lanzan y caminan hasta el beril al final del altiplano; abajo la manta inmensa de las copas de árboles que todo lo cubre.

—Se parece a Mayari Arriba —dice Perdomo.

—No, a Báguanos desde la loma de Tacámara —contesta el pino. El cansancio que siente vence al hambre y al frío de la lluvia. Junto a Esteban, que conduce el BTR manteniendo la distancia convenida con el de Octavio, comienzan a cabecear.

—Luna, aquí pantalla uno, cambio.

—Pantalla uno, aquí Luna. Estoy en la primera posición indicada; dime qué hago, cambio.

—Luna, continúa avanzando, continúa avanzando; mientras no pierdas contacto por radio.

Detrás, en los dos largos asientos laterales, los hombres fuman pasándose de mano en mano el último cigarro que le queda a la escuadra. Te quedas dormido.

—Cuando empecé a descolgar a los ahorcados que encontramos cerca del Cuanaa, recordé enseguida al alfabetizador que hallamos asesinado en el Escambray. También lo habían guindado y ya estaba, como éstos, todo descompuesto. Tanto que hubo que bajarlo con cuidado para que no se nos rompiera. Parece mentira; cómo las cosas pueden parecerse, ¿eh?

Suárez, el jefe de Estado Mayor del batallón, ha venido hasta el puesto médico para inyectar

se con la dosis doble de cloroquina porque la malaria parece rebrotarle.

—Así nunca se va a curar, mayor —le dice Rodrigo el cirujano—; la cosa no es pincharse cuando más mal se sienta sino todos los días.

—Y tú crees que todos los días uno tiene los nervios para meterse la puntilla esa.

—Usted va a terminar como Patricorto. Que ya no tiene remedio. Para esa malaria no hay forma. Después de tres años en Guinea sin tratarla. Y yo le digo que todo está bien mientras no se le suba a la cabeza. ¿sabe?

Suárez se rasca la barba espesa bastante blanqueada en el cuello y en el mentón. —Cuando las cosas no tienen remedio, guajiro.

La compañía de seguridad regresa de bañarse en el Luanginga, apresurándose para no ser los últimos en la distribución de la comida. Los hombres vienen con las botas desamarradas, sin camisa, los cargadores colgando en bandolera, peludos y con barba de muchos días. Algunos han grabado en las culatas de los automáticos nombres, lemas, figuras, o llevan las granadas con el detonante puesto colgadas en racimo del cinturón.

—¡Guajiros, casa! —grita Suárez poniéndose de pie y frotándose la cabeza donde lo han insectado—. ¡Parecen una partida de alzados!

Se sienta de nuevo junto a la mesa de jugar dominó. Aquellos son los hombres que se han

batido en el Cassai y en Lusa y en los inicios del altiplano y muestran su orgullo de tropa fogueada intentando parecerse a los rebeldes de la guerra en Cuba.

—Bueno, de la jefatura del frente han mandado orden de pelarse y afeitarse.

—Cómo es eso, mayor.

—Sí, médico, sí. Nosotros somos un ejército regular. Y este relajo había que pararlo, ¿no?

—Bueno, mayor, si usted quiere lo presto una Neva que todavía me queda ahí sin usar mucho.

—Además, esa orden puede ser buena; si usted lo piensa bien puede decir muchas cosas. Porque, ¿cuándo es que uno se viste de limpio? —el mayor se queda sonriente un rato, guando de aquello que ha dejado entrever.

—Oiga, guajiro —dice después en voz baja—, el jefe del frente mandó con el mensaje a dos fotógrafos periodistas. Para que retraten a todos los muchachos antes de que se peleen y se afeiten; ¿eh? Se le escapó al diablo el guajiro ese.

En la gallera redonda, sin paredes, donde la escuadra ha colgado sus hamacas, Wilton y Perdomo cantan a dúo canciones de los años cincuenta:

Hay que vivir el momento feliz
Porque sacando la cuenta en final
La vida se va un sueño
y todo se va.

Arcoata, sentado en el suelo, recostado a un horcón, fuma en silencio un tabaco que le han regalado en el Estado Mayor. Aroche escribe sobre una mesa de enfermería, haciendo espacio entre una lata vacía de leche en polvo y otra, con el fondo ennegrecido, en la que han dejado un poco de comida para el amanecer.

Marzans viene despacio revisando las postas del campamento para esa noche.

Regresan por el mismo camino iniciado en Biula o quizás más allá, en Saurimo, meses atrás. El mismo camino del Lungebungo, del Lutembo, de Lumeje, del Laiso. Vuelven sobre sus pasos pero sin los rodeos de la primera marcha, sin los campamentos, los altos, los días de espera, las exploraciones, las acciones combativas, los saltos. ¿Qué sentido alcanza ese volver a caminar lo caminado, piensa Marzans, ese rehacer en una jornada el mismo recorrido, a la inversa, que necesitó semanas? Por la tierra revisada palmo a palmo vuelven en unas horas. ¿Vuelven? Eso nadie lo ha dicho. No ha habido anuncio alguno sobre ello y nadie se atreve a decir que ha escuchado algo al respecto por temor a que la simple enunciación de aquello que todos esperan, virtud de quien sabe qué oscuro exorcismo, sea capaz de torcer la tendencia natural de las cosas según se van presentando a los ojos de aquél que los tenga bien abiertos.

En Gago Countinho nadie ha tenido que dar la diana porque antes que el jefe de pelotón se levante ya los hombres han recogido sus mochilas, dejando el nylon bajo la tapa superior por si acaso llueve y algunos, no muchos, han contado los cargadores, las cápsulas, las granadas que aún llevan, adelantándose a una probable entrega de armamentos que sería la confirmación definitiva —sin lugar a dudas, ¿sí, no, ¿eh?— de que ya aquello va de vencida.

—Yo dejaría aquí una base con batallones móviles —dice Oneira— y bastante artillería. Por la frontera.

Pero no hay ambiente de guerra en los BTR y en los ZIL, ni aun en la cubierta de los T-34 de donde los soldados no se lanzan ya al cruzar los puentes improvisados durante la ofensiva y que aún soportan. Con toda probabilidad van hacia Luso y de ahí por el transangolano que ya funciona a Silva Porto, a General Machado, a Huambo, cruzando el país por el altiplano en ferrocarril, cocinando una vez más en las esquinas de los vagones, hasta llegar a Lobito, el gran puerto de embarque de minerales, donde los alojaron en los edificios en construcción del saliente montañoso de la costa, al pie de las grandes salinas que no pueden mirarse de frente por el hiriente espejo del sol en la lisa superficie blanquísima. Entonces los hombres se turnarán en lo más alto de las azoteas, para escudriñar el océano como vigías y anunciarán como los bu-

ques que vienen a recogerlos a cuanto mástil divisen en el horizonte.

Eso será luego; ahora Olirio, al terminar de empaquetar los medicamentos del hospital de campaña, descubre una serpiente en el hueco del empalme de los cables eléctricos; intenta matarla con el fusil con bayoneta pero el animal, con la cabeza erguida, hace varias veces por lanzarse sobre él. Entonces le dispara dos veces, sobre los ojos, con la pistola.

¿Es decir que aquello podía tener un peculiar sentido, una manera singular de ser interpretado? Regresar por donde se ha ido, volver a pisar en el mismo sitio. En realidad Marzáns reconoce por primera vez el paisaje, lo ve con un miraje nuevo, distinto, descansado. Casi pudiera decirse que, tal como lo ve, lo ve por primera vez. Y no es la contentura de un regreso que imaginan próximo o la observación tranquila, sin urgencia de vigilia por la proximidad del enemigo, sino que la imagen de lo que lo rodea ahora, naturaleza y cosas y hombres, se le presenta como la composición final, totalizadora, de las imágenes anteriores, fragmentarias, dispersas, aprehendidas durante meses de caminatas al sol y a la lluvia, de día y de noche, por carreteras y rompiendo selvas. Así se ven ahora las chanas, las sabanas, los ríos, las pequeñas elevaciones.

Marzáns, como siempre, va en el primer BTR, junto al chofer, con los auriculares puestos, por

donde escucha la conversación, muy atrás en la columna, del jefe del frente con el capitán de la logística. Detrás, en el mismo blindado, viaja el pelotón de Aroche.

Aun cuando no han perdido tiempo en la salida, el mediodía los alcanzará sobre Lunai y tendrán incluso que aumentar la velocidad de marcha para llegar a Luso al anochecer.

En el carro de mando han sintonizado una radio extranjera que transmite en inglés. —¿Qué dice? —pregunta a través de la comunicación interna de la columna el jefe del frente.

—Que el coronel Godínez, cubano, ha iniciado una falsa retirada para presionar probablemente después sobre la frontera —contesta, varios metros atrás, el contrainteligente.

—¿Coronel dijeron?

—Coronel.

—Cararaba. ¿Lusaka?

—No se identificó; parece Suráfrica.

Junto a los puentes, a la entrada de los poblados o en los entronques de los caminos con la carretera, los faplas han levantado campamentos con peneas de palmas y ramas de árboles, en los que siempre hay una hoguera ardiendo. Los soldados angolanos, al paso de la caravana, dan vivas a Cuba y al MPLA, a Neto y a Fidel, y hacen la señal de la victoria con los dedos de la mano derecha.

Marzán repara en la tierra levantada, aquí y allá, por las explosiones recientes y viejas, en la vegetación raleando por la proximidad del vietno, en los matices del terreno abierto junto al jalud de la carretera. Entonces recuerda que Madruga le ha dicho que el este angolano es como una extensión del desierto de Namibia que avanza desde el sur y que sólo las grandes precipitaciones impiden que toda aquella tierra se convierta en un inmenso ariscal. Recuerda eso y sin dificultad alguna reconstruye en la mente los contornos del mapa cartográfico, los ríos que sirven de frontera con Zaice, el saliente del Zambeze sobre Zambia, las tierras bajas del Cuando y del Cuilo, los caminos sobre Cangamba, Munhango y Cangumbe, la corriente precipitada del Luvai que ahora atraviesan.

El sanitario, antes de salir del Gago, le ha entregado a Marzán la primera carta que este recibe en ocho meses. «La primera, piensa, y probablemente la única que voy a recibir ya.»

—¿No es ese tu número?

—Y ese soy yo —le contesta señalándole el nombre.

—El moro la mandó con las medicinas que traje de Luso. Dice que andaba perdida no sé por dónde. Que seguro hay otras muchas corriendo por ahí.

Marzán sólo ha visto las letras borrosas en el sobre gastado de tanto pasar de mano en mano.

Solo ha visto eso y la última línea de la carta: —a la enredadera del patio le ha nacido una flor.

Luego la ha guardado en el bolsillo de la camisa donde lleva el detonante de la granada y se ha puesto a imaginar los campamentos a que aquel sobre ha llegado, los soldados que han intentado descubrir sus propios nombres en aquellos trazos apenas legibles, los caminos de Angola que aquella carta debe de haber recorrido, de Nagaje a Mozamedes, a Cunene, a Matala, al Gago, los que deben estar recorriendo los otros sobres que ya no llegarán a sus manos. Se ha puesto a imaginar todo eso y a pensar las variantes de lo que aquel texto le puede decir, si fue escrito al inicio de su partida, o cuando salieron de Dala, o cuando tomaron Luso.

—Se han fijado ustedes que aquí no hay caballos, ni bestias grandes —dice el político del pelotón de Aroche.

—Ni cercas —dice Hodelin.

—¿Cómo que no hay cercas?

—Sí, no hay tierra cercada.

Los hombres miran con atención entonces a ambos lados de la carretera y comprenden que es cierto lo que Hodelin y el político les dicen y que hasta ahora había pasado inadvertido para ellos.

En las aldeas las familias arreglan las casas, los soldados apartan los escombros, los pioneros cu-

mientzan a hacer guardias, y las primeras muchachas se visten de limpio y caminan en grupos por las calles. De muchas cubatas empieza a salir el humo de las cocinas. Los hombres van hacia las labras con las hachas de madera; o a cazar caliritos con arcos y flechas, o a castrear calmenas.

En Lucusse está Madruga, que queda como uno de los jefes de las FAPLA en el este; Madruga, que prepara varias unidades de guerrilleros para batir las pequeñas bandas en que el enemigo se ha dividido, y que debe salir ahora mismo, que debería estar en camino ya según dice, para sorprender avanzando por entre la selva el campamento que le avisan hicieron ayer.

—Buen regreso, hermanos —dice, y es la primera vez que a aquella marcha se le llama de esa forma—. Lástima que no pueda acompañarlos hasta Luso, pero ya me ven, tengo que continuar.

Onrita viene y le entrega una pequeña figurilla angolana, tallada en madera, que hace tiempo había encontrado durante las operaciones.

Entonces Veloso se quita el abrigo de campaña, impermeable, portugués, y se lo da; y Marzáns la brújula de muñequera, y Aroche el casco que apenas pesa, y Perdomo los últimos tabacos que el muro le mandó, y Wilson el bolígrafo de colores que trae desde Cuba, y Madruga que no, por favor, que no le den esos regalos, y se niega a cogérlas y los hombres vienen y dejan las co-

—as junto a él y regresan corriendo para que no pueda devolverlas.

—Camaradas, camaradas, que así enterraban los antiguos a los muertos —dice Madruga y hace por reír pero la risa se le quiere convertir en llanto.

Wilson y Hodelin y el pizeo y Lucio le dicen adiós hasta que Madruga es sólo un puntico recortado contra el poniente, parado en el centro de la carretera, agitando los dos brazos como si fueran las aspas de un molino en medio del turbión.

Entonces, como el reconocimiento de la totalidad del paisaje que le llegó de pronto, Marzáns comprende toda la hondura de su cariño por aquel país y por aquel pueblo; por Madruga, que avanzará toda la noche en la manigua, y por Noé, que enseñará a sus hijos como conocer la hora por la sombra del sol en la mano, y por la zapatiga de catorce años junto a los muros de San Pablo, y el trovador loco caminando por todos los trillos del país, por el León de la tristeza muerto en Caripande y por los muertos de las fosas comunes, convirtiéndose en un mismo suelo con los muertos cubanos con los dientes mordiéndolos las chapillas de identificación.

La carretera desciende poco a poco hacia Luso, que ya puede distinguirse, a lo lejos, por el rojo de los techos en el sol del atardecer.

Marzáns hace señas al chofer con la mano extendida y el BTR frena deteniendo toda la caravana.

—¿Qué sucede, Marzáns? —pregunta muy atrás el jefe del frente.

—Unos cervatillos, comandante. Que juegan y no se quieren apartar.

Los animales hacen por embestirse, se empujan contra el suelo, se persiguen saltando. Luego huyen hacia los matorrales pero se quedan en la cuneta mirando la caravana. Entonces Marzáns da orden de continuar.

INDICE

CAPITULO I	11
CAPITULO II	37
CAPITULO III	79
CAPITULO IV	119
CAPITULO V	149
CAPITULO VI	175
CAPITULO VII	201
CAPITULO VIII	237
CAPITULO IX	263
CAPITULO X	287
CAPITULO XI	307



Hacia la tierra del fin del mundo plasma la voluntad y el espíritu internacionalista de nuestro pueblo, transmitiéndonos los hechos y personalidades que los viven y conforman. Esta novela tiene un interés singular también como testimonio, pues la ficción se afina en la historia de una compañía de combate de soldados cubanos —regulares y reservistas— en Angola. La contribución de estos hombres a la lucha de un pueblo heroico, adquiere en estas páginas timbres épicos, a la vez que revela los resortes íntimos de quienes hacen la historia con arrojo y pasión.

JOEL JAMES FIGAROLA (La Habana, 1941).

Participó en la lucha clandestina contra la tiranía. Miembro del Ejército Rebelde, ha sido subdirector del periódico *Sierra Maestra*, de Santiago de Cuba, delegado provincial del ICAIC, y asesor de la delegación del INIRA en la región oriental. Participó como soldado internacionalista en la guerra de liberación de Angola. Graduado de Licenciatura en Historia en la Universidad de Oriente.

ha publicado *Los testigos* (Premio de cuento del Concurso 26 de Julio, 1972); *Cuba 1900-1928: La República dividida contra sí misma* (Premio de ensayo del Concurso Combate del Uvero, de la Universidad de Oriente, 1974); *Los testigos y otros cuentos* (1978) y *Aproximación al Diálogo dramático de José Martí* (1979). Es asesor y responsable del equipo de investigaciones de la Dirección Sectorial de Cultura de Santiago de Cuba.